COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO



Serie Teoría social crítica

UNA MIRADA CRÍTICA DESDE LA IZQUIERDA HOMENAJE A LUIZ FELIPE FALCÃO

Reinaldo Lohn Pablo Pozzi [Coords.]



UNA MIRADA CRÍTICA DESDE LA IZQUIERDA

Una mirada crítica desde la izquierda : homenaje a Luz Felipe Falcão / Emerson César de Campos ... [et al.] ; coordinación general de Reinaldo Lohn ; Pablo Pozzi. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

CLACSO, 2021. Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online ISBN 978-987-722-984-4

 Socialismo.
 Democracia.
 Campos, Emerson César de II. Lohn, Reinaldo, coord.
 Pozzi, Pablo, coord.
 CDD 301

Otros descriptores asignados por CLACSO:

Pensamiento Crítico / Pensamiento Latinoamericano / Izquierdas / Marxismos / Socialismos / Militancia Política / Ciencias Sociales / Política / Brasil / América Latina

Colección Grupos de Trabajo

UNA MIRADA CRÍTICA DESDE LA IZQUIERDA

HOMENAJE A LUIZ FELIPE FALCÃO

Reinaldo Lohn y Pablo Pozzi (Coord.)

Grupo de Trabajo Izquierdas: praxis y transformación social





CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Colección Grupos de Trabajo

Pablo Vommaro - Director de la colección

CLACSO - Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial Solange Victory - Gestión Editorial Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Equipo

Rodolfo Gómez, Giovanny Daza, Teresa Arteaga, Cecilia Gofman, Natalia Gianatelli y Tomás Bontempo



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales I Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723. Este libro fue sometido a un proceso de dictaminación por académicos reconocidos, de acuerdo con las normas establecidas por el Consejo Editorial de CLACSO, el cual dictaminó que el libro reúne las condiciones de calidad, rigurosidad, pertinencia, actualidad y originalidad para ser publicado por CLACSO.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Eiecutiva de CLACSO.

Los trabajos que integran este libro fueron sometidos a un proceso de evaluación por pares.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

ÍNDICE

Pablo Pozzi		
Presentación		9
Reinaldo Lindolfo Lohn Introdução. Encontros e desencontros com Luiz Felipe Falcão	1	11
PRIMERA PARTE RECORDANDO A LUIZ FELIPE FALCÃO		
Patricia Pensado Leglise Un recuerdo de Luiz Felipe Falcão	1	21
Thiago Reisdorfer O mestre como aprendiz: um orientador na prática da igualdade		27
Marcos Montysuma A militância e a sensibilidade de Luiz Felipe Falcão	1	49
Paulo Rogério Melo de Oliveira O amigo generoso, o profesor reverenciado e o historiador da vida que transborda		65
Emerson César de Campos Um nunca acabar: um panegírico nada solene para um sujeito de sorte		91
Izaías de Souza Freire Vidas imprecisas	I	109
SEGUNDA PARTE LUIZ FELIPE, UN INTELECTUAL SUGERENTE		
Gerardo Necoechea Gracia Acción múltiple, acción directa: campo de acción laboral en tensión		121

Joaquina de Donato Frankenstein en Filadelfia	I	135
Igor Goicovic Donoso La construcción política de la nación y de la patria en el discurso de los intelectuales obreros. Chile, 1880-1938		157
Mariana Mastrángelo y Pablo Pozzi Juan Vigo y la construcción de un relato resistente	I	197
Ana Sofía Jemio y Alejandra Pisani Cultura obrera y procesos de politización en el sur tucumano. Las historias de María y Juan		211
Paula Godinho Do porvir: plantar castanheiros, entre experiências, expectativas e possibilidades		235
Silvia Maria Fávero Arend A democracia, os direitos e a emergência do Estatuto da Criança e do Adolescente no Brasil - para um parceiro de jornada		259
Ronaldo Munck José Carlos Mariátegui y el socialismo del siglo XXI: recuperación y renovación		273
Isabel Rauber La época histórica de la izquierda Entre el sueño revolucionario, la ideología y el pragmatismo político. Derroteros indo-afro-latinoamericanos	I	293
Sobre las autoras y los autores		335

PRESENTACIÓN

Pablo Pozzi

Este libro es un esfuerzo conjunto entre los integrantes del Grupo de Trabajo "Izquierdas: praxis y transformación social", del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, y el Departamento de Historia de la Universidade do Estado de Santa Catarina (UDESC) a la cual perteneció nuestro colega, camarada y amigo Luiz Felipe Falcão, imprevistamente fallecido el 14 de abril de 2020. La idea básica es recordar a Luiz Felipe tanto por sus contribuciones como formador de historiadores, como persona humana y como académico.

Una primera parte del libro está dedicada a rememorarlo como profesor, colega y hombre. En eso fue una persona muy singular. Melo de Oliveira lo recuerda como "amigo generoso y profesor reverenciado"; su antiguo alumno Thiago Reisdorfer se refiere "al maestro como aprendiz" por sus prácticas igualitarias; la investigadora mexicana Patricia Pensado lo recuerda por sus dotes intelectuales; y todos hacen referencia a que Luiz Felipe logró vincular exitosamente su militancia política y su labor de historiador con la sensibilidad de vida personal, como señala Marcos Montysuma. En ese sentido, fue uno de esos raros intelectuales, con una firme convicción de que nuestra contribución debía reflejar en la práctica los ideales de liberación e igualdad que nos motivaron a estudiar la historia.

En lo personal, Luiz Felipe fue un amigo y camarada. Siempre con una sonrisa tímida que escondía una gran firmeza de convicciones, y siempre con un trato suave hacia mis hijos que revelaba que apostaba a la juventud para construir un mejor futuro. Creo que ambos encontramos en el otro una gran disposición para "hacer" cosas juntos, al mismo tiempo que nos tomábamos el mundillo académico con cierta irreverencia. En ese sentido, Luiz Felipe era una brisa de aire fresco, muy humilde y sin pretensiones y, sobre todo, voluntarioso.

Luiz Felipe fue parte del GT de CLACSO desde sus inicios en 2010 y también uno de sus baluartes. Su contribución tanto al funcionamiento del GT, a través de la gestión de reuniones y publicaciones, como su participación en discusiones e intercambios fue muy importante. La segunda parte de esta obra refleja precisamente esa capacidad para contribuir a la obra de otros a partir de la propia. Así incluimos un artículo de su colega en la UDESC, Silvia Fávero Arend, que recupera varios de sus conceptos. Por su parte, las jóvenes investigadoras del GT de CLACSO Joaquina de Donato, Alejandra Pisani v Ana Jemio publican los resultados de sus investigaciones a partir de conceptos que les aportó Luiz Felipe. Aquí también se ve la amplitud de esa contribución: el uso de sus conceptos para analizar desde Filadelfia en el siglo XVIII hasta la cultura obrera en la provincia argentina de Tucumán en la década de 1960. Asimismo, Igor Goicovic, Gerardo Necoechea, Mariana Mastrángelo v Pablo Pozzi presentan sus avances de investigación producto de discusiones con Luiz Felipe en el seno del GT. Por último, tanto la reconocida antropóloga portuguesa Paula Godinho, como el politólogo irlandés Ronaldo Munck relacionan sus propios trabajos con Luiz Felipe Falção. Y he aquí un aspecto interesante: su contribución trascendió sus fronteras nacionales ampliamente. Fue un ejemplo del historiador como militante, heredero de las mejores tradiciones de aquella generación que entre 1960 y 1980 trató de tomar el cielo por asalto. En eso no puedo más que decir, como diría él: ¡compañero Luiz Felipe Falção, presente, tu contribución a un mundo mejor no será olvidada!

INTRODUÇÃO. ENCONTROS E DESENCONTROS COM LUIZ FELIPE FALCÃO

Reinaldo Lindolfo Lohn

Luiz Felipe Falcão teve um belo encontro com a CLACSO. Formalmente, pelo que registrou em seu currículo, as atividades em conjunto com colegas desta importante rede de colaboração de intelectuais e investigadores latino-americanos começaram em 2011. É possível que tenham iniciado informalmente antes, pelos contatos e pela predisposição de Falcão em aprofundar o conhecimento sobre as temáticas continentais, as quais o atraíam há muito. Com um olhar curioso e arguto, procurava encontrar nas conexões e misturas de elementos, alguns traços singulares que pudessem revelar, para além do senso comum, as condições históricas que explicam as características, diferenças e tensões que marcam nossos povos e culturas.

Ao entrelaçar suas discussões e investigações em uma escala de observação mais abrangente e ampla, Falcão pôde aprofundar a temática que o envolveu em seu último decênio de vida: os estudos sobre os regimes autoritários e as possibilidades de democratização de nossas sociedades. Foi naquele ano que apresentou o projeto de pesquisa "Militâncias em tempos extraordinários: lembranças e histórias da participação das esquerdas na democratização do Brasil (décadas de 1970 e 1990)".

Pretendia interpretar, sob a perspectiva então ainda pouco explorada da História do Tempo Presente, experiências que revelassem como as experiências de agrupamentos e indivíduos que se identificavam como "de esquerda" no processo de resistência e construção de uma trajetória de democratização do Brasil. Revelava um pouco de si e do jovem que cedo se envolvera nos embates políticos e nas discussões intelectuais mais áridas e difíceis, atuando nas margens a partir da leitura pouco difundida no Brasil de August Thalheimer e de Rosa Luxemburgo e na convicção de que o socialismo não poderia abdicar do horizonte libertário, em busca da autonomia e da emancipação para todos os integrantes da vida em sociedade.

Por outro lado, o projeto de pesquisa apresentado mostrava um intelectual que não abandonava de modo algum os primados e tampouco as perspectivas teóricas e metodológicas que haviam orientado sua trajetória universitária e historiográfica posterior à luta contra a ditadura. Situado firmemente no domínio da memória e da identidade, buscava conhecer os caminhos de militares e ativistas "por eles mesmos", a partir de depoimentos de antigos militantes e em acervos pessoais, os quais estiveram mobilizados por todo um conjunto de atividades de resistência ao regime.

A abordagem em torno dos processos que constituem as narrativas da memória e suas interações com as identificações sociais foram tema constante e estrutural na escrita historiográfica de Luiz Felipe Falção. Tendo chegado aos estudos universitários amadurecido e com a consistência obtida nos duros tempos de militância clandestina e das discussões e formulações das esquerdas brasileiras que se contrapuseram à ditadura militar (1964-1985), seu trabalho de síntese do período em que passou a se construir como um historiador hábil e perspicaz foi sua tese de doutorado defendida na Universidade de São Paulo em 1998. Sob a orientação de Zilda Iokoi, elaborou um trabalho de grande fôlego que foi publicano dois anos depois como livro intitulado "Entre ontem e amanhã: diferença cultural, tensões sociais e separatismo em Santa Catarina no século XX". A epígrafe escolhida para abrir a obra, colhida ao dramaturgo Jacob Levy Moreno, talvez seja uma boa indicação das preocupações que envolveram a atividade intelectual de Falção. Nos encontros "olhos nos olhos" e "face a face", é possível de algum modo intercambiar pontos de vista e, assim, dois interlocutores podem ver o mundo e ver-se a si mesmos com os olhos do outro.

Esteve então movido pelo interesse em conhecer o fenômeno das demandas separatistas no Sul do Brasil ao final do século XX e da negação ao pertencimento ao Estado-Nação brasileiro. Para tanto, explorou, entre outros, o movimento integralista, agrupamento e discurso político de grande influência em algumas regiões brasileiras entre as décadas de 1930 e 1940. Em um território marcado pela presença de imigrantes de origem europeia, as tensões culturais daí advindas

incentivaram Luiz Felipe Falcão a uma trajetória complexa e árdua, envolto na investigação de uma documentação variada e dispersa.

Mas, não se tratava apenas de mapear e descrever uma temática de interesse histórico. Pretendia encontrar na difusão do integralismo em Santa Catarina alguns indícios que favorecessem a compreensão de tensões culturais mais amplas, entre as quais as que envolveram as populações de origem europeia situadas em Santa Catarina ainda no século XIX e que foram acusadas de constituírem um "perigo alemão" à unidade nacional, bem como os desdobramentos posteriores, em movimentos de afirmação cultural regionalista. Articulou tais elementos para fazer emergir as narrativas e discursos que dariam consistência a um ressentimento difuso e a preconceitos disseminados sob a expressão de movimentos separatistas. Assim, encontrou indícios de uma identificação social em diferentes grupos e segmentos sociais com a imagem de um "sul" que seria uma região supostamente distinta e contraditória em relação ao Brasil, expressa na afirmação "o Sul é o meu país", a qual então seduzia (e talvez ainda o faça) certas parcelas da população de Santa Catarina. Diferentes tensões culturais e identitárias ganharam uma bandeira, uma frase de efeito, uma causa unificadora, a qual revelava os usos políticos de forcas conservadoras e pouco afeitas à democracia.

Falção movia-se então pelas questões de nosso tempo e defendia "um efetivo compromisso democrático com o presente, com o espaço que se abra entre o ontem e o amanhã". Nisso, analisou memórias e identidades apropriadas por projetos políticos que questionavam a ideia de uma nação homogênea e unificada, embora envoltos pelo autoritarismo, o elitismo e as mais abertas discriminações em relação aos diferentes, vistos como indesejáveis. Engajado em compreender o presente e em enfrentar as agruras de discussões pouco delimitadas, transversais e necessariamente interdisciplinares. Luiz Felipe Falção dispôs-se a uma empreitada das mais ousadas, pondo em questão a própria noção de "identidade brasileira" ao dedicar-se a compreender as relações de poder engendradas para a construção política do "sulista" e a bandeira do separatismo. Estava plenamente consciente de maneiar um repertório teórico difícil e que então ainda soava como novidade, em especial quando voltada para discutir os usos do passado e suas implicações amplas e, por vezes, trágicas no presente.

O intelectual cosmopolita, com história de vida fortemente situada nas discussões mais amplas acerca dos processos sociais contemporâneos e da história do Brasil, encontrava-se com o provincianismo e o regionalismo de um território que se identifica por traços que se pretendem exclusivos e refratários aos contatos culturais mais diversos. Ao invés de dar de ombros e passar a uma abordagem que

poderia soar condescendentemente arrogante e elitista, Falcão pretendeu olhar o outro com os olhos deste, compreender suas ideias, medos, ressentimentos e, pior, seus preconceitos e intolerâncias. E isso não foi feito em nome de um relativismo que viesse a dar ares de aceitação ao intolerável. Mas, para revelar o quanto a condição humana é vulnerável a ponto de acomodar perspectivas que negam a existência da própria humanidade como uma complexidade em que é indispensável estar aberto para novos encontros face a face e em igualdade de condições. Explorava ainda as possibilidades teóricas da noção de "fronteira", entendida não apenas como limite e separação entre grupos populacionais, mas como limiar de relações que se renovam constantemente, possibilitando encontros e desencontros.

Os limiares e os encontros os levaram ao ambiente cultural mais propício para as interações e as sociabilidades, ao face a face e à troca de olhares. As cidades passaram a fasciná-lo e seus compromissos sociais em compreender os significados das alteridades fizeram--no imergir no ambiente urbano mais reconhecível e, por outro lado, mais estranho. Ao transferir-se para Florianópolis após vários anos de clandestinidade e luta contra os abusos do autoritarismo, Luiz Felipe Falção não deixou de encontrar as armadilhas das relações de poder que atravessam o ambiente urbano e restringem suas potencialidades de gerar mais e novos encontros. Um ambiente natural aprazível e uma população aparentemente acolhedora, bem humorada e aberta aos "estrangeiros" e visitantes, a tal ponto de induzir a criação de uma assim chamada "indústria turística", poderia apresentar desafios recônditos e tensões mal disfarcadas. Aos poucos, na medida em que a própria vida o levou a recolher-se na cidade e a encontrar na Ilha de Santa Catarina seu espaço de convivência mais denso, Falção percebeu que estava diante de um objeto de estudos que poderia suscitar reflexões para além do senso comum e do provincianismo reinantes.

O encontro com Florianópolis levou-o a explorar o tempo presente e a perceber que seu compromisso com o vivido poderia mais do que engajá-lo nos estudos históricos, mas a levá-lo a encontrar inteligibilidades possíveis em práticas sociais que pareciam comezinhas, mas que são agenciadoras de temporalidades diversas. O contemporâneo ganha contornos sociais mais complexos quando deixa de ser tomado como apenas um tempo em comum, demandando a compreensão de sua singularidade, entrevista nas experiências de quem se volta a interrogar o que parece familiar, possibilitando perceber um tempo em disputa no próprio presente de nossas vidas. Assim, como arena cultural eivada de conflitos, uma cidade distante dos processos sociais e econômicos dominantes na sociedade brasileira, poderia ganhar um olhar mais atento que lhe desvelasse nas experiências de

seus habitantes e não apenas naquilo que gostam de dizer sobre si próprios.

À essa altura, Falcão explorava com ainda mais profundidade seu encontro com a obra de Michel Foucault. As interrogações sobre as práticas discursivas e as relações de poder o faziam questionar: "para que encontros estamos nos preparando?". Situava-se na perspectiva de quem não fazia pouco caso ou tábula rasa do presente, procurando explorar as possibilidades que a vida e as interações sociais permitiam, entrevendo mesmo sob as condições do capitalismo e das instabilidades sociais, a necessidade de instigar a abertura para o novo e o fascínio pelo que virá, sem medos.

Em um momento extremamente rico de sua vida, em 2004, Luiz Felipe Falcão reuniu numa pouco expressiva cidade do sul do Brasil um encontro internacional de grande porte que discutiu a obra de Foucault. Para organizar o "Seminário Internacional Michel Foucault: Perspectivas", Falcão dedicou-se intensamente a convencer diferentes instituições a se engajarem na empreitada e a conseguir o envolvimento de intelectuais de diferentes países. O provincianismo de Florianópolis não seria um impedimento para um evento de grande porte, com centenas de estudiosos, fora o público ouvinte que lotou um auditório para mais de mil lugares. Tudo isso envolveu a participação de voluntários que buscavam simplesmente a promessa do bom encontro que levasse inclusive aos desencontros capazes de pôr em questão as fronteiras e as divisões sociais, ao menos por um instante.

Em meio às tarefas acadêmicas e ao alargamento de espaços intelectuais, Falcão encontrou-se com uma cidade e com indivíduos praticantes de memórias reificadas que elidiam interesses e contradições os mais diversos. A Florianópolis "pequena", "pacata" e "provinciana" seria muito mais uma representação social que se afirmava na dependência dos grupos sociais que se fizeram hegemônicos. Na escala dos micropoderes, ao observar os processos de mudança capitalista do cenário urbano da cidade, Falcão dedicou especial atenção à chegada de "forasteiros", quando aparecerem tensões socioculturais entre os novos habitantes os moradores nascidos ou ambientados na cidade, inclusive as camadas populares. Interessava-o, sobretudo, que os conflitos se manifestavam nas disputas pelos signos de identificação da cidade e de sua memória histórica.

Falcão explorava a metodologia que mais o atraía: exatamente a do encontro. Por isso, a história oral e o registro de depoimentos pessoais, buscando encontrar nos indícios de memórias as condições para uma escrita historiográfica sensível às singularidades dos objetos de estudo. Sabedor de que a memória é capaz de tramar recordações as mais distintas, contraditórias e em disputa, encontrou na

discussão sobre as cidades a possibilidade de ouvir a polifonia, seja a dos discursos dos estabelecidos, mas em especial a fértil capacidade dos dominados, anônimos e esquecidos em afirmarem suas diferenças culturais e continuarem suas teimosas existências. Os personagens ordinários ganharam em suas investigações o proscênio da análise social, capazes de afirmarem com suas vivências a riqueza do cotidiano em seus desencontros com as estruturas de poder solidificadas.

Em tantos encontros e desencontros, Luiz Felipe Falcão encontrou-se consigo mesmo. A atenção ao tempo presente e às vivências levaram-no às questões fundamentais da democratização brasileira recente, da qual foi mais do que um espectador. Apetrechado por uma trajetória intelectual sólida, reconhecido por seus pares mais atentos, comprometido em evitar qualquer tipo de elitismo na abordagem dos fenômenos históricos e da cultura, mostrou-se preparado para discutir profundamente na última década o envolvimento das esquerdas brasileiras no processo político que culminou em uma tensa invenção democrática.

Passou a investigar trajetórias de vida ligadas à organização de movimentos sociais e aqueles que contribuíram para a afirmação autonomia da sociedade civil brasileira. Estava interessado na imprensa alternativa, nos comitês pela anistia e nas alterações institucionais. Pensava em compreender a atuação dos ativistas de esquerda e a sua influência nos rumos da democratização, pois considerava que uma parcela não desprezível dos militantes transitou no período para a crítica social ampliada, incluindo a falta de autonomia das mobilizações das classes subalternas e as manifestações contraculturais.

Pretendia, assim, compreender sua geração e construir uma interpretação sua própria trajetória. Tal interpretação deveria levar em conta o quanto as vivências daqueles e daquelas com as quais compartilhou sonhos e embates esteve repleta de conflitos políticos, socioeconômicos e culturais. Não pretendia ser mais um a trazer à luz memórias pretensamente heroicas e grandiloquentes. Buscava a análise equilibrada, considerando informações de que próprio era portador, mais que muitos outros ativistas poderiam recordar das mais diferentes formas. Depois que as forças repressivas da ditadura abateram as formas de luta armada, a partir de meados da década de 1970 remanescentes das esquerdas procuraram envolver-se em movimentos sociais de base, especialmente, no caso de próprio Luiz Felipe Falcão, junto a um renovado movimento operário, exercendo papel significativo na democratização da sociedade brasileira.

O mencionado e fértil encontro com a CLACSO deu-se neste momento da trajetória intelectual de Falcão. Empolgado com a investigação, pôs-se a viajar pelo país, encontrando e reencontrando antigos companheiros ou reconhecendo novo territórios de pesquisa para uma discussão que se tornara quente na sociedade brasileira. Afinal. os mecanismos institucionais legados ao país pela democratização ocorrida nas décadas imediatamente posteriores à ditadura pareciam desgastar-se rapidamente. Seria necessário compreender e aprofundar a questão democrática no país e, nesta, o papel exercido pelas esquerdas. A partir daí, em escritos e eventos. Luiz Felipe Falção passou a uma profícua produção em que esteve presente a compreensão das memórias em disputa de uma geração, reencontrando-se com seu passado, mas compreendendo as urgências do presente. Sabia ter vivido tempos extraordinários, mas queria encontrar a medida justa da interpretação, sem perder a esperança de que novos encontros singulares e ricos estariam sempre à espera. Integrou diferentes projetos de investigação, tais como o intitulado "Violencia y política: un análisis cultural de las militancias de izquierda en América Latina", em todos os casos sempre primando pelo trabalho colaborativo e os encontros os mais diversos e significativos.

Falcão tinha plena consciência dos males provocados pela violência política do período ditatorial e o conhecimento profundo dos meandros de uma sociedade que tem uma história de desigualdades sociais profundas e expressões duras de intolerância. Tinha uma visão rigorosa e dura dos erros de setores de esquerda que tiveram um dificil relacionamento com a democracia. Resolutamente defensor dos direitos humanos, sem qualquer tergiversação. Recusava qualquer tipo de relativização dos processos democráticos, compromissado com a ampliação da participação popular e com as políticas promotoras de igualdade. Por isso mesmo, voltou-se a compreender por quais mecanismos uma esquerda derrotada encontrou na democracia de base e no encontro com as classes populares as esperanças abaladas.

Encontrou na CLACSO a oportunidade para compartilhar suas reflexões sobre a "nova esquerda" surgida a partir da Revolução Cubana e seus embates com os diferentes autoritarismos, mesmo aqueles gerados pelas experiências socialistas do século XX. Junto a pesquisadores do México, Argentina, Brasil, Chile, Colômbia, Bolívia e Uruguai encontrou o espaço necessário para ampliar seu olhar e demonstrar suas habilidades sobre uma temática espinhosa para si próprio. Conseguiu financiamentos de agências de pesquisa para o estudo da esquerda latino-americana e suas motivações para a militância na segunda metade do século XX. Discutiu suas "estruturas de sentimento", aqueles que dizem respeito aos processos de subjetivação em movimento, acentuando semelhanças e diferenças entre os países. Sabia ser indispensável compreender que os movimentos da sociedade não mais se reduziam às identidades de classe em sua constante

invenção democrática e embates com um capitalismo que não mais cabe em clássicas interpretações consolidadas. A cidadania e as lutas pelo "direito a ter direitos" entraram rapidamente nos enquadramentos das novas agendas neoliberais, o que levou a configurações ainda mais contraditórias. As demandas por participação social e política levaram a vitórias eleitorais de "governos progressistas", sendo estes envolvidos rapidamente tanto pelos limites institucionais da democracia representativa quanto por seus próprios erros na condução das políticas públicas.

Neste livro, leitores e leitoras encontrarão não só as homenagens justas a um intelectual como uma série de textos que exploram dimensões das discussões levadas adiante por Luiz Felipe Falcão. O livro está estruturado em textos que exploram a trajetória pessoal, política e acadêmica de Falcão, mas também por aqueles que dizem respeito a suas preocupações mais candentes, envolvendo temáticas tais como...

Luiz Felipe Falcão encontrou, reencontrou, desencontrou. Amigo de muitos amigos, companheiro das lutas e sonhos de uma geração das mais significativas para a construção democrática brasileira, na vida e na reflexão fez-se um intelectual indispensável para a compreensão de nosso tempo.

PRIMERA PARTE RECORDANDO A LUIZ FELIPE FALCÃO

UN RECUERDO DE LUIZ FELIPE FALCÃO

Patricia Pensado Leglise

Quiero saludar la iniciativa de reunir testimonios en torno a la obra intelectual de Luiz Felipe Falcão y, al mismo tiempo, decir que hablar de colegas cercanos siempre es una tarea que difícilmente puede ser objetiva. Hay, en las relaciones, un tejido sensible que "empaña" de cierta manera la objetividad; sin embargo, arriesgo algunos comentarios en relación con temas que compartimos y que, me parece, dan cuenta de sus pasiones intelectuales y, también, de sus cualidades humanas.

Conocí a Luiz Felipe por nuestro amigo Pablo Pozzi quien, en 2009, nos convocó a varios colegas a formar un grupo de trabajo en el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) con el propósito de reflexionar en torno a la izquierda latinoamericana "realmente existente", recurriendo a la historia oral, metodología invaluable para conocer "de primera mano" la historia de vida de militantes que habían participado en organizaciones políticas o sociales durante la segunda mitad del siglo XX.

El primer grupo de trabajo lo coordinamos Pablo y yo, del que resultó el libro colectivo *Experimentar la izquierda: historia de militancia en América Latina, 1950-2000,* coordinación que me permitió tratar con las y los autores entre quienes estaba Luiz Felipe que había entrevistado a la feminista Ethel Leon quien detalla no solo los problemas que tuvieron que sortear las y los militantes brasileños de izquierda

frente a la dictadura militar que se mantuvo veintiún años, también su experiencia como militante en la izquierda en un momento de la historia de ese país en el que las organizaciones de izquierda estaban proscriptas así como por una cultura que, en buena medida, acotaba la participación de las mujeres en actividades que no "correspondieran" al ámbito familiar.

El texto de Luiz Felipe es una descripción respetuosa del contexto de Ethel Leon, joven de clase media acomodada, de origen judío por vía materna, con hermanos varones, que vive en Petrópolis, una ciudad serrana de Río de Janeiro, sumamente conservadora que, empero, no impide que Ethel cultive sus inquietudes intelectuales. Pero, también, da luz a temas de las que pocas veces se habla; me refiero al hecho de que frente a ciertas características físicas, que son bien valorados en buena parte de la cultura occidental, en el caso de algunos militantes de izquierda resultan ser objeto de discriminación, reproduciendo así las convenciones y los prejuicios de las ideologías que criticaban.

En su texto, Luiz Felipe descubre, de manera sutil, el tema sin asumirse como juez ni como censor; lo expone como quien busca que se tome conciencia del mismo y, en esa medida, pueda ser modificado "Identificar las influencias más difusas que convirtieron en atractiva para ella la militancia política contra la dictadura, la posible presencia ahí de elementos de contracultura relacionados con una visión del mundo libertario y solidario y la magnitud de la acción de las izquierdas (militantes de partidos u organizaciones, activistas independientes) como respuesta al régimen y en el proceso de democratización de Brasil" (Falcão, 2001, pp. 303-304).

Luiz Felipe recupera y reflexiona en torno a la narrativa de Ethel, interviene como una voz en off, lo que ayuda a tener una lectura contextualizada tanto del país como de las izquierdas de esa época. Capítulo, por cierto, que fue uno de los que más me gustó, porque además de ceñirse al propósito del proyecto (analizar el proceso de la militancia política desde la mirada subjetiva que se propone explicarlo más allá del acto racional de la praxis política, volcándolo en el entramado de relaciones personales, considerando el ámbito de los sentimientos, las representaciones y la cultura), sino que, como dije, aporta información sobre el ambiente político del país durante los años de la dictadura, expone ideas que eran objeto del debate político entre las organizaciones de izquierda brasileña y señala el papel que jugaron manifestaciones de la contracultura al ser insumos para pensar en nuevas formas de relaciones sociales bajo paradigmas libertarios.

Me refiero a nuevos derechos civiles como la despenalización del aborto o los matrimonios igualitarios y al papel que tuvo, en las decisiones de los sujetos, esa actitud libertaria que les hizo ser más asertivos y resilientes frente a las críticas. Al respecto, Ethel señala: "Había en mi juventud un clima general que mezclaba contracultura, rebelión y lucha de izquierda contra la dictadura, pero diferente del PCB [Partido Comunista Brasileño] y de las viejas generaciones de militantes" (Falcão, 2019, pp. 320-321).

Pienso que el hecho de que Luiz Felipe eligiera el testimonio de Ethel, es una muestra de su empatía y admiración de y con las luchas de las mujeres; también de compartir una praxis dirigida a cambiar no solo el sistema de explotación del capitalismo sino, diría el viejo Marx, la superestructura.

Recuerdo que cuando en 2018 algunos integrantes del grupo CLACSO asistimos a la ciudad de Trelew, Argentina, al XIII Encuentro Nacional de la Asociación de Historia Oral de la República Argentina (AHORA) compartimos una mesa Luiz Felipe, Gerardo Necoechea, y vo. Después de la sesión tuvimos una conversación que me resultó muy interesante sobre Gramsci v acordamos hacer un texto juntos para hablar de la recepción de la obra de este gran comunista italiano en la izquierda de nuestros países (Brasil v México) v exponerlo en el Coloquio que organizaban José Pantoja y Gerardo Necoechea bajo el auspicio de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). Si bien la ponencia a dos manos no se concretó, en esa ocasión Luiz Felipe presentó una interesante disertación sobre epistemologías del sur, la aplicación y la pertinencia de los estudios subalternos para reflexionar sobre la historia latinoamericana y entender algunos de los movimientos sociales que han puesto sobre la mesa temas nuevos que han llevado "a una nueva constelación de lo político" (Chakrabarty, 2005, p. 38).

Sostenía que para comprender mejor esos fundamentos era necesario regresar a temas de Antonio Gramsci, en particular sus ideas en relación con la cuestión meridional, (García Bonafe, 1975, pp. 275-291) donde desarrolla el problema campesino y expone la necesaria unidad entre "la lucha directa del control de la fábrica y la conquista de la tierra [...] unidad de las dos fuerzas revolucionarias (que) superará el divorcio entre ciudad y campo que se expresará a través de una nueva relación industria-agricultura mediante una organización común: la democracia productiva" (García, 1975, p. 285).

En esa ocasión, Luiz Felipe mencionó las ideas de un intelectual bengalí, Dipesh Chakrabarty, uno de los representantes de los estudios subalternos que plantea la necesidad de descolonizar el pasado, encontrando una semejanza en la vida colonial entre la India y América Latina. Señalamiento, por cierto, que para una parte importante de la academia latinoamericana se ha convertido en tema de reflexión y debate ya que se reconoce la naturaleza excluyente del nacionalismo criollo, bajo el cual se constituyeron los Estados-nación en América

Latina, la segunda mitad del siglo XIX y, también, la relación entre algunas corrientes del nacionalismo y su convergencia con planteamientos de la izquierda.

En opinión de Ranajit Guha, los estudios subalternos se desarrollan con el interés de mostrar las diferencias con la historiografía neomarxista inglesa, pilar de la historia social, con el argumento que en esa historia universalista del capital, y por consecuencia del poder, las historias poscoloniales han roto sus paradigmas, al no poder ignorar la potencialidad política y representatividad a nuevos grupos subalternos.

De ahí la relación que Luiz Felipe estableció, entre el planteamiento de Guha acerca de que "la historia global del capitalismo no necesita reproducir en todas partes la misma historia del poder" (Chakrabarty, 2005, p. 14) y Gramsci, quién se ocupó de examinar las relaciones hegemónicas de poder entre las distintas clases sociales, y en este punto, discernir si podía existir, como sostiene Guha, "sobre el capitalismo una dominación sin hegemonía" (p. 16).

Sus inquietudes intelectuales le llevaron, también, a retomar reflexiones de Walter Mignolo, Aníbal Quijano y Leonardo Boff, quienes han desarrollado el pensamiento decolonial contextualizándolo en la realidad latinoamericana. Cabe recordar que Mignolo (2005) expone su crítica a la idea de que la colonialidad se valió también de colonizar el pensamiento, "dejarse dominar, voluntariamente o no, por una perspectiva de la historia, la vida, el conocimiento, la economía, la subjetividad, la familia o la religión moldeada por la historia de la Europa moderna" (p. 17).

Modernidad que se construye con los paralelos europeos, reconociendo como única civilización capaz de asumir el proyecto moderno a la occidental, de ahí la necesidad de decolonizar el proyecto de modernidad y proponer una pluriversalidad de paradigmas, bajo los cuales se establezca un diálogo intercultural entre comunidades y proyectos subalternos, los cuales, según Mignolo, pueden desarrollar conflictos interculturales con el "Estado y las instituciones que controlan las esferas de lo social: economía, política, sexualidad y género, subjetividad y saber" (p. 180).

El punto a destacar, me parece, es que el reclamo político está acompañado de "una diferencia epistémica" sostenida por "naciones indígenas y proyectos de afrodescendientes como de mestizos/as e inmigrantes de América del Sur. Pero también con proyectos decoloniales emergentes en la población latina en Estados Unidos" (p. 213).

Entre quienes plantean "la visión holística" que Leonardo Boff retomó de Jan Smuts, filósofo sudafricano quien la definió "como el esfuerzo de interpretar el todo en las partes y las partes en el todo", que traducido por Boff significaba la captación orgánica, de cada una y diversa de sus

partes, articuladas entre sí dentro o construyendo la totalidad; para explicar que solo podrá haber salvación para todos "o corremos el riego de perecer" ante la devastación del orden ecológico, de ahí que proponga la necesidad de redimensionar las prácticas y saberes humanos y su llamado ético a la construcción de una democracia ecológico-social.

Otro de los temas que incluye la agenda de los estudios subalternos, muy discutido en el pasado, es el nacionalismo y su propuesta de deconstrucción de su discurso para incluir las reivindicaciones de los grupos subalternos en este tipo de movimientos políticos. Ya que a partir del fracaso del socialismo real, pérdida mayor de confianza en el Estado, lo subalterno asumió una posición anti-estatal y antimoderna, rechazando la militancia política y optando por posiciones populares y subalternas en acciones colectivas. Sin embargo, no se plantean abandonar la lucha al interior del Estado, porque solo a través de este es posible empujar nuevas formas de territorialidad y de identidad, y cambiar la forma del Estado-nación moderno.

Al terminar su exposición recordé los comentarios hechos meses atrás en Argentina, y me quedó clara la importancia que para él tenía volver a categorías del político e intelectual italiano para los estudios subalternos.

Luiz Felipe tituló su ensayo sobre Ethel como "tiempos extraodinarios", tiempos que él mismo habitó y que, como ella, también fue parte de las filas de la izquierda latinoamericana de las décadas de 1960 y 1970, parte de un puñado de hombres y mujeres que soñaban con la revolución posible. Generaciones que rechazaban no solo un orden político decadente y opresivo, sino que denunciaban una serie de convenciones sociales que hacían irrespirable el ambiente; generaciones que, me parece, no se les han reconocido todavía sus aportes a la (re)creación de una cultura de izquierda incluyente, contraria al pensamiento único, que en el camino fue capaz de incorporar a la democracia como uno de los valores centrales de y en la lucha por el socialismo.

Una generación que, como lo señaló Rossana Rossanda, había aprendido: "que no todo lo que no ha funcionado históricamente era políticamente erróneo" (Fernández, 2009).

Imagino que Luiz Felipe, profesor comprometido, intelectual crítico y propositivo pero, ante todo, una buena persona,¹ estaría de acuerdo con la pensadora y política italiana y, con su ánimo alegre, agregaría: vale la pena seguir insistiendo.

¹ Según la filósofa Ágnes Heller, "una persona es buena si en el caso de tener que escoger entre cometer el mal o sufrirlo, prefiere sufrir que hacer sufrir a otros", ¿Vivimos un mundo en decadencia moral?, coordinado por Lukasz Czarnecki, 2019. ¿Revoluciones en la vida cotidiana? 50 años después, México, Siglo XXI, p. 38.

BIBLIOGRAFÍA

- Boff, L. (2000). La dignidad de la tierra. Madrid: Trotta.
- Chakrabarty, D. (2005). Una pequeña historia de los Estudios Subalternos. Annales de desclasificación. Documentos complementarios.www.desclasificación.org Estudios Subalternos e Historiografía Postcolonial· (unam.mx)
- Falcão, L. F. (2004). Entrevista a Ethel Leon, Brasil.
- Falcão, L. F. (2013). Ethel León: rememorando tiempos extraodinarios en P. Pensado Leglise (coord.). *Experimentar en la izquierda: historias de militancia en América Latina, 1950-1990*. Colección Grupos de Trabajo. Buenos Aires: Universidad Academia, CLACSO.
- Fernández, B. F. (2009). "Las memorias de Rossana Rossanda: para el libro blanco del comunismo en el siglo XX". https://www.sinpermiso.info/textos/las-memorias-de-rossana-rossanda-para-el-libro-blanco-del-comunismo-en-el-siglo-xx
- García Bonafe, M. (1975). Gramsci y la cuestión meridional. *Estudis* (4), Valencia, pp. 275-291.
- Heller, Á. (2019). ¿Vivimos en un mundo en decadencia moral? en L. Czarnecki, ¿Revoluciones en la vida cotidiana? 50 años después. México: Siglo XXI.
- Mignolo, W. (2005). La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial. España: Gedisa.

O MESTRE COMO APRENDIZ: UM ORIENTADOR NA PRÁTICA DA IGUALDADE

Thiago Reisdorfer

Diversas são as relações que caracterizam e demarcam a trajetória de sujeitos ao longo de suas carreiras universitárias. Na trajetória "típica" brasileira, temos 4 anos de graduação, 2 anos de mestrado e mais 4 de doutorado, somando cerca de 10 anos de estudo e trabalho acadêmico formativo. Nesse período, relações com professores, colegas, família, amizades, entre outras, atravessam, interferem, influem e são influenciados. Entre estas, um conjunto de las tem o potencial de se destacar, positiva ou negativamente, as relações de orientação. Em meu caso, tive a honra de ter como orientador de doutorado o Professor Luiz Felipe Falcão. É sobre esta relação, em diálogo com o contexto do sistema de educação universitário e de pós-graduação brasileiro, além das contribuições que as preocupações, proposições e práticas de Falcão, que este texto foi construído.

Como estudante do sistema universitário brasileiro tive diferentes orientadores(as) ao longo de minha trajetória. Orientações de Estágio Supervisionado¹, de Trabalho de Conclusão de Curso

¹ O Estágio supervisionado na graduação de Licenciatura em História no Brasil consiste em um conjunto de atividades que visam preparar o discente para a prática da docência no ensino básico. Entre as diferentes atividades, as mais relevantes são as "regências", aulas ministradas pelo discente no ambiente escolar em geral, como no meu caso, sob orientação de um professor da instituição universitária a qual o discente é vinculado.

(TCC), de mestrado e, por fim, de doutorado, atravessaram essa trajetória. Foi em 2014 que realizei a seleção para ingressar no Programa de PósGraduação em História (PPGH) da Universidade do Estado de Santa Catarina (UDESC), onde o professor Luiz Felipe Falcão, ou como o conheci, o professor Felipe, aceitou ser meu orientador ao longo do período de doutoramento. Nossa relação de orientação se estendeu até outubro de 2018, momento em que defendi minha tese.

Ao longo deste período convivemos em proximidade com o objetivo comum da construção de um processo de pesquisa que se materializasse em uma tese que, ao mesmo tempo, fosse uma contribuição ao campo da História, expressasse um aprendizado e o alcance de um maior nível de maturidade na pesquisa. Nossa relação se estabeleceu por um eixo comum, o interesse pelo estudo das cidades e identidades, suas dinâmicas, tramas e tensões, como objeto do campo da História. Pesquisei ressignificações identitárias de estudantes da Universidade Federal da Integração Latino Americana (UNILA)², constituídas por meio de dinâmicas interculturais estabelecidas na relação universidade/cidade.

O professor Felipe, graduado em História em 1988, completou seu mestrado em 1992 e seu doutorado em 1998. Iniciou sua trajetória como professor universitário logo depois de sua graduação. Já em 1988 atuou como professor na Universidade do Vale do Itajaí em Santa Catarina (UNIVALI), onde permaneceu até 2004. Em 1994 ingressou como professor efetivo na Universidade do Estado de Santa Catarina (UDESC). Em 1999 ingressou no Programa de Pós-Graduação em História da Universidade Federal de Santa Catarina (UFSC), ao qual permaneceu vinculado até 2004. Em 2007 foi criado, com sua participação, o Programa de Pós-Graduação em História (PPGH), com área de concentração em História do Tempo Presente, da UDESC. Este programa era inicialmente de mestrado e, depois de 2014, também de nível de doutorado. O ano de 2004 demarcou uma concentração de suas atividades na UDESC. Esse movimento coincide com o processo de organização interna dos docentes da UDESC para a criação do PPGH.

Esse percurso permite perceber uma trajetória consolidada como professor universitário (1988-2020) e como professor/orientador de mestrado (1999-2004 na UFSC e 2007-2020 na UDESC) e, a partir de

² A UNILA foi fundada em 2010 com o objetivo específico de ser uma instituição de ensino superior com a missão de formar sujeitos comprometidos com a integração latino-americana. Tem, como uma de suas características centrais, o projeto institucional de atração de cerca de 50% de seu corpo discente dos diferentes países da América Latina.

2014, como docente e orientador de doutorado. Dessa forma, no momento de nossa relação de orientação, o Professor Felipe tinha uma trajetória consolidada de orientações na graduação e na pós-graduação. Em seu currículo³ aparecem concluídas 1 orientação de doutorado, 31 orientações de mestrado, 14 monografias de especialização, 49 trabalhos de conclusão de curso (TCC) e 16 projetos Iniciação Científica.⁴ Seu foco de orientações esteve concentrado em duas áreas centrais: Identidades e Cidades. Se observarmos as dissertações de mestrado, foram 7 diretamente vinculadas a diferentes questões identitárias, concentradas principalmente no início de sua trajetória como orientador. Já sobre história e cidades foram 11 trabalhos de mestrado orientados, disseminados ao longo de toda sua carreira. Some-se a isso mais 4 trabalhos voltados a dimensões da História Política do tempo presente.

Vemos nesses números uma trajetória rica e densa de orientações. Sem contar as orientações que ficaram sem conclusão devido ao seu falecimento, temos 111 relações de orientação realizadas ao longo de sua carreira. Ainda temos 41 bancas de mestrado. 13 bancas de doutorado e 35 bancas de TCC, além de outras atividades não registradas. Esses números apenas ilustram o intenso trabalho de Luiz Felipe Falção e nos permitem um vislumbre de seu impacto na formação de historiadores no Brasil através de sua atuação direta no campo da orientação e da avaliação de trabalhos de pesquisa. Esses números devem ser mediados e lidos à luz das discussões que fazemos a seguir. Buscamos pensar suas propostas teóricas e práticas em suas relações de orientação através da discussão de nossa relação com ele, bem como, através de suas proposições em "El Maestro Aprendiz" (2019), dialogando ainda, com o contexto do sistema de pós-graduação brasileiro. Em especial, focaremos no esforço de Falção para que suas práticas e proposições teóricas contribuíssem para uma sociedade mais igualitária e democrática.

UMA EXPERIÊNCIA DE ORIENTAÇÃO COM O PROFESSOR FELIPE

Nessa longa trajetória de orientações, nossa relação foi a primeira orientação de doutoramento na UDESC de Luiz Felipe Falcão. Sua densa experiência de orientação em outros níveis permitiu segurança e tranquilidade para ambos ao longo de nossa trajetória. A prática de

³ http://lattes.cnpg.br/9833063795825367

⁴ No Brasil a chamada "Iniciação Científica" se organiza dentro do Programa Institucional de Bolsas de Iniciação Científica (PIBIC). O programa é voltado para estudantes de graduação que recebem bolsas de estudos –em 2020 esse valor é de 400 reais– e desenvolvem projetos de pesquisa sob a orientação de um professor. Estes projetos têm a duração de 12 meses.

orientação que conduziu ao longo de minha experiência esteve calcada na gentileza, na igualdade e no estímulo gerado por constantes questões levantadas por ele sobre diversos aspectos da minha pesquisa. Uma breve apresentação dessa trajetória ajudará o leitor a compreender, posteriormente, o argumento levantado neste texto: o discurso e a prática da igualdade na relação de orientação pode ser um elemento importante para um aperfeiçoamento dessa dimensão da pós-graduação brasileira. Ingressei no doutorado, como mencionado, com um projeto de tese sobre a primeira experiência no Brasil de uma universidade voltada a integrar estudos e estudantes latino-americanos, a UNILA.

A estrutura da pós-graduação brasileira -que aprofundaremos adiante- produz um movimento em que grande parte dos estudantes realizam toda sua carreira acadêmica numa mesma cidade e, em alguns casos, numa mesma universidade. Em minha turma de doutorado, apenas eu e mais três colegas -de um grupo de 15 doutorandosnão tínhamos prévia conexão direta com a cidade de Florianópolis (em especial através da UFSC de onde vários colegas eram provenientes) e, nesta, com a própria própria UDESC (professores temporários, ex-alunos de graduação ou mestrado, membros de grupos de pesquisa, etc.). Essa familiaridade de boa parte dos estudantes com a instituição e, em alguns desses casos, com seus orientadores de doutorado, tende a facilitar essa relação, afinal, algumas das expectativas, anseios e temores sobre a relação de orientação já estão previamente estabelecidos e delimitados. Em meu caso, não conhecia Luiz Felipe Falção pessoalmente. Havia lido alguns trabalhos de sua autoria, bem como, conhecia sua trajetória de pesquisa.

Para um estudante, pode ser muito diferente a leitura de um texto, o acompanhamento a distância de uma pesquisa e a relação mais pessoal que caracteriza uma orientação. O peso desta e da palavra de um orientador de doutorado não é nada casual para o estudante. Em muitos casos –e isso é um problema– pode-se gerar expectativas de validação descabidas. Essas expectativas permeiam, especialmente, os primeiros contatos. Os primeiros diálogos podem ser tensos, gerar ansiedade, medo, preocupação e, claro, esperança de uma boa relação. Assim, a densa experiência proporcionada pela trajetória do de Luiz Felipe Falcão, permeada por uma preocupação com a subjetividade do estudante, foi um grande facilitador desse momento. Sua prática de construir uma relação em igualdade que permitisse que o estudante, eu no caso, construísse ou consolidasse uma independência intelectual se fez presente já no início.

A relação de orientação com Luiz Felipe Falcão foi marcada por uma constante: muita escuta por parte dele, muita fala da minha parte

e muitas questões levantadas e discutidas. Seu papel constantemente era o de "advogado do diabo", produzindo um espaço de onde eu pudesse livremente apresentar minhas preocupações, meus objetivos, minhas dificuldades e alternativas que havia construído, cabendo a ele apontar e levantar questões e limites que poderiam surgir. Confesso que me surpreendia em alguns momentos quando, mesmo se concordasse com um determinado procedimento ou caminho da pesquisa, mostrava outros caminhos, elaborando inúmeras discussões que me faziam ter de convencê-lo e, consequentemente, me convencia de uma ideia, dessa vez mais consolidada do que antes das discussões. Essa prática pode ser trabalhosa, mas trouxe como resultado a busca constante pela identificação de problemas e, mais importante, o desenvolvimento de soluções para essas questões.

Outro elemento constante, mas que geralmente passa despercebido, era a informalidade nessa relação. Essa informalidade se dava tanto nos espacos quanto no conteúdo. Nossos diálogos iniciavam na instituição, no Laboratório de Estudos da Contemporaneidade (LEC), e migravam para um restaurante próximo. Ao longo da conversa, sequências de questionamentos e debates eram permeadas por discussões sobre futebol (ambos torcedores do Flamengo), conversas com colegas que passavam pelo espaço, etc. Mas a marca mais interessante dessa informalidade era a utilização durante os debates de inumeráveis exemplos da experiência de sua própria experiência como forma de suavizar e, ao mesmo tempo, pensar questões que estavam postas naquele momento da pesquisa. Sua vasta milhagem em viagens nacionais e internacionais forneciam um rico cardápio de exemplos, anedotas e histórias transformadas em matéria prima para problematizações. Como minha pesquisa envolvia estudantes latino-americanos procedentes de vários países esse conhecimento prático (mesmo que em alguns casos apenas turístico) da América Latina gerou inúmeros insights e problematizações que foram incorporadas aos questionamentos da pesquisa.

O elemento que melhor sintetizou o potencial dessas duas dinâmicas —escuta atenta, promotora de problematizações, e informalidade— foi a descoberta e a transformação do "unileiro" em elemento central da investigação que então conduzia. Ainda no início de nossas orientações buscávamos um elemento que pudesse evidenciar as ressignificações identitárias de nossos entrevistados a partir do contato com a cidade de Foz do Iguaçu e com a Unila. Em uma de nossas conversas citei, casualmente, que eles se denominavam "unileiros". Para mim esse era um elemento simples da pesquisa. Logo que mencionada, essa denominação se tornou objeto de inúmeros questionamentos de parte do Professor Felipe. Ele estranhou profundamente a criação

de uma denominação que abarcava toda a comunidade discente, afirmando que isso seria uma especificidade de nosso objeto que merecia ser investigada. Esse estranhamento só se tornou possível justamente pela especificidade de sua trajetória. Sua formação acadêmica, iniciada ainda durante o período da ditadura militar e sua trajetória como docente o levou a conviver com diversas instituições e comunidades universitárias. À época ele me provocou a encontrar denominações semelhantes ao "unileiro" em outros espaços. Segundo ele, isso seria algo raro, pelo menos no Brasil, (o único exemplo que se assemelhava ao nosso caso era o de "uspiano" utilizado pelos discentes da USP, uma das maiores e mais prestigiosas universidades brasileiras), pois não haveria um "udesquiano" (estudante da UDESC), "ufsquiano" (Estudante da UFSC) ou algo do gênero.

É preciso notar que a proposição não se deu como uma solução, mas sim, como uma provocação para a pesquisa. Não criou uma situação em que esta era uma contribuição obrigatória do orientador para a tese, mas sim, uma provocação que deveria ser desenvolvida (ou não) por mim. Dessa forma, após as conversas o retorno à pesquisa se deu pautado nessa possibilidade. No contato com as fontes, o "unileiro" acabou se consolidando como o ponto nodal de onde as ressignificações identitárias no contato com a cidade e com a universidade se condensaram e foram problematizadas. Esse resultado deve ser pensado no sentido mais rico da orientação: não houve uma determinação da incorporação dessa questão, ou então uma simples sugestão para olhar esse problema, mas uma constante provocação que colocava dois pesquisadores em uma situação de igualdade em suas curiosidades. Esse momento permite perceber de maneira sintética o processo de orientação de Luiz Felipe Falção: escuta atenta, incorporação de sua subjetividade e experiência de vida na prática, levantamento de novas questões que demandaram esforco intelectual e maturidade para o desenvolvimento da ideia e igualdade na relação (sua sugestão não foi estabelecida como prioridade, mas sim, como possibilidade). Enfim, uma situação em que ao invés de me "ensinar" algo, me provocou a aprender algo. Perspectiva que apresenta em seu texto "El Maestro Aprendiz".

O texto "El Maestro Aprendiz" (Falcão, 2019, pp. 63-79), publicado na coletânea organizada por Pablo Pozzi e Paula Godinho intitulada "Insistir con la Esperanza" (2019), reflete sobre a dinâmica de desenvolvimento intelectual na relação docente-discente. O texto em questão parte da provocação da necessidade do desenvolvimento da igualdade como valor insubstituível da construção e da manutenção da esperança como sustento das relações sociais. Para abordar e problematizar a relação entre estudante e professor a partir da igualdade,

dialoga com o texto de Jacques Rancière "O Mestre Aprendiz" (2004). Neste, Rancière aborda a discussão pedagógica de Joseph Jacotot, educador francês exilado nos Países Baixos em fins do século XVIII e início do XIX. Sobre este trabalho, Falcão destaca:

La revelación de Joseph Jacotot se refiere a lo seguiente: es preciso invertir la lógica del sistema explicador. La explicación no es necesaria para socorrer a uma incapacidad para comprender. Es, por el contrario, esta incapacidad, la ficción estructurante de la concepción del mundo. Es el tutor que tiene necesidad de los incapaces, y no al revés, es quien verdadeiramente los hace incapaces. Explicar algo a alguien es, em primer lugar, mostrarle que no puede comprenderlo por sí mismo. Antes de ser el acto del pedagogo, la explicación es el mito de la pedagogía, la parábola de un mundo dividido entre espíritus sábios e ignorantes, espíritus maduros y espíritus inmaduros, capaces e incapaces, inteligentes y tontos (Falcão, 2019, pp. 78-79).

Em que pese o caráter bastante específico da experiência pedagógica de Jacotot, um educador a quem é, inicialmente, demandado o ensino de uma língua estrangeira para estudantes dos Países Baixos no século XIX, a provocação resultante de sua hipótese navega em diálogo com a preocupação do autor, ao longo de seu texto: como desenvolver uma relação docente/discente amparada pela ideia da igualdade? A relevância e a discussão dessa questão poderão ser compreendidas mais eficientemente à luz de uma breve historicização da estrutura universitária, em especial da pós-graduação brasileira, marcada por uma longa trajetória de elitismo e desigualdade.

Para tanto, exploraremos primeiramente seu contexto de formação para, em seguida, abordarmos em diálogo com a literatura especializada a respeito das relações de orientação que ali se estabelecem. Por fim, à luz das proposições trazidas por Falcão em "El Maestro Aprendiz", em diálogo com a experiência de orientação da qual participei, problematizarei esse contexto. Assim, pretendo apontar como as práticas e as reflexões de Luiz Felipe Falcão podem contribuir para uma ressignificação dessa relação.

UM SISTEMA DE DESIGUALDADES

"O Brasil é um país continental". "O Brasil é um país desigual". Essas duas frases são comuns no discurso público sobre o país. Em diferentes formas e com diferentes projetos, organizam a imagem do país internamente, bem como, suas políticas econômicas, educacionais, sociais (quando existem). Marcaram também a construção e a estruturação de um importante sistema de pós-graduação no Brasil

nos últimos 60 anos. Para compreender esse processo, bem como, o contexto em que se estruturam as relações de orientação em nosso país é preciso remontar, brevemente, a história das universidades brasileiras.

As universidades, como sendo instituições milenares, chegaram às Américas Espanhola e Inglesa junto com a colonização europeia. Na América Espanhola, várias universidades foram criadas já no século XVI. No caso da América Inglesa, as primeiras instituições de ensino superior, remontam ao século XVII. No caso da América Portuguesa esse processo é bastante distinto. Uma política imposta pela metrópole Portugal proibia a inserção dessas instituições em sua colônia (Cunha, 2007). Apenas após a chegada da família real ao Brasil, em 1808, algumas estruturas de ensino superior foram criadas. Mesmo assim, a forte presença do positivismo francês entre as elites brasileiras, que viam as universidades como instituições do Antigo Regime, impediu a fundação destas durante todo o século XIX.⁵

Apesar de várias tentativas, todas frustradas, ao longo do XIX para a criação de uma universidade no Brasil, isso ocorrerá apenas no século XX. Duas instituições costumam despontar como as "primeiras", a atual Universidade Federal do Rio de Janeiro (UFRJ), fundada em 1920 com o nome de Universidade do Rio de Janeiro, ou a Universidade de São Paulo (USP) fundada em 1934. Em que pese as querelas pela primazia entre as instituições universitárias, estas iniciativas foram primordialmente elitistas. Funcionaram como espaços de formação dos filhos da elite nacional para a ocupação de setores estratégicos da economia, política e sociedade brasileira. Apesar disso, foram importantes para a construção e sistematização da ciência e da produção do conhecimento no país.

O tardio surgimento das universidades brasileiras impactou também a pósgraduação. As primeiras defesas de teses ocorreram dentro de um sistema distinto do atual. Assim como na maior parte dos sistemas universitários latino-americanos no Brasil vigorou o sistema de "cátedras⁶", abolidas no país em 1968 (Fávero, 2006).

⁵ Em que pese o impedimento ao surgimento de Universidades no período do Brasil Império, foram criadas algumas faculdades ou escolas superiores (Cunha, 2007).

⁶ Desde já é importante apontar que quando falamos da cátedra brasileira em nenhum momento a estamos comparando com as estruturas de cátedras existentes no tempo presente em outros países da América Latina. A cátedra brasileira existe e sobrevive numa historicidade de profundo elitismo das universidades, concentradas, em muitos casos, em reproduzir as estruturas sociais de desigualdade que atravessavam o Brasil da primeira metade do século XX.

Nesta estrutura e com a ausência de um sistema organizado de pós-graduação os estudantes realizavam suas defesas de tese vinculados a uma relação relativamente rígido:

O elemento central desse modelo era a relação tutorial que se estabelecia entre o professor catedrático e um pequeno grupo de discípulos, os quais também atuavam como auxiliares do professor nas atividades de ensino e/ou pesquisa. Nesse formato, o treinamento era bastante informal e estava centrado no desenvolvimento da tese. A autoridade acadêmica do professor era absoluta: apenas a ele cabia estabelecer o conteúdo e o volume das atividades acadêmicas a serem cumpridas pelos candidatos antes da defesa da tese. Da mesma forma, era esse professor quem determinava quais questões e métodos de demonstração eram aceitáveis para uma dissertação e quais técnicas eram admissíveis para a pesquisa (Balbachevsky, 2005, p. 277; ênfase própria).

Esse modelo predominou até a década de 1960. Como destaca Balbachevsky, a organização dessa estrutura se baseava na centralidade do poder do professor catedrático: a ele cabiam os limites e possibilidades dos rumos da tese. Ao estudante, cabia o papel de "discípulo", nem mesmo o de aprendiz, afinal, cabia a ele seguir as ordens e passos determinados pelo catedrático. Discordância poderia implicar em reprovação e/ou desvinculação da cátedra o que poderia inviabilizar a trajetória acadêmica do estudante. Essa estruturação cristalizava uma relação de desigualdade entre o catedrático e seu "discípulo". Como toda relação e historicidade complexa, outras práticas docentes podem ter sido construídas, flexibilizando de diferentes formas a relação docente/discípulo, de toda forma, um poder discricionário estava nas mãos do catedrático. Além dessa relação vertical na estrutura de organização, temos uma concentração dessas universidades nas grandes capitais brasileiras, especialmente no sul e sudeste brasileiro. A desigualdade das relações internas reproduzia e ressignificava as desigualdades no acesso e na distribuição das instituições.

Essa estrutura foi amplamente transformada a partir das décadas de 1950 e, especialmente, da década de 1960. A partir desse momento diferentes iniciativas em âmbitos locais e do governo federal iniciaram um processo de articulação que, na década de 1970, configuraria um sistema de pós-graduação. A tentativa de criação e ampliação da pós-graduação no Brasil era uma das bandeiras da ditadura militar iniciada em 1964. Dentro da égide da ideia de "modernização conservadora" da sociedade e, também, das universidades, os governos ditatoriais buscaram organizar a pós-graduação

brasileira (Motta, 2014). Nesse esforço é criado o chamado "Parecer Sucupira", que balizou a estruturação da pós-graduação, níveis de mestrado e doutorado no Brasil.

A partir do parecer, em conjunto com a ênfase dos governos ditatoriais brasileiros, foi construído paulatinamente o sistema de Pós-Graduação Brasileiro. Em 1961, antes da ditadura, foram criados 6 Cursos de Pós-Graduação: em 1964, ano do golpe, mais 7: em 1970. em pleno auge do crescimento econômico da ditadura, foram 62, chegando a 71 novos cursos em 1972 (Motta, 2014, p. 257). Em 1975 o país contava com 429 programas de mestrado e 149 de doutorado. Esse processo foi acompanhado pela expansão de bolsas de estudos para grande parte dos discentes. Entretanto, esses cursos ainda estavam localizados, assim como as universidades brasileiras, majoritariamente nos grandes centros populacionais e econômicos do sul e sudeste. Até 2005 o Brasil irá totalizar 1.506 programas de mestrado e 841 de doutorado. Esse número será ampliado até 2018, em especial durante os governos Luís Inácio Lula da Silva (2003-2010) e, em seguida, Dilma Rousseff (2011-2016), passando para 4.382 programas de Pós-Graduação em todo o país. Esse número totaliza mais de 370 mil estudantes e cerca de 101 mil docentes.8

Essa estrutura é baseada na construção de um caminho mais ou menos rígido para o estudante. Basicamente, desde a década de 1960, para realizar uma pós-graduação o estudante deve concluir sua graduação, realizar uma seleção e ingressar num curso de mestrado e, após a conclusão geralmente com a produção de uma pesquisa e um texto final (a dissertação), fazer a seleção e ingressar no doutorado onde deve assistir disciplinas, desenvolver pesquisa e escrever uma tese original. Aqui aparecem algumas das características desse caminho no Brasil, primeiro, o caráter quase sequencial com o parecer Sucupira e a estrutura atual dos mestrados e doutorados brasileiros, não se exige, necessariamente, a conclusão do mestrado para o ingresso no doutorado. Entretanto, esse caminho sequencial acabou se cristalizando como um formato generalizado.

Outro elemento importante dessa estrutura é sua disseminação por diferentes regiões do país. Em especial nos anos 2000, durante os governos de esquerda do Partido dos Trabalhadores, houve um esforço de ampliação do acesso ao ensino universitário brasileiro

⁷ O dossiê recebe esse nome em referência ao seu autor, o professor Newton Sucupira (1920-2007). O dossiê, na verdade era um parecer solicitado pelo Ministério da Educação Brasileiro para o Conselho Federal de Educação (instância reguladora e organizadora da educação federal brasileira).

⁸ Dados extraídos do GEOCAPES. https://geocapes.capes.gov.br/geocapes/#

que ainda ostenta índices muito abaixo de vários de seus vizinhos latino-americanos, como Argentina, Chile e Uruguai (Brunner, 2014, p. 70). Essa ampliação passou por um processo de interiorização dos programas de pós-graduação. Além disso, possibilitou o acesso, inclusive por mecanismos de políticas afirmativas, de estudantes de classes populares aos níveis de mestrado e doutorado. Mas, persistiram sérios limites e desigualdades. Um exemplo é a baixa diversidade étnica: negros representam 52% da população brasileira, mas apenas 28.9% dos estudantes de mestrado e doutorado. Os setudantes de mestrado e doutorado.

É nesse contexto de expansão dos programas de Pós-Graduação que surgiu o Programa de Pós-Graduação em História da Universidade do Estado de Santa Catarina (PPGH-UDESC), onde Luiz Felipe Falcão construiu a maior parte de sua trajetória como orientador de mestrado e doutorado e, também, o lugar onde mantivemos nossa relação de orientação. A primeira turma de mestrado ingressou em 2007. O programa permaneceu apenas com o nível de mestrado até 2014, quando então ingressou a primeira turma de doutorado, da qual eu fazia parte.

As transformações na pós-graduação brasileira não ficaram restritas apenas à sua dimensão e à disseminação pela maior parte do país. Com a Reforma Universitária de 1968, feita sob um governo ditatorial, uma série de elementos das universidades brasileiras são reorganizados. Para nosso objeto e preocupação, a mais importante é a abolição da Cátedra. Se no sistema brasileiro de cátedras o poder ficava demasiadamente concentrado nas mãos do catedrático, essa relação se transforma, pelo menos potencialmente, a partir da reorganização das universidades brasileiras em departamentos e institutos. A abolição da cátedra e o início da organização de programas de pósgraduação, junto com a formulação de um sistema de avaliação externo destes programas, centralizado na Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior (CAPES)¹¹, gera uma dinâmica menos vertical nas relações de orientação. Assim, "no novo

⁹ Meu próprio acesso ao mestrado foi oportunizado por essa interiorização. Durante minha graduação o programa de mestrado mais próximo ficava a mais de 400 quilômetros de minha universidade. Em 2007, ano em que finalizava meu curso de graduação em História foi criado o Programa de Pós-Graduação em História da Universidade Estadual do Oeste do Paraná – UNIOESTE, a cerca de 600 quilômetros da capital Curitiba.

¹⁰ Dados extraídos de levantamento da Agência Brasil realizado em 2015. https://agenciabrasil.ebc.com.br/educacao/noticia/2015-05/negros-representam-289-dos-alunos-da-pos-graduacao

¹¹ A CAPES, fundada em 1951, é a instituição responsável pela gestão e supervisão do sistema de pós-graduação brasileiro.

formato, a relação tutorial entre o estudante e seu orientador se preservou", porém, teriam sido "criados conselhos de pós-graduação que tenderam a se fortalecer com o passar do tempo" (Balbachevsky, 2005, p. 278). Como veremos, a transformação nessa relação não necessariamente implica uma situação em que estudantes e orientadores se relacionem de maneira horizontal. E, principalmente, muitas dessas relações continuam organizadas em torno dos interesses do orientador e não pautadas pelo estímulo ao aprendizado, desenvolvimento e maturação intelectual defendido pelo professor Felipe em seu trabalho e em seu texto aqui discutido.

PÓS-GRADUAÇÃO NO BRASIL: RELAÇÕES DESIGUAIS

O sistema brasileiro de pós-graduação é complexo. Pelos dados apresentados, há atualmente pelo menos 470 mil pessoas envolvidas diretamente (370 mil estudantes e cerca de 100 mil professores). Entretanto, a dimensão dessa estrutura não é acompanhada por uma produção acadêmica qualificada que reflita sobre si própria, capaz de dar conta das diversas questões que a atravessam. Diferentes aspectos são preteridos e secundarizados pelas pesquisas que abordam essa questão. É possível apontar, como fazem estudiosos da questão, que "a literatura existente sobre pós-graduação é bastante vasta", contudo, a produção de conhecimento concentra-se "em discussões de políticas públicas de ensino superior, estrutura dos programas, implementação de cursos, mapeamento de índices de diplomação e avaliação de cursos" (Silva y Bardagi, 2015, p. 687). Essa ênfase deixa de lado uma das dimensões centrais da pós-graduação que é a relação entre orientador e orientando.

Na estrutura atual brasileira, um mestrado tem a duração de aproximadamente de 24 meses, enquanto um doutorado dura 48 meses. Ao longo desse período, em geral, no primeiro ano do mestrado e do doutorado os estudantes costumam frequentar disciplinas e iniciar suas pesquisas. Assim, o segundo ano do mestrado e os três anos finais do doutorado são dedicados exclusivamente à pesquisa e à escrita da dissertação ou tese. Esse é um momento em que a relação entre o estudante e a pós-graduação se dá, basicamente, no contato com de orientação. Daí emergem, em muitos casos, momentos intensos e positivos de diálogo e/ou tensionamentos que podem afetar a experiência formativa. Esse espaço, se não for articulado no sentido da independência e da maturação intelectual do orientando, pode gerar um profissional com alto nível de qualificação formal, mas sem a capacidade de se mover autonomamente no ambiente da investigação. É desse processo que emerge, efetivamente, o trabalho da pesquisa (Nóbrega, 2018, p. 1056).

Nessa experiência formativa em que a construção do conhecimento se dá de maneira relacional entre o orientador e o orientando. as preocupações que o Professor Felipe levantava sobre a necessidade de o estudante ser capaz de encontrar o próprio caminho na construcão de seu conhecimento se sobressaem. Caberia ao orientador ser um potencializador na dinâmica de aprendizagem que seria conduzida pelo orientando "por su propia curiosidad y compromiso, y no una explicación antecipada por el profesor" (Falcão, 2019, p. 78). Essa relação era inviável na estrutura de cátedra das universidades brasileiras até 1968, a permanência desses professores após a reforma universitária pode ter inviabilizado uma construção de maior igualdade nas primeiras décadas depois da reforma. Entretanto, a geração de professores que ingressou nas universidades nos anos seguintes à redemocratização e, principalmente, aquela que formulou programas em um ambiente de inserção da diversidade, de combate às desigualdades sociais, econômicas e educacionais dos governos do Partido dos Trabalhadores, teve e tem a oportunidade de trabalhar por uma maior igualdade entre orientador e orientandos. Veremos, brevemente, em que medida os (poucos) trabalhos sobre a relação de orientação, bem como, algumas manifestações de estudantes a esse respeito, podem apontar nesse sentido.

Como afirmamos, a bibliografia sobre o assunto é esparsa. Um levantamento localizou apenas 35 trabalhos sobre o assunto nos últimos 20 anos (Silva y Bardagi, 2015, p. 688). As conclusões das investigações que buscam analisar suas dinâmicas podem ser contraditórias. Divergem sobre a natureza de seu funcionamento. Dois trabalhos exemplificam essas divergências. Um dos primeiros trabalhos mapeados por Talita Silva e Marúcia Bardagi é o de Leite Filho e Martins (2006). Neste, os autores concluem "que os encontros de orientação tendem a ser assistemáticos, por vezes em clima de autocracia (...) Esse dado, segundo os autores, gera insegurança, angústia e sentimento de solidão" (Silva y Bardagi, 2015, p. 697). Conforme as autoras:

Apesar disso, são vários os fatores geradores de ansiedade e, inclusive, de sofrimento psicológico presentes na experiência de pós-graduação. Esses fatores são tanto pessoais (dificuldades de manejo do tempo, por exemplo) quanto contextuais e de estrutura dos programas (como exigências de produtividade *e pouco acompanhamento da parte do orientador*) (Silva y Bardagi, 2015, p. 702; ênfase própria).

Apesar disso, as autoras apontam que, em geral, as pesquisas sobre a relação orientador/orientando tendem a destacar que os orientandos em sua maioria valorizam, respeitam e analisam positivamente essa

relação. Essa aparente contradição pode ser explicada tanto pelo pequeno número de pesquisas que abordam a problemática quanto pela própria especificidade do assunto. O estudante já entra na pós-graduação em uma relação de desigualdade. Afinal, o orientador possui uma trajetória profissional minimamente consolidada e reconhecida pelos pares; uma trajetória de pesquisa na temática; um lugar institucional que, nas universidades públicas, garante estabilidade no trabalho e outras garantias. Dessa forma, caso não seja constituída, também por iniciativa do orientador, um relacionamento embasado na busca ativa pela igualdade, há a possibilidade da recaída em uma relação unilateral em que o estudante é "guiado" por seu orientador, pode se consolidar com facilidade.

Um espaço em que podemos explorar a forma como estudantes veem essa relação são as redes sociais. Existem, no âmbito do Facebook, vários grupos, páginas, perfis que buscam agregar estudantes de pós-graduação de todo o Brasil. Destacamos aqui, para que possamos perceber nossa discussão, o grupo "Bolsistas Capes". O grupo surgiu focado na problemática das bolsas de pesquisas pagas pela CAPES. Entretanto, ali são compartilhados os mais diversos conteúdos sobre a experiência na graduação e pós-graduação. Contava, no início de outubro de 2020, com 69 mil membros. As publicações são variadas. Chamadas de artigos para revistas, "memes" e piadas sobre a vida acadêmica, narrativas e momentos de suporte psicológico e intelectual para a escrita do trabalho acadêmico, divulgação de publicações acadêmicas (inclusive espaços de disponibilização de artigos. com especial repercussão para o SCI-HUB¹²). Um dos tipos de publicações que mais repercutem são relatos de relações entre orientadores e orientandos. As publicações variam e um estudo quantitativo destas seria interessante para análises futuras. Há desde grandiosos elogios aos seus orientadores, até denúncias de abusos e assédio moral e/ou sexual.

Ao longo do mês de setembro de 2020 foram pelo menos 5 postagens¹³ abordando diferentes formas de tensionamentos na relação orientador/orientando. Além das postagens, temos inúmeros comentários que, que dão suporte e abordam a problemática.¹⁴ Apresentamos

¹² Espaço de compartilhamento gratuito de artigos acadêmicos pagos criado pela estudante de pós-graduação e programadora Alexandra Asanovna Elbakyan.

¹³ A fluidez de grupos de Facebook impedem uma quantificação precisa, pois, postagens podem ter sido deletadas.

¹⁴ Não abordaremos os comentários das postagens com maior profundidade pois esse exercício demandaria um aprofundamento nessa problemática que deve ser feito em pesquisa especificamente orientada com tal objetivo. Isso se dá tanto pela

aqui duas dessas postagens que abordam alguns dos elementos centrais desses tensionamentos. Ambas são memes, imagens com ou sem textos curtos com caráter irônico ou cômico que visam satirizar uma situação. Vejamos o primeiro exemplo:

TEM MUTOULE AND THE CO.

UM FATO CIENTÍFICO!

Figura 1. "Meme" que problematiza a inserção de autoria em artigos sem a participação na pesquisa

A imagem aborda uma questão conhecida no grupo como "vampirismo" acadêmico. Quando um membro do grupo de pesquisa, muitas vezes o orientador ou coordenador de um laboratório e/ou arquivo, demanda a inserção de seu nome como autor de um texto que não produziu. A prática tem por função turbinar os índices de publicação do pesquisador. Em muitos casos, estudantes apontam que orientadores que não participaram do processo de pesquisa/escrita do trabalho constrangem orientandos a inserir seus nomes nas publicações resultantes do trabalho. Já a imagem a seguir ironiza a relação de orientação naquele que é um dos momentos centrais desta: a correção da produção escrita do orientando.

quantidade de comentários quanto pela variedade de contextos e situações descritas nestes



Figura 2. "Meme" abordando a forma de correção do texto do orientando pelo orientador

A imagem cria uma ironia com a "crítica construtiva" pois nos quadros o professor invalida da produção do discente. A reclamação a respeito da forma e do conteúdo dos comentários de docentes, muitas vezes, desrespeitosos e reforçadores de sentimento de insegurança e inferioridade dos discentes é comum no meio estudantil. A crítica central, nos dois memes, reside no aspecto do orientador aparecer como uma figura opressiva, aproveitadora e que gera medo, receios, constrangimentos nos estudantes. Esse aspecto de determinadas relações de orientação precisa ter mais visibilidade nos meios acadêmicos para que possamos gerar um ambiente ainda mais saudável e produtivo para os programas de pós-graduação.

A apresentação dessas situações não deve deixar a impressão no leitor de que esta é a marca central ou única das relações de orientação. Assim, por exemplo, é comum no grupo "Bolsistas Capes" publicações em homenagem aos orientadores, demarcando a importância de seu acompanhamento. A visibilização do problema não pode estigmatizar ou tornar invisíveis práticas distintas que buscam romper ou que já romperam com a tradição elitista e de reprodutora de desigualdades da universidade brasileira. É nesse sentido que a proposta de Luiz Felipe Falcão em sua prática acadêmica, bem como, em seu texto "El Maestro Aprendiz" precisa ser vista, pensada e divulgada como possibilidade de construção de uma relação mais produtiva, sensível e humanizada para as orientações.

EM DEFESA DA CONSTRUÇÃO DA IGUALDADE

Como podemos perceber a partir da contextualização realizada nas páginas anteriores, temos no Brasil um sistema de pós-graduação ainda carregado por algumas das relações de desigualdade que o constituíram. Diferentes iniciativas foram realizadas e, em diversos casos, obtiveram sucesso na superação de algumas das barreiras para a constituição de um sistema mais igualitário e, com maior ênfase na construção de mecanismos de promoção de relações mais horizontais. Entretanto, mesmo assim, como o próprio Luiz Felipe Falcão escreveu:

Por supuesto, no habría ninguna dificultad en la localizar personas, posiblemente candidatos a mentores, que en público o en privado rechazan estas ideas por considerar, por ejemplo, que mujeres o simples trabajadores no son aptos para la libertad, o para puestos de comando y decisión, y por lo tanto, no deberían ser tratados como iguales. (...) Para ellos, la desigualdad es como un estatuto constituyente de la propia sociedad, y por esta razón, un componente irreductible de la vida social, y no hay cómo alejarse de ello. (Falcão, 2019, p. 67).

A percepção exposta pelo autor neste excerto acompanha análises variadas que denunciam a permanência de estruturas e políticas reprodutoras de desigualdades sociais. Essas permanências atravessam também as universidades brasileiras e, consequentemente, seu corpo docente e discente. No caso em questão temos o realce na forma como possíveis professores e orientadores também compartilham das noções de desigualdade. Isso traz impactos importantes. Ao partir do pressuposto de que a desigualdade seria uma estrutura intrínseca das relações humanas e se localizarem em espaços de orientação, de docência, estes contribuem para a reprodução dessa perspectiva no

sistema educacional e em suas múltiplas ramificações sociais. Para combater essa perspectiva –que efetivamente se reproduz entre orientadores, como evidenciado pela disseminação dos memes citados entre os estudantes— outras possibilidades de relação estudante/orientador, precisam ser construídas e, como já falamos aqui, a prática e as reflexões de Falcão constituíram um campo rico de possibilidades de ensinamentos e aprendizados.

Já narramos anteriormente um pouco da prática de orientação estabelecida em nossa relação com Luiz Felipe Falcão. Sua atenção aos discentes como sujeitos de sua própria construção como pesquisador e obtenção de uma maturidade intelectual não se estabelecia sem uma reflexão sobre o seu papel como orientador, sua posição de historiador e sujeito social e político. Um exemplo de constante ativação de sua prática pedagógica com suas reflexões e experiências enquanto indivíduo que tinha como um de seus prazeres as viagens para destinos diversos, está em sua elaboração a respeito da dificuldade de transmitir ou deixar perceber o que vira, sentira e pensara em uma viagem ao Irã:

Tensiones y desafíos de la profesión, no del todo desconocidos y a los que se pueden agregar otros, tals como plantear un incentivo para que los estudiantes piensen por sí mismos, construyendo sus proprias hipótesis de trabajo y costurando referenciales teóricos y metodológicos para que les valgan de soporte, sin omitir mis puntos de vista, mis inclinaciones historiográficas, mis compromisos políticos e ideológicos. Tensiones y desafíos no completamente desconocidos, uma vez más, pero siempre difíciles de ser enfrentados y superados (Falcão, 2019, pp. 65-66).

Nesse aspecto, encontramos uma espécie de síntese de sua prática docente. Ao mesmo tempo em que busca desenvolver no estudante o interesse e a compreensão de que é seu papel pensar "por sí mismos", o professor/orientador não pode se anular, precisa aparecer e, a partir de sua condição, estabelecer a possibilidade do diálogo. Para tanto, já na sequência do texto, apresenta possibilidades:

Sin cualquier pretensión de ser prescriptivo, ofreciendo um molde rígido que se debe seguir de manera estricta, comienzo por sugerir caminos abiertos por el paso a paso de la experiencia de caminar. Así, en cuanto a las hipótesis de trabaho y referencias teóricas y metodológicas, gusto de estimular a los estudiantes a que asuman riesgos deliberados y calculados (están en una etapa de la vida en la que, más allá de lo permitido, involucra pocos riesgos: ¿quién irá a exagerar em la crítica de um joven principiante?) (Falcão, 2019, p. 66).

Sua narrativa neste excerto encontra reverberação em minha experiência pessoal em tê-lo como orientador. O processo de doutoramento certamente é um momento já avancado na formação e inserção do estudante no campo acadêmico. Dessa forma, imagina-se que, em geral, a liberdade do estudante e sua capacidade de construir um caminho relativamente independente esteja estabelecido. Entretanto, isso nem sempre ocorre. Em diferentes momentos é possível perceber demandas rígidas por parte da orientação ou, imaturidade intelectual -quando pensado a partir de uma ideia de doutorado como finalização do processo formativo e inserção no campo académicopor parte de orientandos. Em meu caso, de maneira alguma pretendo me apresentar como maduro intelectualmente quando do ingresso no doutorado. O que é preciso apontar é o estímulo para a maturidade promovido por Luiz Felipe Falção. Vimos na primeira parte deste texto que as contribuições do autor para a pesquisa foram centrais. A grande questão é como elas foram feitas. A provocação em torno da supracitada figura do "unileiro" se deu exatamente dessa forma: uma provocação, um incentivo ao risco, à inquietação, à pesquisa. Não foi uma determinação. Mas foi a partir dessa provocação que parte de meu trabalho de doutoramento tomou forma e incorporou a identidade unileira como elemento da problemática.

Além disso, há outra faceta dessa relação explorada pelo autor em seu texto reflexivo. Da gentileza com que organizava suas relações de orientação vem a percepção de que a análise docente sobre estudantes, ou a forma como o campo acadêmico lida com estudantes, fosse estruturada por relações cordiais e respeitosas. Vimos, no item anterior como em alguns casos as cobranças entre orientador e estudante podem ser marcadas por diferentes tipos de posição e, em alguns casos, violência simbólica. O "meme" do orientador que avalia o trabalho como "uma bosta" evidencia uma percepção que atravessa o grupo de orientandos no "Bolsista Capes". Em que pese as diferentes relações, há o medo de que avaliações excessivamente duras sejam interpostas no caminho da formação. É claro que avaliações duras podem ser necessárias, mas há limites entre o rigor e a violência simbólica que não devem ser ultrapassados por qualquer sujeito que pense na educação e na pós-graduação como um espaço de construção de igualdade.

Um exemplo desse tipo de abuso foi narrado para mim por uma colega que fazia mestrado em História em outra instituição brasileira. Depois de ler parte de sua dissertação –cerca de 50 páginas–, o orientador teria escrito "lixo" ao longo do texto. No encontro de orientação, simplesmente jogou seu texto na lata de lixo da sala como forma de "ilustrar" seu ponto e a "orientou" a reescrever todo o trabalho. Numa relação dessas é preciso pensar que a violência simbólica demandou

esforço do professor que dedicou sua energia a marcar todas as páginas do texto com uma expressão desqualificadora. Vemos nisso a permanência, como enunciado por Falcão, de uma relação pautada na desigualdade, na qual um orientador se vê no direito de não apenas criticar o trabalho de sua orientanda, mas também, desvalorizá-lo, humilhando a discente. O impacto psicológico e social desse tipo de relação pode ser tremendo, levando a desistências, inseguranças e problemas psicológicos diversos.

Com essa preocupação, encerramos nossa discussão com a provocação de Luiz Felipe Falcão ao abordar a importância do uso público da razão como forma de organizar uma sociedade mais igualitária, democrática e justa.

En todas estas circunstancias, el uso público de la razón sigue siendo un poderoso medio para denunciar exposiciones, abiertas o veladas, de las estructuras de la desigualdad presentes en la sociedad, que se reproducen a lo largo de la historia incluso en el régimen democrático, aprovechándose de él y deformándolo (Falcão, 2019, p. 71).

É através do uso público da razão, no sentido abordado em seu texto, que o autor buscou pensar uma sociedade mais afeita à igualdade. Sua prática teórica, sua luta política, sua experiência docente foi, como vimos, ao longo deste texto e de outros que o acompanham, uma busca incessante por esse ideal. Limites, problemas, dificuldades, equívocos, certamente também atravessaram sua trajetória. Entretanto, seus ensinamentos, suas provocações, seus incentivos, suas lutas, certamente contribuíram para a formação de instrumentos que permitam a continuidade desta luta incessante.

CONSIDERAÇÕES FINAIS

Ao longo deste texto, há um esforço em refletir sobre algumas dimensões da trajetória, das propostas e das práticas de Luiz Felipe Falcão no âmbito das relações de orientação. Para tanto, buscamos articular nossa experiência individual sob sua orientação com o contexto histórico e teórico dessa relação no Brasil. Através dessa análise foi possível detectar um sistema de pós-graduação que se ampliou e se diversificou desde o período da ditadura militar. Mesmo com seus avanços, continua atravessado por diferentes relações que produzem e reproduzem estruturas de desigualdade que permeiam nossa sociedade. Nesse âmbito, as ideias e práticas de Falcão, têm, como viemos argumentando, o potencial de provocar ou abrir caminhos para práticas que levem em consideração uma ideia de desenvolvimento da igualdade.

Uma relação de orientação estabelece diálogos entre sujeitos em lugares sociais distintos. Enquanto o orientador está numa posição de poder, com um espaço privilegiado institucionalmente e no campo acadêmico, o orientando é, em geral, um aspirante a esses espaços. Além disso, o orientador carrega uma maior profundidade no domínio do conhecimento do campo da pesquisa. Mesmo que em diferentes situações o objeto específico da análise da pesquisa sob orientação pode ser de maior domínio do orientando, este objeto não existe em separado do restante do campo acadêmico, onde o orientador se estabelece e, em muitos casos, ajudou a construir. Dessa forma, há, sem dúvida, uma diferença estabelecida. A transformação dessa diferença em desigualdade é o que precisa ser combatido.

Caminhos para evitar e combater essa possibilidade foram apontados ao longo do texto. Cabe destacar aqueles que, em minha experiência como orientando e, ainda pequena experiência como orientador, são os mais evidentes nas propostas e práticas de Luiz Felipe Falção. Primeiro o incentivo à fala e à criação de um espaço de liberdade por meio da escuta atenta das preocupações, ideias e dificuldades dos orientandos. Isso permite, pelo menos potencialmente, que o orientando se sinta confortável para desenvolver e expor suas dificuldades e saídas para os problemas. Um segundo ponto, é a provocação para que os próprios orientandos resolvam ou encontrem caminhos para solucionar suas dificuldades com autonomia. Muitas vezes, preocupado com o orientando e tentando ajudá-lo, o orientador determina soluções e restringe possibilidades. Em que pese a boa intenção, é necessário criar um espaco para o desenvolvimento e a maturidade intelectual do estudante. Quando formado, o estudante terá de ser capaz de encontrar soluções criativas para seus problemas e limites por conta própria -mesmo que em diálogo com colegas- mas se pouco ou nunca fez isso durante sua formação, terá dificuldades de fazê-lo em sua atuação profissional. Por fim, faz-se necessária a ampliação deste debate. O desenvolvimento de mais pesquisas que abordem essa relação, bem como, mais produções de orientadores experientes, que façam reflexões sobre o papel do docente e do orientador, como o fez o próprio Falção. Sem termos mais diagnósticos e sem a contribuição das experiências pessoais, será difícil a continuidade dos avanços nessa relação.

Por fim, uma nota pessoal. Escrever um texto que busque refletir sobre a relação com uma pessoa tão querida quanto o Professor Luiz Felipe Falcão é um exercício complicado, difícil, doloroso. Seu falecimento deixa uma lacuna não apenas no campo acadêmico, mas nas vidas daqueles que o cercavam. Sua contribuição para minha formação como sujeito, docente e pesquisador é inestimável. Inúmeras

vezes me vi em minha prática docente cotidiana tentando emular suas estratégias de orientação e didática em sala de aula. Espero que esse texto possa, humildemente, homenageá-lo, agradecê-lo e, se possível, contribuir mesmo que minimamente, para que seus ensinamentos continuem a produzir frutos. Deixo aqui registrado meu eterno abraco e, como sempre entre nós, minhas saudacões rubro-negras.

BIBLIOGRAFIA

- Balbachevsky, E. (2005). A pós-graduação no Brasil: novos desafios para uma política bem-sucedida en *Os desafios da educação do Brasil*. www.schwartzman.org.br/simon/desafios/9posgrado.pdf
- Brunner R., J. J. (2014). La idea de universidad: Tendencias y transformación e Schwartzman, S., *A educação superior na América Latina e os desafios do século XXI*. Campinas: Editora Unicamp.
- Cunha, L. (2007). *A universidade Temporã*. São Paulo: Editora Unesp. Falcão, L. F. (2019). El maestro aprendiz en Pozzi, P. y Godinho, P. (comps.), *Insistir con la esperanza: el compromiso social y político del intelectual.* Buenos Aires: CLACSO.
- Fávero, M. L. (2008). Anísio Teixeira e a Universidade do Distrito Federal. *Revista Brasileira de História da Educação* (Maringá) 8(2) 17.
- Leite Filho, G. A. y Martins, G. de A. (2006). "Relação orientadororientando e suas influências na elaboração de teses e dissertações". *RAE - Revista de Administração de Empresas* (São Paulo), 46, Ed. Especial.
- Motta, R. P. S. (2014). *As Universidades e o Regime Militar: cultura política brasileira e modernização autoritária.* Rio de Janeiro: Zahar.
- Nóbrega, M. H. (2018). Orientandos e Orientadores no Século XXI: desafios da pós-graduação. *Educação & Realidade* (Porto Alegre), 43(3).
- Pozzi, P. y Godinho, P. (2019). *Insistir con la esperanza*. Buenos Aires: CLACSO.
- Rancière, J. (2004). *O mestre aprendiz (cinco lições sobre a emancipação intelectual)*. Belo Horizonte: Autêntica.
- Silva, T. y Bardagi, M. (2016). O aluno de pós-graduação stricto sensu no Brasil: revisão da literatura dos últimos 20 anos. *Revista Brasileira de Pós-Graduação* (Brasília), 12(29).

A MILITÂNCIA E A SENSIBILIDADE DE LUIZ FELIPE FALÇÃO

Marcos Montysuma

Dedico-me neste breve texto a apresentar algumas impressões a respeito do amigo, colega, companheiro de utopias, professor e historiador Luiz Felipe Falcão, que faleceu, em unidade hospitalar, na cidade de Florianópolis, no mês de março de 2020, vítima de múltiplas infecções. Apesar da pouca convivência, fomos marcados por alguns encontros e pelos sonhos em comum, acreditando que é possível construir um mundo melhor. Trata-se, aqui, do exercício de uma prática historiográfica, a que Luiz Felipe dedicou-se em sua trajetória acadêmica, o recolhimento de depoimentos orais e o trabalho com indícios de memórias. Para tanto, em tempos de distanciamento social, foi necessário lançar mão dos recursos da internet.

Busquei colher impressões e depoimentos de colegas que conviveram com Luiz Felipe Falcão: Joana Maria Pedro, que foi sua orientadora de iniciação científica, na Universidade Federal de Santa Catarina (UFSC), nos anos de 1980; Maria Bernadete Ramos Flores, que foi sua professora no curso de graduação em História na UFSC, no mesmo período; Marlene de Fáveri, que o substituiu como professora na disciplina de História do Brasil, na Universidade do Estado de Santa Catarina (UDESC), quando ele foi cursar o doutorado. Também explorei alguns aspectos de sua vida por meio de sua companheira Isabel Ouriques. Por outro lado, Luís Sérgio Gomes da Silva, militou ao seu

lado e ao de tantos outros companheiros na resistência à ditadura civil militar, quando fizeram parte do Movimento pela Emancipação do Proletariado (MEP), a partir da década de 1970.

Não pretendo ser completo, abrangendo todas as facetas das vivências de Luiz Felipe Falcão, nos vários espaços em que interagiu. Também não cabe esgotar sua longa vida acadêmica na docência na produção historiográfica. Seria impossível, como afirma Verena Alberti:

se quiséssemos fazer um filme reproduzindo passo a passo nossa vida, tal qual ela foi, sem deixar passar de lado os detalhes, gastaríamos ainda uma vida inteira para assisti-lo [...] e o que vale para nossas vidas vale evidentemente para o passado de uma forma geral [e acrescento que, se essa premissa vale para a escrita da história, vale também aqui, para falar um pouco de Luiz Felipe]: é impossível reproduzi-lo em todos os seus meandros e acontecimentos os mais banais, tal qual realmente aconteceu. A história, como toda atividade de pensamento opera em descontinuidade: selecionamos acontecimentos, conjunturas e modos de viver, para conhecer e explicar o que se passou (Alberti, 2004, pp. 13-14).

Logo, vou apontar algumas facetas da personalidade discreta e sensível do intelectual e professor marcante, que brevemente consigo capitar, para mostrar um pouco do que foi Luiz Felipe Falcão.

A primeira imagem que tenho remete a uma figura alta, magra, de cabelos grisalhos, num certo dia de verão. Era janeiro de 2005, quando encontrei Luiz Felipe Falcão, que retornava de "sua" praia, o Campeche, em Florianópolis. Caminhava tranquilo e pausadamente de sandálias de borracha, em trajes de praia. Portava uma bolsa de pano, um pequeno guarda-sol, pendurados em cada ombro. Fumava, envolto em seus pensamentos. Olhava para baixo, taciturno, sem se importar com o entorno. Naquela cena, ele era a plenitude em pessoa. Naquele instante, não havia ninguém por perto que pudesse desviar minha atenção de sua pessoa. No entanto passamos sem nos cumprimentarmos nesse primeiro contato.

O tempo passou. Fui apresentado pela amiga em comum, Joana Maria Pedro, no Simpósio da Associação Nacional de História, em Londrina, no ano de 2005. Depois disso o convidei para compor a banca de uma mestranda que fora sua orientanda na Universidade do Estado de Santa Catarina (UDESC). Era justo que acompanhasse o desfecho de uma etapa na vida acadêmica de uma entre as muitas pessoas para quem contribuiu na formação. Depois disso, compartilhamos outras tantas bancas, com convites de parte a parte. Os

temas avaliados eram os mais variados porque os trabalhos sempre buscavam amparo na metodologia da história oral. Assim, havia uma ligação entre nós por esse tipo de paixão e militância acadêmica, a história oral. Depois, fomos unidos também por muitos eventos e interações na Associação Brasileira de História Oral (ABHO). E ainda fom os beneficiados nessa proximidade, por compartilharmos muitos amigos em comum. Além do mais, muitos dos nossos sonhos, utopias e angústias foram inscritos nos mesmos caminhos, depois que vim residir em Florianópolis.

Destaco de um modo muito especial, que os eventos de História do Tempo Presente, organizados periodicamente pelo Programa de Pós-Graduação em História da UDESC, representam um ponto alto no cenário acadêmico, com uma grande mobilização. É um evento que tem a capacidade de reunir uma plêiade de sonhadores, de otimistas, que acreditam na possiblidade de apontar algo a mais na conturbada vida ordinária que levamos. Esse clima, quero crer, foi construído pela liderança compartilhada entre Luiz Felipe Falcão e seus colegas de Departamento. Sua capacidade de agregar, de sensibilizar as pessoas para sonharem juntas, de certo foi amálgama que selou a união desse seleto grupo.

Luiz Felipe Falção gostava de manter suas coisas arrumadas, de seu jeito. Ainda que na desordem sabia onde deixava cada uma delas. Devia gostar de silêncio, para estudar. De certo, gostava de cachaca! Mas não devia gostar de moela de galinha, como tira-gosto. Devia também detestar que lhe pedissem cigarro, na época em que fumava. E talvez tivesse o defeito (mas creio que seria por questão de seguranca. que vinha desde a época de militância política, na clandestinidade) de não sentar de costas para janelas, para portas de entrada, ou para a rua, tanto em casa, quanto em bar, ou restaurante e no ambiente de estudo e trabalho. E devia gostar de ministrar aulas mantendo a porta da sala fechada, em sinal de defesa dos princípios de exercício da docência, da liberdade de cátedra, da liberdade de opinião, que, nos últimos tempos no Brasil, andam tão aviltados. Porém, aos meus olhos era homem sensível, arguto, inteligente, cortês, disciplinado, estudioso, metódico. Preocupava-se com as pessoas. Posso falar que o respeitava e o admirava.

Mas, afinal, quem era Luiz Felipe Falcão? Era um carioca de classe média, filho de José Ribeiro Falcão e de Vera Zuchin Falcão. Seu pai foi piloto de avião, mas perdeu o brevê por dar um rasante sobre a casa da namorada, depois esposa. Não podendo mais voar foi trabalhar como caixa no Banco do Brasil. Seguiu carreira e atingiu cargos de direção no banco. Por conta disso, residiu um período em Brasília. Também foi designado para desempenhar funções junto à Caixa

Econômica Federal. Sua mãe foi funcionária do Instituto Brasileiro do Café. Mas pediu demissão para cuidar dos três filhos e acompanhar o esposo na carreira profissional (Ouriques, 2020).

Era sobrinho de um importante político cearense, conservador, de extrema direita, Armando Ribeiro Severo Falcão, que era um dos filhos e herdeiro de latifundiários da região de Quixeramobim, no Ceará. Armando Falcão iniciou a carreira pública como datilógrafo no Instituto de Previdência e Assistência dos Servidores do Estado-IPASE. Depois assumiu cargos relevantes, em várias localidades do País, designado por distintos governos. Antes da eclosão e vigência da ditadura civil-militar, Armando Falcão exerceu vários mandatos políticos, como deputado federal, eleito pelo estado do Ceará. Esteve envolvido em todas as articulações e instabilidades políticas, que precederam o golpe civil militar desfechado contra o governo eleito de João Goulart, em 1964. Embora nutrisse certa simpatia e compartilhasse proximidade a Juscelino Kubitschek, de quem foi ministro da Justiça, entre 1959-1961, sempre manteve bom relacionamento com políticos conservadores opositores, da estirpe de Carlos Lacerda.

Com o advento do golpe de 1964 distanciou-se de Juscelino Kubitschek e constituiu-se numa espécie de porta-voz junto aos governos militares dos interesses de Carlos Lacerda, até que este fosse defenestrado, com a perda dos direitos políticos. Por sua grande capacidade de articulação, Armando Falcão tornou-se homem forte no período ditatorial. Desde os momentos iniciais esteve à frente das movimentações políticas e da ordem jurídica do regime, visando dar respaldo *legal* à ditadura recém instalada. Pelo seu perfil de atuação, desempenhou papel de destaque nas movimentações políticas, naqueles conturbados anos (Guido, s/d).

Armando Falcão ficou conhecido nacionalmente como Ministro da Justiça, no governo do ditador general Ernesto Geisel, no período que vai de 1974 a 1979. Exerceu relevante e decisivo papel dando novos contornos à Lei de Segurança Nacional, que marcou a vida política e social do país. Vêm de sua lavra leis e ajustes jurídicos que tornaram mais eficaz –sob a ótica dos ditadores– a censura sobre os meios de comunicação e a produção artística. Eximiu a ditadura militar de envolvimento em torturas e mortes de opositores políticos, foi em tom de negação que falou do envolvimento do Estado, quando apesentou satisfações à imprensa sobre os paradeiros de um conjunto de 26 pessoas desaparecidas sob a tutela dos órgãos de repressão. Foi o responsável pelas leis restritivas à propaganda eleitoral no rádio e televisão que impediram o debate político. Em 1976 concluiu estudos que isentaram as aquisições irregulares de latifúndios por grupos estrangeiros e nacionais. No ano de 1995 (sinalizando que o defunto insepulto do autoritarismo se

remexia no caixão), criticou o governo Fernando Henrique Cardoso, por reconhecer a responsabilidade do Estado e conceder indenização aos familiares, pelo desparecimento político de 136 pessoas, durante os governos militares. Para ele este seria "o começo de um processo de agitações" intermináveis (Guido, s/d).

Foi sob essa carga ideológica, da origem familiar de perfil conservador e da participação do tio na vida política nacional, que o jovem Luiz Felipe Falcão, tímido, inteligente e questionador, cedo envolveuse na luta política, por acreditar numa sociedade mais justa. Era o período da ditadura militar e o tio famoso ajudava a dar feições ao regime, como um de seus artífices. Seu irmão do meio, também militante, foi preso e torturado. Luiz Felipe temia o mesmo desfecho para si e seus companheiros. Por isso, tomara todos os cuidados com a segurança, para não cair nas mãos da repressão política. E, assim, viveu treze longos anos na clandestinidade. Mesmo com lei de anistia de 1979 permaneceu clandestino, até o início dos anos 1980. Em suma, acreditou desacreditando no *bode* que puseram à sua frente.

Era prudente cuidar da segurança, pois apesar de o governo do general João Figueiredo anunciar a abertura política, o Esquadrão da Morte e o Comando de Caca aos Comunistas continuavam a fazer o servico sujo de perseguição política, com mortes e sumiços de opositores do regime, bem como efetuavam explosões de bancas de revistas, que vendiam algum jornal classificado como de esquerda. Sucediam diversos tipos de atentados à bomba, como o que atingiu uma apresentação musical no Riocentro, sabidamente executado por militares do Exército, na noite 31 de abril de 1981. Por outro lado, o Departamento de Ordem Política e Social (Dops) e a Polícia Federal (PF) continuaram o servico de mapeamento ideológico, político e social dos partidos políticos de esquerda, dos sindicatos e movimentos sociais pelo país a fora. Assim, mantinham o controle das movimentações políticas das pessoas e organizações políticas em todo o território nacional. Atuando sob essa orientação, a PF abriu unidades em todos as capitais dos estados, estendendo-se a municípios fronteiricos. Presumimos que a máquina, com seus métodos e instrumentos repressivos, está intacta e sobrevive. É o que se depreende das informações acerca de um famoso delegado. Romeu Tuma, que esteve no centro das ações ocorridas no processo de transição da ditadura à democracia.

no início do governo Franco Montoro, 1983, [Romeu Tuma] viu o Dops ser extinto e soube que não seria mais nada na Polícia. Foi para Brasília, conversou com o presidente João Batista Figueiredo, e voltou para São Paulo nomeado superintendente da Polícia Federal, da qual, mais tarde, seria diretor geral. No dia e hora de sua posse, um

significativo incêndio tomou conta do antigo Serviço Secreto, no quinto andar do Dops. Levou para a PF todos os arquivos, que ali ficaram por longos anos (Souza, 2020).

Então, façamos um exercício e imaginemos que se esse apontamento acima, do jornalista Percival de Souza, apenas em parte, for verdade, a sociedade brasileira, em sua parcela sã, que não anda seguindo o som do berrante, tem mais motivos para se preocupar do que supomos. Assim, Luiz Felipe Falcão agia corretamente ao cuidar da segurança, mesmo depois da chamada abertura política e da redemocratização do País. Aliás, é prudente que continuemos cuidando da segurança, dado que ouvimos os relinchos da besta sanguinária que habita o aparato do Estado, à espreita. Não duvidemos que a qualquer momento ela avance sobre nós.

É preciso então compreender que a criação do Movimento pela Emancipação do Proletariado (MEP), no qual militou Luiz Felipe Falcão nas décadas de 1970 e 1980, ocorreu sob um contexto em que a repressão era vitoriosa na caça aos militantes de esquerda. Independente de colorações e tendências, o regime atacou e destruiu diferentes organizações. Mas o MEP construiu táticas próprias, eficientes para não ser alcançado pelas mãos da ditadura. Assim conseguiu esquivar-se da repressão e efetuou seu trabalho de politização das massas (Benoni y Coelho, 2010).

A militância política de Luiz Felipe tivera início na Fração Bolchevique, que depois viria a contribuir para a formação MEP. Neste, exerceu papel importante como liderança atuante no eixo Rio de Janeiro e São Paulo. É Isabel Ouriques, em seu relato, quem forneceu dados relevantes, além daqueles encontrados no "Dicionário Histórico-Biográfico Brasileiro – Pós-1930", organizado pelo Centro de Pesquisa e Documentação de História Contemporânea do Brasil, da Fundação Getúlio Vargas. A instituição mantém o registro público de parte da história da organização, mencionando os nomes de Luiz Felipe Falcão e Luís Sérgio Gomes da Silva, dentre outros (Benoni y Coelho, 2010).

Luís Sérgio Gomes da Silva acrescentou aspectos, além daqueles levantados. Questionado sobre as circunstâncias em que conheceu Luiz Felipe, sobre o que defendiam e quais leituras efetuavam, visando à formação política, suas respostas foram claras, explicativas e ao mesmo tempo interpretativas:

Conheci o Luiz Felipe Falcão na militância política em São Paulo, início dos anos de 1970. Foi no período da Fração Bolchevique, que deu origem ao MEP. Ele era do coletivo dirigente em São Paulo, do qual

vim a participar. No MEP ele teve papel como quadro dirigente e contribuindo com a formação política dos companheiros. Atuou em São Paulo e Rio de Janeiro de 1975 até os anos de 1980 na clandestinidade. Entre as tarefas, se destacava a visão de construir um partido revolucionário socialista de massas. E nossos esforços se dirigiam a partir de 1978 nessa perspectiva que orientou para o surgimento do Partido dos Trabalhadores [PT].

Acredito que o centro das nossas preocupações na época são as questões mais atuais para o debate da esquerda brasileira hoje. 1. centralidade da luta política anticapitalista, anti-imperialista [...]; 2. papel revolucionário da classe trabalhadora, tendo a frente o operariado (ou setores que o representem hoje); 3. estratégia socialista para o Brasil (ponto central da divergência com a maioria do PT, que juntamente com Partido Comunista do Brasil [PCdoB] abandonam a luta pelo socialismo e passam a defender revolução em 2 etapas — centro da nossa critica ao reformismo do Partido Comunista Brasileiro [PCB]; 4. necessidade da construção de um partido político dos trabalhadores de massas de caráter socialista (ponto central da disputa hoje no PT); 5. movimento socialista de massas; 6. combinar a luta institucional com a luta de massas.

[...] As nossas leituras passavam por Marx, Lenin. E fomos fortemente influenciados por Rosa Luxemburgo e August Thalheimer, por isso éramos chamados de luxemburguistas. Mas, também passaram por Mao, sobre Partido e relação com as massas; e, nos anos 1980, Gramsci. Essa bagagem teórica acumulada permitiu que influenciássemos fortemente o PT, conforme ocorreu no V Encontro Nacional. Se você ler a tese do V Encontro e ler as teses do Movimento Comunista Revolucionário [MCR], daquela época, vai verificar esta influencia nos textos de hoje, porque isso não foi vencido. Para centrar em fatos, basta ler o documento do Raul Villa [pseudônimo de Emir Sader], nos arquivos da Política Operária [PO]. Basta ler o documento do MCR e do V Encontro para encontrar essas questões que estão aí, ainda, na ordem do dia.

O peso do trabalho do MEP era a classe operária de São Paulo, em várias cidades, e do Rio de Janeiro, centrado nos metalúrgicos das cidades do Rio de Janeiro e Niterói. Mas, também estava presente em Belo Horizonte, Vitoria, Paraná, Caxias; tínhamos forte expressão nos professores e entre os bancários. Desenvolvíamos os principais trabalhos de bairro no Rio de Janeiro, São Paulo, Porto Alegre, Paraná, Santa Catarina, Pará, Ceará e Bahia (Silva, 2020).

O depoimento de Luís Sérgio Gomes da Silva destaca o papel de liderança que Luiz Felipe Falcão desempenhava no MEP, na luta contra a ditadura. Era um líder partidário e um quadro que formulava políticas. Isso denota sua capacidade de ler e interpretar os textos clássicos do socialismo internacional, aplicados à realidade brasileira. Aqueles jovens queriam formar um partido de massas, com a participação e comando dos setores produtivos, como camponeses, operários, trabalhadores urbanos do setor de serviços, como bancários e professores.

Luís Sérgio destaca ainda as formulações que o MEP propunha para o Brasil. Sua narrativa evidencia a associação entre propostas elaboradas e defendidas naquele contexto de lutas que poderiam ser transpostas para a realidade vivenciada hoje. Podem ser vistas tanto relacionadas ao país quanto ao papel que o PT deve desempenhar nos dias de hoje. A seu ver, se no passado ocorria um avanço dos setores conservadores e fascistas sobre as massas, hoje há igual movimento. Por apoiar-se em análises equivocadas, o PT comete os mesmos erros históricos, nos quais incidiram PCB, PCdoB e outras correntes de esquerda, que passaram a defender a revolução em duas etapas e não tiveram a capacidade de ler o presente, para intervir corretamente, neutralizando o inimigo comum:

Como você pode ver, todos os pontos [da atuação do MEP] são a raiz da divergência entre Articulação de Esquerda, Militância Socialista, Democracia Socialista [tendências internas do PT], mais alguns outros grupos socialistas presentes no PT, e a maioria. Há um afastamento da classe trabalhadora, da luta nos bairros, da luta emancipadora de caráter socialista e o centro da questão é a necessidade de autocrítica da estratégia presente no V Encontro do PT, e que no I Congresso vai paulatinamente nos afastando de uma pauta socialista. Estes são os pontos daquela luta que continua hoje disfarçada nas entrelinhas, o que é um grande problema, principalmente agora, que existe o crescimento do conservadorismo e do fascismo. Eles disputam a direção dessa perspectiva e procuram se construir como alternativa de massas. Logo, aquela disputa política travada no final dos anos 1960, por incrível que pareça ainda está presente até hoje (Silva, 2020).

No caso do PT, este teria se entregado aos afagos do poder, ignorando a luta política em duas frentes para construir a libertação do povo. O melhor encaminhamento seria, por um lado, empreender a conquista do governo e, por outro, preparar e instrumentalizar as massas de meios essenciais para avançar na conquista do Estado.

As leituras e as críticas formuladas nos chegam hoje como uma experiência compartilhada. A experiência foi acumulada nas refregas que Luiz Felipe e seus companheiros do MEP viveram quando, passando por situações de insegurança, sem a certeza de estarem vivos no dia seguinte, ante o risco de serem pegos pela repressão, buscaram a superação e fizeram chegar até nós.

Luís Sérgio Gomes da Silva ampara-se na perspectiva de um ideário de sociedade construído em comum com Luiz Felipe Falcão. Por isso, interpreta que, guardadas as devidas proporções, a luta de hoje é corresponde àquela travada lá atrás, que vem desde o período de clandestinidade. Suas memórias remetem ao pertencimento partidário, de uma crítica séria e fundamentada. Não dissocia suas ações subjetivas de práticas transformadoras, visando a construção de um mundo melhor, por isso esgarça o tecido das críticas, propondo a superação dos equívocos do partido. Esses exercícios, presumo, têm origem na disciplinada militância de outrora.

Foi esse Luiz Felipe Falcão, o sujeito calejado na luta política, que carregava consigo grande experiência e elevado referencial teórico, que no início dos anos de 1980 vai devagar se inserindo na cidade de Florianópolis. Inicialmente chega a passeio para visitar o amigo "Glauco" e depois estabelece moradia. A sociabilidade no Bar Roma, reconhecidamente um reduto de esquerda, proporciona-lhe conhecer sua companheira Isabel Ouriques. Depois de algum tempo, após uma festa, na casa da amiga, Ivanilde, começaram a namorar. É Isabel quem nos abre tais dimensões de sua vida:

Numa das vezes que o Felipe me visitou em Florianópolis, no retorno para São Paulo ele me convidou para que o acompanhasse na volta, para passar uns dias lá. E como eu tinha família, que cuidava de minha filha de seis anos, então houve essa oportunidade de passar quinze dias com ele. Eu fui. E foi muito bacana, porque me levou para conhecer os amigos e os lugares que ele gostava. Então a nossa relação começou a ficar mais forte. Mas a gente passou um ano a distância. A gente tinha que resolver se eu tinha que ir para São Paulo, ou se ele viria para Florianópolis. [...] Eu conheci a família do Felipe, os dois irmãos, a mãe Vera, no Rio de Janeiro - até levei a minha filha. E a gente foi ficando cada vez mais juntos. Ele vinha para Florianópolis de quinze em quinze dias. Era muita carta, porque telefone era muito caro. Aí ele vinha trazendo os livros devagar, que era a única bagagem de mudança que ele tinha, de coisas materiais. Era muito livro, diga-se de passagem. A gente foi morar junto em 1985. Mas o Felipe falava que tinha temores, por causa da sua militância política e da clandestinidade. Quando ele veio para cá já estava anistiado, falava que na época do

seu primeiro casamento, não podia nem ter cachorro, porque quando alguém sob tortura denunciava, eles tinham que sair correndo deixando tudo para trás (Ouriques, 2020).

Isabel Ouriques, professora e então militante na área da educação popular, apresenta em suas memórias o Luiz Felipe Falcão que passou a viver em Florianópolis, onde amadureceu. Fortemente marcado pela militância política, a possiblidade de mudanças constantes estava sempre no horizonte, para não cair nas mãos da repressão. Mas, isso não o impediu de refazer a vida afetiva, agora sob novas bases, na medida em que a anistia lhe dava um novo ânimo. Embora tivesse convivido por muitos anos em São Paulo, não teve dúvida em reprogramar a vida, desta feita em Florianópolis. Isabel destaca ainda o homem sensível e paternal, que dará todo afeto à sua filha, como se fosse seu pai natural, envolvendo-se desde a prática de andar de bicicleta até a cantar e contar histórias. Seu relato também aponta para as experiências no âmbito da militância política:

Felipe saiu de casa muito jovem porque era de uma família de extrema-direita. Ele era sobrinho do Armando Falcão, irmão de seu pai. Ele saiu cedo e caiu na militância política. (...) Foram treze anos de clandestinidade. Se o pegassem, ele estava morto, porque era uma questão extremamente séria a que ele se encontrava, porque o tio era do governo. O irmão mais jovem, Marco, nunca teve militância política, mas era um homem de esquerda. Frederico, o irmão do meio, foi torturado e teve sequelas. Já estão todos mortos (Ouriques, 2020).

Houve entre Luiz Felipe e seus irmãos o fato em comum de serem de esquerda. Apesar de Marco Falcão não ser filiado a nenhum partido, ainda assim era uma pessoa marcada pelos posicionamentos políticos de esquerda. Por outro lado, o pai fez carreira no Banco do Brasil, como mencionado anteriormente, no mesmo período em que o tio era homem forte no regime ditatorial. Por isso, havia a certeza de que, uma vez pegos pela repressão, não escapariam da tortura e o risco de morte era constante, como que para servir de exemplo. Isso foi comprovado por Frederico José Falcão, também historiador e professor, que uma vez preso foi duramente torturado e carregou as sequelas até o fim da vida.

Isabel percebe um Luiz Felipe muito preparado intelectualmente para atuar em Florianópolis e isso, ela conjectura, não deixou de lhe trazer dissabores: "carregava muita leitura teórica consigo e isso intimidava as pessoas que não o conheciam" (Ouriques, 2020). Não podendo aproveitar os créditos do curso de História iniciado em São Paulo, teve que refazer tudo novamente na Universidade Federal de

Santa Catarina (UFSC). Posteriormente, em uma primeira tentativa, "ele foi reprovado no mestrado, não porque não tivesse capacidade" (Ouriques, 2020). Foi então à Universidade Federal do Rio Grande do Sul cursar o mestrado, quando ocorreu uma situação inusitada: pronta para ser remetida à banca, sua dissertação desapareceu, quando teve que refazer todo o texto em quinze dias, para não perder os prazos. Segundo Isabel, "havia muita competitividade sobre o Felipe, como se ele ameaçasse o status de algumas pessoas. Isso eu acompanhei" (Ouriques, 2020). Posteriormente, concluiu o doutorado na Universidade de São Paulo (USP).

Isabel também registra sua própria militância no MEP por um período. Deixou a organização porque teve dificuldades para conviver com um perfil de pessoas que chama de autoritárias, a exemplo do regime que diziam combater. Assevera: "eu via assim e pensava que eles queriam tirar uma ditadura e botar outra". Mas ela também manifesta posicionamento quanto ao modo com que Felipe praticava a militância política, distinta dos demais:

Naquela época todo mundo militava aqui, mas ele vinha de uma militância com pessoas mais simples, de sindicato de metalúrgico, onde eles conversavam, bebiam cachaça e o Felipe tinha muito isso. É tanto que quando eu o conheci ele gostava muito de uma cachaça (Ouriques, 2020).

Ao afirmar que "naquela época", o que se opõe ao presente, "todo mundo militava, aqui", sinaliza que havia muita gente que praticava o ativismo político como se fosse uma moda. Contudo, muitos não teriam vivências que servissem de lastro para sustentar ideologicamente suas ações, como se não entendessem o que faziam naqueles espaços de militância. Logo, é possível interpretar que sua ponderação aponta para que a atuação de Luiz Felipe Falcão estava em consonância com os princípios que inspiraram a criação do MEP: um partido de massas, com a participação dos trabalhadores do chão de fábrica. Luiz Felipe mostrava consistência por ser um quadro que detinha o domínio teórico suficiente para entender e agir naquelas circunstâncias políticas. Envolvia-se com os trabalhadores mais simples e com suas práticas cotidianas, em seus modos simples de vida sabia como passar a mensagem aos seus companheiros, sem ser de forma autoritária.

Em sua chegada a Florianópolis, Luiz Felipe estudou História na UFSC. Onde as professoras Joana Maria Pedro e Maria Bernadete Ramos Flores lembram alguns dos episódios ligados ao início da reconstrução de sua trajetória acadêmica. Joana Pedro relata suas impressões e circunstâncias em que manteve contato com Luiz Felipe Falcão:

Ouando ele entrou no curso de história da UFSC, recém vindo de São Paulo, contaram-me na época que ele era jornalista e tinha tido militância importante contra a ditadura. Nunca perguntei sobre isso a ele. Não cheguei a dar aulas para ele, porque eu dava aulas de História do Pensamento Econômico no curso de Economia e ele fazia História. Foi a Professora Ligia de Oliveira Czesnat quem convidou Felipe a participar de nosso grupo de estudos. [...] Lemos Gramsi, Hegel, Thompson e outros clássicos. [...] Em 1986 eu recebi da Profa. Sandra Pesavento o convite para escrever sobre a escravidão em Santa Catarina. Levei esta proposta para o grupo de estudos. Uma parte do grupo aceitou passar a ler e discutir textos sobre escravidão e preconceito em Santa Catarina, entre estas pessoas estava Luiz Felipe Falção [...]. Decidimos fazer um projeto ao CNPg [Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico] pedindo dinheiro e bolsas de iniciação científica. O projeto foi em meu nome, ou seja, estaria sob minha coordenação. Ganhamos, além de algum recurso, 3 bolsas de Iniciação Científica [...]. Decidimos que iríamos focalizar o preconceito explícito nas páginas de jornais. [...] Felipe se destacava nas reflexões sobre a bibliografia que era lida. Além disso ele escrevia muito bem, os textos que ele apresentava eram de grande qualidade. Ele já tinha alguma idade quando começou a fazer o curso de história. Ele era um ano mais novo que eu. Ele apresentava uma bagagem de leituras muito grande. Nós não lidávamos com ele como um simples estudante, ele nos ensinava muito. Foi ele que nos apresentou várias leituras: Levis Strauss, Florestan Fernandes, entre outros. Eu ficava impressionada com a capacidade de leitura e de reflexão dele. Foi assim que escrevemos o livro 'Negro em Terra de Branco' que foi publicado em 1988, pela Editora Mercado Aberto. Publicamos depois, também um texto na revista Ciência Hoje. Por ele ter uma grande qualidade na escrita, era comum que escrevêssemos e ele costumava corrigir o que escrevíamos. Mesmo porque, o que ele escrevia, já vinha pronto. Lembro de muitas reuniões na minha casa para a discussão dos textos, para decidir títulos de textos. Ele era sempre muito presente, muito interessado (Pedro, 2020).

Joana Maria Pedro nos remete a um Luiz Felipe que só corrobora a ideia do homem aplicado à leitura. Destacava-se pelo domínio teórico. Tinha elevada capacidade para decifrar os enigmas na leitura dos clássicos. Apresentava bons apontamentos, fundamentados em argumentação sólida, impressionando seus docentes por sua qualidade na produção escrita, além do engajamento nas discussões. Logo tornou-se uma referência. Joana registra ainda uma qualidade muito especial, que consiste em perceber o outro e suas sensibilidades:

Em 1987 eu fiz uma cirurgia e fiquei um mês em casa. Antes de eu fazer a cirurgia, o Felipe me entregou vários livros de literatura para ler. Não eram livros acadêmicos, mas eram feministas. Ele sabia que eu queria fazer um doutorado sobre a História das Mulheres. Ele me entregou livros muito bons de ler. Foi muito bom ficar de cama lendo os livros. E eu lembro que fiquei sensibilizada com a atitude dele (Pedro, 2020).

Esse seu ato de compartilhar de uma literatura, que não tinha nada de acadêmica, sensibilizou Joana. Luiz Felipe foi diligentemente à sua casa entregar-lhe, como se dissesse para ela deixar de lado os livros acadêmicos para espairecer o espírito, mas que de algum modo lhe seria útil, nas suas buscas acadêmicas. Isso a marcou a ponto de lembrar desse registro, transcorrido há tanto tempo. Vejamos como Joana relata sua insistência para que Felipe efetuasse concurso para dar aulas no Departamento de História da UFSC:

Depois que ele defendeu a tese de doutorado, houve um concurso no Departamento de História. Todas nós (Ligia, Bernardete e eu) pedimos a ele que se inscrevesse, que viesse ser professor na UFSC. Na época ele era professor substituto na UDESC. Ele chegou a se inscrever, mas não veio completar a inscrição trazendo a documentação. No departamento, vários dos nossos adversários estavam preocupados com a presença dele no concurso. Quando eu perguntei por que não tinha vindo fazer o concurso, ele disse que o departamento de História da UFSC tinha muita gente competitiva demais e que ele não estava a fim de entrar nesta competição. Que a vida não era esta competição, que não valia a pena, que esta competição da vida acadêmica não lhe interessava (Pedro, 2020).

Joana destaca o modo crítico como Luiz Felipe, que desde cedo, via a competitividade no ambiente de trabalho, especialmente na universidade, como um problema. Por outro lado, não gostaria de sofrer as consequências nefastas desse impacto em sua vida. Porque ele atribuía outros sentidos para o trabalho na vida das pessoas. E que por estes motivos não prestou aquele concurso. Outra colega da UFSC, Maria Bernardete Ramos Flores, acentua aspectos de sua convivência com Felipe.

Muito mais que colega, tive no Felipe um amigo querido. Sou toda sentimentos por ele. Foi meu aluno por um semestre, lá em 1987 ou 88. Um semestre tumultuado, não sei se por greves ou porque fui uma professora um tanto ausente por conta do doutorado que realizava sem dispensa do trabalho. Ele nem precisava de aula presencial. Era

um estudante "formado", considerando que vinha de uma experiência no jornalismo, se não me engano no Rio de Janeiro. Nesse tempo, ele participava de nossos "famosos" grupos de estudos, nossas "missas" de domingo ou sábado, geralmente na casa da Joana. Felipe sempre se destacou. Atuou na Pós-Graduação em História da UFSC, quando eu estava na coordenação, ocasião em desempenhou as funções de orientador com muita responsabilidade. Dividi muitas bancas com ele. Felipe foi sempre um parceiro que dialogava com respeito, sem tergiversar, mas aceitando a ideia do outro. No mais, acompanhei a trajetória dele na UDESC, um pouco meio de longe fisicamente, mas sempre perto por uma espécie de compromisso político na área, uma vez que tínhamos muitas afinidades acadêmicas e ideológicas, e por isso mesmo eu torcia muito pelo programa da UDESC que tinha Felipe entre as lideranças. A maior admiração por Felipe, ao que não ponho nenhuma ressalva, dá-se ou deu-se em decorrência da sua postura como colega e como amigo, sempre muito íntegro e agregador, firme nas suas posições acadêmicas e políticas, mas sem nunca desistir de trazer colegas adversos para somar em algum projeto comum (Flores, 2020).

O posicionamento de Maria Bernadete, externado acima, corrobora a imagem do estudiosa sério e comprometido, responsável, competente, e de líder agregador. Assim como Joana, também lembra do aluno "pronto", "formado", que sempre se destacava no grupo de estudos.

Outra dimensão da vida acadêmica e profissional de Luiz Felipe Falcão é fornecido por Marlene de Fáveri. Sobre o contexto em que o conheceu, destacou sua sensibilidade.

Fui sua aluna na Universidade do Vale do Itajaí [UNIVALI], no curso de História, desde a quinta até a oitava fase. De 1994 a 1995. Em 1994, eu havia iniciado o Mestrado na UFSC, e já tinha uma Especialização em Didática do ensino Superior. Felipe, que já estava concursado da UDESC, entrou no doutorado na USP e me indicou para dar a disciplina dele, História do Brasil, na 5a fase. Foi um desafio substituir o Felipe! Mas dei conta. Professor Felipe se destacava pela simplicidade e era um dinossauro nos conhecimentos. Sabia de tudo e sobre tudo, nos encantava. Era solidário, preocupado com o crescimento dos alunos. Sempre tinha uma sugestão, um cuidado com as pessoas. Muitos trabalhos finais, dissertações e teses foram produzidos com as discussões e reflexões com ele. Sensível com as dores humanas, sensível com os sentimentos, apaixonado pela profissão que escolhera, com o que fazia, observador minucioso dos acontecimentos de seu tempo e sempre atualizado. Fazia amarrações do passado e presente de forma saborosa, didática, detalhista. Seu perfil de agregador era conhecido: sempre rodeado de colegas e principalmente alunos e alunas, nos bares, na lanchonete da faculdade, nos bancos da universidade. Era também indignado com as misérias humanas, indignava-se com as violências contra as mulheres e, de seu jeito, era feminista. Professor Felipe era um pesquisador arguto, curioso, incansável. Lembro que quando fazia a tese, mergulhou nos temas do integralismo, separatismo, nazismo, cultura política, sendo que sua tese é uma preciosidade, uma referência e se destaca na historiografia brasileira. Também escreveu inúmeros artigos sobre temas das identidades, da cultura, da política, dos fascismos, da italianidade. Montou um grupo de pesquisa na UNIVALI chamado Centro de Estudos e Documentação Italiana, a partir do qual alunos e alunas se dedicaram a este tema e produziram excelentes trabalhos com suas orientações. Suas orientações eram disputadas, sua competência intelectual nos cativava. Eu fiz minha carreira acadêmica sempre em conversas com e amigo e incansável pesquisador (Fáveri, 2020).

Marlene de Fáveri, além de aluna, foi colega de Luiz Felipe no Departamento de História da UDESC. Seu relato aprofunda as características do intelectual habilidoso, além de sua grande capacidade de agregar seguidores e comunicar seus conhecimentos acumulados. Sua visão destaca a junção entre experiência e conhecimento que Luiz Felipe manejava, e como era capaz de articular as situações postas pela conjuntura com os referenciais teóricos acumulados.

Felipe cativou uma plêiade de seguidores ao longo de sua vida acadêmica, desde a UFSC, a UDESC, passado pela UNIVALI. Foi ainda um intenso participante e organizador de eventos acadêmicos, ministrando palestras ou cursos, atraindo o público interessado em uma visão que fugia do lugar comum acadêmico. Marlene destaca sua grande capacidade de elaborar pesquisas e publicações, por onde nos indica algumas referências, como aquela que decorre de sua tese.

Observo que sua participação em bancas rende um capítulo à parte de sua vida. Tanto como orientador ou compartilhando a avaliação, acompanhei seu cuidado em se pronunciar sobre o trabalho em pauta. Avaliava de um modo muito cortês, educado, disposto a colaborar com o resultado. Efetuava sugestões úteis para melhorar o texto em todos os níveis. Mesmo a crítica era dirigida com elegância, com o cuidado em não fazer desmerecer o esforço de cada candidato. Nisso era um mestre especial.

Tive o prazer de participar com Luiz Felipe Falcão do "Coloquio Rebeldes y Heterodoxos, passado y presente de las izquierdas em América Latina", na cidade do México, em agosto de 2019. Na ocasião, compartilhamos a última mesa de uma sexta-feira. Sem saber, testemunhei e compartilhei uma de suas últimas elaborações e

participações internacionais. Seu trabalho versou a respeito das facetas de leituras da esquerda. Naquela oportunidade coordenou a mesa "Estudiar la izquierda: problemas, métodos y propuestas". Também comunicou uma "História y memoria de um outro tempo: problemas y desafios en el estudio de la nueva izquierda". Felipe voltou-se nos últimos anos de sua vida ao balanco do período histórico em que esteve diretamente envolvido na a militância de esquerda que moldou tantas vidas pela América Latina. Os contatos com a CLACSO aumentaram seu entusiasmo pelo tema. Para tanto, os depoimentos orais eram sua fonte de pesquisa fundamental, dos quais ele não abdicava. No evento mexicano, depois das nossas intervenções, seguiu-se debate acalorado e bem-humorado –dado que ninguém perdia a oportunidade para rir de algo que se prestasse a tal. Principalmente quando colegas queriam salientar as diferenças ou implicâncias que nos faziam mais cúmplices e unidos- ainda que o ambiente acadêmico seja por demais competitivo e sisudo nós conseguíamos burlar essa condição. Conseguimos nos divertir bastante.

BIBLIOGRAFIA

Alberti, V. (2004). *Ouvir contar: textos em história oral.* Rio de Janeiro: FGV.

Benoni, N. y Coelho, F. D. (2010). Movimento Pela Emancipação do Proletariado (MEP) en Abreu, A. Alves de y outros (coords.), *Dicionário Histórico-Biográfico Brasileiro – Pós-1930*. Rio de Janeiro: CPDOC.

Fáveri, M. Depoimento, em 08/11/2020.

Flores, M. B. R. Depoimento, em 03/11/2020.

Guido, M. C. (2010). Armando Falcão en Abreu, A. Alves de y outros (coords.), *Dicionário Histórico-Biográfico Brasileiro – Pós-1930*. Rio de Janeiro: CPDOC.

Ourigues, I. Depoimento, em 05/11/2020.

Pedro, J. M. Depoimento, em 30/10/2020

Silva, L. S. G. Depoimento, em 05/11/2020.

Souza, P. de (2020). Romeu Tuma, o homem do DOPS que sabia demais – arquivo vivo. https://noticias.r7.com/prisma/arquivo-vivo/romeu-tuma-o-homem-do-dops-que-sabia-demais-29062020

O AMIGO GENEROSO, O PROFESOR REVERENCIADO E O HISTORIADOR DA VIDA QUE TRANSBORDA

Paulo Rogério Melo de Oliveira

"Para, enfim, não esquecer e não deixar esquecer os tempos sombrios e extraordinários, nem deixá-los assombrar como espectros as gerações de agora, aproveitando os trabalhos dos historiadores e das historiadoras para conspirar com e pela vida" (Luiz Felipe Falcão, 2014).

Quando fui convidado a escrever um texto em homenagem a Luiz Felipe Falcão, para mim o queridíssimo amigo Felipe, senti-me honrado, aceitei de imediato e fiquei pensando o que escrever sobre este homem doce e cortante, astuto e ligeiramente tímido, de uma inteligência refinada e tão desapegado de (quase) tudo, com

¹ Agradeço às amigas e colegas Luciana Rossato e Marlene de Fáveri e aos amigos e colegas Emerson Campos, Arnaldo Haas Júnior e Reinaldo Lohn pelas sugestões e informações para a construção deste texto.

² O amigo dos churrascos de domingo na minha casa, hábito que cultivávamos há quase vinte anos. Tínhamos um grupo permanente (Eu e Vivian, Reinaldo e Sílvia, Emerson, Luciana e Felipe), que se reunia com certa frequência para conversar e rir pelo prazer de estarmos juntos. Outras pessoas se uniam a nós eventualmente, mas este era o grupo que nunca faltava. Felipe sempre chegava tarde, com um fardo de cervejas e uma carne que havia preparado na véspera, curtida nos temperos que colhia na sua horta e misturava criativamente para inventar sabores. Gostava de sentar-se no chão, de brincar com os cachorros e gargalhar das bobagens criativas de um churrasco de domingo.

³ Felipe não ligava para certos confortos e comodidades, não se apegava aos bens materiais e usava as mesmas roupas durante anos. Gostava da vida com simplicidade, sem muitos penduricalhos. Mas, algumas coisas eram importantes e regulares. Cultivava laços de amizades e familiares, corria diariamente, acompanhava detidamente as corridas de automóvel e viajava uma ou duas vezes por ano, com sua companheira Isabel Ouriques (Bel), para lugares incomuns, como Nicarágua, Armênia,

quem eu tive a sorte e o imenso prazer de conviver por mais de 20 anos. Poderia escrever sobre o intelectual de bom gosto⁴, inquieto e generoso, ou sobre o historiador que nos últimos anos de vida foi ao encontro do seu passado de ativismo e clandestinidade, colhendo depoimentos de antigos militantes do campo das esquerdas que resistiram à ditadura militar.⁵ Mas não. Fiz o que imagino que o

Jamaica, Bósnia, Letônia e Irã. Nos últimos anos de vida sua paixão e companheira inseparável era a neta Maria Clara. A relação de cumplicidade e a química do vovô Felipe com a netinha eram lindas.

- 4 Felipe manejava com muito requinte e habilidade textos literários, canções e narrativas míticas para explorar os sentidos do ofício do historiador e ornar com elegância crítica os seus temas de pesquisa. No artigo intitulado "Artifícios e artefatos entre a memória e história", publicado em 2015, por exemplo, recorreu aos estudos sobre Simônides de Ceos e a secularização da poesia na Grécia Clássica para refletir sobre criação humana, capacidade para recordar e potencial de expressar, condições fundamentais para a composição e expressão da poesia. Tomou como ângulos fundamentais para pensar outro gênero de composição, a produção historiográfica. Um belo artifício do amigo historiador para iluminar a construção de um artefato, o conhecimento histórico.
- Do final da década de 1960 até o início dos anos 80, Felipe engajou-se na luta contra a ditadura, viveu 14 anos na clandestinidade, de 1968 a 1982, e adotou 6 nomes falsos (os mais usados foram Cláudio, Fernando e Augusto). Neste período, morou na região do ABC Paulista (municípios da Grande São Paulo: Santo André, São Bernardo do Campo e São Caetano), próximo de grandes concentrações do operariado brasileiro. Era uma opção da organização da qual participava, o Movimento pela Emancipação do Proletariado (MEP), que, diferentemente de outros grupos que partiram para a resistência armada, preferiu o trabalho de base e mobilização voltados para o proletariado. Felipe foi um dos fundadores do MEP. por volta de 1972, ao lado de Ivan Valente, Nílson Benoni, Celso Daniel, Luís Dulci, Regina Carvalho, Jorge Hue, Sidnei Lianza, Franklin Coelho, André Papi, Luís Sérgio Gomes da Silva, Luís Arnaldo Dias Campos, Edmílson Rodrigues, Jorge Paz, Paulo Frateschi, Gumercindo Milhomen Neto, Paulo Rubens e Fernanda Carísio. A organização, conforme o próprio Felipe, nasceu de uma cisão da POLOP e foi uma das mais ativas no Brasil nas décadas de 1970 e 1980. No início dos anos de 1980, quando o Brasil, sob o governo Figueiredo, já respirava os ares da redemocratização, Felipe, anistiado, mas desconfiado e ainda numa condição de semiclandestinidade, ou numa legalidade cuidadosa, como me sugeriu Reinaldo Lohn, veio passar uns dias em Florianópolis. Foi por estes dias que conheceu Isabel Ouriques, a Bel, num grupo de amigos que frequentava o Roma, um bar que atraía ativistas de esquerda. Bel trabalhava na Eletrosul (empresa geradora e distribuidora de energia elétrica), era ligada ao Partido dos Trabalhadores (PT) e participava da extensão do MEP em Florianópolis. Felipe, a esta altura, era assessor do PT na Assembleia Legislativa de São Paulo. Entre 1983 e 1984 os dois decidiram ficar juntos e morar em Florianópolis. Em 1984 Felipe ingressou no curso de História da Universidade Federal de Santa Catarina e, simultaneamente, para sobreviver, dava aulas no colégio Nossa Senhora de Fátima, por indicação de artista Ademir Rosa. Nos últimos anos, com financiamento de agências de pesquisa, foi em busca de si mesmo, do seu passado de militância e ativismo, que se confundia com a história do passado político recente do Brasil. Por meio da história oral, estava recolhendo depoimen-

Felipe gostaria que eu fizesse: reunir os amigos e as amigas, como ele gostava de fazer. Com este espírito de reunião e de celebração em torno da memória de um amigo querido, convidei ex-alunas e ex-alunos, orientandos e orientandas, com os quais Felipe trabalhou e conviveu, da década de 1990 até o fim da vida, para escrever pequenos textos. Estes escritos se entrelaçam para construir o sentido da narrativa: a homenagem e a rememoração. Se considerarmos a etimologia latina de texto, proveniente do verbo *texere*, indicando tecer, entrançar ou entrelaçar, veremos que o sentido próprio de texto, do que é tecido, está na trama que o constitui. Os textos aqui reunidos celebram a trama da vida, dos encontros, e de tudo o que confere sentido e beleza à nossa existência destituída de transcendência, à maneira de Denys Arcand, no filme *Invasões bárbaras*, que celebrou a beleza trágica da vida e das amizades no leito de morte de um professor de História.

Faço parte de uma rede de amizades, tecida de afetos, de memórias e de encontros intelectuais, que se criou espontaneamente em torno da figura de Luiz Felipe Falcão. As distâncias físicas que nos separam hoje não são maiores que as experiências vividas que nos aproximaram. Bastou um chamado, um convite, um nome, e estávamos reunidos novamente para rememorar o amigo que nos deixou sem se despedir. Creio que Felipe, em vida e em memória, foi e é a figura que nos uniu, na nossa mais bonita e viva diversidade. E se nos reunimos para homenagear o mestre e amigo é porque os laços que nos envolvem são sólidos e perenes, como foram os ensinamentos por ele deixados.

tos e memórias de militantes e ativistas das esquerdas que resistiram e se opuseram à ditadura, para "refletir sobre versões dos acontecimentos e trajetórias do Brasil contemporâneo e, em especial, acerca de suas implicações para a formulação de uma História do Tempo Presente" (2014). Suas últimas publicações, sempre muito atentas aos movimentos do presente, especialmente àqueles de corte autoritário, num contexto de reabilitação e ascensão de um conservadorismo virulento, assumiram um nítido comprometimento com a defesa das liberdades democráticas. O retorno do historiador ao passado, o seu e o do Brasil, tinha como propósito a defesa da vida no presente. Passado e presente se encontravam pelas mãos do historiador que escrevia para evitar que os "tempos sombrios" caíssem no esquecimento. Afinal, alerta va Luiz Felipe Falcão (2015), recorrendo à famosa tese de Benjamin, nem "os mortos estão em segurança se o inimigo vencer". E "esse inimigo não tem cessado de vencer".

⁶ A lista inicial contava com quase 100 nomes. Infelizmente, por razões óbvias, tive que fazer escolhas. Não consegui o contato de várias pessoas que julgava importantes. Peço desculpas se esqueci de nomes importantes, e agradeço muito às pessoas que se dispuseram a fazer parte desta homenagem e escrever/dividir comigo esse texto.

Felipe tinha uma vasta cultura, transitava com facilidade em várias regiões do conhecimento e "defendia argumentos com uma facilidade impressionante" (do texto do Lourival Andrade). Mas tinha também um raro talento. Sem perder a profundidade, era capaz de abordar os temas mais densos e as teorias mais herméticas com leveza e clareza, como se estivesse falando sobre uma partida de futebol do seu time, o Flamengo, no fim de semana. Este poder de descomplicar e de se fazer entender, mesmo tratando de assuntos áridos, o tornava um professor de Teoria da História ímpar e reverenciado. Era um intelectual sedutor, que sabia como poucos compartilhar generosamente o conhecimento.

Numa entrevista concedida a Laurent Vidal em 2005. Alain Corbin falou da sua paixão pela História, lamentou que a contribuição e a importância dos professores sejam avaliadas tardiamente e lembrou dos mestres que marcaram a sua formação, como o professor de História da Revolução Francesa, Marcel Reinhard, Este iniciava suas aulas narrando um saque, uma pilhagem ou o incêndio de um castelo, na época do Grande Medo e em seguida mostrava o que aquilo poderia oferecer do ponto de vista historiográfico. Como não lembrar do professor Luiz Felipe Falcão, que "nunca abordava um assunto diretamente" (do texto do Arnaldo Haas)? Iniciava a aula despretensiosamente, contando uma história, narrando um evento, e depois, como um "feiticeiro das palavras" (do texto da Raguel Venera), construía uma fina costura historiográfica. Felipe Falção foi o grande mestre de várias gerações de historiadores(as) com quem travou contato e influenciou. As aulas memoráveis, os grupos de estudos inspiradores, as orientações certeiras, as perspicazes e sensíveis reflexões e a notável lucidez, marcaram profundamente a construção intelectual e a vida de muita gente.

Conheci o Felipe em 1998, na sala dos professores do charmoso prédio da antiga FAED⁸ (Faculdade de Educação da Universidade do Estado de Santa Catarina-UDESC), no centro de Florianópolis. Acabara de ingressar como professor colaborador e Luiz Felipe Falcão já era professor efetivo do curso de história desde 1994. Não nos conhecíamos pessoalmente. Mas eu sabia quem era o famoso Felipe Falcão.

⁷ Embora fosse professor de programas de pós graduação, Felipe nunca deixou de dar aulas de Teoria da História para cursos graduação, em Itajaí e em Florianópolis.

⁸ Que hoje abriga o Museu da Escola Catarinense. Há alguns meses passei em frente ao Museu, lugar de muitas memórias, e me vieram inúmeras recordações. Os encontros e as conversas nas escadas, os cafezinhos na lanchonete, o burburinho do salão de entrada, o entre e sai das salas. Vieram-me à memória os rostos, os nomes, as aulas, e a imagem de Felipe descendo a escadaria que dava para a rua, vestindo aquela camisa azul, com a pochete no ombro, o cigarro numa mão e o celular na outra.

Duas amigas, professoras de história, foram suas alunas e orientandas e já haviam mencionado o papel decisivo que o professor teve nas suas formações e nas escolhas profissionais que fizerem. Felipe entrou na sala, deixou algumas coisas sobre uma mesa, cumprimentou-me, perguntou meu nome e sentou-se à minha frente. Depois de uma breve conversa, sobre quem éramos e de onde vínhamos, fomos tomar um café. Ficamos em uma conversa de mais de uma hora. O nosso "santo" bateu. Felipe, sempre muito gentil, fez questão de pagar o café. A despedida veio com um aperto de mãos. Voltei à sala dos professores e Felipe, que havia terminado de dar aula, voltou para sua casa, na praia do Campeche. Não sem antes retornar à sala dos professores para pegar a chave do carro que esquecera sobre a mesa. Começava ali, de maneira muito casual, uma amizade que marcou, e ainda marca, a minha vida, intelectualmente e afetivamente.

Em 1999 comecei a dar aulas na Universidade do Vale do Itajaí (UNIVALI), onde Felipe lecionava há 10 anos. Nossa aproximação foi ainda maior e, em 2004, nos tornamos grandes amigos. Participamos de uma mesa redonda sobre Nietzsche com os professores Itamar Siebert e Normélio Weber. Felipe e eu abordamos a (anti) filosofia da História, explorando obras como a *Segunda Consideração Intempestiva*, de 1873. Sem combinar, destacamos os perigos da monumentalização do passado e argumentamos em defesa da valorização do tempo presente como perspectiva do conhecimento histórico e como lugar de onde fala o historiador. Depois da mesa, no bar do Dusky, ao lado da UNIVALI, em uma "mesa" de outro tipo, esticamos a conversa e percebemos que tínhamos muitas afinidades sobre o fazer histórico e sobre as bases nas quais fundávamos o entendimento que tínhamos da História. "Aquele foi um belo encontro", costumava dizer o Felipe. Um encontro de vida e por uma história em defesa da vida.

⁹ Felipe foi professor da UNIVALI entre 1989 e 2004, atuando na graduação em História e em programas de pós-graduação. Foi neste período que fez o mestrado na Universidade Federal do Rio Grande do Sul, de 1990 a 1992, e o doutorado na Universidade de São Paulo, entre 1994 e 1998.

¹⁰ Embora essas reflexões não apareçam na superfície dos seus textos, sempre tive a impressão, baseada em algumas conversas que tivemos, de que a afirmação do presente e da vida em Nietzsche, e a noção foucaultiana da História como crítica do presente, eram a ancoragem epistemológica do interesse de Luiz Felipe Falcão quando abordava o tempo presente. Este marcou sua vida de pesquisador desde meados dos anos de 1990, quando iniciou o doutorado, e depois se institucionalizou no Programa de Pós-graduação em História da UDESC, com a área de concentração voltada para a História do tempo presente. A história que Felipe praticava estava ligada à vida, às liberdades democráticas e, a meu ver, ao aprendizado da diferença. Era um estudioso e crítico das identidades e das construções identitárias homogeneizantes, caminho por onde, obliquamente, afirmava o direito à diferença.

Vivíamos entre Itajaí e Florianópolis, ligados pela rodovia BR 101 e por lacos de amizades e trabalho. Íamos e voltávamos de carro com certa frequência, envolvidos em conversas sobre filmes, livros, músicas. Em Itaiaí o lugar de encontros era o mencionado bar do Dusky, sempre nas segundas feiras. Dormíamos lá para não ter que ir e voltar no dia seguinte. 11 Em Florianópolis o ponto de conversações era o Kaffa, um bar e restaurante que frequentávamos, localizado na rua ao lado da FAED, onde bebíamos cervejas e conversávamos sobre história, política, futebol e tudo o que caísse na mesa. Felipe era "bom de papo", com repertório amplo, sempre muito bem informado, com um raciocínio rápido, claro e inteligente. Prendia o ouvinte com boas histórias e um jeito de falar que misturava o sotaque carioca com assentos ilhéus. que incorporou, acredito eu, no convívio com sua companheira de 36 anos de vida, Isabel Ouriques ou, simplesmente, Bel, 12 que conheceu em Florianópolis. Falava baixo, nunca aumentava o tom de voz, mesmo em discussões mais acaloradas. Era um dos seus discretos charmes. Felipe também sabia ouvir, era atento, acolhedor, mostrava interesse e, sem pretender dar licões, sempre dizia coisas significativas.

Ao longo dos 22 anos de amizade fui testemunho do enorme prestígio e da admiração que Felipe despertava entre os pares,¹³ e da relação que construiu com gerações de estudantes, nos três ambientes nos quais trabalhamos: na UDESC, em Florianópolis, na UNIVALI, em Itajaí, e no curso de história que a UNIVALI ofereceu na pequena cidade de Ituporanga.¹⁴ Estava sempre rodeado de alunos e alunas,

^{11 &}quot;O pessoal de Floripa", como se dizia, dormia uma ou duas noites em Itajaí. Felipe, no começo, dormia na lendária livraria e sebo anarquista "Casa Aberta", de José Roberto (Beto) Severino, dividiu um apartamento com Cristiane Manique, em Balneário Camboriú, e depois passou a hospedar-se em um hotel. Juntamente com Emerson Campos, eu conseguia hospedagem no apartamento de Marlene de Fáveri.

¹² Agradeço à Bel pela disposição em ajudar, pelos áudios esclarecedores e emocionados, e pelas valiosas informações.

¹³ Felipe não era uma unanimidade. Longe disso. Não cultivou virtudes de santo e nunca tentou agradar a todo mundo. Tinha alguns desafetos e despertava certas antipatias entre os pares, por conta dos posicionamentos firmes, acadêmicos e políticos, mas sempre dentro dos limites éticos, e da franqueza habitual. Quando a situação exigia, Felipe não era de *dourar a pílula!* Dizia o que tinha para dizer sem rodeios. Era direto. E nem todo mundo entendia isso como uma virtude. Para algumas pessoas o estilo por vezes seco e contundente soava como arrogante e autoritário. Nunca o vi assim, e esforço-me para não o idealizar. Desde que nos conhecemos sempre foi gentil, educado, receptivo e amigo, um parceiro de profissão e um amigo para todas as horas. Em momento difíceis, em momentos alegres, de dor e de comemoração, ele estava sempre lá.

¹⁴ Toda a admiração dos(as) colegas e alunas(os) foi demonstrada logo depois que recebemos a notícia do delicado estado de saúde e da hospitalização de Luiz Felipe. Imediatamente, Emerson Campos, que mantinha um contato mais próximo com

na universidade, nos bares da vida e nos eventos pelo Brasil afora. Tratava a todos e todas com o mesmo cuidado, deferência e respeito, e sempre tinha tempo para uma conversa, mais séria ou desinteressada. Foi o "mestre" e o professor que despertou o gosto pela história, pelo pensar historicamente, pela pesquisa, pelo desejo de ser professor e pela recusa do pensamento raso. Foi a melhor parte das lembranças da faculdade de muita gente. E são estas pessoas, ex-alunas e ex-alunos¹⁵, hoje destacados professores e pesquisadores espalhados pelo Brasil, que agora tomam a palavra para nos dizer quem foi Luiz Felipe Falcão, em sala de aula e fora dela, e aquilatar a presença formadora do mestre em suas vidas.

Certamente as histórias cruzam-se, pois estão entrelaçadas, bem como algumas *coisas* prazerosamente se repetem. Felipe era o elo entre todos(as) nós e muitas das experiências e dos episódios rememorados foram vividos e testemunhados por várias pessoas.

Um abraço e um beijo, amigo querido. Fazes uma falta enorme. Mas estarás sempre conosco nas nossas melhores e mais significativas lembrancas.

ALEIANDRA LUNA: DOUTORA EM HISTÓRIA E MUSEOLOGIA

Oual é o primeiro enunciado da carta de Pero Vaz de Caminha, o escrivão português da armada de Pedro Álvares Cabral que aportou no território que viria fazer parte do Brasil, em 1500? Com esta pergunta Luiz Felipe Falção iniciou uma aula de Teoria da História I no curso de História da UNIVALI, em Itajaí. "Senhor", falei! Exatamente, é uma carta escrita para Dom Manuel I, rei de Portugal, refletiu o professor Felipe. A partir desse momento houve uma tomada de consciência na maneira de perceber e interrogar as coisas que me cercam e deixou marcas na minha trajetória acadêmica. Quatro horas parecia pouco para suas aulas, pois sempre havia algo mais a ser dito, discutido e observado com mais detalhes e profundidade. Felipe tinha esse poder de encantamento, de traduzir o que parecia difícil em algo compreensível e extremamente interessante. Provocava nos alunos o afastamento do olhar em perspectiva, a fim de estranhar e desnaturalizar o familiar, o cotidiano, a cultura. Junto com outros colegas, eu era uma das últimas alunas a deixar a sala de aula, ou ainda a estender a conversa

a família de Felipe, criou um grupo de *WhatsApp*, com amigos(as), colegas e alunas(os), do Brasil e do exterior, para nos atualizar e repassar os boletins médicos. Por conta da pandemia do vírus Covid-19, as visitas estavam proibidas, inclusive aos familiares. Em poucos dias o grupo reuniu cerca de 100 pessoas.

¹⁵ As únicas exceções somos eu e Barbara Giese, que não fomos alunos(as) de Luiz Felipe Falcão.

na descida das escadas, atenta ao que ainda poderia ser dito. Sinto-me privilegiada por ter tido Felipe como professor, um verdadeiro mestre dos afetos, que me ensinou a ver e viver a história com paixão.

ARNALDO HAAS JÚNIOR: DOUTOR EM HISTÓRIA E PROFESSOR NA REDE ESTADUAL DE SANTA CATARINA

Esperávamos ansiosamente a chegada de Luiz Felipe Falcão. Alunos da graduação em História via Programa Magister, tivemos aulas com professores da UNIDAVI e da UNIVALI. Felipe havia sido professor nessa última, local onde cativou afetos e admiração. Seus colegas, amigos professores, nos falavam: "semestre que vem vocês terão aula com o Felipe, grande intelectual", *um monstro*. Não houve exagero. Falcão era, de fato, um professor fantástico. Nunca abordava um assunto diretamente. Um exemplo, uma história, uma metáfora, uma analogia. Seja qual fosse a estratégia por ele usada, era através desse tipo de porta que tínhamos acesso a um tema. Coisas que encantam, toques de Mago.

"Faça o mestrado", dizia ele. Tentei. Dois anos após a graduação eis que me vi como aluno no mestrado em História da UDESC. Primeira turma do programa. E foi como orientando de Felipe (um orgulho enorme) que fui tocado por aquela que, do meu ponto de vista, era uma de suas maiores qualidades. Em meio a tantas falas prontas, a monólogos e intermináveis diálogos de surdos, encontrei um professor que sabia ouvir. Por maiores que fossem os equívocos, os disparates da minha fala, ouvia atentamente e abordava todos os temas necessários, tecia suas considerações com profundidade e a delicadeza do mais fino dos bordados. Em certa ocasião, na qual homenageávamos a Baco, ele nos disse que em momentos de angústia, de sofrimento, não nos interessam falas prontas ou "lições de vida", mas a atenção de pessoas que nos ouvem, sinceramente. Em Luiz Felipe Falcão encontrei um ser humano para quem vida e ofício caminhavam juntos. Salve, mestre!

BARBARA GIESE: PROFESSORA APOSENTADA DO CURSO DE HISTÓRIA DA UDESC

Conheci Luiz Felipe Falcão na Universidade Federal de Santa Catarina (UFSC). Fomos estudantes de história na mesma época, mas nunca fizemos uma disciplina juntos e não participamos dos mesmos grupos. Assim, a gente não se aproximou na faculdade. Alguns anos depois, quando fui morar no bairro do Campeche, em Florianópolis, tornamo-nos vizinhos, amigos e colegas de trabalho. Em um dos churrascos domingueiros, Felipe disse: "sabia desde a primeira vez quando a vi de longe que você não podia ser brasileira." Questionei:

"por acaso estava escrito na minha testa?" Concluíra por causa do meu jeito de andar e a forma de me vestir. Descreveu em detalhes minha saia comprida, colorida, cheia de flores, sobrevivente da época pós-hippie da década de 1970. Fiquei de boca aberta com a capacidade de observação e correlação do meu amigo. E como lembrávamos de nossa juventude, começamos a falar sobre música. Escutamos as mesmas músicas internacionais, ele aqui num contexto autoritário e em Heidelberg, Alemanha, um dos epicentros das revoltas estudantis de então. Felipe reproduziu diversos discos na vitrola e conversamos sobre nossas lembranças a cada música. Foi uma tarde fabulosa e sentimo-nos unidos na luta por um mundo melhor e mais justo. Felipe tinha muitas perguntas. Queria saber como os estudantes daquele tempo, lá em Heidelberg, se organizavam, o que liam, sobre o que discutiam. Perguntas e mais perguntas.

Esta forma de construir narrativas acerca da realidade era muito típica de Luiz Felipe Falcão. Em outra oportunidade ele conversou longamente com o meu pai. Este nasceu em 1931 e vivenciou a Segunda Guerra Mundial quando criança. A curiosidade de Felipe novamente se expressou em perguntas e mais perguntas. As horas se passaram num piscar de olhos e ambos se despediram contentes e na certeza de enriquecimento mútuo. Esta vontade de querer saber, de se interessar e se envolver intensamente com o outro, fez dele uma pessoa empática. além da competência em reelaborar essas vivências teoricamente, como um excelente historiador.

CARLOS CÉSAR RODRIGUES: GRADUADO EM HISTÓRIA E MESTRANDO EM DIREITO

Trago um singelo relato póstumo, "que se passa após a morte de alguém", de Luiz Felipe Falcão. Esta é a tarefa, rememorar uma pessoa excepcional como a figura do professor Luiz Felipe Falcão, que conheci quando iniciei o curso de História no ano 2000. Lembro-me do professor sentado próximo à porta das salas de aula, no antigo edifício da Faculdade de Educação da FAED. Tragava um cigarro, sem pressa, com o olhar distante, pensativo. Nós, na pressa dos vinte e poucos anos de idade, entrando à sala rapidamente, e ele lá, pacientemente, aguardando. Como professor, deixava palatáveis as explicações até mesmo aos espíritos mais exigentes do saber. Os textos mais complexos de Teoria da História tornavam-se muito acessíveis. Voz calma, segura, eloquente. Silêncio absoluto na aula, mas quando alguém o confrontava em sala, vinha aquela sua interjeição "clássica": "Ah, é?!"

Seja em volta de uma mesa em um grande evento nacional ou no cotidiano do bar e restaurante Kaffa, reunia estudantes e colegas para os assuntos mais variados. Foi paraninfo dos formandos em História em 2004, aceitou de pronto o convite intempestivo. Em companhia de outros amigos professores, festejamos a tão sonhada graduação de curso superior. Das lembranças, memórias, só boas recordações. Companheiro...

CARLOS EDUARDO DE SOUZA: GRADUADO EM HISTÓRIA E PROFESSOR DE HISTÓRIA EM FLORIANÓPOLIS, MILITANTE POLÍTICO E ATIVISTA EM MOVIMENTOS SOCIAIS

Luiz Felipe Falcão tinha uma aura de "decano". Mas, um decano diferente. Falcão era descontraído, sem perder a seriedade, não apenas nos corredores, como também na sala de aula. Não deixava o seu acurado rigor científico se confundir com sua personalidade. Sorria, abraçava, brincava, conversava, tomava um chopp e adorava um cafezinho na cantina. Final de semestre, nos dias mais quentes entre novembro e dezembro, adentrava a sala de aula muitas vezes com um short de futebol e começava a falar do seu Flamengo. Pelas tantas, iniciava a aula. E era a melhor aula do dia.

Em uma aula sobre a dissolução iugoslava, Falcão abriu um mapa que englobava o Leste Europeu, o Norte de África e o Oriente Médio. Dali em diante, não apenas nos ensinou sobre todos os processos ocorridos na antiga Iugoslávia, como também os conflitos do seu entorno. Assim fomos também apresentados ao conflito árabe-israelense, à questão Palestina, entre outros temas globais.

Falcão trazia no olhar o brilho do amor pelo que fazia e pela vida. Quem tem esse brilho, torna-se referência e deixa sementes por onde passa. Também sou uma semente do professor Luiz Felipe Falcão. Evoé, professor!

CAROLINE JAQUES CUBAS: DOUTORA EM HISTÓRIA E PROFESSORA DO CURSO DE HISTÓRIA DA UDESC

É muito fácil pensar sobre eventos, acontecimentos e situações que simbolizem a presença e a relevância da passagem de Luiz Felipe Falcão por minha trajetória. Seja no âmbito pessoal ou no âmbito profissional, o encontro com Felipe teve um caráter formativo. Devo a este encontro a pessoa que sou e a historiadora que me tornei (sigo tornando). Não tão fácil é escolher um evento sobre o qual escrever, na medida em que é difícil apontar qual destes é o mais importante, o mais relevante, ou o mais marcante. Como não ser injusta nessas horas? São várias pequenas coisas que marcam pela intensidade. O encontro com Felipe, o grato privilégio de ter sido sua aluna em Teoria da História, orientanda em dois projetos de Iniciação Científica e no trabalho de conclusão de curso, colega de trabalho e amiga, configura-se como experiência. Daquelas que nos toca e transforma.

Quando fui assolada pela aterradora notícia de sua partida, fui assaltada por uma série de imagens. Pequenos filmes que pulularam todos juntos, ao mesmo tempo, como lembranças encapsuladas. Cada imagem, uma história. Transcrevo-as abaixo:

"O primeiro endereco de e-mail. O primeiro e-mail. O primeiro texto digitado. A senha do lattes. Olá senhorita! Grupo de Estudos. Michel Foucault, CEDI [Centro de Estudos e Documentação sobre Imigração Italiana]. Sempre aquela pochete. Chapeuzinho vermelho. Reunião de orientação. Italianos. Pierucci. Reunião sermão (que eu pensei que seria orientação) sobre namorado duvidoso. Iniciação científica. Segunda e terca no Dusky (carne com cebola e cerveja). Ler Pierre Bourdieu para entender Roger Chartier, Ouarta de manhã, reunião, Para onde foi o Felipe? O diabo da Madre. Felipe, o que está escrito ali mesmo? O ponto da carne. Nota 10 em Teoria. Outra iniciação científica. Atrasei porque estava correndo. Tem um texto que tu vais gostar. Representação. Te trouxe um presente. Pirandello. Fazia tempo que não lia um texto teu assim. Rosa com marrom combina. Saudações Flamenguistas! Sergio Buarque de Holanda. Na Finlândia tem duendes. Quer ser meu orientador? Eu não falo francês bem. Benjamin e o anjo da história. O anjo da História. Deixe te dizer uma coisa. Antártica é melhor que Brahma, Homi Bhaba, Ouerem carona? De onde ele tira essas coisas? Identidade. História oral nos jornais. Rancière. Expresso puro? Gol prata. TCC. Kafta no Kaffa. Chico Buarque. Como que tu bebes isso? Lê isso aqui. Chablis. Texto a seis mãos. Acho que eles estão gostando. Herodes. Críticas serão bem-vindas. Esse povo é doido. Teus orientandos vão enlouquecer. Vai dar tudo certo. Não faco ideia para onde estamos indo. História tem vida. Tá chorando por quê?"

Felipe foi o orientador que pedi, implacável na a reescrita do texto, fazendo-me perseguir "a história que pulsa naquelas vidas". Impediu a comodidade da interpretação simplista e do ponto final apressado.

Conhecê-lo mudou minha forma de habitar mundos, de encarar meu lugar, meu papel, minha responsabilidade no campo ao qual me dedico. Felipe ensinou-me a justa medida entre a sensatez e a ousadia em nosso fazer. Vinculado ao profundo apreço e cuidado pela teoria na composição de nossos textos, Luiz Felipe Falcão insistia por uma história viva, com significado e habitada por pessoas. Uma história povoada de amores, dores, sentimentos e buscas incansáveis. Inquieto, parecia em busca de algo mais. Das sutilezas nas falas e nas fontes. Da beleza nos textos e nas palavras. Da abertura de mundos. De conhecer lugares, modos de ser e de fazer. Daquilo que nos humaniza. Pulsava História(s). Ouvia, guardava, escrevia, compartilhava e celebrava. Discretamente. Incansavelmente.

CRISTIANE MANIQUE BARRETO: MESTRE EM HISTÓRIA E PROFESSORA UNIVERSITÁRIA EM MANAUS

No início dos anos de 1990, recém-formada em Ciências Sociais, desejava trilhar os caminhos da Antropologia, mas, por uma série de razões, como a falta de uma segunda língua, imaturidade, entre outras situações, retornei a Itajaí, junto a meus pais, e ingressei no curso de Psicologia na Univali. No decorrer de 1991, eis que surgiu uma especialização em Historiografia, idealizada por Normélio Weber, com vários doutores da Universidade de São Paulo e da Universidade de Campinas, como Elias Thomé Saliba, Maria Helena Capelato, Alcir Lenharo, Sidney Chalhoub e Zilda Iokoi, entre outros, além de professores locais. Era a Nova História chegando aos meus ouvidos e a meus olhos ávidos por uma ciência que trouxesse novos problemas, novos objetos e novas fontes.

Encontrei Luiz Felipe Falcão pela primeira vez na simbólica "Casa Aberta" –sebo e livraria–, pois me encontrava com o Beto Severino todas as manhãs para estudarmos os textos. Felipe pernoitava por lá quando vinha ministrar aula em Itajaí. Naquela manhã, quando olhei aquele homem, como boa taurina ciumenta, logo pensei: quem é esse ser que vai atrapalhar nossa troca de ideias? Mal sabia que esse tal ser se tornaria meu orientador, colega de trabalho, conselheiro amoroso e amigo.

Felipe ensinou-me os primeiros passos de uma pesquisa e o próprio ofício de historiadora. Quando terminei a especialização, segui seus passos e fiz mestrado na Universidade Federal do Rio Grande do Sul (UFRGS). Vale lembrar que não apenas me orientou: criou um grupo de estudos para preparar todos nós para a seleção de Mestrado e, anos mais tarde, quando nos tornamos colegas de ofício, a prática do grupo de estudos continuou, tornando-se um grupo de pesquisa que preparou uma série de novos alunos para os caminhos de Clio.

Seus olhos brilhavam quando qualquer um de nós tinha uma sacada teórica ou empírica e, particularmente, também, quando me via amadurecer enquanto mulher. Felipe era uma pessoa sensível às nossas histórias familiares e amorosas. Um bom ouvinte, perspicaz, sensível e atencioso.

Politicamente, via longe as artimanhas, as fogueiras de vaidades acadêmicas e sabia como ninguém fazer e desfazer as teias que se armam nas relações de poder praticadas.

Fui viver e trabalhar em Manaus em 2005: lá se foram mais ou menos quinze anos de convivência, de amizade, de risos, de choros, de conversas teóricas e à toa nos bares da vida. Que saudades dessa época, saudades dele!

DANIEL FONTANA: GRADUADO EM HISTÓRIA E AGENTE DE EVENTOS

Lembro de uma noite triste nos corredores da Faculdade de Educação da UDESC em que encontrei Luiz Felipe Falcão. Quis interrompê-lo em direção à saída, mas titubeei. Falcão não daria atenção se eu o abordasse com alguma banalidade. Para atrair seu interesse precisava cuidar no que dizer. Não era do tipo que perdoava uma bobagem. Devia estar preparado para confrontá-lo ou ele me jogaria nas cordas. Muitas vezes desejei puxar assunto, porém, só o via cruzar o corredor com seu passo apressado e tentando acender um cigarro. Se eu também fumasse, talvez usasse o expediente de pedir seu isqueiro emprestado. Para a minha sorte, tive uma segunda chance. Ele parou antes de descer as escadas para a rua e ficou ali saboreando seu cigarro, com o olhar inquieto atrás da fumaça. Fui até ele.

Naquela época, eu tinha perdido a fé. Não a fé em Deus, mas a fé em mim mesmo. Em suma, nossa conversa versou sobre a minha decisão de me tornar um escritor. Fora uma iluminação que tivera numa noite ao ler *Trópico de Câncer*. Como acontece com muitos jovens estava convicto de ser um J. D. Salinger ou um Kerouac. Mas, todo pretenso escritor iniciante, em algum momento, é pressionado pelo peso de sua insignificância. Enquanto eu falava, Falcão me fuzilava com uma expressão aborrecida mesclada com uns "Ah, é?" interrogativos que ele amiúde pronunciava com uma entonação aguda e peculiar. Eu desejava provar algum talento, vocação ou instinto para a literatura.

Aquela conversa era tão ou mais importante para mim do que efetivamente publicar um livro. E não procurei o Falcão para ganhar elogios, é claro, mas para ser estimulado, porque me desprezaria e me lançaria algumas verdades na cara. Eu estava atrás de motivação para provar minha categoria. Precisava lutar. Necessitava um adversário e ser provocado. Tinha a cena de Arturo Bandini socando o vento em um quarto de hotel. Eu iria provar a todos eles! Falcão mirou-me de cima a baixo. Mas não estava admirado. Não era isso. Tinha até um ar de enfado. Senti que ele só falaria depois de apagar a guimba e atirar na calçada. Quase o ajudei a fumar o cigarro para acelerar o processo. Ele balançava a cabeça negativamente. Não era uma negação condescendente, mas enfática. "Cara, você leva isso a sério demais. Sua cabeça vai explodir. Nenhuma ideia vale mais do que a vida".

Meditei muito sobre o que ele disse e relacionei com algumas coisas que se falavam dele. Havia a tristeza de quem luta no seu olhar e, nas suas palavras, a sabedoria superior de quem experimentou a derrota. A afirmação da vida, muitas vezes, surge justamente onde parece não mais existir força. Não podemos confundir essa afirmação

da vida com passividade ou com aceitação bovina das desgraças, das injustiças e da crueldade. A ideia da rebeldia e da inconformidade não é um privilégio dos negadores. Ela só é menos cheia de si, mais sutil, com mais nuances. Saí dali respirando o ar profundo. Enchendo os pulmões e aproveitando a noite.

FRANCISCO BRAUN NETO: MESTRE EM HISTÓRIA, PROFESSOR E COORDENADOR DO CURSO DE HISTÓRIA DA UNIVALI

Em meados da década de 1990, conheci Luiz Felipe Falcão quando iniciava minha formação na área de História na UNIVALI. Vivíamos um momento interessante, os fluxos da Globalização e do Neoliberalismo estavam se colocando como discurso hegemônico nos campos da política, da economia etc. Esses elementos estavam presentes no campo da História e estávamos debatendo as questões relativas à História cultural, à Nova História, à Escola dos Annales, à Nova História Cultural, além de outras leituras possíveis da História.

Nesse contexto, Felipe, como era mais conhecido por colegas e entre os alunos, foi um mestre articulador dessas questões referentes ao fazer da História e do ofício do historiador, construindo uma marca no curso de História da UNIVALI ao deixar um legado no curso e na universidade. Não contribuiu somente com o curso de História, mas com a criação da Revista *Alcance*, também da Univali, fazendo parte do seu conselho editorial. Também foi docente no Programa de Pós-Graduação em Educação até passar a atuar exclusivamente na UDESC.

No curso de História da UNIVALI foi o professor que, com maestria intelectual, incentivou os debates acerca da ideia de cultura global e cultura política, apontando caminhos que se tornariam importantes posteriormente na História do Tempo Presente. Tive a oportunidade de dialogar com Luiz Felipe Falcão sobre as ideias abordadas na dissertação de mestrado que desenvolvi e sou grato às suas contribuições. É difícil encontrar uma palavra que possa definir Felipe, deixo apenas um muito obrigado.

GRAZIELE ARRAES: DOUTORA EM HISTÓRIA

Agosto de 2002, quando em sala, todos os recém estudantes, que haviam acabado de passar no vestibular da UDESC, esperávamos os novos professores, eis que na porta aparece um jovem senhor, cabelos rebeldes, roupa simples, chinelos e um cigarro na boca. Era Luiz Felipe Falcão. Parado, ele ficou nos olhando e o estranhamento e conversa paralelas logo vieram. Quem não o conhecia se indagava sobre aquele professor tão transgressor. Outros, que os conheciam pelo nome, alertavam: "ele é muito 'fera', um rei da teoria".

Nas primeiras aulas ficávamos boquiabertos, diante daquele mestre sereno, potente e que já na primeira fase trazia grandes filósofos que bagunçavam nossas cabeças, como Friedrich Nietzsche e Michel Foucault. Com tanta luz, com tanta inquietação, passamos do estado de meros corpos para sujeitos de potência. Felipe nos tornou potentes, passamos a ter debates intermináveis.

Jamais esquecerei de quando havia finalizado a graduação e busquei Felipe para me dar recomendações de como ingressar no mestrado em História da UFSC. Falei da minha ideia e ele me indicou livros e disse que daria certo. Depois, outro dia inesquecível: subindo as antigas escadas de madeira que levavam à biblioteca da Faculdade de Educação da UDESC, preparando-me para o mestrado, Felipe, ao cruzar comigo, diz: "como seus cabelos estão bonitos." Fiquei tão feliz, um mestre como ele ter essa percepção tão genuína, quase como uma quebra num cotidiano acadêmico. Acho que foi um dos elogios mais sinceros e queridos que tive daquele que será, sempre, o meu querido professor.

ILISABET PRADI KRAMES: DOUTORA EM EDUCAÇÃO E PROFESSORA DO CURSO DE HISTÓRIA DA UNIVALI

Luiz Felipe Falcão. Dele falava-se pelos corredores do curso de História da Univali mesmo antes de 1997 quando, pela primeira vez, foi meu professor. Fala mansa. Tom suave. Comentários pontuais. Sabia ouvir tão atenciosamente que fazia parecer especial o que seus alunos diziam. Não sabia falar alto. Não precisava falar alto. Dono de um raciocínio rigoroso, radical (porque buscava a raiz das questões), coerente, consistente e sistematicamente elaborado. Acompanhar o raciocínio do professor Felipe exigia intenso esforço teórico e profunda disposição para ver além das aparências imediatas. Exigia estabelecer relações complexas para compreender a Teoria da História e a Historiografia.

Felipe era dono de um humor afiado, sutil e perspicaz. Ele fazia graça, mas não qualquer graça. Compreender o teor desse humor era mais que uma lição. Era um desafio e um convite à reflexão e ao deleite. Demorei para compreender que o humor de Felipe era (é) também resistência.

Ele fez compreender que aprender mais e refletir melhor é compromisso de quem se propõe a estudar História. Tinha tanta curiosidade sobre as coisas. Fazia as melhores perguntas. Não porque queria as nossas respostas, mas porque parecia gostar de nos fazer pensar. Acho que ele se divertia com isso. Para além de nos fazer pensar, nos ajudava a sonhar! Fez-me sonhar com o curso de especialização na UDESC, depois com o mestrado na UNIVALI e, por

fim, com o doutorado. Sobre as bancas de conclusão de curso, Felipe dizia que eram apensar ritos de passagem. Dizia ele que o que realmente importava estava no percurso, na caminhada e no processo, e que havia sempre mais um ou outro passo a ser dado.

Professores que ajudam alunos a sonhar são realmente seres humanos incríveis. Não importam quantas palavras sejam usadas, sempre faltará muito a ser dito sobre o querido Luiz Felipe Falcão.

JOSÉ ISAÍAS VENERA: DOUTOR EM CIÊNCIAS DA LINGUAGEM E PROFESSOR DA UNIVILLE E DA UNIVALI

Luiz Felipe Falcão era um homem em paz. Atencioso, sereno e de uma capacidade de análise social reservada a poucos. Com ele aprendi que as melhores aulas não precisam de vídeos, *power point* e imagens. O domínio do assunto relacionado ao cotidiano da vida faz mais sentido e promove a experiencia da aprendizagem.

Conheci Felipe no final dos anos de 1990. Na época, ele já era referência, tanto para nós alunos quanto para muitos professores. Encontrei-o primeiro, se não me falha a memória, no grupo de estudos sobre Michel Foucault, que o amigo José Roberto Severino coordenava. Nesse período, junto com Raquel Venera, integrei uma rede de amizades entre professores e estudantes, com encontros semanais, depois das aulas de terças, no bar em frente à UNIVALI. Penso que parte da minha formação política se deu ali, nesse grupo de amigos. Felipe, além do conteúdo que ensinava, promovia na experiência um aprendizado sobre o cuidado de si por meio das amizades. No mestrado, Felipe foi meu orientador. Além das conversas sobre a dissertação, havia o seu grupo de estudos sobre imigração. Com ele aprendi como podemos ser generosos com as pessoas e como, apesar das dificuldades que podem aparecer, é bom encontrar os amigos.

De longe, Felipe podia ser identificado por seu andar calmo, meio sorriso, pochete na cintura. Quando próximo, os olhos chamavam a atenção, movendo-se sem parar, como se não tivessem nenhum apoio. Recordo de um dia em que ele chegou tranquilo e comentou: "roubaram meu carro agora final da tarde". E nós perguntamos: e por que estás aqui? Respondeu: "fiz o Boletim de Ocorrência policial e vim dar aulas, não tem mais nada o que fazer", terminando com aquele sorriso calmo. Histórias não faltam.

A última vez em que nos encontramos foi em outubro de 2019. Era o aniversário de uma amiga, Marlene. Depois de anos de contato com o Felipe e em volta de histórias também contadas por amigos, ainda me pergunto se sua serenidade e empatia com as pessoas teria relação com sua experiência na juventude, na luta contra a ditadura militar, sendo obrigado a viver anos na clandestinidade.

JOSÉ ROBERTO SEVERINO: DOUTOR EM HISTÓRIA E PROFESSOR DA UNIVERSIDADE FEDERAL DA BAHIA

Conheci Luiz Felipe Falcão ainda na graduação, quando cursava o último ano de História e estava me preparando para uma especialização. Morava na livraria "Casa Aberta", perto da Univali, um sebo anarquista que ajudei a criar naquele ano de 1991, junto com Ierecê Beltrão. Formamos um grupo de estudos que gravitava entre o Centro acadêmico de História, o bar Dusky e o sebo, lendo Michel Foucault como quem descobre o mundo, mas visitando música, poesia e política. Felipe descobriu que se ele dormisse em Itajaí, sem precisar voltar para Florianópolis, ganharia tempo de conversas e projetos. E foi assim que passou a dividir uma cama improvisada no sofá da livraria, trono de Marco Polo, nosso gato.

- Pensas que Lobsang Rampa está certo quanto aos gatos?
 E Felipe desandava a falar sobre essas coisas esotéricas dos anos de 1970. E vinha a política e o seu tempo de clandestinidade.
- Já ouviste Ne me quitte pàs, com Jacques Brell?

E se descortinava maio de 1968, o movimento em Paris, Praga, São Paulo. As organizações estudantis, os aparelhos e a resistência. E assim era com os livros, os autores, as autoras, as cenas culturais e os filmes. No sebo, era aquela curiosidade de ficar revirando estantes e prateleiras, até altas horas. Conversávamos sobre política a partir de um livro de Carlyle. A Revolução francesa em suas versões liberais. O 18 Brumário. Mafalda.

Fizemos muitos churrascos, tomamos muita cerveja e remamos no Itajaí-Açu, descendo as corredeiras em Ibirama. Compartilhamos aprendizagem, confidências, planos para a vida. Felipe foi um dos bons encontros que a vida traz. Obrigado, amigo. Vá em paz.

LOURIVAL ANDRADE: DOUTOR EM HISTÓRIA E PROFESSOR NA UNIVERSIDADE FEDERAL DO RIO GRANDE DO NORTE

Dois momentos, o mesmo Luiz Felipe Falcão. Em 1990 tornei-me aluno no curso de História da UNIVALI. Assustado ainda com as novas responsabilidades, deparei com um grupo de professores que possuía métodos e perspectivas historiográficas bastante distintos, que caminhava do marxismo ao anarquismo. Para um novato, algo muito estranho, mesmo possuindo uma boa formação em quadros marxistas desde a adolescência.

Mas, um professor em especial me chamava a atenção: Luiz Felipe Falcão. Sobretudo, por seu rigor e concentração a cada aula que assistia, quando defendia argumentos com uma facilidade impressionante.

Sabia notar nossas fragilidades, apontava-as e tentava mostrar possíveis caminhos. Com muita apreensão mostrei a ele um trabalho para sua disciplina, no qual buscava encontrar respostas para o assassinato de meu bisavô em 1930. Trabalho escrito à mão. Ele leu e alguns dia depois disse que aquele era um bom caminho e que eu tinha um olhar afinado para as fontes, um olhar de historiador. Apontou problemas e segui com o trabalho até sua conclusão.

Anos depois, mais precisamente em 1995, nos tornaríamos companheiros de departamento, quando assumi as aulas de História Medieval no curso de História na mesma universidade que havia me formado. O respeito mútuo continuou inabalável, mesmo em momentos tensos em que discordávamos radicalmente das posturas defendidas por um e por outro. Tudo terminava bem porque compreendíamos que aquilo fazia parte de nossa luta por liberdade e respeito mútuos. Continuei admirando sua postura profissional e de absoluta dedicação ao ensino e à pesquisa. Ouvir suas falas era sempre um aprendizado. Sua generosidade em dividir com todos, suas descobertas e seus pontos de vista estiveram presentes em sua atuação como historiador, intelectual e companheiro para todas as lutas.

Dois momentos, como aluno e como colega, que pude vivenciar em Felipe o mesmo homem preocupado em dar o melhor de si, sem "arrudeios", como dizem no sertão potiguar, mostrando que é possível dividir, socializar e espalhar conhecimento para todos e em todos os lugares.

LUCÉSIA PEREIRA: DOUTORA EM HISTÓRIA E PROFESSORA E PESQUISADORA NA ÁREA DO ENSINO DE HISTÓRIA PARA CRIANÇAS E ADOLESCENTES

Tive a ventura de ser aluna do professor Luiz Felipe Falcão logo no início da minha trajetória de historiadora, na verdade ainda caloura recém-chegada na Faculdade de Educação da UDESC, no ano de 1994. Nossa convivência acadêmica se desdobrou em dois projetos de iniciação científica sobre a vida cotidiana em Florianópolis na década de 1930 e na dissertação de mestrado sobre o poeta Trajano Margarida, defendida na UFSC no ano de 2001.

Felipe foi sem dúvida um grande mestre, mais do que qualquer outro professor. Ensinou a extrair o fundamental dos autores que líamos e sua mente aguçada conduzia os debates em sala visando chegar ao essencial, ao político e ao cerne dos processos e contextos.

Como orientador sempre deu apoio às minhas ideias e me incentivou a desenvolvê-las, como aconteceu com o mencionado projeto de mestrado, cujo foco era um autor de versos populares, homem pobre e desconhecido. Felipe orientava de maneira desprendida, deixando

voar, mas ao mesmo tempo era objetivo e pontual. Ou seja, permitia que caminhasse livre, mas quando apropriado fazia intervenções certeiras, recomendando o autor e o texto perfeitos que me tiravam dos muitos impasses teóricos inerentes aos processos de construção do texto histórico.

Hábil pesquisador, Felipe entrevistou minha mãe Sibila na reta final de sua tese de doutorado. Recordo a conversa sutil, respeitosa e investigativa que travou com ela, fazendo-a recordar vivências da juventude junto à comunidade de descendentes italianos da cidade de Gaspar. Naquela ocasião, aprendi muito sobre o papel da memória e sobre a relação entre historiador e aquele ou aquela que rememora.

Felipe também foi meu amigo e, embora tivéssemos pouco contato nos últimos anos, foi muito gratificante nossa aproximação no ano de 2019 quando do lançamento da obra *Trajano Margarida poeta do povo*. Seu entusiasmo já antigo com este trabalho me emocionou, pois sei que provinha de um sujeito sincero e verdadeiro.

Por fim, reitero, Felipe foi um grande mestre e deixou uma marca indelével em todos aqueles que compreenderam sua sutil sensibilidade e visão profunda do mundo e das pessoas. Saudades para sempre.

LUISA TOMBINI WITTMANN: DOUTORA EM HISTÓRIA E PROFESSORA DO CURSO DE HISTÓRIA DA UDESC

Não passara um mês da vivência mais árdua com a pandemia do vírus Covid-19, quando perdemos Luiz Felipe Falcão. Era meu aniversário e a impossibilidade de encontrar amigos/as para a despedida coletiva de um ex-professor, depois colega de trabalho, fez-me pensar na finitude da vida ou na condição da humanidade. Pelo menos, a desse formato tão destrutivo que nos tornou o povo da mercadoria, como define Davi Kopenawa. Lembrei deste xamã porque ele evidencia, ao contrário do mundo capitalista, a generosidade como um valor que rege os Yanomami.

Luiz Felipe Falcão era muito generoso. Pouco antes de seu falecimento, aceitou estar comigo na coordenação do Mestrado Profissional em Ensino de História, mesmo tendo contribuído tanto. Um homem de mente brilhante, que não via sentido no saber se este não fosse compartilhado. Deixou, assim, memória de si. Os muitos depoimentos confirmam o quanto ele marcou alunos/as, colegas e amigos/as.

Minha relação com ele borrava essas fronteiras, mas sinto que sua figura como professor se manteve como a mais forte, mesmo tendo passado 20 anos. Quando retornei para a UDESC, onde havia me formado, agora como professora, percebia-me olhando para ele nas reuniões de departamento sem entender direito como eu estava ali. Hoje sei que foi devido a mestres como ele que sofri influências que impactaram o modo

como vejo e vivo a vida. Fica seu forte legado e as belas memórias de quem tinha paixão por ensinar. Certamente, as sementes plantadas por Felipe já germinam. Celebremos a vida, desejando que a humanidade possa adiar o fim do mundo, como sabiamente provoca Ailton Krenak, contando sempre mais uma história. Isso Felipe também nos ensinou.

MARCELO POMAR: GRADUADO EM HISTÓRIA PELA UDESC

Luiz Felipe Falcão me provocava. Uma das memórias mais fortes que tenho de Felipe é da abertura de uma das aulas de Teoria da História, ministradas na Faculdade de Educação da UDESC, no ano de 2002. Cheguei à sala e na lousa havia uma frase que compõe uma parte da música *Canción por la Unidad de Latino America*, de Chico Buarque e Pablo Milanés: "a história é um carro alegre, cheio de gente contente, que atropela indiferente todo aquele que a negue". Feliz por me deparar com um hino que ajudara a dar sentido à militância juvenil profundamente marxista que me movia, de repente me senti acolhido naquela sala. Vã ilusão. Passado um breve instante, Felipe usou o apagador para dissolver aquelas palavras e dizer algo como: não há nada tão tolo e falso sobre a História do que isso. É bem verdade que talvez não tenham sido essas palavras, mas foi esse o impacto que me fiz sentir.

Depois tentei estabelecer os cruzamentos entre essa afirmativa e a própria trajetória de Luiz Felipe no movimento estudantil, na luta contra a ditadura militar no Brasil, passando a considerar que aquilo seria derivado de ressentimento. Não consegui entender a profundidade do ensinamento. Curioso, porque os ensinamentos mais profundos demoram décadas para sedimentar. A verdade é que Felipe Falcão foi, muito provavelmente, o professor que me causou o maior impacto reflexivo acerca da abordagem da história como ferramenta científica e como instrumento político.

MARLENE DE FÁVERI: DOUTORA EM HISTÓRIA E PROFESSORA APOSENTADA DA UDESC

Escorpiano que era, exercia fascínio, marcou gerações de estudantes, e duvido que quem assistiu suas aulas não ressignificou sentidos com essa experiência. Professor Luiz Felipe Falcão era assim: falava cadenciado e, ao explicar um tema, jogava feitiço na gente, fazendo gestos com as mãos e os olhos, e cativava. No início das aulas, costumava escrever no canto esquerdo do quadro de giz uma anotação, uma data, um tema e já sabíamos que vinha um "aulão"! Ele sempre fazia assim. Tinha a magnitude de tecer um enredo histórico, como se trouxesse à vista personagens apaixonantes, como também era sua paixão pelo ofício de Historiador. Era certo que ouvir suas aulas nos fazia sair delas diferente, com mais perguntas e curiosidades.

Ele sabia de tudo, sabia de coisas mais triviais do cotidiano e as enredava nas grandes teorias, o que tornava o conhecimento surpreendente. Tecia argumentos sobre o mundo das relações políticas, econômicas, sociais, ambientais, de gênero, raciais e antropológicas, misturando pieguices do cotidiano com os acontecimentos grandes e sérios. Era fascinante! Aprendíamos a elaborar contradições entre a teoria e a práxis da vida ordinária nas suas intercalações com um humor recheado de exemplos inimagináveis. Conectava o nosso lugar e tempo a outros tempos e lugares e imaginávamo-nos ali, naquele enredo. Tinha a capacidade de tornar a difícil teoria em leveza e reflexões que nos tocavam. À historiografia dava contornos contextuais entremeados com construções de diversos pontos de vista. E os debates eram acalorados!

Como aluna desde 1992, o professor me oportunizou nortes na pesquisa. "Você pode, vai lá e faz", ele disse quando não me sentia preparada para postular o mestrado. Orientou-me com as fontes, abriu possibilidades e me ensinou a ver os desdobramentos da vida cotidiana nas relações das mulheres, dos operários e dos camponeses, da vida que teima, ama, vibra e sofre. Depois, como professora, a partir de 1996, convivi com o colega em todas as mudanças, tanto as da política quanto as dos processos internos dos cursos de graduação e pós graduação que compartilhamos. Era de uma lucidez profunda.

Professor Felipe era o parceiro de viagens acadêmicas, dos bares e conversas intermináveis. Como ele gostava de estar entre os alunos e as alunas! E como eu me produzi historiadora e mulher com seu cuidado e presença afetiva. Numa palavra: generosidade. Era assim, generoso com todas as pessoas que o procurassem para um conselho, uma pergunta, uma dúvida. Noutra palavra: simplicidade. Desapegado de luxos, levava seu mundo em uma mochila e uma pochete.

Felipe virou Andorinha; agora, escreve nas nuvens.

ONICE SANSONOWICZ: ESPECIALISTA EM HISTÓRIA E PROFESSORA DE REDES PÚBLICAS

Conheci Luiz Felipe Falcão em 1992. Eu, uma garota de 19 anos iniciando a faculdade. Ele, o professor destacado e um exímio intelectual. Foi Felipe que nos apresentou Roger Chartier, Michel Foucault, Pierre Bordieu e outros tantos. Qualquer um poderia ter feito isso, mas ele o fez com a densidade necessária, sem, no entanto, perder a leveza e a capacidade de provocar-nos o encantamento pela História.

Nos últimos quase 30 anos nos encontramos diversas vezes. Primeiro na graduação, mais tarde na especialização, nos seminários e nas notícias vindas dos/as amigos/as da UDESC. Aulas intensas, discutidas, olhos vidrados. Carregava em si um mistério, e apesar de ser

pouco mais velho do que a maioria de nós, sempre falou com a autoridade de um ancião, seja pela sabedoria ou pela experiência. Aulas ou conversas de corredor não corriam o risco de serem óbvias. Sem sombra de dúvidas, um dos maiores intelectuais que passou pela minha vida. Para além disso, um agregador com um faro apuradíssimo para descobrir entre tantos aqueles e aquelas que deveriam seguir a carreira.

Quando minha filha mais velha nasceu, há 27 anos, a primeira visita foi a dele. Olhando-a ternamente, disse algo que por vezes me esforcei para lembrar, mas nunca consegui. Talvez porque fosse para ficar no campo do desejo mesmo. Em 2004 encontrei-o em uma especialização na UDESC. Aquelas aulas nunca terminaram na FAED. Estendiam-se pelo Kaffa, um bar árabe das proximidades. Como Caroline Cubas, eu preferia cerveja preta. Ele olhava com deboche e perguntava: "como vocês conseguem beber isso?" Então ríamos, anotávamos indicações de bibliografias e dividíamos intenções de pesquisa.

Felipe ficou nas nossas pesquisas, nas orientações, no olhar perguntador, na forma de estudar teoria, nas memórias de cada um, de cada uma, nos afetos e no vazio sentido. Está nas páginas deste livro, fazendo o que sempre soube fazer com maestria: agregar pessoas em torno da História. Nesse caso, a sua, mas que não deixa de ser a nossa.

RAQUEL ALVARENGA SENA VENERA: DOUTORA EM EDUCAÇÃO E PROFESSORA DO CURSO DE HISTÓRIA E DO PROGRAMA DE PÓS GRADUAÇÃO EM PATRIMÔNIO CULTURAL E SOCIEDADE DA UNIVILLE

Não é algo fácil escrever sobre Luiz Felipe Falcão, como era carinhosamente chamado. Acredito que ele foi algo próximo a um "acontecimento histórico particular" na vida de muitos estudantes. Isso não é um exagero porque os acontecimentos –como ele o foi– rompem com uma dada realidade vivida e evidenciam significados emergentes. E quando se fala de experiência formativa com o Felipe, isso não é hiperbólico. Ele tinha uma capacidade sedutora para fazer história e incentivar a que seus alunos também a fizessem, ao invés de apenas reproduzi-la. Suas aulas eram um encontro.

Lembro de vê-lo chegando na sala de aula com uma pochete e uma garrafa d'água. Por vezes um diário ou um livro, mas não sempre. Ele iniciava uma conversa, falava baixo. Era envolvente, um feiticeiro das palavras. Provocador, procurava deslocar o pensamento fácil, refutar o medíocre e desnaturalizar o óbvio. As leituras indicadas não eram simples, mas ele as fazia ser, em apenas uma aula. Lembro-me dele como co-orientador que se colocava como um companheiro mais experiente

na pesquisa. Um companheiro no sentido lato da palavra, *cum panis*, alguém que partilha o pão, o saber fazer com generosidade. "Aonde você quer chegar?", ele questionava. E por vezes eu não sabia.

Seus olhos 'pulavam' como se nos dissessem sobre uma mente inquieta, mas as práticas eram serenas. Felipe agregava e o encontro no bar em frente à universidade era semanal. Juntavam-se todos à mesa. Futebol, política, cotidianos, família e amores eram apenas pretextos por onde passavam uma compreensão da vida. E foi lá que aconteceu parte da minha formação. Quando a minha maternidade chegou, lá estava ele quase como um avô. Compartilhou um livro de pediatria de Rinaldo de Lamare, o mesmo que ele consultara quando do nascimento de seu próprio filho. Um companheiro generoso, este era um traço da sua vida. Afetuoso, enquanto dizia: "agora é dar muito amor e deixar crescer"; "eles logo crescem"; "é uma delícia ver crescer".

Luiz Felipe Falcão foi um historiador gigante que nos falava de uma História cheia de vida, de cotidianos cheios de humanidades e que transbordava da sala de aula. Gostava de viver e de dançar. Ficou encantado com a música do filme "Eu, Tu, Eles", na voz de Gilberto Gil, em 2000, que –como ele– era cheia de vida, de desejos, de amores e esperanças. Como se exigisse isso de nós, em cada compasso, movimentos e deslocamentos. "Ainda me lembro do seu caminhar, do seu jeito de olhar, eu me lembro bem".

ROGÉRIO ROSA RODRIGUES: DOUTOR EM HISTÓRIA E PROFESSOR DO CURSO DE HISTÓRIA DA UDESC

Eu poderia escrever longas páginas sobre a erudição do professor, depois colega, Luiz Felipe Falcão. Suas aulas eram um passeio que tinha como ponto de partida a História, mas que no percurso incluía política, filosofia, literatura, música, poesia e até futebol. O roteiro nunca era determinado. Em cada aula brotava de sua mente conexões inusuais. Bastava para isso o gatilho de uma pergunta ou uma fagulha de uma ideia.

Mas, creio que esse perfil é o mais conhecido do colega que nos deixou no ano das pestes. Por isso quero abordar duas peculiaridades de Felipe Falcão evocadas da memória. Impressões da graduação cursada em 1994-1998 e da atuação como professor de História na UDESC a partir de 2011. No tempo da graduação, o Departamento de História da UDESC funcionava no prédio da antiga Escola Normal Catharinense, hoje Museu da Escola Catarinense, no centro de Florianópolis. Felipe ministrava suas aulas de Teoria da História com cigarro na mão. Ele o retirava de uma pochete, objeto popular na indumentária masculina nos anos de 1990. Entre uma

baforada e outra, inebriava a sala com a sabedoria e a tranquilidade que lhe eram peculiares. Fumar em sala de aula não era algo raro na época, muitos docentes o faziam, mas minha memória fixou justamente as imagens desse homem próximo à janela com cigarro entre os dedos e seus questionamentos pertinentes sobre o estatuto do texto historiográfico.

Era comum, nesse período, estender a conversa acadêmica no bar que ficava próximo à faculdade. A Kibelândia era nosso espaço preferido. Ali, ele seguia informal em suas tergiversações, mas não menos profissional. Não raro, permanecíamos até o fechamento do bar e voltávamos para casa com o gosto da cerveja misturado aos nomes de historiadores e historiadoras que passavam por Lucien Febvre, Emilia Viotti da Costa, Jacob Burckhardt, Agnes Heller, Jules Michelet, E. P. Thompson, Fernando Braudel e, os mais populares à época, Michel Foucault e Norbert Elias.

O segundo momento dessa evocação ao passado remonta ao concurso para professor efetivo que fiz em 2011. Felipe fazia parte da banca de seleção. A primeira etapa do concurso foi dedicada à prova escrita. Sala cheia. Entrei, cumprimentei os professores da banca e recebi de volta acenos formais. Fiquei um pouco desapontado, pois havia exatos dez anos que deixara Florianópolis e esperava um gesto de afeto nesse reencontro. Mas, em seguida racionalizei que o momento não era dos mais propícios para demonstrações de afeto, afinal, ele estava entre os quatro avaliadores de um concurso público muito disputado. No entanto, para minha surpresa, ao entregar a prova ele olhou para mim e disparou: "não o reconheci com esse bigode de sedutor canastrão!". Entre o aceno formal da entrada e o comentário jocoso da despedida, fiquei sem palavras.

Entre meio sorriso e timidez agradeci e deixei a sala, mas antes observei sobre a mesa uma pochete. Ele seguia portando esse objeto quase anacrônico para o século XXI. Nessa peça incluía o básico para a lida cotidiana: chaves, documentos, carteira etc. O fato de não ter abandonado a pochete tem algo a nos dizer sobre sua personalidade: conservador em alguns hábitos, um homem que não cedia a modismos intelectuais, um sujeito de convicções, alguém prevenido para sacar da pochete, e da cabeça, resoluções para as difíceis demandas do trabalho, um colega extremamente pragmático e profundo conhecedor das artinhas da burocracia acadêmica Ao que me consta, tinha abandonado o cigarro, mas amava café expresso e seguia ministrando suas aulas misturando teoria, filosofia, poesia, cinema e futebol.

BIBLIOGRAFÍA

- Falcão, L. F. (2000). Entre ontem e amanhã: diferença cultural, tensões sociais e separatismo em Santa Catarina no século XX. Itajaí: Editora da UNIVALI.
- Falcão, L. F. (2014). Rememorando tempos extraordinários (resistência à ditadura e democratização no Brasil: contribuições da História Oral). *Tempos Históricos* (Marechal Cândido Rondon), 18(1).
- Falcão, L. F. (2014). Alegorias da verdade: esboços nas conexões entre História Oral e História do Tempo Presente sobre a resistência à ditadura e o processo de democratização do Brasil nas últimas décadas do século XX. *Fronteiras: Revista Catarinense de História* (Chapecó), (24).
- Falcão, L. F. (2015). Artifícios e Artefatos entre Memória e História. *Tempo e Argumento* (Florianópolis), 7(16).
- Falcão, L. F. Encontros transversos: a questão da identidade cultural italiana em Santa Catarina no final do século XX. *Fronteiras* (Florianópolis), (12).

UM NUNCA ACABAR: UM PANEGÍRICO NADA SOLENE PARA UM SUJEITO DE SORTE

Emerson César de Campos

Anunciaram e garantiram que o mundo ia se acabar Por causa disto a minha gente lá em casa começou a rezar Até disseram que o sol ia nascer antes da madrugada Por causa disto nesta noite lá no morro não se fez batucada

> Acreditei nessa conversa mole Pensei que o mundo ia se acabar E fui tratando de me despedir E sem demora fui tratando de aproveitar Beijei a boca de quem não devia Peguei na mão de quem não conhecia Dancei um samba em traje de maiô E o tal do mundo não se acabou

Peguei um gajo com quem não me dava E perdoei a sua ingratidão E festejando o acontecimento Gastei com ele mais de quinhentão Agora soube que o gajo anda Dizendo coisa que não se passou Ih, vai ter barulho e vai ter confusão Porque o mundo não se acabou

(Assis Valente, 1938)

Ninguém sabe precisar quando e onde o mundo começou a acabar, tampouco o porquê de, mesmo após os inúmeros decretos de seu ocaso, ele continuar girando em sua linda forma esférica, apesar dos protestos dos terraplanistas. Ademais, quisera eu ter a acuidade sociocultural que encontramos nos escritos e manifestos de Luiz Felipe Falcão, para desenvolver e comentar, com extrema habilidade, como um grande cronista que era, visões que temos (e carregamos), por vezes, sobre o fim do mundo.¹

¹ Refiro-me a um dos últimos escritos (mas não publicado) de Luiz Felipe Falcão,

Pretendo neste texto, com reais possibilidades de insucesso, realizar um *fumetto*, ou seja, panoramas da trajetória do generoso amigo e sobre como Felipe² enxergava o mundo. Contudo, como bem será possível perceber, os limiares que para mim se insinuam na compreensão de sua vida e de sua obra talvez sejam por demais turvos, ao menos por ora.

Pretendo escrever algo "de memória" para identificar algumas das identidades assumidas por Felipe em seus 69 anos muito bem vividos, como o próprio afirmava. Temo que todos que enfrentem um pequeno desafio biográfico como este, simultaneamente escrevam sobre si próprios. E, assim fazendo, espero o não acabar do mundo...

Quando a pandemia do vírus Covid-19 se manifestou com inegável periculosidade no Brasil, nos idos de março de 2020, Felipe e amigos havíamos combinado um churrasco na casa de um dos nossos comuns. Havia tempo que não celebrávamos ou que não arranjávamos desculpas para tal fim: uma efeméride qualquer, um feriado ou o aniversário de alguém. Depois de idas e vindas ficou acordado que o esperado encontro se desse ao fim do mês. Como historiadores, não temos bolas de cristal, e o futuro imediato não nos seria favorável (como parece não o ser para a maioria da população) e dias depois se instalou o *lockdown*, a quarentena, o isolamento ou o nome que se possa dar àquilo que nos priva da presença de quem estimamos, fazendo-nos provar o amargor das ausências.

Indagado acerca de suas ideias criativas, Hans Ulrich Gumbrecht –um teórico da literatura que mantém um diálogo franco com a História Cultural e apenas dois anos mais velho que Felipe, disse que em realidade teve (tem) ao longo da vida uma única ideia: o estudo da presença (Gumbrecht, 2015, p.13). No momento em que escrevo, resta transparente a importância de estudos sobre presença, e é certo que sua antagonista –a ausencia–, embora pouco estudada, tem vencido

sob título *O dia seguinte ao do fim do mundo* e utilizado pelo mesmo para uma palestra ao ar livre, em frente ao edifício do Centro de Ciências Humanas e da Educação da Universidade do Estado de Santa Catarina (UDESC) ainda em dezembro de 2018. Trabalho nesse momento (primavera de 2020) junto aos professores e amigos Reinaldo Lindolfo Lohn e Silvia Maria Fávero Arend, na organização do acervo de Felipe, incluindo pesquisas e textos escritos, concluídos ou não, e ainda não publicados.

² Com a vênia dos fiscais da norma por um lado, e dos amigos, por outro, doravante, para assumir de vez a carga subjetiva que existe neste escrito, tratarei Luiz Felipe Falcão tão somente por Felipe, como desde que o conheci (ainda em 1993) fui advertido por ele quanto à forma de tratamento que preferia. Eu era estudante de graduação e Felipe era, senão o mais promissor, certamente o mais reverenciado entre os mestres que iniciavam suas carreiras no também incipiente Curso de História da UDESC, à época funcionando na antiga edificação (hoje Museu da Escola Catarinense) nos altos da Rua Saldanha Marinho, Centro de Florianópolis.

nos tempos duros nos quais vivemos. E como disse outro alemão, muito apreciado por Felipe, "[o] inimigo não tem cessado de vencer" (Benjamin, 1987, p. 231).

De quando ainda falávamos da presença, voltemos então. Dito foi que chegou o isolamento e tivemos que cancelar o encontro tão esperado entre amigos. Isso seria apenas frustrante não fosse uma chamada ao telefone e uma pergunta sobre as condições de saúde de Felipe. A frustração tornou-se então estranhamento e temor, pois Felipe era nossa mirada de bom viver: sujeito de excelente saúde e condicionamento físico. Ainda assim, procurei saber o que se passava. Após dois dias de insistência, finalmente, do outro lado da linha, com voz muito combalida, atende Felipe. Informou que esteve com uma gripe muito forte ao longo daquela última semana de março e dizia ter fortes suspeitas de haver contraído o Covid-19.

Estou quase convencido que Felipe encontrou sua "ausência" na certeza de ter sido conduzido pelo chamado do novo Corona vírus. Sucederam-se 14 dias que abalaram nosso mundo. Criamos um grupo em mídia social para compartilhar informações acerca quadro de saúde de nosso amigo. Narrar os 14 dias é uma ausência que assumo para este texto, e feito o personagem Chicó, em *O Auto da Compadecida*, de Ariano Suassuna: "não sei, só sei que foi assim". A presença nos traiu, trazendo com ela sua face oposta: não teríamos mais brincadeiras e nem construção nos parques de nossos domingos, a exemplo do churrasco do devir, agendado para 29 de março, um domingo chuvoso, com suas águas fechando o verão.

Em 1976, quando o cantor e compositor Belchior lançou a canção *Sujeito de Sorte*, Felipe estava com 26 anos, usava o seu quarto pseudônimo para se resguardar da repressão política. O comando da ditadura imposta desde 1964 estava então sob o tacão do general Ernesto Geisel, enquanto o jovem carioca da Urca, de família metida no alto escalão do governo brasileiro,³ fazia sete anos que, alucinado e

³ A família de Felipe, tradicional na política no Estado do Ceará, estabeleceu-se no Rio de Janeiro ainda na década de 1940. José Ribeiro Falcão, o pai, fixouse na capital fluminense junto com a família, sendo que em 1973 assumiu cargo na direção da Caixa Económica Federal, bem como no Banco do Brasil. O tio de Felipe, Armando Falcão, era um político considerado grande responsável pela eleição de Juscelino Kubitschek ao cargo de Presidente de República. No governo Geisel foi Ministro da Justiça (1974-1979), tendo sido conhecido pela expressão "nada a declarar" toda vez que era questionado pela imprensa. Foi também autor da Lei Falcão (Lei Nº 6339/76) que restringiu os debates e as propagandas eleitorais, incluindo a veiculação de músicas com letra, bem como discursos ou imagens. Os efeitos dessa lei logo se fizeram sentir no processo de abertura política timidamente anunciado. Criança que era em 1976, com sete anos, lembro bem como eram enfadonhas e assustadoras as imagens

sem residência fixa, habitava a região do ABC Paulista, conglomerado urbano da Grande São Paula, que reúne o centro industrial formado pelas cidades de Santo André, São Bernardo do Campo e São Caetano. Era mais um dos ousados ativistas que integravam a força da *résistance brésilienne* à ditadura.

Felipe disse-me em algumas oportunidades (menos vezes que eu gostaria de ter ouvido) que o pior momento da ditadura foi vivido no governo Geisel, sobretudo para o Movimento pela Emancipação do Proletariado (MEP), organização em que militava e era um dos seus fundadores. Narrou em pormenores um momento de apreensão terrível vivido nesse mesmo ano de 1976. Certo dia saíram Felipe e mais dois militantes num automóvel de modelo Chevrolet "Veraneio" para buscarem uma máquina tipográfica para uma editora –clandestina, por supuesto– no centro de São Paulo. Aproveitaram a oportunidade e, além da máquina tomada de empréstimo em um "aparelho", encheram o automóvel com panfletos que seriam distribuídos a operários, logo no retorno ao ABC Paulista.

Ainda na capital paulista, parados na subida de uma avenida e aguardando a abertura do semáforo, a condutora do veículo, uma jovem, grávida de oito meses, olhou pelo espelho retrovisor e identificou que um carro parado imediatamente atrás era uma outra "Veraneio", com a conhecida pintura que a identificava como "vascaína", muito utilizada por agentes da repressão política, com quatro militares em seu interior. Ao abrir o sinal, nervosa com a situação, a condutora deixou seu veículo apagar. Felipe estava ao lado dela no banco do carona, enquanto no banco traseiro estava o outro companheiro em meio a panfletos e à máquina tipográfica.

Nisso, percebendo sua frente bloqueada, um sargento desceu da Veraneio policial e chegou à porta do automóvel em que se encontrava Felipe e seus companheiros: "esses carros são difíceis mesmo, senhora; puxe o afogador e vire a chave novamente, que vai funcionar." Muito rapidamente a motorista fez o sugerido e os militantes conseguiram, enfim, seguir viagem. Felipe disse que por quilômetros os três ficaram sem trocar palavra, dado o pavor em serem pegos, em se tornarem ausências. Naquele ano de 1976, Belchior cantava para todos, mas eu aqui suponho, para gente como Felipe e seus companheiros à época:

Presentemente eu posso me considerar um sujeito de sorte Porque apesar de muito moço me sinto são e salvo e forte

de candidatos congeladas na tela da TV com uma locução solene e aterradora ao fundo.

E tenho comigo pensado, Deus é brasileiro e anda do meu lado E assim já não posso sofrer no ano passado Tenho sangrado demais, tenho chorado pra cachorro Ano passado eu morri, mas esse ano eu não morro.

Esse sujeito de sorte sempre foi muito curioso com o mundo, e daí para questionar seu ocaso, os caminhos não eram tortuosos, de modo algum. Rapaz de poucas certezas, entre elas a mais forte sempre foi –ao que me parece– a de um mundo aberto em sua infinitude, um constante não acabar. Divertiu-nos em várias oportunidades e sempre que solicitado por nós, gentil e com o tímido olhar trêmulo, contava de uma aventura experimentada por ocasião da ida, chegada e volta do homem à Lua.

Andava o ainda mais jovem rubro-negro nos arredores do Campo de Santana,⁴ 19 horas passadas, de uma terça feira, 22 de julho de 1969, quando foi abordado por um policial que lhe solicitava o documento de identificação. Sem documentos a apresentar, acabou detido e levado à delegacia de polícia mais próxima. A ditadura neste período estava sob sendo comandada por uma Junta Militar, formada pelos ministros do Exército, da Marinha e da Aeronáutica. O general Costa e Silva havia sido afastado após sofrer um derrame em março que o debilitou e levou-o à morte no final do ano. O Brasil vivia os primeiros meses de vigência do Ato Institucional Número 5, o famoso AI-5, e a repressão política tornara-se selvagem. Dali a poucos dias, ocorreria o sequestro do embaixador norte-americano, conduzido por duas organizações clandestinas envolvidas na luta armada de resistência. Enquanto isso, o país do embaixador celebrava o êxito de seus astronautas da missão Apollo 11.

Uma vez na cadeia e posto numa cela com mais doze detentos, era de se pensar que a situação teria deixado Felipe apavorado. Contudo, não foi o que nos relatou. Assim que chegou à cela, sendo branco, jovem e residente no bairro da Urca, certamente chamou muito a atenção dos demais, para assim dizer pouco. O "chefe" da cela falava em tom incrédulo e debochado sobre a chegada do homem à Lua. Como diz o adágio, Felipe dava um boi para não entrar numa peleja e uma boiada para dela não sair. Sentindo-se provocado à discussão pelo reconhecido chefe do lugar, bem como para proteger-se, discursou por mais de hora a fio, com argumentos da física moderna,

⁴ O Campo de Santana é um parque localizado na Praça da República, no centro da cidade do Rio de Janeiro. O nome desta praça é uma referência ao fato de ser localizada nas proximidades de onde ocorreu a proclamação da República do Brasil em 1889.

da astronomia, além da fisiologia e da biologia humanas, tendo como lousa a parede com limo impregnada e como giz o próprio dedo indicador. Por fim, conseguiu convencer o seu antagonista de que, em realidade, o homem havia pisado na Lua, apenas dois dias antes daquela inusitada situação, tendo nela permanecido por pouco mais de duas horas. Sorridente, o chefe disse aos demais da cela: "o menino é gente boa, ninguém mexe com ele aqui". Aliviado, presume-se, também mais tranquilo, tendo amanhecido o dia, conseguiu enfim ligar para casa e solicitar ajuda.

A tranquilidade era mantida por Felipe frente a situações por mais catastróficas que se apresentassem. O acaso, e não o ocaso, foi seu parceiro inseparável, sua primeira e última proteção. Foram incontáveis as vezes em que eu, preocupado com situações de diferentes ordens e naturezas, encontrava nele conselhos à moda do escritor Nikolai Leskov (Benjamin, 1987, p. 203). Nesse ponto, concordando com Walter Benjamim, Felipe parecia distante para nós que estávamos longe demais das capitais. Demorei para entender que deveria dessacralizar sua aura para enxergá-lo como um igual e não como a sumidade pela qual alguns estudantes o tomavam.

Felipe era um narrador. Há tempos, Benjamim identificara que a arte de narrar entrou em vias de extinção. Tornaram-se raras as pessoas que sabem narrar devidamente. Quando se pede num grupo que alguém narre algo, o embaraço se generaliza. Apesar da timidez e discrição –por outro lado, talvez exatamente por isso– Felipe é mais um Leskov que se torna ausente para todos nós. Mas, como quem conta um conto aumenta um ponto e, ainda, quem dá um conselho deseja por fim que sua experiência seja continuada, ao menos oralizada, sigo minha narração perseguindo os laivos de Luiz Felipe Falcão.

A clandestinidade foi parceira de Felipe entre 1969 e 1982. Não pareceu ter se empolgado com as tratativas e mobilizações em favor da Anistia aos presos e/ou acusados por crimes políticos, em suas diferentes feições. Mesmo após sancionada a Lei Nº 6.683, de 28 de agosto de 1979,⁵ continuou ainda até 1982 utilizando pseudônimos. Repetia,

⁵ Houve grande mobilização social para que se decretasse a Anistia, mais ainda no final do governo de Ernesto Geisel. Iniciada em 1975, a campanha pela anistia "ampla, geral e irrestrita", teve como resposta da ditadura a Lei Nº 6.683, sancionada pelo general João Batista Figueiredo em 28 de agosto de 1979. Essa lei é comumente chamada de Lei de Anistia. Sempre necessário lembrar que, diferente de outros países da América do Sul, a anistia alcançou também os torturadores e perpetradores de violações aos direitos humanos por parte do regime. Essa ferida aberta na política brasileira iniciou alguma cicatrização somente em 2011, com a instalação da Comissão Nacional da Verdade (CNV), que tentou investigar fatos ocorridos no período da ditadura civilmilitar. Formalizada na Lei Nº 12.528, de novembro de 2011,

quando interpelado pelas razões de se manter clandestino mesmo depois de três anos após a Lei de Anistia:

a gente tinha muito receio de perseguição política, afinal o regime ainda era ditadura. Nós fundadores do MEP, acreditávamos mesmo que seríamos presos caso abrisse nossas identidades. Chegou 1982, eu olhava para os lados, Leonel Brizola, Fernando Gabeira e outros tantos que tinham sido exilados, de volta ao Brasil, cheguei para meu amigo do MEP [sempre me pediu para não citar o nome] e disse: "queres ficar na clandestinidade? É escolha tua. Eu vou sair".

Ao deixar a clandestinidade em 1982, começaram os problemas de ordem prática. Felipe e seus companheiros viviam das contribuições de várias pessoas, incluindo empresários do setor cultural e diretores e proprietários de editoras, sobretudo situadas no eixo Rio de Janeiro-São Paulo. Sobre o fim desses auxílios e da inexistência de recursos próprios quando voltou à vida civil regularizada, lembrava que sabia fazer duas coisas apenas: "datilografar com dois dedos apenas os textos da organização política e dirigir automóveis, sendo que minha licença para dirigir estava vencida há anos".

Conseguiu então emprego no gabinete do deputado Ivan Valente, então do Partido dos Trabalhadores, e iniciou sua graduação em História na Pontifícia Universidade Católica (PUC), de São Paulo. Em 1984 intensificou viagens a Florianópolis, onde mantinha alguns amigos ainda da militância. Enamorou-se de Isabel Ouriques, a quem carinhosamente chamava de Bel, nesse mesmo ano. Bel relatou que ficaram alguns meses trocando correspondências, além das visitas quinzenais, nas quais Felipe transportava alguns vários livros, pensando em fixar residência na capital de Santa Catarina. Felipe se estabeleceu em Florianópolis definitivamente nesse mesmo ano de 1984. No ano seguinte passaram a morar juntos e, em 21 de março de 1986, nasceu Vítor, filho do casal.⁶ Nesse ano conseguiu emprego

a CNV encerrou suas atividades em 10 de dezembro de 2014 e possibilitou ainda que provisória e tardiamente, uma recuperação da memória, bem como uma reparação aos cidadãos que sofreram violações das suas garantias fundamentais. No relatório final o Brasil reconhece que a prática de detenções ilegais e arbitrárias, tortura, violência sexual e execuções, entre outras formas de agressões, foi resultado de uma política estatal generalizada, resultando, assim, em crimes contra a humanidade. Maior problematização dessa realidade infelizmente extrapola os limites deste texto.

⁶ O casal tem uma filha mais velha do que Vitor (nascida do primeiro casamento de Bel), chamada Monike Doll, e uma neta que completou 11 anos em 2020, chamada Maria Clara Doll de Souza. Felipe foi casado formalmente uma única vez, em 1975. Sua então esposa vivia no interior de São Paulo, sendo o casamento realizado às

no Colégio Nossa Senhora de Fátima como professor de História do Ensino Fundamental, e, logo na sequência, no Colégio Elisa Andreoli. Transferiu sua matrícula em História da PUC-SP para a Universidade Federal de Santa Catarina (UFSC), onde se graduou em 1988.

Mantinha ainda especial predileção pela diferença. Ao afirmar isso, sinto-me compelido a detalhar o que Felipe e a maior parte de nós que tivemos oportunidade de com ele conviver, consideramos diferença. Não se trata tão somente de admitir a diversidade cultural ou social, tão ao gosto da pretensão liberal. Mas de reconhecer no outro – na alteridade– um companheiro de jornada, com suas diferenças e semelhanças. Tinha interesse na alteridade. Lembro que numa de suas primeiras aulas de Teoria da História à minha turma de graduação no antigo edifício da Faculdade de Educação da UDESC, em 1994, escreveu na lousa o poema do médico, psicólogo, filósofo e dramaturgo judeu romeno Jacob Levy Moreno:

Encontro de dois.
Olho no olho.
Cara a cara.
E quando estiveres perto
eu arrancarei
os seus olhos
e os colocarei no lugar dos meus.
E tu arrancará
os meus olhos
e os colocará no lugar dos teus.
Então eu te olharei com teus olhos
e tu me olharás com os meus.⁷

Seguindo esse manifesto interesse, Felipe organizou um Grupo de Pesquisa denominado "Memória e Identidade" ainda em 1998, simultaneamente à conclusão de seu doutorado, com tese defendida sob título Entre ontem e amanhã: diversidade cultural, tensões sociais e separatismo em Santa Catarina no século XX. Muitos de nós hoje ocupando

escondidas, numa igreja em Ribeirão Preto. Separou-se ainda em 1978, mas formalizou o divórcio somente em 1982.

⁷ Jacob Levy Moreno (18 de maio de 1889-14 de maio de 1974), nascido na Romênia, crescido na Áustria (Viena) e naturalizado americano, criador do psicodrama e iniciador no estudo da terapia em grupo. Realizou decisivas contribuições no estudo dos grupos, em psicologia social. Felipe sempre falou a mim o quanto a terapia psicodrama, desenvolvida por Moreno, contribuiu para seu amadurecimento, em todos os sentidos.

posições diferentes em distintas universidades pelo Brasil e mundo afora, iniciamos nossos trabalhos de pós-graduação vinculados a esse Grupo de Pesquisa. Pode-se verificar em breve prospecção em seu Currículo *Lattes* –aquilo que sempre com gracejo dizia ser a mídia social da academia brasileira e a única que frequentava por absoluta necessidade profissional– os projetos (temas de pesquisa) e capítulos de livros, além dos artigos publicados. Não era afeito a publicações em revistas e preferia sempre um livro ou um capítulo de livro como suporte do resultado de suas investigações, as quais incluíam variadas discussões sobre a história oral, a memória, a cultura, a identidade, as cidades, além das esquerdas e da resistência à ditadura.

Desde muito jovem, com 19 anos, Felipe se dedicou a e entender, de muito próximo, o mundo do trabalho, a classe trabalhadora em seu fazer-se e as manifestações socioculturais envolvidas nesse complexo processo. Sua dissertação de mestrado foi defendida em 1992, sob o título *Noções do trabalho: dobraduras (a noção de trabalho no discurso das lideranças republicanas: 1880-1900).*8 Atravessando ao menos cinco décadas em contato com mundos do trabalho, e não menos que três estudando formações identitárias, cidades e nacionalismos, seu projeto em andamento quando de sua ausência era uma espécie de corolário de sua trajetória pessoal e profissional, como indicado pelo intenso título (dizia que não era bom nisso, numa clara opção pela modéstia), *No calor da hora: a presença da Nova Esquerda na democratização do Brasil (1975-1995)*.

Havia entre nós uma forma de condescendência sobre o que falávamos, sem, contudo, deixarmos de manifestar as ideias, muitas vezes contrárias, que tínhamos sobre as palavras, as pessoas e as coisas. Talvez isso ocorresse por ser Felipe mais experiente e, assim, já não tivesse muita disposição para fazer chover no molhado. Por outro lado, por não saber ainda usufruir da experiência que me chegava a cada

⁸ Sobre a defesa de sua dissertação é necessário relatar um episódio que causou enormes transtornos a Felipe. Ao entregar o trabalho final escrito em máquina de datilografar na reprografia para, na sequência, entregar cópias à banca e à secretaria do Programa de Pós Graduação em História da Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Felipe teve seu trabalho furtado e, até os dias de hoje (2020), imagina-se mas não se tem certeza de quem teria realizado o delito. Isso deixou Felipe em palpos de aranha, por não ter cópia e ser compulsória a defesa da dissertação em menos de dois meses. Teve ele que fazer às pressas e de memória, a partir das anotações que possuía, outro texto. Reclamava muito que tinha perdido uma parte interessante na sua perspectiva sobre os mundos do trabalho *-tripalium*, um instrumento de tortura aos escravos na antiguidade clássica, como por vezes se refería– utilizando uma alegoria a partir do personagem *Zé Carioca*, criado pelos Estúdios Disney em 1941, por ocasião da Segunda Guerra e integrante da chamada Política de Boa Vizinhança dos Estados Unidos para com o Brasil e a América Latina.

dia, eu gastava tempo e energia em discussões bizantinas. Contudo, ambos sentíamos –pela minha percepção– que embora não acreditás-semos num fim do mundo, vivíamos (e vivemos) como se tudo pudesse acabar e, então, valesse bem a pena aproveitar seus últimos instantes.⁹ Esse era o caso de quando conversávamos e debatíamos universalismo e relativismo, modernidade e pós modernidade.

Admito que, sempre em tom jocoso, à moda de Falcão, por sinal inimitável, identificava meu amigo como o último iluminista convicto, visto que em minha geração há sempre presente uma certa –esclarecida– indecisão quanto a isso. Seja como for, o significativo é que essa perspectiva de Felipe (e em nós) estimulava o compromisso com a escrita de uma história viva. Ele quase sempre propunha uma deflação nos termos que utilizava, num convite à reflexão simultaneamente simples e sofisticada. Fazia isso com maestria, como alguém a realizar sempre e ainda, ensaios. Era com tais habilidades que se aproximava da perspectiva do iluminismo. Sobre este, Robert Darnton (2005, p. 18) propõe "uma deflação", convidando a tomá-lo "como um movimento, uma causa, uma campanha para mudar mentes e reformar instituições." O iluminismo não fugiu às características de outros fenômenos que tiveram "começo, um meio e, em alguns lugares, mas não em outros, um fim".

A par disso, é indispensável explicitar a forma como o compromisso com a história que compartilhei com Luiz Felipe Falcão, o que se desdobrou em um engajamento consistente na sua trajetória. Sempre haverá um apontar de dedos para nós, historiadoras e historiadores, no sentido de "veja bem professor, são tempos difíceis". Lembro mais uma vez de Darnton, quando afirma: "percebo que acabei assumindo o papel de advogado de defesa [do iluminismo] e abandonando o de historiador." Para o autor, historiadores tendiam a sucumbir "a escorregões desse tipo quando fazem parte da cultura que estudam" (Darnton, 2005, p. 34).

Em sua peleja contra a possibilidade do fim do mundo, quais fossem elas as razões, Felipe (um dos mais notáveis debatedores que conheci), não à toa, ironizava a precoce perspectiva que decreta o fim do universalismo de forja iluminista. Em seu último escrito anteriormente mencionado, ao discorrer sobre alusões ao ocaso do mundo, pontua:

⁹ Felipe tinha por hábito escrever nomes de países em algum pedaço de papel qualquer quando se sentia entediado, em situações diversas, frisando sempre os que não conhecia, ainda. Lia diariamente jornais de ao menos oito países diferentes, em busca sempre de algo, preciso ou impreciso que, sobretudo nós, pretensamente ocidentais, pudéssemos considerar próprio ou impróprio ao nosso mundo.

De imediato, cabe dizer que o fim do mundo é, em verdade, plural, ou seja, que o mais adequado seria falar em fins do mundo, uma vez que cada um deles é muito cioso de seu respectivo vínculo identitário, mantendo contrato de exclusividade com um povo eleito, uma etnia ou uma devoção, seja ela espiritual, de gênero ou qualquer outra modalidade. Exatamente por isso, fins do mundo são avessos a universalismos e cosmopolitismos, rejeitando qualquer ideal de igualdade, liberdade e fraternidade por considerá-los patranhas eurocêntricas (Falcão, 2018).

O processo de renovação do campo historiográfico muito interessou a Felipe e a nós todos, em particular no programa de Pós Graduação em que atuamos, cuja área de concentração é História do Tempo Presente. No último texto que escrevemos juntos, e lá se vão surpreendentes oito anos, intuímos temas e problematizações que pulsam forte e estão na ordem do dia entre historiadoras e historiadores do contemporâneo, de e do nosso tempo presente. Tínhamos em conjunto com alunos e colegas estudado até àquele momento, entre outros, Giorgio Agamben, e é desse filósofo italiano que tomo emprestada a ideia:

O contemporâneo não é apenas aquele que percebendo o escuro do presente, nele apreende a resoluta luz; é também aquele que dividindo e interpolando o tempo, está à altura de transformá-lo e de colocá-lo em relação com outros tempos, de nele ler de modo inédito a história, de "citá-la" de uma necessidade que não provém de maneira nenhuma de seu arbítrio, mas de uma exigência a qual ele não pode responder (Agamben, 2009, p. 23).

Para Felipe e muitos de nós, seus colegas, a história como campo disciplinar constituído por dispositivos¹º legitimados por um corpo de especialistas pode contribuir, como bem assinalou Lucien Febvre (1978, p. 181), para um aprendizado de sutilezas. Assim, seus domínios e abordagens são capazes não apenas de assegurar uma compreensão mais elaborada e problematizadora da realidade, como também de ampliar as escolhas disponíveis para os rumos que se lhe quer imprimir. Portanto, longe de uma lição a ser repetida a cada dia, de uma fé a ser processada com reverência, ou de uma missão a ser cumprida devotamente ao longo da vida, ela contém o potencial de criar e recriar vínculos entre passado, presente e futuro (Hartog, 2003).

¹⁰ Felipe sempre se afirmou fortemente contrário a categorizações profissionais, tais como "fulano é marxista", "sicrano é weberiano" e assim por diante. Apesar disso, admitia a forte influência que teve a filosofia na sua formação, e nela, em particular, os ditos e escritos de Michel Foucault (1926-1984).

Seguindo esse primado, concentramos esforços para apresentar uma concepção de história em que seja possível enunciar que, primeiro, o mundo nem sempre foi como o conhecemos, com suas divisões econômicas, políticas e socioculturais vincando todos os âmbitos da experiência social. De tal sorte que a aproximação dos indivíduos ou dos países proporcionada pela rapidez dos transportes ou pela magnitude dos fluxos de dados proporcionada pelas novas tecnologias contrasta com as barreiras e fronteiras erigidas para mantê-los apartados de modo quase intransponível. Segundo, não se deve considerar que nossas vidas tivessem que fatalmente ter tomado o rumo ou o formato que acabaram seguindo e consumando. Ainda que algumas condições históricas constraniam nossas possibilidades ou ainda que linhagens e parentescos sejam forcas concretas a balizar-nos, o trajeto que adotamos e as feições de nossa história realizam-se precisamente por meio da quebra e do interpolar de tempos, como referido por Agamben. Sutura alguma consegue anular, encobrir ou reduzir a novidade da invenção e da singularidade. Terceiro, por razões que decorrem do que já foi mencionado anteriormente, nada indica que qualquer percurso ulterior possa ser antevisto com precisão nos traços e sinais que a atualidade esculpe a todo instante, uma vez que nenhuma genealogia assegura que algo virá a se tornar perene. Pelo contrário, a certeza ou a garantia contra o aniquilamento e a extinção não fazem parte dos ensinamentos que se pode extrair da História.

Trata-se, a bem dizer, de uma história que recusa as progressões lineares, aquelas que têm a aparência de se locomover no interior de um tempo vazio e homogêneo, guiadas por um *telos* que conspira e oprime a imprecisão de nossas vidas (Benjamin, 1987, p. 229). Pelo contrário, é produzida de tal modo que se torna ciente de que a presunção de coincidir sua narrativa com a plenitude de um acontecimento qualquer jamais será satisfeita. Por fim, mas não menos relevante, que os efeitos de verdade postos em circulação são produzidos neste mundo (Foucault, 1985, p. 12), numa determinada época e lugar e em conformidade com regras ímpares. Resulta desse esforço um conhecimento histórico versátil o suficiente para se debruçar sobre os mais variados temas, aproveitando para tanto diferentes abordagens e descortinando múltiplos problemas com base nas interpretações que enseja.

O mote para a apresentação de ideias que resultaram no texto *O dia depois do fim do mundo* (Falcão, 2018) foi o questionar o que seria de nossas vidas no momento seguinte à eleição de uma figura que encarna o intolerável: Jair Messias Bolsonaro, Presidente do Brasil. E Falcão não se furtou a encarar o problema de frente, debatendo com os que anteviam a catástrofe iminente sobre nossas vidas,

A eleição do capitão reformado Jair Bolsonaro como presidente da República do Brasil, evento certamente de grandes, profundas e, quicá, prolongadas repercussões, foi saudado como um fim do mundo por vozes autorizadas especialistas em grandes catástrofes. [...] Perante tais vaticínios, e antes de apagar a luz e fechar a porta rumo ao exílio, caberia dizer que historiadores, historiadoras e cientistas sociais são, em geral, péssimos pregoeiros, não raro semeando equívocos quando se arvoram a fazer prognósticos. Não que, é importante sublinhar, o país esteja diante de um momento tranquilo e harmonioso, se é que alguma vez o esteve. Pelo contrário, tem-se adiante, tudo está a indicar, tensões e conflitos agudos em torno de questões essenciais como, repete-se uma vez mais, igualdade, liberdade e fraternidade, Existe, inclusive, a possibilidade real daquilo que meteorologistas chamariam de uma "tempestade perfeita": economia liberal como Trump, violência policial como Duterte e reformais institucionais como Duda, sob a batuta moralista do maestro Silas Malafaia. Seguindo, o novo governo ainda não começou e não se sabe exatamente por onde ele transitará, mas desde já desperta tanto apoios significativos como oposições (parciais) relevantes e contundentes, como o editorial do jornal O Globo do último domingo, 18 de novembro, contra o movimento 'Escola sem Partido'. E, modéstias à parte, resistir sempre foi uma das muitas qualidades dos setores e parcelas progressistas da população, no Brasil e em todo o mundo. Concluindo, é imprescindível convidar a refletir como chegamos até aqui, depois de eleger com relativa folga um presidente progressista em 2002 e reiterar o mandato para a política que ele representava por mais 3 sucessões presidenciais. Em outras palavras, como, e de que modo se processou, este nosso fim de mundo, se é que ele merece assim ser chamado? Que importância tiveram, para este desfecho, as críticas devastadoras ao Esclarecimento, à igualdade e mesmo à democracia, elementos generosos nascidos na Europa ainda incompletos, em formação e, também, com uma perigosa potência de instrumentalizar o mundo que não foi percebida de imediato, postos de lado em nome das diferenças culturais? Que destino inglório alcançou a aura da crítica enfática da corrupção que as esquerdas sempre ostentaram, mas que, de modo curioso, foi esmaecida e esquecida enquanto montanhas de dinheiro público eram desperdiçadas e fortunas, pessoais ou não, cevavam à sombra ou ao sol? (Falcão, 2018).

Felipe mantinha uma resiliência –e, mesmo, esperança– frente a regimes autoritários, como identifiquei em poucas pessoas ao longo de minha vida. Sempre era possível encontrar nele um convite à reflexão mais cuidadosa, algo que fazia com experiência e sensibilidade, mesmo quando nos convencia de que a melhor saída era a proposta

leninista: um passo para trás para conseguirmos dois para frente. Assim, estava sempre disposto à complexa tarefa de oferecer categorias e métodos para podermos pensar o mundo, ainda que fosse –talvez especialmente por isso– sobre seu suposto ocaso ou, mais ainda, sobre os inúmeros exageros e vaticínios que costumamos proferir frente ao acaso da própria vida e de nossa condição humana.

Em um seu artigo publicado na revista *Tempo e Argumento*, Felipe faz menção ao belo livro *Primavera de cão*, escrito pelo literato Patrick Modiano, Nobel em Literatura (2014), na forma de epígrafe: "se eu havia me engajado nesse trabalho, é porque me recusava a permitir que as pessoas e as coisas desaparecessem sem deixar vestígio. Podemos algum dia nos resignar a isso?" Nossas escolhas dizem muito do que desejamos. Em sentido semelhante, trago ao leitor que até aqui teve paciência e tolerância com este texto, um poema de Carlos Drummond de Andrade com os seguintes dizeres:

Quando nasci, um anjo torto desses que vivem na sombra disse: Vai, Carlos! Ser *gauche* na vida.

As casas espiam os homens que correm atrás de mulheres. A tarde talvez fosse azul, não houvesse tantos desejos.

O bonde passa cheio de pernas:
pernas brancas pretas amarelas.
Para que tanta perna, meu Deus, pergunta meu coração.
Porém meus olhos
não perguntam nada.
O homem atrás do bigode
é sério, simples e forte.
Quase não conversa.
Tem poucos, raros amigos
o homem atrás dos óculos e do bigode.

Meu Deus, por que me abandonaste se sabias que eu não era Deus se sabias que eu era fraco.

Mundo mundo vasto mundo, se eu me chamasse Raimundo seria uma rima, não seria uma solução. Mundo mundo vasto mundo, mais vasto é meu coração.

Eu não devia te dizer mas essa lua mas esse conhaque botam a gente comovido como o diabo (Andrade, 2002).

E à guisa de arremate desse já laceado texto, indico que nele pretendi "trovar" sobre aquele que, antes de tudo, é um grande amigo, para depois ser o intelectual, o militante, o libertário, o teimoso, enfim, aquele que todos temos um para chamar de seu: Luiz Felipe Falcão. Sempre que escrevo sobre ele invariavelmente me chegam risos e lágrimas. Felipe era adepto da cantada sentença: respeito muito minhas lágrimas, mas ainda mais minha risada. E, seguindo essa que é mesmo uma alegre sina, pretendo finalizar esta homenagem reflexiva.

Vale a pena contar mais uma história reveladora de suas andanças entre nós. Em 1993, quando o conheci, vivíamos diferentes momentos em nossas vidas. Eu tinha 23 e Felipe 42 anos. Ele, professor recentemente efetivado na UDESC. Eu, calouro de História na mesma Universidade e praticamente formando em Engenharia Civil na UFSC. Felipe acreditava orgulhosamente que tinha *feeling* –às favas a modéstia, tinha mesmo– para atrair pessoas ditas interessantes. Contudo, tal empreitada causava-lhe, e a quem com ele se relacionava, uma inquietação que curiosamente indicava de forma *blasé*: a deferência.

Dizia-me sempre que as pessoas tinhamlhe na conta de um grande intelectual –o que é expressão de verdade– e que isso provocaria, equivocadamente, um distanciamento desnecessário e certamente não desejado. Corria à boca pequena a alcunha de "Zeus" para o antigo morador da Urca. Acredito que todos levamos muito tempo para lidar mais abertamente com essa notoriedade provinciana, que ele confessadamente nunca quis. Isso me faz voltar à risada e ao (des) respeito que ambos alimentamos sobre ela.

Em outro momento, em 10 de dezembro de 2019, foi-lhe solicitado que apresentasse argumentos consistentes junto à direção da universidade para ratificar a importância de realização de um concurso público que recompusesse o quadro de docentes do Departamento de História da UDESC. Felipe então escreveu texto preciso e bem posicionado, sem, contudo, perder a ironia e o humor. Após discorrer as motivações em três argumentos, no quarto deles a presença indefectível do aguerrido flamenguista:

Por fim, como a certeza estatística não é a minha especialidade, bem como não o é da esmagadora maioria dos/as docentes do departamento e do centro, recordo que, durante minha graduação, ainda havia o famigerado Ciclo Básico inventado e posto em prática pela ditadura e, nele, era obrigatório cursar Estatística. Recordo que foi a única disciplina que cursei na graduação com risco de reprovar, mas havia um professor extremamente capaz e compreensivo que, entre outras coisas, afirmava que Estatística não era algo neutro, dando como exemplo o seguinte: numa câmara de tortura do DOI-CODI, uma equipe de interrogatório coloca um preso político deitado com os pés num forno ligado a uns 100° C e com a cabeca num freezer a -40° C, após o que coloca um termômetro no umbigo do preso e conclui que sua temperatura é "normal". Caso alguém queira usar esse argumento numa reunião com a presença de especialistas em ciências naturais ou nas diversas engenharias, que dominam Estatística e decerto estarão preparados para mostrar a insuficiência de nossos argumentos, sugiro antes uma consulta ao Prof. Dr. Emerson César de Campos, nosso perito nessas questões, para que ele indique as temperaturas corretas do forno e do freezer para que o umbigo esteja "normal".

Eis que pelos corredores da UDESC, quando nos encontrávamos havia sempre algo do que rir, fazer projeções, juntar-nos a outros e continuar o desatino. Isso nos mantinha e mantém vivos (ele e nós). E como diz Antônio Carlos Belchior: "não tome cuidado comigo, que eu não sou perigoso; viver é que é o grande perigo". Vimos aqui ideias para adiar o fim de nosso mundo (Krenak, 2020), na esperança de que este, assim como a vida, siga nesse não acabar.

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, G. (2009). *O que é o contemporâneo? e outros ensaios.* Chapecó: Argos.
- Andrade, C. D. de. (2002). Alguma Poesia. Rio de Janeiro: Record. Benjamin, W. (1987). Obras escolhidas, vol. 1: magia e técnica, arte e política. Ensaios sobre literatura e história da cultura. São Paulo: Brasiliense.
- Darnton, R. (2005). Os dentes falsos de George Washington: um guia não convencional para o século XVIII. São Paulo: Cia das Letras.
- Falcão, L. F. (1992). "Noções do trabalho: dobraduras (a noção de trabalho no discurso das lideranças republicanas: 1880-1900)". Dissertação de mestrado, Porto Alegre.
- Falcão, L. F. (2000). Entre ontem e amanhã: diferença cultural, tensões sociais e separatismo em Santa Catarina no século XX. Itajaí: Editora da UNIVALI.

- Falcão, L. F. (2015). Artifícios e artefatos entre memória e história. *Tempo e Argumento* (Florianópolis), 7(16).
- Falcão, L. F. (2018). "O dia seguinte ao fim do mundo", Departamento de História, Universidade do Estado de Santa Catarina, Florianópolis, mimeo.
- Febvre, L. (1978). Face ao vento: manifesto dos anais novos en Mota, C. G. y Fernandes, F. (comps.), *Febvre*. São Paulo: Ática.
- Foucault, M. (1982). Subject and the power. Critical Inquiry, 8(4).
- Foucault, M. (1985). Verdade e poder en *Microfísica do poder*, Rio de Janeiro: Graal.
- Foucault, M. (2003). *Ditos e Escritos*. Rio de Janeiro: Forense Universitária.
- Gumbrecht, H. U. (2015). *Nosso amplo Presente: o tempo e a cultura contemporânea*. São Paulo: Unesp.
- Hartog, F. (2003). *Regimes d'historicité: presentisme et experience du temps*. Paris: Seuil.
- Krenak, A. (2020). *Ideais para adiar o fim do mundo*. São Paulo: Cia. das Letras.
- Modiano, P. (2015). Primavera de cão. Rio de Janeiro: Record.

VIDAS IMPRECISAS

Izaías de Souza Freire

A partida repentina de um mestre admirável no auge de sua maturidade e produção intelectual provoca um pequeno *big bang*. Sentidos são
golpeados pela surpresa e imprecisão da vida. Imprecisão que Luiz
Felipe Falcão sabia intuir nas referências aos versos emblemáticos de
Fernando Pessoa: "navegar é preciso, viver não é preciso". A vida, nos
advertia, diferente das artes da navegação, escapa aos cálculos matemáticos, aos instrumentos de medição, às prospecções de chegada e
de partida, especialmente quando as partidas acontecem sem avisos,
nos emudecendo. A partida de Felipe, como preferia ser chamado, fezse como na poesia, o que se tornou ainda mais crítico pelo modo atípico que o distanciamento social impôs a todo o contexto. Restou-nos
a distância e o silêncio. Um silêncio que atinava para as ausências: do
corpo são, do sorriso fugidio, da voz que calava, do vulto que parecia
nos escapar.

Porém, se a morte põe fim à existência, não significa que carregue tudo dela consigo. Diante da partida sentida, os dias que se seguiram foram marcados por diversas narrativas de memórias sobre Felipe, partilhadas em redes sociais por colegas, orientando/as, ex-aluno/as, amigo/as. Tais narrativas tornavam presente a beleza de uma trajetória cheia de encontros, afetos, festas, risos, mas também densidade, discussão, elaboração teórica e escrita da história. Tais narrativas testemunharam o quanto Luiz Felipe Falcão marcou as vidas imprecisas

com as quais se encontrou. Sua vida carregava uma potência humana que contribuiu para produzir deslocamentos sensíveis em seus alunos e companheiros, além de inquietações no olhar, fermentações no pensamento, questionamentos de certezas, a escuta atenta em silêncio, a alteridade, o acolhimento sem paternalismos, os comprometimentos com os desafios coletivos, as indignações com as injustiças e mazelas políticas.

Suas aulas eram fascinantes. Ouvia-se frequentemente referências em pequenas conversas pelos corredores às aulas de Falção, a "grande ave", como o chamavam alguns, metáfora para a sua capacidade de visão, tão paradoxalmente precisa ao abordar ideias, autores e conceitos, mobilizando-os em digressões consistentes. Tantos quantos tiveram o privilégio de ouvi-lo, sabiam que exercia o ofício com paixão. Não lhe faltava o humor com seus olhos agitados, sempre abracado aos livros e textos, uma garrafinha d'água e a inseparável pochete. Sua presenca em sala era como a de um ator brilhante que ocupava o palco, embora tivesse a generosidade de dividir a cena e as ideias com estudantes e colegas. As aulas de Teoria da História não eram frias, sabia moldá-las na concretude da vida, iluminando caminhos complexos com serenidade. A impressão deixada era de que a história para Luiz Felipe era muito mais que teoria, era algo vivo e, talvez por isso, não deixava de marcar quem assistisse suas aulas. Relação estendida aos grupos de estudo, às orientações, acompanhadas quase sempre de seu café amargo que parecia dosar a doçura das palayras com verdades, nem sempre brandas às convicções momentâneas, mas que acabavam por iluminar o caminho mais prudente e menos escorregadio.

A admiração por Felipe e como era comum, a amizade, fundava-se em sua prática docente como historiador, e esta, conduzida sob uma tensão que o acompanhava silenciosamente: o cidadão Luiz Felipe Falcão, com um passado de militância de esquerda e ideias alinhadas com políticas progressistas, e por outro lado, o profissional que sabia dialogar sem proselitismos. Embora não escondesse seus compromissos políticos e ideológicos, investia sempre na capacidade de autonomia do pensamento; como historiador considerava válidas as múltiplas possiblidades de leituras e interpretações do passado. Como mestre perspicaz, investia na autonomia de seus alunos/as, na contrução de hipóteses de trabalho e na utilização de referenciais teóricos e metodológicos capazes de sustentá-las, ao mesmo tempo que não omitia suas próprias inclinações historiográficas e visão de mundo.

Se, por um lado, não determinava o caminho, também não deixava de sugerir estradas abertas e encorajava ao risco teórico e metodológico em trilhá-las. Prática docente sustentada no postulado kantiano da aufklärung, cujo texto clássico do filósofo iluminista, *O que é o esclarecimento?*, costumava estar presente nas ementas que elaborava. Para Kant, o esclarecimento (*aufklärung*) é o estágio segundo o qual o sujeito avança da minoridade para a maioridade do conhecimento por meio do uso público da razão (Kant, 201, pp. 145-154). A autonomia como primado da razão foi um dos postulados fundadores da prática docente de Felipe: a formação de estudantes que ousassem pensar o mundo não por uma razão tutelada, mas autônoma (Falcão, 2019, pp. 66-67). Que tivessem a coragem de fazer o uso público da razão, não obstante as implicações que pesam ao aprendiz de ofício: o risco de errar, da inconsistência, mas também do aprendizado e do saber caminhar sozinho.

É verdade que incentivava ao risco, sem deixar de evidenciá-lo. Porém, praticava tais movimentos como riscos calculado e não somente como mera aventura de abrir uma trilha na qual não fosse possível caminhar. Para exemplificar esse cálculo, costumava lancar mão em suas aulas de teoria da metáfora do Frankstain teórico, inspirada na conhecida novela de Mary Shelley, na qual o protagonista dá vida a um corpo a partir da junção de pedaços de diferentes cadáveres. A beleza da metáfora servia a um sentido bastante preciso: a criatura do jovem Victor Frankenstein, embora inspirasse repugnância pelo seu aspecto mórbido, não se retringia à mera aberração. Possuía funções compatíveis com o corpo humano e suas funcionalidades, tanto que se movimentava, equilibrava, comunicava, pensava por si e possuía sentimentos. Encorajava seus ouvintes a praticarem a autonomia na criação de seus frankensteins teóricos, para que pudessem mesclar diferentes tradições do pensamento intelectual, desde que fossem fisiologicamente compatíveis e funcionassem como operações analíticas consistentes. Por outro lado, tal imprecisão implicava no risco da utilização de conceitos e categorias antagônicas que resultassem efetivamente na criação de um monstrengo, cujas funcionalidades teóricas poderiam ser, caso não houvesse a atenção metodológica suficiente, incapaz de sustentar a abordagem de um fenômeno social complexo. O *frankenstein teórico*, dizia Felipe, deve obedecer ao princípio da proporcionalidade, ou seja, os membros de seu corpo precisam de equivalência. Para caminhar de modo sustentável não seria razoável a combinação de pernas de tamanho desiguais ou de braços que não possuíssem a equiparação necessária para que fossem operantes em suas funções elementares.

Felipe não praticava com isso a defesa de um ecletismo superficial e inconsequente, mas a construção de um referencial novo, capaz de produzir uma reflexão densa sobre diferentes objetos históricos. Assim, muito embora tal abordagem pudesse soar infiel a tradições e ortodoxias, caberia cuidar que fosse leal aos formuladores originais.

Não considerava anátema o diálogo entre autores de tradições diferentes que pensaram criticamente a modernidade, como Marx e Freud, Marx e Foucault, por exemplo (Falcão, 2019, p. 74).

Sua praxis docente em investir na autonomia intelectual de seus/ suas aluno/as representava de certo modo o que havia feito de sua própria trajetória intelectual, que combinava elementos aparentemente conflituosos, os quais poderiam confrontar os interlocutores mais aferrados a tradições de pensamento ortodoxo. É por isso que se pode dizer que buscou exercitar o postulado kantiano da *aufklärung* na construção de caminhos próprios, tracejados na autonomia da razão.

Luiz Felipe Falcão jamais deixou de estar associado a seu passado de militância em organizações marxistas. Na juventude, integrou o Movimento pela Emancipação do Proletariado (MEP), organização que, dentre outras, remontava à influência dos círculos da Política Operária (POLOP). Esta foi uma organização revolucionária considerada por estudiosos como fundadora da chamada *nova esquerda* brasileira no início da década de 1960. Deu origem a várias outras organizações de esquerda, dentre as quais o MEP, em meados da década de 1970 (Cunha, 2019).

Embora não tenha continuado a ser um marxista, no sentido ortodoxo, também jamais rejeitou essa corrente teórica. Por outro lado, evitou as fidelidades extremas a quaisquer posicionamentos, exercitando a imprecisão. Afinal, Felipe fazia questão de distinguir fidelidade de lealdade. Daí sua trajetória ser marcada por contornos um tanto heterodoxos como resultado das apropriações que fazia de diferentes tradições teóricas. Esta possivelmente foi uma das marcas de sua trajetória intelectual, a de fazer uso de procedimentos teórico-metodológicos para além de lugares habitualmente bem demarcados, costurando *Frankensteins* durante sua vida, capazes de articular tradições distantes ou próximas, mas sempre procurando as fronteiras, tomadas não como divisões, mas como limiares para amplas e renovadas possibilidades.

Uma postura atípica que recusava deliberadamente a fidelidade a tradições pouco afeitas a negociar categorias ou procedimentos analíticos, a exemplo do marxismo. Talvez esse aspecto da trajetória de

¹ A POLOP foi uma organização revolucionária marxista considerada por alguns como fundadora da chamada *nova esquerda* brasileira no início da década de 1960. Deu origem a várias outras organizações de esquerda, dentre as quais o MEP (Movimento pela Emancipação do Proletariado) em meados da década de 1970. Cunha, Vinicius Moraes da. *A procura da revolução brasileira*: itinerários do Movimento pela Emancipação do Proletariado. Dissertação de mestrado em história- Programa de Pós-Graduação de História da Universidade de São Paulo-USP, São Paulo: 2019.

Felipe possuísse certa aproximação com as escolhas intelectuais feitas por Michael Löwy, cultivando com este uma espécie de *afinidade eletiva à distância*, para lembrar um conceito caro ao pensador que articulava Marx e Weber, materialismo histórico, romantismo alemão e messianismo judaico (Löwy, 1989). São caminhos que mantêm entre si alguma aproximação no que praticavam, cada um ao seu modo, a criação de seus próprios *Frankensteins*.

Suas últimas investigações foram dedicadas ao estudo da militância de esquerda, em especial a resistencia à ditadura militar brasileira (1964-1985) do qual ele próprio fora testemunha e dela tomou parte, tendo como abordagem metodológica preferida a história oral. Encampou suas pesquisas por meio do depoimento desse ativismo e lançou luz, interpretou lembranças e impressões, qualificando indícios de uma experiência coletiva ou de uma "estrutura de sentimento" (Williams, 1979) partilhada por uma geração. Buscou contribuir para a compreensão de como determinados grupos de indivíduos, sob determinadas circunstâncias históricas, vivenciaram ou apreenderam a realidade, atribuindo sentido, distribuindo papéis, produzindo e partilhando memórias de uma experiência social produtora de horizontes de expectativas comuns ou com proximidades evidentes.

Foi neste momento de imersão nas discussões sobre a nova esquerda brasileira e suas experiências pessoais como parte de uma experiência coletiva de jovens ativistas que travaram o combate à ditadura ao mesmo tempo em que se envolveram com emergentes movimentos sociais, que encontrei Luiz Felipe Falcão, ainda no mestrado. Naquele momento, pretendia direcionar meus estudos para melhor compreender Joinville, cidade em que havia me radicado como migrante desde a década de 1990. Meu interesse particular era discutir e questionar como uma cidade industrial, com uma importante base operária, marcada pelo poder material e simbólico da classe empresarial, relacionou-se com o processo de democratização da sociedade brasileira.

Foi particularmente desafiador burilar um tema tão candente, haja vista o peso que o segmento patronal desfruta na cidade. Além disso, o passado próximo suscita paixões políticas e desempenha funções identitárias. Foram de especial importância as horas dedicadas por Luiz Felipe Falcão a orientar-me no percurso da investigação, a fim de que pudesse compreender como os esforços de atribuição de sentidos em uma cidade como Joinville não são unívocos e tampouco resultam em homogeneidades ou processos monolíticos. As pretensas narrativas triunfantes afirmam-se justamente pelo silenciamento, encobrimento ou negação da existência de tensões no tecido social. À medida em que avançava na investigação sobre o processo de democratização

em Joinville, descortinava-se uma cidade para além da representação pretendida por suas elites locais, a saber, a *Manchester Catarinense*, um lugar singular, regrado pelo trabalho e imune às tensões experimentadas em outros centros urbanos (Freire, 2015).

As orientações, leituras e diálogos partilhados com Felipe foram fundamentais na compreensão de que os processos de produção de identidades, para além dos desejos manifestos por seus promotores, têm mais propriamente a feição de lutas por representações nas quais os agentes nelas envolvidos não estão posicionados em igualdade de condições. Assim, suas ações não são capazes de obter a mesma eficácia e, por conseguinte, cabe explorar a percepção da cidade como construto social assimétrico por definição, em que classes ou grupos mais habituados ao exercício da hegemonia tendem a tirar melhor proveito do poder material e simbólico ao seu dispor.

A construção desse debate foi medular para aprofundar meus estudos na compreensão de um objeto de pesquisa que segue sendo algo de minha atenção. Num contexto político demarcado por um regime ditatorial em que as liberdades de manifestação e organização foram restringidas, a discrepância entre o poder de produção das representações identitárias foram incrementadas, favorecendo aqueles que se beneficiaram da repressão social e política e que convergiram na defesa de seus objetivos. Por outro lado, os opositores viram reduzida a sua já precária aptidão de conferir legitimidade às suas disposições e pretensões. Mas, como se pode depreender do estudo de situações similares ocorridas no passado, a dominação também pode entrar em crise. Nesse estágio, ainda que a igualdade de condições continue ausente, o meio se torna propício a uma disputa mais aberta e imprecisa, permitindo às classes ou grupos subalternos aspirar de maneira realista a não apenas contestar as representações de identidades dominantes, como também pretender que prevalecam suas posições e ambições.

Foi nesse jogo sinuoso e impreciso, tomando como cenário uma cidade com um importante parque industrial e a representação que dela foi feita por empresários e lideranças políticas, no sentido de equipará-la à *Manchester*, cidade inglesa símbolo por excelência da industrialização, que me procuro compreender os meandros de uma construção histórica complexa. É preciso destacar momentos distintos: durante a preparação, legitimação e sustentação do regime que implantou a ditadura civil-militar no Brasil, a partir de 1964, e no transcorrer de sua crise e da própria hegemonia burguesa que se seguiu. Valendo-me de diversificado manancial de fontes impressas e depoimentos orais, tenho condições de apontar que esta representação de cidade, longe de ter sido ingênua e inofensiva, associava Joinville

a um lugar regrado pelo trabalho, pela ordem e pelo progresso, o que seria uma decorrência do empenho do empresariado, notadamente seus segmentos de descendentes dos imigrantes alemães. A análise da documentação explorada mostra que coube aos trabalhadores que faziam as fábricas funcionar um papel coadjuvante em que reivindicações e greves não possuíam razão de ser (Freire, 2015).

Esta imagem de cidade laboriosa, ordeira e progressista, onde a subordinação dos empregados era um ponto de partida indiscutível, mostrou-se então como subproduto de uma cultura política autoritária. Suas implicações resultaram na subordinação passiva dos empregados e sua conformação ao espírito que o regime ditatorial pretendia ver estabelecido no Brasil, especialmente nas relações entre o patronato e os trabalhadores assalariados. Não casou surpresa o fato de o empresariado local, com destaque para os proprietários das grandes indústrias, ter saudado com entusiasmo o advento da ditadura e, durante toda a sua extensa duração por 21 anos, ter permanecido fiel, sem maiores abalos, garantindo apoio ao regime até seus últimos instantes.

Todavia, com a crise de representatividade do regime entre o final da década de 1970 e o princípio da seguinte, Joinville também foi contagiada pela contestação social e política, em que pese a tentativa do empresariado de manter os moldes tradicionais de dominação social e política sobre a cidade. Com um misto de surpresa e indignação, o patronato de Joinville viu irromper um consistente movimento dos trabalhadores e das camadas populares na região, caracterizado por mobilizações, associativismo e contestação ao status quo vigente. Estimulados pelos setores progressistas da Igreja Católica, então influenciados pela Teologia da Libertação, e se espelhando no que acontecia nos centros mais dinâmicos do Brasil, especialmente na mobilização operária na Grande São Paulo, os trabalhadores foriaram, entre outras coisas, oposições sindicais combativas, organizaram greves vitoriosas em diversas categorias e elegeram direções comprometidas com suas lutas em vários sindicatos. Em resposta, como de hábito, o patronato promoveu demissões e elencou nas chamadas "listas negras" dezenas de liderancas operárias, numa tentativa de conter as mobilizações com as ameaças do desemprego, da fome e do desespero (Freire, 2015).

Todo o trabalho de investigação com vistas a compreender a complexidade desses fenômenos demandou contatos e a busca por depoimentos orais em Joinville. Envolvido que estava na discussão sobre o processo de democratização da sociedade brasileira ao fim de nossa mais recente ditadura, acompanhei Luiz Felipe Falcão na coleta de diversos depoimentos orais. O aprendizado foi constante no processo

de investigação.

Um dos ensinamentos deixados por Felipe foi o de que o depoimento poderia ser uma forma possível de documentação e registro do passado em circunstâncias em que talvez fosse o único meio para acessar determinados contextos. Poderia ser capaz de fornecer elementos e impressões reveladoras para o trabalho de interpretação do historiador, embora não devesse ser tomado como expressão exata de uma pretensa objetividade que o tornasse transcendente. Aprendemos com Felipe Falcão que o depoimento, por definição, é algo subjetivo e marca uma perspectiva específica sobre um acontecimento qualquer e é imprescindível que seja submetido a uma análise crítica ancorada no distanciamento (Falcão, 2014, pp. 101-102).

Deixou lições aos jovens aprendizes do ofício sobre como tirar proveito das conexões entre presente e passado que atravessam um depoimento oral, nas percepções e apropriações que faz de um ocorrido, sem esperar narrativas fiéis ao que "realmente" tivesse ocorrida em algum tempo. Nisso, era amigo da subjetividade, da provisoriedade, mas também capaz de dedicar-se a seguir os vestígios preciosos do vivido que pudessem sustentar uma interpretação plausível na construção de um conhecimento válido. Sabia exatamente o que se poderia esperar de um trabalho de história oral.

O que se procura no trabalho historiográfico não é um simples reflexo objetivo do transcorrido, mas indícios dele que acolhidos com inteligência e sensibilidade assegurem a urdidura de uma trama que se mostre aceitável porque existe a probabilidade de que tenha acontecido. Trata-se, enfim, de elaborar com engenho e arte uma narrativa de cunho histórico que pretende compreender um processo; ou uma situação passada, produzindo um efeito de verdade nas análises que oferece, ou seja, um conhecimento considerado como legítimo porque, em não contrariando frontalmente a realidade, aspira a ser encarado como plausível (Falcão, 2014, p. 108).

Se por um lado evidenciava essa dimensão parcial e subjetiva que é intrínseca ao depoimento oral, também demonstrava uma preocupação com a verdade ou com aquilo pudesse ser deliberadamente falso e mentiroso. Os regramentos da disciplina nunca o impediam de fazer o cotejamento de um depoimento com outras modalidades de fontes e mesmo com outros depoimentos, na perspectiva de um tratamento crítico das fontes na produção de um "efeito de verdade" (Falcão, 2014, p. 102).

Essa preocupação com a verdade, embora seja um tema espinhoso na historiografia, torna-se um debate bastante relevante no momento político atual de negacionismo histórico, das fabricas de

fake news que produzem mentiras sistemáticas em rede, numa escala sem precedentes. As alegorias da verdade, ensinou Luiz Felipe Falcão, embora não estejam assentadas no pressuposto da absolutização do fato, não significam admitir a aceitação tácita de toda e qualquer versão fantasiosa e mentirosa sobre eventos e processos históricos. Os "efeitos de verdade" pressupõem uma versão razoável, admissível do acontecido. Nesta perspectiva, afirmou: "consciente disto por todo um repertório de procedimentos apreendido durante a formação profissional, a pretensão nem tão muito secreta de todo historiador é conquistar uma proximidade suficiente para estabelecer uma ponte entre presente e passado" (Falcão, 2014, pp. 93-94).

A criação de um "efeito de verdade" sobre o passado está baseada em um pacto de convencimento pelas evidências de que dispõe o historiador. Embora tenham por muito tempo recusado o discurso da verdade, em função dos limites e vieses oriundos do positivismo, e em particular a história metódica do século XIX, adquire significado renovado diante do crescente negacionismo e relativização do nosso ofício como historiadores na produção do conhecimento histórico. A imprecisão não deve significar uma porta aberta à diluição da disciplina e do rigor. O compromisso que o historiador possui com a verdade é o que lhe permite dizer o que é mentira, manipulação e falseamento. O tempo presente urge reafirmar a defesa de procedimentos críticos, lógicos e acadêmicos e a própria pretensão de verdade que está no horizonte do ofício do historiador. Esta também foi uma das lições deixadas por Luiz Felipe Falcão.

O caminho aberto pelo mestre e as lições deixadas aos seus aprendizes jamais serão esquecidas. Uma vida marcada por gestos poéticos de alguém demasiadamente humano que, por si só, deve ser considerada uma existência vitoriosa. Mas, por mais venturosa que seja a vida, ao final somos sempre vencidos. Como nos lembrou Michel de Certeau, toda vitória sobre a morte é uma vitória efêmera, provisória e imprecisa, pois fatalmente a desgraçada volta a nos ceifar (Certeau, 1982, pp. 16-17). Como mestre perspicaz e amigo que foi, Felipe não será esquecido e fará parte da nossa memória. Pertencerá e continuará a viver em cada uma das vidas imprecisas com as quais se encontrou.

BIBLIOGRAFÍA

Certeau, M. de. (1982). *A escrita da história*. Rio de Janeiro: Forense Universitária.

Cunha, V. M. da. (2019). "À procura da revolução brasileira: itinerários do Movimento pela Emancipação do Proletariado", Dissertação de Mestrado, São Paulo.

Falcão, L. F. (2014) Alegorias da verdade: esboços nas conexões entre

- História Oral e História do Tempo Presente sobre a resistência à ditadura e o processo de democratização do Brasil nas últimas décadas do século XX. *Fronteiras*, (24).
- Falcão, L. F. (2019). El maestro aprendiz en Pozzi, P. y Godinho, P. (comps.), *Insistir con la esperanza: el compromiso social y político del intelectual.* Buenos Aires: CLACSO.
- Freire, I. de S. (2015). "*Ecos de democratização*: uma análise das vozes do processo de transição do regime militar em Joinville". Dissertação de mestrado, Florianópolis.
- Löwy, M. (1989). *Redenção e utopia: o judaísmo libertário na Europa Central*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Kant, I. (2012). Resposta à questão 'O que é o Esclarecimento?'. *Cognitio*, 13(1).
- Williams, R. (1979). Marxismo e Literatura. Rio de Janeiro: Zahar.

SEGUNDA PARTE LUIZ FELIPE, UN INTELECTUAL SUGERENTE

ACCIÓN MÚLTIPLE, ACCIÓN DIRECTA: CAMPO DE ACCIÓN LABORAL EN TENSIÓN

Gerardo Necoechea Gracia

Para Felipe, in memoriam

Algunos miembros del Grupo de Trabajo nos reunimos en Florianópolis en 2014. Luiz Felipe nos invitó entonces a integrar un dossier de la revista *Tempo e Argumento*. Los artículos aparecieron en el número 16 de la revista (septiembre-diciembre, 2015), incluyendo el que Patricia y yo escribimos acerca de la izquierda y la insurgencia sindical de la década de 1970 en México. Felipe y yo coincidimos en otro encuentro, en Valparaíso, en 2017. En esa ocasión comentó que le había gustado el artículo e iniciamos una larga plática acerca de preocupaciones compartidas respecto de historia obrera, recurriendo tanto al artículo de 2015 como al que Felipe publicó en 2016. Continuamos un año después, en la ciudad de Trelew, adonde asistimos al congreso de la AHORA, y compartimos una mesa, junto con Patricia, en la que precisamente hicimos una presentación del libro *Rebeldes e inconformistas*.¹

Recuerdo que esa plática extendida a través de tiempo y espacio tuvo dos ejes, aunque en realidad hablamos de muchas cuestiones distintas. Uno de esos ejes giraba en torno a la pregunta que se hacía él de por qué la izquierda había tenido tan disímiles fortunas en América Latina después del fin de las dictaduras. La referencia era el

¹ Véase "Nota sobre bibliografía" al final.

Cono Sur, y México, claro, no habiendo tenido una dictadura militar, era la rareza en el conjunto. Se nos antojaba importante proponer al grupo de trabajo una revisión tanto histórica como historiográfica, para dar cuenta de las diferencias. El otro eje, como ya mencioné, fue la historia obrera, en particular la compleja relación entre la clase y la izquierda setentera. También aquí suponíamos importante llamar a nuestros colegas a comparar las maneras en que las izquierdas habían intentado, o logrado, integrarse al muy heterogéneo mundo de los trabajadores.

La reflexión que expongo a continuación es en cierto modo la continuación de lo que conversábamos sobre los trabajadores.² La preocupación por la politización y la relación de los grupos y partidos de izquierda con la clase obrera es un telón de fondo; en el proscenio se encuentran dos cuestiones: las estrategias con que el movimiento obrero y los obreros han enfrentado los conflictos laborales en México, y los cambios históricos que atravesó la clase en el siglo XX.

El artículo "Izquierda, democracia e insurgencia sindical en México: nucleares, mineros y metalúrgicos, 1972-1985" versaba sobre la influencia de distintas corrientes de izquierda en los sindicatos de trabajadores nucleares y de mineros y metalúrgicos. Llegaba a la conclusión de que en las diferentes estrategias seguidas por el sindicato de nucleares y por los trabajadores metalúrgicos pertenecientes a Línea Proletaria resonaba un eco de la discusión entre proponentes de la acción directa y de la acción múltiple en el movimiento obrero mexicano de principios del siglo XX. El artículo, en consecuencia, afirmaba la reaparición de esta oposición dentro del movimiento obrero. La propuesta parecía atractiva, a juzgar por las discusiones a que dio pie. Pero esas mismas discusiones llevaron a considerar más apto sustituir la idea de aparición y desaparición por la de coexistencia en tensión a través del siglo XX de estas dos posturas, y que esa tensión fue constitutiva del campo de acción laboral y política de los obreros mexicanos.

Al abordar el asunto de manera todavía esquemática, habría dos planteamientos a desarrollar. El primero, que efectivamente esa tensión está presente en la historia del movimiento obrero durante el

² También contribuyó a mi reflexión la discusión que tuvimos en el Seminario de Historia de la Izquierda en México del artículo publicado en 2015, y agradezco profundamente a mis colegas por sus preguntas, observaciones, comentarios y bien cimentadas especulaciones acerca de la historia de los trabajadores en México; agradezco también los comentarios de mis colegas de Historia Contemporánea (DEH), con quienes abordé ciertos aspectos y problemas de ese artículo. Los aciertos en lo que expongo son resultado de esa discusión colectiva; las fallas, por supuesto, son responsabilidad mía.

siglo XX, a veces en la superficie, otras subterránea. El segundo, que la década de 1970 es una de esas ocasiones en que es visible y por lo tanto ayuda a comprender lo sucedido en esos años.

La acción múltiple ha sido principalmente asociada a la orientación que sostuvo la facción dominante de la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM), no obstante la inspiración anarquista de la central formada en 1918. Luis N. Morones, secretario general de la Confederación, hizo alianza con la facción revolucionaria victoriosa y muy especialmente con Obregón, caudillo que emergió, primero, de los enfrentamientos militares en que se dirimen las diferencias entre los ejércitos campesinos y los constitucionalistas inicialmente aliados en el alzamiento revolucionario de 1910 y, segundo, de los enfrentamientos políticos que continuaron la guerra por otros medios. Obregón, al ocupar la silla presidencial (1920-1924), nombró a Morones jefe de Establecimientos Fabriles. Morones también fue diputado por el Partido Laborista y más adelante, en la presidencia de Calles (1924-1928), ministro de Industria, Comercio y Trabajo. Otros dirigentes cromistas ocuparon escaños en la cámara legislativa y algunos llegaron a gubernaturas. Morones, la CROM y el Partido Laborista dominaron el movimiento obrero en la década de 1920. En la superficie, la acción múltiple aparecía como la estrategia laboral que efectivamente producía resultados positivos para los trabajadores organizados.

Hay dos puntos que me parecen importante destacar respecto de la llamada acción múltiple. El primero es que promueve la colaboración de clases, justificada en la debilidad estructural de la clase obrera, con el propósito de lograr las mejoras necesarias. El segundo es que para lograr esas mejoras privilegia la acción política formal, participando en las instituciones, haciendo alianzas e intercambiando favores con políticos. El movimiento, por tanto, prefiere impulsar reformas a través de los poderes ejecutivo y legislativo, y por lo mismo deja la acción en el trabajo al margen o en acciones menores: busca el poder estatal y no el poder obrero.

Hay que retroceder décadas para ver que esta postura, y su contraparte, la acción directa, surgieron en el seno de conflictos que se van haciendo frecuentes en las últimas décadas del siglo XIX. En 1871, el periódico *El Socialista* aconsejaba el esfuerzo unido de trabajadores y empresarios para avanzar su interés común, y pedía el apoyo y defensa gubernamental para los pequeños talleres artesanales independientes. Unos años más tarde, *El Hijo del Trabajo* sostenía que la revolución social era la solución a los problemas de los trabajadores y denunciaba la política y los políticos como uno de los grandes males del país. En esos años fue también organizado el Gran Círculo de

Obreros, que en las ideas mezclaba prudonismo, cristianismo y liberalismo social, y en la práctica, cooperativismo, mutualismo y sindicalismo. La organización se dividió a los pocos años de fundada entre quienes seguían políticas de colaboración y quienes seguían a Plotino Rhodakanaty, seguidor de Bakunin, y fundador de La Social. Durante los años de la dictadura de Porfirio Díaz, las organizaciones obreras decayeron, y sobrevivieron aquellas que buscaron exitosamente congraciarse con el régimen y algún hombre fuerte local.

El discurso de la acción directa tuvo continuidad a través de las organizaciones anarquistas. El anarcosindicalismo asociado con Flores Magón v el Partido Liberal Mexicano fue su expresión más clara en los primeros años del siglo XX: inspiró e influenció varias luchas obreras e impulsó insurrecciones previas al levantamiento revolucionario de 1910. La Casa del Obrero Mundial, fundada en 1912, fue la otra organización emblemática del anarquismo, funcionando unas veces como central obrera y las más, como gran casa cultural obrera. En 1916, la Casa hizo a un lado su apoliticismo y organizó los batallones rojos que se integraron al ejército constitucionalista comandado por Carranza v Obregón. Más adelante, en 1921, anarquistas y el recién formado Partido Comunista Mexicano fundaron la Central General de Trabajadores que se adhirió a la Internacional Sindical Roja. Uno de sus puntos programáticos fue la no colaboración con el gobierno. La convivencia entre anarquistas y comunistas no duró mucho, y los segundos salieron de la CGT después del primer congreso. La CGT tuvo buena acogida entre los trabajadores, apoyó las numerosas huelgas ocurridas en la década, v disputó la pretensión hegemónica de la CROM.

Más allá de discursos ideológicos, la práctica demostró que la acción directa era recurso común a los trabajadores, independiente de su filiación. La acción directa estuvo asociada a los artesanos anarquistas, porque ellos, debido a su conocimiento y control del proceso de trabajo, podían a través de la acción en el trabajo demostrar su poder para detener la producción. Pero la acción directa no estuvo limitada a los artesanos y trabajadores altamente calificados. Mineros y petroleros en el norte de México recibieron la influencia del anarcosindicalismo por la vía de los wobblies (International Workers' of the World) y de los magonistas desde la primera década del siglo XX. La práctica floreció en la década de 1920, en pleno esplendor de la CROM. Los trabajadores del ferrocarril en huelga en 1921 declararon que su enemigo era el capital, a la par que secuestraban vagones y locomotoras, y saboteaban las vías. Las huelgas de renta entre los inquilinos en el Puerto de Veracruz v en la ciudad de México atacaban directamente a los casa tenientes. Los operarios de las fábricas textiles en los valles de Orizaba y México una y otra vez detuvieron la producción e impusieron sus demandas a supervisores despóticos y administradores autoritarios.

Acción directa se refería precisamente a eso, la acción en el trabajo para detener la producción y así obtener lo deseado. En tanto parte de un programa ideológico, sus proponentes favorecían el poder obrero y desistían de la acción política, considerada esta última como el cortejo de políticos para obtener migajas del sistema. Los anarquistas, claro, desdeñaban el Estado y perseguían su abolición; otros, dentro del campo socialista, abogaban por construir el poder obrero en el frente de producción primero, y después extenderlo al resto de las relaciones de clase y así destruir el poder burgués. Aún otros, sin filiación ideológica, procedían a la acción directa porque era la única manera de forzar concesiones de sus patrones. En diferentes momentos, antes del Frente Popular, activistas de izquierda, sindicalistas y obreros sin partido coincidieron en esta línea política dentro del trabajo.

La acción múltiple se convirtió entonces en la postura de un movimiento obrero domesticado, mientras que la acción directa fue la manera en que los trabajadores confrontaron las nuevas condiciones de trabajo y vida industrial. Fue también entonces que acción múltiple quedó asociada a corrupción, no en el sentido retórico que usó *El Hijo del Trabajo*, sino como explicación veraz de la riqueza acumulada por Morones y un cercano grupo de cómplices. Es necesario señalar que abogar por la acción múltiple no implicó necesaria y automáticamente endosar o incurrir en actos de corrupción, y no todos los líderes cromistas fueron corruptos. Sin embargo, la acción múltiple abrió esa posibilidad mientras que la acción directa la excluyó totalmente.

Morones y Calles cayeron en desgracia. La influencia de la CROM disminuyó aceleradamente y la CGT desapareció de la vista pública. La elección de Cárdenas a la presidencia en 1934 y una oleada de huelgas en 1935 allanaron el camino para la fundación de la Confederación de Trabajadores de México en 1936. La nueva central nacía animada por las ideas de unidad e independencia obrera. A la cabeza quedó Lombardo Toledano, marxista no miembro del Partido Comunista. El PCM tenía influencia en algunos sindicatos nacionales y algunos de sus miembros integraron la mesa directiva de la Confederación. La nueva central ocupó un lugar político cercano al presidente Cárdenas. y no obstante profesar la organización independiente de la clase obrera, la orientación de acción múltiple permaneció fuerte en la nueva organización. Lombardo Toledano, de hecho, no se opuso a que Cárdenas integrara la central al sector obrero en el nuevo partido corporativo de Estado. El líder obrero consideró que de esa manera se constituía el frente popular que se opondría al fascismo y llevaría a la transformación socialista.

Durante los años que van de 1940 a 1970, y una vez expulsados los comunistas y Lombardo, la Confederación se convirtió en eje vertebral del partido de Estado, subordinada a cualquiera política emanada del ejecutivo. Reapareció la corrupción: la CTM fue vehículo para adquirir riqueza y hacer carrera política, para incursionar en actividades criminales, para organizar grupos de choque paramilitares y para ser bastión de la antidemocracia que caracterizó al régimen político mexicano a través de la posguerra y la Guerra Fría.

El término acción múltiple salió de uso a la par que decayó la CROM. Existió entonces, creo, un breve interludio de reavivamiento de los discursos de acción directa, que incluso animaría parte de la oposición a la Lev Federal del Trabajo como intromisión no solicitada en la lucha de clases. Después, el ascenso de Lombardo, el Partido Comunista y la CTM introdujo el término frente popular, que sustituyó al de acción múltiple pero conservó muchos de sus elementos, en particular la alianza y colaboración entre clases para maniobrar dentro del poder gubernamental, la incorporación de la clase obrera a partidos políticos, y la acción en la arena política formal en quebranto de la acción en el trabajo. La consolidación de la contrarrevolución en marcha después de 1940 sustituyó, a su vez, el término frente popular por unidad nacional. La frase conjuraba las amenazas a la patria y reverberaba con un ligero eco antiimperialista (que después de 1947 fue un marcado acento anticomunista), mientras reafirmaba la esencia de colaboración de clases y participación en la política gubernamental, va para entonces concebida como el sector obrero incorporado al partido de Estado. Unidad nacional, además, representó un viraje completo: el término provino de la cúpula política y fue absorbido por el sector obrero, a diferencia de los términos anteriores que emergieron de la práctica política de las organizaciones de trabajadores. Al parecer solo Revueltas captó cómo la burguesía gradualmente desarrolló una ideología que le permitió representar su particular interés como el interés nacional.

Unidad nacional en palabras y hechos llegó a 1970 en jirones. El término había agotado su magia después de ser invocado una y otra vez para justificar brutales represiones de cualquier disensión. Aun así, continuó siendo pieza central de la oratoria, exhibiendo la carencia de imaginación y creatividad entre los publicistas del poder.

¿Qué sucedió a la noción de acción directa durante la insurgencia obrera de la década de 1970? La crítica de Revueltas al nacionalismo, en el debate con Cosío Villegas, o su énfasis en la experiencia en la crónica de los mineros de Nueva Rosita podrían ser un punto de inicio para indagar que pasa con la noción de acción directa a través de las

décadas de 1950 y 1960. También su renuencia, antes de 1968, a romper con la noción de un partido que fuera la conciencia organizada del proletariado, y su experimental tanteo con otras posibilidades en los últimos años de su vida, debe alertarnos a la dificultad para que emergiera una concepción de poder obrero no subordinada al poder del Estado.

También habría que pensar que acción directa y acción múltiple no son opuestos absolutos sino más bien imanes en los límites opuestos de un campo de tensión. La práctica política de los sujetos, en consecuencia, tiende hacia uno u otro, o incluso, ciertas prácticas pueden ser contradictorias. Los electricistas de La Boquilla ocuparon en 1977 la planta en defensa de su trabajo, y aun así, Galván confiaba en que el sector obrero podría recuperar el carácter popular del Estado. Además, en esos años, el movimiento obrero disidente insistió en independencia y democracia, no en acción directa. En retrospectiva, parecería que la Tendencia Democrática estaría por supuesto en la democracia pero no necesariamente en la independencia, mientras que la Unión Obrera Independiente estaría inclinada hacia lo independiente pero no lo democrático.

Independencia entonces significó posicionamientos distintos. El mínimo factor común era independencia de la CTM o de los líderes charros, y algunos no rebasaban ese límite. Otros iban más allá e instaban a romper con el corporativismo que integraba a los obreros en la estructura de poder. Aún otros añadían que debía reclamarse independencia no solo respecto del partido de Estado sino de otros partidos, a veces señalando en particular al Partido Comunista, otras generalizando a cualquier partido. En ese sentido, independencia conservaba en diferentes grados el desdén implícito en acción directa hacia la política.

Las diferencias en torno a democracia fueron, en mi opinión, más interesantes. Acción directa fue siempre una práctica, a veces asociada a una ideología. Democracia, comprendida como práctica, ofrecía a los sindicalistas de izquierda dos distintos recorridos. El camino más conocido es el que siguió la Tenencia Democrática: pugnar por elecciones sindicales limpias, impulsar la participación de la base en asambleas y en decisiones concernientes a contratos y otras políticas sindicales, y expulsar a dirigentes espurios interesados solo en avanzar su fortuna individual. La expectativa implícita es que esas mismas prácticas desbordarían hacia el juego político nacional. Demetrio Vallejo y el Movimiento Sindical Ferrocarrilero persiguieron los mismos fines, con variaciones tácticas. En el Sindicato Minero-Metalúrgico la lucha inició en las secciones, sobre todo las metalúrgicas, que conformaron un bloque de secciones democráticas. Al mismo

tiempo, gran cantidad de sindicatos bajo el control de la CTM, o alguna otra central igualmente charra, experimentaron la insurgencia de sus miembros que expulsaron a dirigentes indeseables, rechazaron contratos ya negociados por esos mismos líderes y eligieron representantes comprometidos a nuevas negociaciones que verdaderamente representaran su interés colectivo.

Muchos de estos enfrentamientos fueron solo la punta del témpano. En los espacios de trabajo se desarrollaron luchas continuas entre los trabajadores y los supervisores, que con frecuencia englobaron a la empresa entera. En el transcurso de los conflictos, los trabajadores siguieron pautas de organización similares: donde había sindicatos, capturaron o crearon puestos de delegado; donde no los había, crearon grupos clandestinos o encubiertos para tejer redes de organización. Implementaron todo tipo de tácticas de lucha: sabotaje, tortuguismo, enfrentamientos con supervisores, paros relámpago y huelgas salvajes. A través de estas tácticas disputaron con la empresa el derecho a decidir cómo organizar el trabajo, qué tareas desempeñar y quién debía hacerlo, cómo preservar la salud de los trabajadores, y otra gran cantidad de derechos en el trabajo cuyo reconocimiento exigían los obreros. Este fue el otro camino recorrido en la práctica democrática.

Un tipo de práctica concernía la acción formal en la institución sindical, mientras que el otro concernía la democracia sustantiva en el punto de producción. El primer tipo invariablemente conducía a un enfrentamiento por capturar los puestos directivos dentro de un sindicato o a una disputa entre dos organizaciones sindicales por el reconocimiento de la titularidad del contrato. Este tipo de enfrentamiento podía ser muy violento, pero también siempre implicaba a la burocracia legal de las Juntas de Conciliación y Arbitraje y la búsqueda del favor político en el ejecutivo, de manera que el frente de lucha se trasladaba a oficinas y tribunales. El segundo tipo lucha democrática nunca abandonaba el espacio de trabajo, aunque con frecuencia también pasaba por las mismas oficinas y tribunales laborales. Los trabajadores exhibían la influencia del movimiento estudiantil en las designaciones de sus organizaciones: comités de lucha, brigadas. No dependían de contar con el poder formal -ocupar la secretaría general del sindicato o puestos en el comité ejecutivo- aunque con frecuencia lo tuvieron. Sus demandas con frecuencia excedían cuestiones salariales (que siempre fueron importantes) y abordaban condiciones de trabajo tales como salud, despotismo de supervisores o incrementos en los ritmos de trabajo. Fue de esta manera que la demanda de democracia en el trabajo implicó la práctica de la acción directa.

La síntesis anterior muestra la tensión subyacente entre acción directa y acción múltiple en el movimiento de los trabajadores (y no solo el movimiento obrero organizado). Pero en todo momento, una u otra dirección tuvieron que ver con el impulso inicial que provino de un reducido número de activistas que pensaban en términos de política y actuaban entre los trabajadores. Estas minorías no eran exteriores a los movimientos sino que eran uno de los elementos constitutivos de ese proceso histórico. Pensamos que se trata de núcleos externos a los trabajadores porque, en general, el leninismo así nos predispuso; y de manera particular, para la década de 1970, consideramos que fueron los estudiantes quienes inyectaron la política en la movilización de las masas obreras. Pero resultaría más fructífero pensar que entre los trabajadores, en todo momento, ha habido minorías de derecha y de izquierda haciéndose eco de las variadas y contradictorias ideas que conviven en el seno de los colectivos sociales.

Si aceptamos lo anterior, entonces el problema puede pensarse en términos de dos procesos que se intersectan en la década mencionada. Por un lado, hay un proceso de transformación en la izquierda: pasa de ser la relativamente monolítica izquierda marxista-leninista que acompañó al nacionalismo revolucionario dominante en las décadas medias del siglo XX, a las más abiertas, diversas y no ortodoxas izquierdas que florecieron en el período 1960-1980. Al mismo tiempo ocurrió una compleja transformación dentro de la clase obrera. Inició un proceso en el cual los inmigrantes rurales que llegaron a las ciudades a trabajar en la industria se formaron como clase obrera. Simultáneamente, otro proceso en curso consistió en la maduración de las generaciones de obreros ya formados como clase, producto de la acumulación de experiencia por generaciones. Todo ello sucedió en una arena social transformada por una nueva oleada de industrialización y urbanización.

Hay que describir con mayor extensión y densidad el desenvolvimiento de estas dos historias. Hay que también situar ambas dentro de un proceso complejo de transformación de la sociedad mexicana en la segunda mitad del siglo XX. Hay que buscar dentro de ese proceso mayor el cómo y el por qué intersectan la historia de la izquierda y la historia de clase obrera en el período mencionado. Me parece que la explicación del radicalismo de la izquierda de entonces inicia ahí.

Por supuesto no es este el espacio para emprender tan magna tarea. Quiero apenas señalar algunos puntos que me parece importante considerar al hacerlo.

La segunda ola de industrialización favoreció la gran industria manufacturera. Destacó la producción de automóviles y de acero, por su gran demanda de mano de obra y su impulso a la proliferación de empresas medianas que las abastecían. Aparecieron, claro, otras grandes industrias y gran cantidad de empresas productoras de bienes de consumo duradero destinados a un mercado urbano en crecimiento acelerado. El desarrollo industrial demandó mano de obra, lo cual incentivo el desplazamiento del campo a las ciudades de jóvenes en busca de fortuna. El mercado de trabajo también requirió de trabajadores con experiencia y conocimiento, y esa demanda la satisficieron jóvenes de familias obreras o campesinas que cursaron estudios técnicos superiores, accesibles gracias a la expansión de la educación superior. En los espacios de trabajo convergieron obreros viejos portadores de una tradición sindical que se remonta a la década de 1930, obreros calificados jóvenes egresados de educación superior, y gran número de inmigrantes jóvenes sin calificación y dispuestos a sudar la gota gorda a cambio de una buena remuneración. La mezcla resultó explosiva, por razones que aún falta dirimir.

Además, hay que tener en cuenta que entre estos jóvenes que están entrando al trabajo fabril asalariado hay una importante cantidad de mujeres, de manera que las tensiones y contradicciones de género, que son consecuencia del cambio en los papeles desempeñados por hombres y mujeres, serán también constitutivas de ese proceso de transformación de la clase. Y no olvidemos, por último, la proletarización de las que antes eran profesiones independientes: profesores, doctores, ingenieros y otros. La proletarización incluyó el acceso a la educación universitaria de los hijos de obreros y campesinos, a quienes difícilmente podemos calificar de clase media (lo que quiera que sea esa clase media, que amerita otra discusión).

El dirigente de los electricistas democráticos, Rafael Galván, fue la cabeza de lo que se conoció como insurgencia sindical en la primera mitad de la década de 1970. Él no solo fue heredero del cardenismo sino de la tradición de la acción múltiple dentro del movimiento obrero, en una versión desligada de la corrupción de Morones y del autoritarismo de Lombardo. Y aquí vale recordar que Galván nació en 1919 v ocupó el puesto de secretario general de los trabajadores de la radio en 1943, es decir, perteneció a la generación posrevolucionaria que edificó y experimentó los principios del llamado nacionalismo revolucionario. Galván, el líder ferrocarrilero Demetrio Vallejo v el líder comunista Valentín Campa representaron distintas versiones de un mismo tema que para la década de 1970 no tiene la misma resonancia. Ciertamente no creo que para los trabajadores jóvenes provenientes del campo y que por primera vez ingresaron a la industria en años posteriores a 1950 el discurso de ninguno de ellos ofreciera atractivos concretos, sobre todo su insistencia en el actuar para lograr posiciones políticas –en el gobierno o en los sindicatos– que les permitieran

impulsar reformas. El nacionalismo revolucionario y la acción múltiple parecen hablarle mejor a los que son obreros de segunda y tercera generación, y que trabajan en las industrias de la primera oleada de industrialización. En esas actividades económicas existían sindicatos nacionales, condiciones de trabajo relativamente homogéneas a través del país, salarios por encima del promedio e independencia respecto de las grandes centrales. Ferrocarriles, electricidad y petróleo era industrias nacionalizadas que para la década de 1970 habían dejado de crecer (aunque el boom petrolero iniciaría en la segunda mitad de esa década), mientras que la industria textil estaba en franca declinación. El dinamismo de la economía se había trasladado a las que se consideraron industrias modernas en el sector manufacturero.

La acción directa tuvo más sentido entre los trabajadores nuevos en las industrias nuevas, como la producción de autos, de acero o de implementos domésticos, las que se conocen como industrias masivas. Paradójicamente, los recién inmigrados del campo actuaron como los artesanos de antaño, pero la paradoja es solo aparente una vez que consideramos la similitud de la situación: en ambos casos, por primera vez enfrentaron el trabajo fabril en condiciones de capitalismo industrial. A diferencia de los artesanos del siglo XIX y principios del siguiente, y porque no tenían ese poder en la producción, sus acciones directas en el trabajo siempre fueron colectivas, el individualismo anarquista de los artesanos no fue opción para ellos. De cualquier forma, el anarquismo como ideología u organización era invisible en esos años. Las opciones variadas de socialismo libertario, en cambio, fueron bien recibidas por su énfasis en autonomía, acción local controlada por ellos mismos, y consecución inmediata de las urgentes necesidades para una vida si no desahogada al menos estable.

Una de las consecuencias de la práctica de la acción directa como democracia sustantiva en el espacio laboral fue la reincorporación de la política a la esfera privada de la producción. En el transcurso del desarrollo del capitalismo, el papel del Estado en la economía fue retirándose frente a la idea de la mano invisible del mercado, de manera que las relaciones sociales en torno a la reproducción material quedaron bajo el dominio patronal. Las disputas y batallas obreras en el punto de producción desafiaron el poder absoluto del patrón (las más de las veces, en realidad, de los departamentos de supervisión y administración de las grandes empresas anónimas), y pugnaron por la democracia en el trabajo (que no era sinónimo de reintroducir el poder del Estado en la economía). Así como a la izquierda organizada le costó trabajo comprender que lo personal es político, también le pasó desapercibido el carácter político de la lucha en el trabajo, y con frecuencia desesperó por el supuesto economicismo de las luchas

obreras. La tradición del marxismo-leninismo en ese sentido quizá truncó, o al menos obstaculizó, la fecundación en curso entre la práctica y la teoría en la lucha de clases.

NOTAS SOBRE BIBLIOGRAFÍA

Decidí no introducir referencias bibliográficas en el texto o a pie de página, con la finalidad de dejar fluir el carácter reflexivo del ensa-yo. Los artículos mencionados en el primer párrafo son: Gerardo Necoechea Gracia y Patricia Pensado Leglise, "Izquierda, democracia e insurgencia sindical en México: nucleares, mineros y metalúrgicos, 1972-1985" (Florianópolis: *Tempo e Argumento*, 2015, 7(16), pp. 4-30); y Luiz Felipe Falcão, "El gustoso silencio de la fábrica: trabajadores y politización en Brasil durante la segunda mitad del siglo XX," en Pablo Pozzi (coord.), *Rebeldes e inconformistas. Proceso de politización y rebelión en América Latina* (Buenos Aires: Imago Mundi / CLACSO, 2016, pp. 51-74).

Sobre historia de la clase obrera y el movimiento obrero en México puede consultarse a Jorge Basurto, El proletariado industrial en México, 1850-1930 (Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1981); sobre la CROM, Fabio Barbosa Cano, La CROM, de Luis N. Morones a Antonio J. Hernández (Puebla: Universidad Autónoma de Puebla, 1980); referencias obligadas para el anarquismo son los varios volúmenes de La Clase Obrera en la Historia de México, coordinados por Pablo González Casanova y publicados a través de la década de 1980 (Ciudad de México: Siglo XXI). John Hart, El anarquismo y la clase obrera mexicana, 1860-1931 (Ciudad de México: Siglo XXI, 1980) y Ana Ribera Carbó, La Casa del Obrero Mundial: anarcosindicalismo v revolución en México (Ciudad de México: INAH, 2010). La extensa v muy útil biografía, En combate: La vida de Lombardo Toledano, escrita por Daniela Spenser. (Ciudad de México: Penguin Random House. 2017) ofrece no solo una visión del hombre sino de la organización del movimiento obrero durante los primeros setenta años del siglo XX. La segunda mitad del siglo no es terreno de historiadores, sino de sociólogos y politólogos interesados en el tema: dos muy útiles libros: Ilan Bizberg. Estado y sindicalismo en México (Ciudad de México: Colegio de México, 1990) y Manuel Camacho, El futuro inmediato en el volumen 15 de la va citada Historia de la Clase Obrera en México). José Woldenberg reproduce la crónica que escribió acerca de la lucha de los trabajadores electricistas en la presa de La Boquilla (Chihuahua), en Memoria de la izauierda (Ciudad de México: Cal v Arena, 1998). Finalmente, resultan también muy útiles los varios volúmenes en la colección Los Sindicatos Nacionales, aparecidos entre 1986 y 1990 y coordinados por Javier Aguilar (Ciudad de México: GV Editores).

Indispensable nombrar a dos autores que me ayudaron a pensar más conceptualmente: Ellen Meiksins Wood, *Democracy against capitalism* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995) y Moishe Postone, *Time, labor, and social domination* (Cambridge: Cambridge University Press, 1993).

FRANKENSTEIN EN FILADELFIA

Joaquina de Donato

INTRODUCCIÓN

La construcción de un marco teórico en historia nunca es fácil. Es un trabajo duro que hasta por momentos resulta tedioso, en especial cuando el historiador pierde dimensión del verdadero propósito del mismo, es decir, avudarlo a establecer una relación dialéctica entre la teoría y los datos (Pozzi, 2018, p. 12). Uno de los campos de la historia donde esta labor se hace más ardua, es en el de la historia cultural. El pasado siempre es difícil de recuperar pues nunca nos llega "en estado puro" (Carr, 1993, p. 30), y como señaló Mariana Mastrángelo, investigarlo requiere paciencia "y un poco del espíritu de Sherlock Holmes" (2018, p. 53). La cultura, en el pasado, es un desafío aún mayor. Porque, ¿qué constituye una prueba válida en ese campo de investigación? ¿Con qué fuentes se debe trabajar y cómo abordarlas? Para sortear estas dificultades, una de las herramientas indispensables a las que recurre el historiador cultural es la historia oral. Por medio de ella "accedemos al mundo de la experiencia humana en el pasado" y se captan dimensiones generalmente inadvertidas en los documentos escritos (Pisani, 2016, p. 13). Eso está muy bien, pero ¿qué pasa cuando no contamos con esa herramienta? ¿Cuando no hay posibilidad de construir una entrevista y solo podemos recuperar esa cultura por medio de fuentes escritas y (en la mayoría de los casos) parciales? ¿Qué pasa cuando la historia que nos interesa es aquella de los "desarticulados", aquellos, como decía Jesse Lemisch, que "no es que carecían de la capacidad de hablar, o lo hacían sin elocuencia, sino que simplemente su discurso tuvo menos probabilidades de ser registrado" (Lemisch & Alexander, 1972, p. 131)? Compliquemos un poco más el asunto: ¿qué pasa cuando la cultura que queremos recobrar es la de una sociedad precapitalista en transición, como lo era la de los sectores populares en el siglo XVIII? Estamos hablando de una época en donde la movilidad entre las clases sociales aún es fluida, donde la realidad material de los sujetos sociales presenta un sinnúmero de matices y donde el estatus legal de un individuo cuenta tanto como el lugar que ocupa en la estructura productiva para definir su pertenencia a determinado sector social.

Sin la elaboración de un marco teórico adecuado, un trabajo de investigación con tales inclinaciones resultaría desastroso. Toda labor científica requiere resolver una serie de disvuntivas teóricas y metodológicas que inciden directamente sobre la investigación en curso. Este sistema de nociones y conceptos guían la interpretación del historiador del problema propuesto al mismo tiempo que emergen del mismo. No se puede hacer teoría sin una base empírica y no se puede aprehender la base empírica sin antes tomar una serie de decisiones teóricas. Para el caso de las clases populares en el siglo XVIII, consideramos que la clave para desentrañar sus motivaciones y su accionar vace en su cultura, por lo que el marco teórico a construir debe tener a dicho concepto como eje articulador. Es aquí donde entra a jugar la propuesta de Luis Felipe Falção: el "Frankenstein teórico". En lo que respecta a la base empírica, y dado que la utilidad de la teoría solo puede juzgarse en relación a su aplicación, recurriremos a un episodio que protagonizaron las clases populares en Filadelfia en el año 1779: el movimiento por el control de precios.

EL MOVIMIENTO POR EL CONTROL DE PRECIOS EN FILADELFIA

El "Frankenstein teórico", denominado así "cariñosamente" en homenaje a la famosa novela de Mary Shelley, forma parte del compromiso que Falcão asumió, como docente de historia, para con su alumnado. La propuesta no pretendió originalidad sino apostar por la democratización de la enseñanza universitaria: partiendo de la base de reconocer que a un mismo fenómeno histórico pueden sucederle una multiplicidad de interpretaciones, la labor del docente consiste en hacer hincapié en esa diversidad a fin de permitirle a los alumnos llegar a sus propias conclusiones. El objetivo era volverlos capaces de construir hipótesis de trabajo propias y que no se sintieran compelidos a jurarle "fidelidad" a una corriente de pensamiento (aunque sí lealtad al autor original) (Falcão, 2019, p. 74). Dicho de otra forma, el trabajo

del docente consistiría en poner al alumno frente a la diversidad de interpretaciones analíticas y orientarlo en la construcción de su propia interpretación de los fenómenos sociales. El "Frankenstein teórico" viene a ser el resultado de este proceso de aprendizaje democrático. Es un "referencial teórico y metodológico" que el alumno debe esculpir según sus propias "preferencias e inclinaciones, con perseverancia y determinación" (p. 73). El nombre, así, es producto de la búsqueda por construir algo "con elementos de diversos orígenes" (p. 73) y ayudar al joven historiador a establecer un diálogo fructífero con una diversidad de autores "que poco más tienen en común que la crítica racional de la modernidad" (p. 74).

¿Qué pasaría si nosotros nos valiéramos de un "Frankenstein teórico" para el estudio de la cultura de las clases populares en Filadelfia durante el período de la revolución de independencia de Estados Unidos? Lo que proponemos a continuación es un ejercicio de prueba. El objetivo es la construcción de un "Frankenstein teórico" que se ajuste a nuestras necesidades de investigación y juzgar su utilidad aplicándolo a un estudio de caso particular: el movimiento por el control de precios surgido en Filadelfia entre los meses de mayo y septiembre del año 1779. Más específicamente, nuestra meta es el estudio del rol que los artesanos coloniales jugaron en este proceso, y la interacción de estos para con los demás sectores sociales involucrados en el episodio.

Destaquemos, en primer lugar, porqué consideramos al "Frankenstein teórico" un aliado indispensable para el presente estudio de caso.

El sector social que nos proponemos analizar, los artesanos en Filadelfia en el último cuarto del siglo XVIII, eran parte de una sociedad que se reconocía estructurada en tres estratos sociales diferenciados en términos económicos, jurídicos y culturales. En la cumbre de la pirámide social estaban asentados los comerciantes (distinguidos por su riqueza) y por debajo de ellos, profesionales como médicos y abogados (distinguidos por su educación). Los estratos "medios" los ocupaban tenderos (pequeños comerciantes) y artesanos cuyos oficios se reconocían como "sustanciales". Por último, los estratos inferiores reunían una cantidad diversa de trabajadores libres (artesanos "inferiores" y marineros) hasta no libres (esclavos y siervos).

¹ Se entiende por oficios "sustanciales" aquellos que requerían mayor nivel de calificación y capital para desempeñarse. Eran, por lo general, aquellos vinculados a la construcción o fabricación de artículos de lujo.

² Por oficios "inferiores" se entienden aquellos vinculados a la producción de manufacturas de primera necesidad, como sastres y zapateros.

Esta era una sociedad que no se pensaba a sí misma en términos de clase pero donde sí hav suficiente evidencia para plantear un conflicto de clase que es real, y no escaso o esporádico (Young, 1976, p. 450). La relación entre los actores que se vieron envueltos en el movimiento por el control de precios, por ejemplo, sería difícil de comprender sin prestar atención a antagonismos preexistentes entre los grandes comerciantes de Filadelfia, por un lado, y clases populares urbanas, por el otro. Sin embargo, al mismo tiempo, la manifestación de estos antagonismos (que tendían a exacerbarse en tiempos de crisis, como lo fue el año 1779), no puede sencillamente clasificarse en términos "clasistas" dada la heterogeneidad presente entre los sectores sociales subalternos. Más bien, lo que dicho antagonismo expresó, como veremos más adelante, es una división sentida, por parte de distintos grupos de trabajadores, entre un "nosotros" y un "ellos"; "nosotros" siendo aquellos quienes vivían de los frutos de su propio trabajo, y "ellos" siendo las élites, aquellas quienes lucraban a expensas del trabajo ajeno.

Ahora bien, reconocer esta percepción antagónica no es lo mismo que decir que la multiplicidad de sectores que conformaron las clases trabajadoras en Filadelfia, se hayan identificado a sí mismas como parte de un mismo colectivo. Ni siquiera es lo mismo que decir que se reconocieron como partidarias de los mismos intereses políticos o económicos. Es más, en muchos casos, estos grupos tuvieron más conciencia de los intereses que los dividían que de aquellos que compartían. Esto implica que la relación entre los trabajadores coloniales también estuvo marcada por una jerarquización interna que, en casos puntuales pudo trascenderse, y en otros colaboró a mantenerlos divididos en su lucha por derechos políticos y reivindicaciones económicas.

Esta heterogeneidad de grupos coloniales, experiencias e intereses, puede verse con mayor nitidez en los acontecimientos que tuvieron lugar a fines de la década de 1770 en Filadelfia. Desde 1776, la economía de Pensilvania y los nacientes estados norteamericanos tuvo que hacer frente a la guerra contra un imperio no dispuesto a reconocer la independencia de sus súbditos al otro lado del Atlántico. La demanda de alimentos generada por el recién formado Ejército Continental, sumado al envío de tropas francesas para auxiliarlos, desbarató los términos de intercambio a los que los jóvenes estados estaban acostumbrados, lo cual desencadenó un ininterrumpido aumento de precios. A principios de 1779, la inflación estaba fuera de control. Muchos comerciantes aprovecharon esta situación para retener bienes al mercado y anticiparse al alza de precios. Otros, inclusive, aprovechando sus cargos en el gobierno y contactos con emisarios

franceses, se hicieron con cuantiosos cargamentos, los cuales acapararon para venderlos luego a cambio de mayores ganancias (Foner, 1976, p. 162). El resultado fue una marcada hostilidad por parte de las clases populares hacia estos "avariciosos" y "monopolizadores" quienes, no solo amasaban enormes fortunas gracias a la guerra, sino que además dejaban en manos "de los sectores medios y pobres la carga de pelear las batallas" (ya que la riqueza permitía a las élites pagar para desembarazarse de la conscripción) (Alexander, 1974, p. 594).

En el caso de Filadelfia, el resentimiento de los trabajadores hacia los comerciantes se vio incrementado por la ocupación de la ciudad por parte de tropas enemigas hasta junio de 1778. A sus ojos, los hombres de riqueza habían sido colaboradores de los británicos. Más importante aún, los trabajadores consideraron que quienes se estaban beneficiando con la guerra a expensas del pueblo, eran los mismos mercaderes y abogados que habían despreciado la constitución radical de Pensilvania en 1776, y que estaban organizándose para derrocarla (Nash, 2006, p. 314). En parte no se equivocaban: en marzo de 1779 se constituyó la Sociedad Republicana con el objetivo de convocar una convención constituyente que reemplazara los elementos más democráticos de la constitución vigente y "asegurara la institucionalización de los intereses de las clases pudientes" (Schultz, 1993, p. 71).

Entre los miembros destacados de la Sociedad Republicana se encontraba Robert Morris, uno de los comerciantes más ricos de Filadelfia, firmante de la Declaración de Independencia y miembro del Congreso Continental. Desde diciembre de 1778, Morris estaba bajo la mira de la atención pública gracias a una serie de denuncias publicadas en la prensa por Thomas Paine³, quien lo acusó de ser parte de un corrupto grupo de servidores públicos que estaban ganando excesivo dinero demasiado rápido, repartiendo contratos gubernamentales para sí mismos y sus amigos (Paine, 1945, pp. 136-137). En abril de 1779, arribó a Filadelfia el barco *Victorious* con un cargamento de harina y otros productos secos, escasos desde principios de año. Morris tenía el contrato para disponer de la carga. Cuando su orden demoró la distribución de la misma y los precios de esos mismos bienes se vieron disparados en el mercado, la mirada de los trabajadores volteó hacia él.

³ Thomas Paine fue un artesano inmigrante devenido en escritor quien en 1776 publicó uno de los panfletos más leídos de la América colonial: "Sentido Común". Dado que el panfleto sintetizaba, de una manera clara y accesible para todos los estratos, las aspiraciones de las clases populares a favor de la independencia, artesanos y trabajadores volvieron a Paine vocero de sus intereses.

A partir de mayo, los precios estaban fuera de control. El 12 de ese mes, la artillería de la milicia de Filadelfia presentó una instancia a la Asamblea de Pensilvania, urgiéndola a controlar la inflación que ponía en apuros la supervivencia de sus familias, y reclamando en contra de hombres (como Morris) que pagaban por quedar exceptuados del servicio militar. La instancia también recalcó que los milicianos tenían armas y sabían usarlas pero, en cambio, desde 1777, en lugar de vindicarse por mano propia, venían "pacientemente (esperando) la intervención de la Autoridad Legislativa" (Hazard, 1853).

Al crecer la amenaza de violencia popular, la Sociedad Constitucional, organizada por el grupo de radicales defensores de la constitución de 1776 (muchos de los cuales habían participado en su redacción), convocó a una asamblea popular para el 25 de mayo de 1779. El objetivo era no solo contener la posibilidad de una explosión popular sino también encauzar esa energía hacia una "acción representativa" (Owen, 2018, p. 72). La asamblea fue la más popular y masiva desde la época preindependentista (Foner, 1976, p. 166). Dos días antes, la milicia lanzó un comunicado en defensa de la baja de precios y advirtieron a los comerciantes que "no se dejarían comer por monopolizadores y acaparadores"; "bajen los precios o afronten las consecuencias" (Rosswurm, 1985). El mismo día de convocada la asamblea, hombres armados con palos visitaron a tenderos, local por local, y los obligaron a bajar sus precios (Nash, 2006, p. 313).

Finalizada la jornada laboral del día 25, trabajadores, artesanos, marineros y milicianos se reunieron en asamblea y tras vitorear el discurso del general de milicia Daniel Roberdeau, votaron a favor de la creación de dos comités: uno encargado de regular los precios hasta que alcanzaran aquellos de principios del año 1779, y otro, más pequeño, para investigar los negocios de Robert Morris y su contrato con el *Victorious*. Radicales como Timothy Matlack y David Rittenhouse (miembros de la Sociedad Constitucional), formaron parte de ambos comités. Así como también lo hizo Thomas Paine (Countryman, 1985, p. 154). Por último, al Comité General le fue encargada la tarea de recoger evidencia contra funcionarios que estuvieran lucrando a costa del gasto público.

Al día siguiente de convocada la asamblea, grupos de trabajadores y miembros de la milicia patrullaron las calles y arrestaron a más de veinte comerciantes a los que acusaron de "especuladores" (Raphael, 2001, p. 105). Como señaló John K. Alexander, no hay evidencia de que estos "arrestos populares" hayan sido ordenados por el Comité. Lo que sí sabemos es que el 1° de junio, sus miembros publicaron una descripción detallada de sus intenciones entre las cuales, aclararon, no estaba "castigar a los infractores" (Alexander, 1974, p. 598).

Pese al entusiasmo con el que el movimiento por el control de precios fue recibido, los precios no cesaron de aumentar. Aunque algunos tenderos y minoristas acataron las órdenes del Comité, la mayoría de los grandes comerciantes no estaban dispuestos a reducir sus márgenes de ganancias. Se enviaron cartas a principios de junio advirtiendo a estos contra el descontento popular (el cual no hacía más que crecer), e instándolos a reducir sus precios a fin de prevenir una insurrección popular. Pero comerciantes como Robert Morris o Levi Hollingsworth, se mantuvieron impasibles frente a la advertencia. Y el Comité radical, aunque contaba con el apoyo de las clases trabajadoras y los milicianos, no se atrevió a ir más lejos.

El 27 de junio la milicia marchó nuevamente a favor del control de precios, y el 28 hizo circular un segundo comunicado en el que advirtió que "si por razón de la obstinación o perseverancia de ciertos individuos" el Comité se encontraba a sí mismo inadecuado para cumplir con la tarea asignada, sus tambores llamarían a las armas (Alexander, 1974, p. 599). Por añadidura, dos semanas después, una organización de curtidores, teñidores y cordobaneses⁴ escribieron al Comité quejándose contra la regulación de precios y declarando que "el comercio debería ser libre como el aire". Pero no todos los artesanos estaban de acuerdo: no solo había varios de ellos en el Comité sino que, además, un zapatero criticó la carta culpando a sus autores de haber sido cómplices de los británicos durante la ocupación de la ciudad (Countryman, 1985, p. 155).

En un renovado intento por contener el descontento popular, a fines de julio, el Comité lanzó un "Plan de Ciudadanos" y convocó a una nueva asamblea popular para el día 27. Durante el encuentro, John Cadwalader (comerciante) quiso pronunciarse en contra de la regulación de precios, pero más de cien hombres armados con palos lo disuadieron de lo contrario. En repudio por lo que consideraron "una violación a la libertad de expresión", un grupo de comerciantes entre los que se encontraban Morris, James Wilson y Whitehead Humphreys, se retiraron de la reunión y reagruparon en el patio de la Universidad de Filadelfia. Sin embargo, cuando la asamblea popular votó a favor de convocar una elección general v extender el número de miembros del Comité, los republicanos accedieron a participar de la elección. La misma se realizó el 2 de agosto y representó una aplastante victoria para los radicales (2115 votos contra 284) (Scharf & Westcott, 1884, p. 398). Infelizmente, el "elefantiásico nuevo comité", como lo llamó el historiador Robert Brunhouse (1971, p. 72), no pudo

⁴ Los tres oficios se vinculan a la fabricación de artículos de cuero.

hacer frente a una nueva embestida por parte de los comerciantes, quienes a partir de agosto se pronunciaron públicamente en rechazo del nuevo Comité de 120 miembros y la regulación de precios en general. Al final, sin la capacidad de hacer cumplir las órdenes (y no queriendo recurrir a la violencia para lograrlo), y frente a unos comerciantes cada vez más organizados, el Comité se volvió más y más ineficaz. Para fines de septiembre, suspendió sus actividades y pidió al Consejo Ejecutivo de Pensilvania que asumiera la responsabilidad de sus funciones.

Hasta aquí el relato de los hechos. Como señalaron varios historiadores (Schultz, 1993; Nash, 2006; Foner, 1976), lo significativo del episodio no es tanto el éxito o el fracaso del Comité en hacer cumplir la regulación de precios, sino más bien la variedad de respuestas populares que la inflación del año 1779 desencadenó. Para nosotros, el caso es digno de mención pues nos enfrenta a las dificultades que debemos sortear para poder investigar la subjetividad del colectivo artesano, y la interacción de estos para con los demás grupos coloniales.

En primer lugar, destaquemos la diversidad de actores sociales que se vieron envueltos en el movimiento por el control de precios. Entre ellos, los grandes comerciantes emergen como un grupo bastante cohesionado en términos políticos y económicos. Monopolizaban las actividades comerciales de la ciudad, se profesaban a favor de la libertad de mercado, organizaron la Sociedad Republicana en contra de la constitución de 1776, y varios de ellos ocupaban cargos gubernamentales. En el extremo opuesto tenemos a las clases populares: los estratos medios y bajos de la sociedad. Aquí es cuando la diferenciación se vuelve más compleja. Por un lado, tenemos a los radicales (los constitucionalistas). La mayoría de ellos comenzaron su vida como artesanos pertenecientes a los oficios llamados "sustanciales" (Timothy Matlack, David Rittenhouse) o eran pequeños comerciantes (Daniel Roberdeau), tenderos o profesionales (médicos o maestros de escuela, sobre todo). En suma, se inscribían dentro de los estratos medios. Luego tenemos a la milicia. Si bien encontramos en sus filas miembros del sector antes mencionado, la base estaba compuesta por artesanos "inferiores", jornaleros, aprendices y trabajadores sin oficio (Nash, Smith & Hoeder, 1983, p. 432). Estos eran, a su vez, sus elementos más radicales, aquellos a los que generales como Washington o Montgomery acusaron de estar "demasiado acostumbrados a la libertad" y de tener un "espíritu nivelador" que minaba la autoridad de los oficiales (Raphael, 2001, p. 102). No todos tenían propiedad (en su defecto, no todos podían votar), pero eran férreos defensores de la constitución de Pensilvania. Por último, debemos mencionar la composición social de los miembros de los comités. El erigido a fines de mayo estaba compuesto mayoritariamente por los estratos medios. Los miembros de la milicia electos (seis capitanes y cinco coroneles) pertenecían también al mismo sector social (Scharf & Westcott, 1884, p. 398). En cuanto al Comité ampliado, se registraron un total de 47 artesanos, siete de los cuales eran zapateros (Foner, 1976, p. 174), es decir, artesanos de un oficio considerado inferior. Pero en líneas generales, estos, junto con jornaleros y trabajadores sin oficio, no fueron miembros. Su desempeño durante el movimiento se canalizó por medio de la milicia y acciones callejeras.

En resumidas cuentas, si nos circunscribimos a los artesanos, los tenemos tanto a favor del movimiento por el control de precios como en contra (cordobaneces, teñidores y curtidores). Tenemos artesanos milicianos que se mostraron dispuestos a tomar las armas, y artesanos que se sintieron incómodos con esa vía de acción e insistieron en actuar por medio de los comités. ¿Podemos considerarlos una clase social? Si lo hiciéramos, ¿incluimos también a jornaleros y aprendices? Por el momento, limitémonos a señalar lo que estos artesanos tenían en común: el rechazo a los grandes comerciantes como Robert Morris, la reivindicación de la constitución de 1776 y del derecho del "hombre común" a intervenir en la arena política, y la sensación de que la participación política no se restringía al acto de votar y podía ejercerse por vías extralegales con la misma legitimidad que una asamblea legislativa. Lo que diferenció a estos artesanos fueron sus formas de actuar, o mejor dicho, la manera en que los elementos arriba mencionados interactuaron con sus experiencias, aspiraciones v realidades materiales. Estas últimas eran lo suficientemente diversas para complejizar la posibilidad de referirnos a ellos como una misma clase social, pero no lo suficientemente definidas como para que estos grupos se pensaran a sí mismos como clases separadas. ¿Entonces? ¿Cómo acceder a la subjetividad de un grupo tan heterogéneo? ¿Cuál es el mejor camino para descifrar la relación entre sus pautas culturales y preferencias políticas? Es aquí cuando retomamos la propuesta de Luiz Felipe Falção y tratamos de darle forma a nuestro Frankenstein teórico.

"FRANKENSTEIN TEÓRICO", "FRANKENSTEIN CULTURAL"

Tal como señaló Falcão, "A diferencia de la criatura literaria, la criatura intelectual tiene como característica la incompletud, o mejor, la virtualidad, el potencial de ser rehecha para satisfacer una nueva demanda". Esto significa que, a su buen juicio, el "Frankenstein teórico" nunca está listo para "salir al mundo horripilando a las personas" (Falcão, 2019, p. 74). Tomando su advertencia, no pretendemos la construcción de un modelo teórico totalizador o estático. Mucho

menos consideramos que el mismo sea extrapolable a otras ciudades o sectores sociales a fines del siglo XVIII. Nos encontramos ante una época en transición. La revolución de independencia estadounidense no solo obligó a una redefinición de categorías políticas (sobre todo para asegurar que "la igualdad de todos los hombres" no se tradujera en un sentido literal) sino que además aceleró la inserción de relaciones sociales capitalistas en los nacientes estados, lo cual minó las bases del sistema de producción artesanal (sobre todo en ciudades portuarias como Filadelfia). Por lo tanto, estamos ante una realidad sumamente cambiante e impermeable a cualquier modelo con la pretensión de mecanizar o generalizar su dinamismo. Lo que sigue, pues, es una aproximación, un conjunto de sugerencias que nacen de los interrogantes a los que nos enfrentó el estudio de casos mencionado.

Una de los principales desafíos que surgió a la hora de plantear nuestro "Frankenstein teórico" fue que, si bien el período independentista estadounidense en general y nuestro estudio de caso en particular, ya ha sido ampliamente abordado por historiadores, el hincapié teórico en estas interpretaciones ha estado puesto en el concepto de "clase social", mientras que el de "cultura" ocupa un lugar significativo pero secundario.

En su búsqueda por un concepto con el cual designar a la heterogeneidad de sectores populares coloniales en el período mencionado, los historiadores pertenecientes a la New Labor History plantearon la necesidad de diferenciar entre la fuerza de trabajo de los siglos XVII y XVIII, y la clase obrera (en formación a partir del siglo XIX). Partiendo de la base de reconocer que el término contemporáneo para referirse a esta diversidad era "mecánicos" (Foner, 1976, p. 4), es decir, todos aquellos cuva subsistencia dependía del trabajo manual, historiadores como Alfred F. Young y Gary Nash han optado por "clases trabajadoras" (laboring classes) con el objetivo de hacer énfasis tanto en la pluralidad de estos grupos como en la distinción entre "trabajador colonial" y "obrero". En palabras de Nash, "clases trabajadoras abarca una variedad de colectivos sociales que trabajaban con sus manos pero que se encontraban diferenciados por calificación y status" (Nash, 1979, p. xiv). La virtud del concepto radica en su amplitud pero crea problemas a la hora de aplicarlo a una realidad social que no se pensaba a sí misma en esos términos. Por lo general, esta dificultad ha sido sorteada circunscribiendo el uso del concepto. Cuando se guiere hacer referencia a acontecimientos, experiencias o circunstancias que afectaron al conjunto de trabajadores coloniales, se mantiene la idea de "clases trabajadoras". Cuando se vuelve preciso hilar más fino v establecer diferencias entre estos, se apela al término contemporáneo de "estratos". Así, por ejemplo, la milicia estaba compuesta por "estratos medios" mientras que

el Ejército Continental fue reclutado entre los "estratos bajos". Ahora, cuando se asiste a un conflicto de intereses entre grupos pertenecientes a un mismo "estrato" –como el caso de las discrepancias entre los miembros de la Sociedad Constitucional y la milicia– se los compartimenta, y por lo tanto tenemos "radicales" por un lado y "milicianos" por el otro. En síntesis, cuando estos grupos actúan en concordancia, por ejemplo presionando a favor de la constitución de Pensilvania, se los considera en clave clasista mientras que cuando actúan por separado, esto se explica porque "no hay una clase trabajadora unificada" sino una variedad de colectivos trabajadores (Nash, 1979, p. xiv).

De la New Labor History rescatemos por sobre todo su hincapié en diferenciar entre "clase obrera" y "clases trabajadoras coloniales", v también la pluralidad a la que el concepto invita. ¿Eran artesanos, marineros, siervos, esclavos y demás grupos, parte de los sectores populares a fines del siglo XVIII? Sin duda. ¿Se percibían ellos de esa manera? Depende. Lo pensaban así, sobre todo cuando se planteaban en oposición a las élites (Young, 2006, p. 227; Nash, Smith & Hoeder, 1983, p. 429). ¿Qué trazaba esta distinción? La percepción del trabajo como fuente de dignidad, como un medio de vivir sin depender de la caridad v, al mismo tiempo, servir a la comunidad a la cual pertenecían. Es ahí cuando los lazos horizontales se delineaban y se creaba la posibilidad de acciones conjuntas. Sin embargo, hubo ciertos límites. Los artesanos, por ejemplo, fallaron en presentar sus demandas por mayor representación política en conjunción con los granjeros. La esclavitud fue otro caso que marcó un límite a la solidaridad de estas clases trabajadoras.

Quizá lo más conveniente sea recuperar la sugerencia que aplicó E. P. Thompson para su estudio de la multitud en el siglo XVIII en Inglaterra: hablar de conflicto de clase pero resistirse "atribuir identidad a una clase". Es decir, hacer énfasis en la polarización de intereses antagónicos, percibir los conflictos en términos de lucha de clases pero solo utilizar la categorización de "clase" en su sentido heurístico, esto es, como una forma de organizar la evidencia histórica admitiendo la falta de correspondencia directa entre el término y la realidad a analizar (Thompson, 1989, pp. 37-41). A su vez, remarquemos que estas "clases" no lo fueron en un sentido capitalista. Como advirtió Eric Hobsbawm, en las sociedades precapitalistas, las nociones de clase estaban atravesadas por factores de clasificación no económicos (1983, p. 53). Y muchas veces, fueron estos criterios de clasificación los que dieron forma a la autoidentificación de estos grupos. El clasismo solo se manifestó en una escala en miniatura (la "comunidad de zapateros") o tan global que superó a la clase ("el pueblo trabajador") (Hobsbawm, 1983, pp. 65-67).

Siendo así, aceptemos la clasificación "clases trabajadoras" y concibamos, aunque los sujetos sociales que estamos tratando no lo hayan hecho en los mismos términos, la posibilidad de referirnos a artesanos "sustanciales", "inferiores" y jornaleros como partes constitutivas de una misma clase social precapitalista,⁵ que a su vez, estaba en relación con otras clases populares precapitalistas. Advirtamos también la posibilidad de que los intereses de estas clases se hayan percibido en conflicto con aquellos de las élites. Y dado que, como señaló Thompson, la existencia de las clases nace de la lucha (Thompson, 1989, p. 38), en el antagonismo y la confrontación, estas clases trabajadoras se estaban haciendo a sí mismas.

Pasemos ahora a "cultura" y, en relación con lo anterior, advirtamos para nuestro "Frankenstein teórico" la posibilidad de que "clase" y "cultura" sean términos que están en relación, pero sin que haya entre ellos una correspondencia mecánica. Recuperemos, por lo tanto, la definición de cultura como fue planteada por Raymond Williams: un sistema significante. Entendida bajo esta óptica, esto es, como "un sistema a través del cual un orden social se comunica, se reproduce. se experimenta y se investiga" (Williams, 2015, p. 12), cultura implica "algo ordinario", cotidiano, que está vivo y pertenece a la especificidad del tiempo presente. Un elemento constitutivo de la cultura así entendida son las "estructuras de sentimiento": "elementos característicos de impulso, restricción y tono; elementos específicamente afectivos de la conciencia y las relaciones, (...) del pensamiento tal como es sentido y del sentimiento tal como es pensado; una conciencia práctica de tipo presente dentro de una continuidad viviente e interrelacionada" (Williams, 2009, p. 175). Estas "estructuras de sentimiento" (y la cultura en general), no tienen una relación directa o mecánica con el concepto de clase, o sea, cultura no es necesariamente reducible en términos de clase, está imbricada en las relaciones productivas, sí, pero también las puede trascender.

Los aportes de Williams son útiles, como señaló Pablo Pozzi, porque nos permiten acceder al sentido común, al comportamiento considerado correcto de los distintos sectores sociales en un momento histórico y socialmente determinado (2020, p. 34). Y dado que esa cultura no existió en abstracto, sino que se corporizó en tradiciones, formas de actuar y de expresarse, por ende se vuelve recuperable. Siguiendo con

⁵ No incluimos aprendices ya que elementos distintivos que conforman a los artesanos como clase, el ser trabajadores libres poseedores de un oficio y herramientas, aún están en formación en el caso de los primeros. A su vez, en las colonias, el aprendiz no proviene necesariamente del seno de una familia artesana; el aprendizaje es, pues, la introducción a la clase.

esta línea de pensamiento, los autores mencionados nos permitirían entender el comportamiento de las clases envueltas en el movimiento por el control de precios por medio de la cultura y las estructuras de sentimiento por ellos compartida. Esto nos invitaría a dejar de lado la dualidad "más conciencia cuando actúan juntos"/"menos conciencia cuando lo hacen por separado" y tantear la posibilidad de comprender sus acciones v formas de expresarse en términos culturales. Cuando estos grupos obraron juntos, confluveron los elementos culturales que compartían; cuando lo hicieron por separado, esas pautas culturales no dejaron de estar presentes pero fueron interpeladas por otros factores, como la raza, el género, el oficio... y también la clase. Cuanto más cohesionadas eran estas clases, los artesanos por ejemplo, se dio la posibilidad de traducir elementos de su sistema significante en términos ideológicos (Raymond, 2015). Y dado que esta ideología emergió de pautas culturales más amplias, otros grupos pudieron ser receptivos a sus postulados sin necesidad de coincidir en un mismo movimiento o facción política. De hecho, dado que la ideología no tiene por qué traducirse linealmente en la adhesión a determinada forma política (como ser, un partido o un movimiento), inclusive cabe la posibilidad de que una misma ideología genere formas de actuar a simple vista contradictorias. Por ejemplo, los artesanos dentro del Comité a favor de la regulación de precios y los artesanos que se manifestaron en contra.

Planteado así nuestro referencial teórico, volvamos con "Frankenstein" a Filadelfia en el año 1779. ¿Cuáles son, pues, los elementos culturales que las clases trabajadoras compartían? A fin de no excedernos del espacio que disponemos, lo resumiremos en una tríada. En primer lugar, tenemos las cuestiones vinculadas al trabajo como fuente de dignidad. Para quienes dependían de sus manos para subsistir, el trabajo no era únicamente una actividad económica sino también un acto moral v social. Era la forma por medio de la cual el trabajador contribuía al bienestar de su sociedad (Schultz, 1990, p. 87) y al mismo tiempo aseguraba su "independencia", es decir, "la habilidad para mantenerse a uno mismo (...) sin tener que recurrir al Estado o a la caridad" (Nash, Smith & Hoeder, 1983, p. 426). El obietivo no era tanto la acumulación de riquezas sino "la seguridad de escapar a la necesidad". Como escribe Nash, la meta era la "oportunidad (el acceso al suficiente capital, tierra o trabajo para producir un bienestar material), más que la movilidad (trepar en la escala social a expensas de otros)" (1977, p. 59). Esto queda bien ilustrado en la carta enviada al Comité por parte de los cordobaneces, teñidores y curtidores: "Nuestro oficio nos vuelve útiles y necesarios miembros de la comunidad; orgullosos de nuestro estrato, no aspiramos más alto" (Nash, 1977, p. 61).

Enraizado con lo anterior, esta cultura estaba permeada por nociones vinculadas a una "economía moral", en tanto la independencia era algo que solo podía alcanzarse si el acceso a los medios de subsistencia no se hallaban monopolizados por el Estado o un sector social particular (Vickers, 1990, p. 13). Por "economía moral" se entiende "un consenso profundo" en cuanto a qué prácticas económicas eran consideradas legítimas, basado en "una idea tradicional de las normas y obligaciones sociales, de las funciones económicas propias de los distintos sectores dentro de una comunidad" (Thompson, 1989, p. 66). Eso es lo que subyace con más fuerza en las declaraciones de la milicia: "La situación es esta, sus oponentes son ricos y poderosos, y piensan que, a consecuencia de ello, pueden sobrecogerlos hasta hacerlos caer en la esclavitud y morir de hambre" (Rosswurm, 1985, p. 261).

Por último, la cultura de las clases trabajadoras a fines del siglo XVIII era heredera de la experiencia revolucionaria de 1640 en Inglaterra, en particular del republicanismo religioso de movimientos como el de los levellers, el cual, durante la guerra civil demandó la expansión de la representación parlamentaria, libertad de culto, abolición de la monarquía y la búsqueda por una distribución económica más equitativa (Schultz, 1993, pp. 4-5). Según historiadores como Staughton Lynd o Peter Linebaugh, acontecimientos como El Gran Despertar⁶ o la popularidad de los panfletos de Thomas Paine, ⁷ expresaron los puntos de contacto entre las clases trabajadoras coloniales y la tradición revolucionaria en la madre patria (Linebaugh, 1982, p. 92; Lynd, 1968, p. 5). Nosotros podemos ver este "espíritu nivelador" condensado ideológicamente en las propuestas más innovadoras de la constitución de Pensilvania: la legislatura unicameral, elecciones anuales, libertad religiosa y ampliación del sufragio para incluir a todos los mayores de 21 años que hubieran pagado "impuestos públicos" (Shaefer, 1974).

Como sugiere nuestro estudio de caso, los tres elementos culturales descriptos permearon las formas de comportamiento y acción de los sectores populares durante el movimiento por el control de precios. La asamblea popular del 25 de mayo de 1779, en sí, es expresión de los mismos. El rechazo a los grandes comerciantes, fuera investigándolos, denunciándolos en la prensa o persiguiéndolos por

 $^{6\,}$ Se conoce como Gran Despertar a un multifacético movimiento religioso que tuvo lugar en las colonias norteamericanas entre 1720 y 1740.

⁷ El panfleto se publicó por primera vez en Filadelfia y en apenas meses se convirtió en el panfleto más leído de la América colonial. No sujeto a derechos de autor, se estima que fueron vendidas alrededor de 150.000 copias en más de treinta y cinco ediciones.

las calles para encarcelarlos, nació del consenso entre las clases populares de que prácticas económicas consideradas legítimas estaban siendo violadas por "avariciosos" y "desafectos" que amasaban fortunas a costa de la "destrucción de la parte más virtuosa de la comunidad". La injusticia, además, se exacerbaba con la guerra pues eran los "estratos medios y pobres" quienes debían cargar con el peso de pelear las batallas (Hazard, 1853, pp. 392-394). En suma, los pobres se estaban volviendo cada vez más pobres v los ricos cada vez más ricos; el equilibrio entre derechos y obligaciones había sido roto y debía restaurarse. Como declaró el Comité una vez formado: "Sostenemos esta máxima, que cuando la ofensa es públicamente peligrosa y la ley se muestra incapaz de aliviar o castigar, la comunidad en su propia defensa, v para su seguridad futura, tiene derecho a actuar" (Schultz, 1987, vol. 54, p. 118). El resultado de ese "actuar" fue la regulación de precios, es decir, una manera de aliviar la situación de las clases trabajadoras sin recurrir "al Estado o a la caridad", y al mismo tiempo poner un límite a la acumulación de ganancia de las élites. Como ya había señalado el primer borrador de la constitución de Pensilvania. "Una enorme proporción de propiedad conferida en unos pocos individuos, es peligrosa para los Derechos, y destructiva para la Felicidad Común de la Humanidad" (Shaefer, 1974, p. 418).

En cuanto a la herencia cultural republicana, podemos verla en la legitimidad que las clases populares confirieron a los comités de mayo y julio, y que mantuvieron aún cuando el Consejo Ejecutivo de Pensilvania declaró que estos carecían de autoridad para actuar pues no eran una organización oficial (Brunhouse, 1971, p. 71). Esta legitimidad es manifestación del sentimiento de igualitarismo político que el proceso independentista invectó sobre artesanos y trabajadores. La conciencia de estos grupos de que fue su participación desde 1765 la que transformó la resistencia a las leves impositivas británicas en una revolución, devino en un empoderamiento que se expresó en la convicción de estas clases sobre su derecho a intervenir en el campo político en pie de igualdad con las élites. Estas demandas "niveladoras", enraizadas en formas de comportamiento y valores heredados, fueron sintetizadas en una formulación política explícita por Thomas Paine en su panfleto Sentido Común, el cual, a su vez, fue un marco de referencia para los radicales encargados de la redacción de la constitución de Pensilvania (Kave, 2007, p. 62).

También, cabe prestar atención a que este autoarrogado derecho de los sectores populares a investigar y poner un límite a los negocios de las élites, fue organizado sin recurrir a los canales institucionales de representación. Más allá de que si lo consideramos en términos pragmáticos fue esta "extralegalidad" la que terminó restándole

fuerza a los comités para hacer cumplir sus resoluciones; lo destacable es la percepción de estas clases de que la ciudadanía política no se ejercía únicamente por medio del voto. Esto no solo tiene que ver con que durante el período colonial, las clases subalternas, desprovistas de derechos políticos, habían tenido que recurrir a vías extraoficiales de participación para hacer oír sus demandas. También es producto de nociones construidas a raíz del proceso revolucionario de que la elección de representantes no era el eje de un gobierno democrático. esta era simplemente un medio conveniente para gobernar una nación. Dicho de otra manera, democracia y representación, en 1779 y para las clases trabajadoras, no eran sinónimos. Los derechos v responsabilidades de un ciudadano no se limitaban a elegir representantes sino también a la preservación de los valores y el bienestar de la República (Cotlar, 2011, p. 181). Asistimos así a que el pase desde una democracia sustancial (gobierno del pueblo) a una democracia formal (gobierno para el pueblo) (Bobbio, 1989; Meiksins Wood, 1995), aún no había sido trazado a fines del siglo XVIII en los nacientes estados confederados. Todo esto, además, nos ayuda a desentrañar porqué artesanos "inferiores", marineros y otros trabajadores sin oficio que no cumplían los requerimientos para acceder al derecho al voto. aún así se manifestaban como férreos defensores de la constitución de Pensilvania.

Antes de finalizar, quisiéramos retomar una cuestión planteada al inicio del apartado: que la existencia de pautas culturales comunes no tienen una correspondencia mecánica con el accionar de los sujetos que las portan. Lo dicho hasta aquí ha pretendido sugerir la existencia de una relación, no una determinación. Como indicó el mismo Falcão: "Vivir es impreciso, implica deslizarse por ambigüedades y ambivalencias sin un mapa o plan previo que garantice la llegada al destino deseado". Volviendo a nuestro estudio de caso, la noción de "independencia" de un artesano no era la misma que la de un granjero o un marinero. En el caso de los primeros, su aspiración por alcanzar la "independencia" estaba interpelada por "las artes del oficio", es decir, era el resultado de haber pasado por siete años de aprendizaje durante los cuales fueron iniciados en "los misterios del oficio", y de haber alcanzado el grado de "maestro artesano". Esto no solo los hacía dueños de sus herramientas y taller, sino que también les permitía colaborar con el bienestar de la comunidad por medio de la producción de manufacturas. Además, que la clase artesana compartiera una misma percepción de lo que ser independiente significaba tampoco se traduce necesariamente en mismas formas de expresarse en el terreno político. Durante la guerra revolucionaria, por ejemplo, el temor a caer en la "dependencia" era más fuerte en artesanos "inferiores" y jornaleros, pues eran estos, junto con los trabajadores sin oficio, quienes estaban más a merced de la inflación y la escasez de alimentos. De ahí la mayor combatitividad de los milicianos y el antagonismo más marcado de sus comunicados contra los comerciantes como Morris. Por otra parte, aquellos maestros artesanos cuya "independencia" había sido debilitada por la crisis económica pero aún se sostenían en pie, estaban menos dispuestos a enlistarse en la milicia regular, en tanto esto les habría supuesto descuidar el taller y por ende, minar la base de su estabilidad material. Eran más proclives, por lo tanto, a expresarse por medio de una acción representativa.

¿Qué podemos decir, por último, del comité de teñidores, cordobaneces y curtidores que en el mes de julio presentó su queja contra la regulación de precios ante el Comité General? Historiadores como Eric Foner (1976) y Edward Countryman (1985) han señalado que casos como este demuestran la heterogeneidad del colectivo artesano v su falta de unidad en términos políticos y económicos. Sin pretensión de desmentirlos, indaguemos en el episodio teniendo en cuenta las pautas culturales descriptas previamente. Primero que nada atendamos a que, para justificar el derecho a reunirse y presentar su queja ante el Comité, estos artesanos se describieron como "útiles y necesarios miembros de la comunidad", orgullosos de su rango y sin otra aspiración que poder cumplir con el oficio en que se desempeñaban. A su vez, recalcaron la importancia de estos oficios "provevendo para el Ejército y los ciudadanos" aún a costa de una "poca perspectiva de ganancia". En segundo lugar, su crítica estaba a tono con el rechazo generalizado contra los "acaparadores" y "monopolizadores", a los cuales cordobaneces y curtidores culpaban de dejarlos con un margen de ganancia que apenas les alcanzaba para vivir. En tercer lugar, la crítica de estos artesanos en ningún momento apunta contra la legitimidad del Comité para actuar en nombre de la comunidad (como lo hizo. por ejemplo, el gobierno de Pensilvania). La queja se circunscribió a la regulación de precios, medida que podía significar "el empobrecimiento y ruina de ellos y de sus familias". Sin embargo, el malestar no era contra la regulación como acto en sí sino contra la "parcialidad" de la medida, esto es, con que la regulación solo se hubiera aplicado sobre ciertos productos (como el cuero) y no otros. Para que el precio de un artículo no fuera perjudicial a los oficios, declaró el pequeño comité, tendría que aplicarse a todo artículo del mercado, fuera importado o doméstico. Al mismo tiempo, el precio debía calcularse en base al "monto anual de subsistencia del fabricante" en relación con "el monto anual de trabajo realizado". Una regulación parcial era "poco juiciosa" y no lograría otro fin más que la destrucción de los oficios (Circular de curtidores, teñidores y cordobaneces, 1779).

En suma, lo que tenemos aquí son básicamente las mismas pautas culturales que venimos planteando pero que, en el caso de este pequeño colectivo, en lugar de significar el apovo a las medidas del Comité, supuso su oposición. Sería interesante preguntarse hasta qué punto estas discrepancias son atribuibles a bajos grados de conciencia, como se le suele asignar al artesanado. ¿Por qué no sería factible que los artesanos tuvieran una fuerte conciencia de sí mismos v al mismo tiempo no lograran converger en expresiones políticas similares? Hay suficiente evidencia, por lo menos, para sugerir que importantes expresiones de cohesión de clase, como la tradición, la cultura y el lenguaje, estaban presentes tanto en los radicales a cargo del Comité, la milicia y también el pequeño colectivo de cordobaneces, teñidores y curtidores. Esto no implica perder de vista la altísima heterogeneidad de los artesanos como clase, simplemente abre la posibilidad de comprender su accionar a fines del siglo XVIII desde su propia subjetividad v coherencia.

CONCLUSIÓN

El 3 de julio del 2020, es decir, 241 años después de los acontecimientos relatados en el presente trabajo, Hamilton hizo su estreno en Disney Plus. Hamilton es un musical estadounidense, ganador de un Pulitzer y once premios Tony, que narra la vida del "Padre Fundador" de los Estados Unidos, Alexander Hamilton. Desde su debut a fines del 2015, este estrafalario musical ha logrado recaudar más de 65 millones de dólares y convertirse en sinónimo de éxito para los teatros en Broadway. Lo interesante de este hecho no es que la obra escrita por un hijo de inmigrantes puertorriqueños haya llegado a ser un fenómeno de taquilla y representarse ante Barack Obama en la Casa Blanca; no es que la historia de la independencia de los Estados Unidos haya sido narrada por medio de canciones de rap y hip-hop; tampoco lo es que mitad de su elenco esté compuesto con afrodescendientes y latinos, o que el papel de personalidades como Thomas Jefferson fuera representado por gente de color. Lo interesante de todo este asunto es el vigor que la narrativa oficial sigue teniendo en ese país. Según este relato. Estados Unidos se vergue como la tierra de la libertad v el progreso. Legitimada por la Providencia, esta nación democrática tuvo como acto fundante la Revolución de Independencia, y sus protagonistas, los "padres fundadores" de la patria, representan la encarnación del espíritu libertario que define su identidad nacional.

Ahora, si aceptamos esto y contratamos Disney Plus, las últimas páginas han sido una completa pérdida de tiempo. No hay lugar para el movimiento por el control de precios, ni para el conflicto entre clases trabajadoras y grandes comerciantes, en una interpretación tan

hermética, tan impermeable al conflicto de clase y concentrada en una minoría encumbrada. Cuando Falcão sostuvo que el "Frankenstein teórico" era una apuesta por la democratización de la enseñanza, en parte se refería a esto, a la necesidad de que la educación sea una herramienta para transmitir la diversidad de voces que hacen a una experiencia histórica, y no un medio para perpetrar un discurso totalizante y construido desde el poder.

Desde principios del siglo XX, diversas corrientes de historiadores en Estados Unidos han tratado de corregir esta narrativa patriótica y falsa. Pero aún así, su capacidad de difusión, gracias al Estado y la industria del entretenimiento, sigue siendo avasallante. El éxito de Hamilton nos lo recuerda. En 1976, el historiador Jesse Lemisch planteó la necesidad de democratizar la interpretación de la revolución norteamericana y su desenlace, y que la única manera de lograr esto era "desde un punto de vista que acepte que todos los hombres han sido creado iguales y racionales, y que desde el momento en que pueden pensar y razonar, pueden hacer su propia historia" (Lemisch, 1976, p. 55). Aquí estamos, 44 años después, insistiendo con lo mismo. El "Frankenstein teórico" ha sido un aliado indispensable en esta lucha. Solo gracias a él hemos podido hurgar en el pasado v atender a las voces de las clases trabajadoras a fines del siglo XVIII. En mente tuvimos también otra advertencia de Lemisch: la "inaudibilidad histórica" a la que las clases populares han sido sometidas tiene más que ver con la negligencia de los historiadores que con el silencio de las mismas (Lemisch & Alexander, 1972, p. 131). Nos hemos esforzado por construir un referencial teórico flexible, abierto a recuperar la subjetividad de estas clases en lugar de circunscribirlas en categorías insulsas que se despegan de la realidad a la que pretender servir. No está completo, y si seguimos a Falcão, su virtud es que no pretenda estarlo. Por el momento, es una propuesta que se suma a otras preocupadas por recuperar la relevancia histórica de los sectores subalternos, "desde abajo".

Consideramos que el período que se suele denominar "Temprana República" (1776-1830) está plagado de acontecimientos que necesitan revisarse bajo la luz de la historia cultural. Por separado, episodios como el movimiento por el control de precios parecen disputas localizadas y circunstanciales, pero puestos en relación con otros episodios, más bien nos dan indicios de la existencia de una persistente confrontación entre élites dominantes y clases trabajadoras, que se disputaron los valores que la naciente República debía preservar. Esto no solo insinuaría que la Revolución significó cosas muy distintas para las clases que la protagonizaron, sino también que hubo una perdurable y resistente coherencia en las aspiraciones y formas de

comportamiento de los sectores subalternos. El hilo conductor que articuló esa coherencia y accionar fue la cultura en la que las clases populares se vieron inmersas. Una cultura que no era estática ni totalizante, todo lo contrario, estaba en constante cambio: mutaba, se fortalecía, o debilitaba, a medida que la experiencia de los sujetos que la portaban le daban forma y ponían al servicio de sus aspiraciones. Sin la recuperación de este sistema significante, las formas y contornos de artesanos, marineros y trabajadores seguirán siendo trazados desde la parcialidad de quienes los contemplaron desde arriba, conteniendo sus aspiraciones por lograr una auténtica soberanía popular para la naciente república. Sin la recuperación de este sistema significante, la revolución de independencia bien puede describirse en los términos propuestos por la narrativa oficialista.

En su artículo "El maestro aprendiz", Luis Felipe Falcão pidió a aquellos investigadores abocados a la construcción de sus "Frankenstein teóricos" que fueran creadores ingeniosos con la capacidad de congeniar "razón y sensibilidad" (Falcão, 2019, p. 74). Esperamos haber estado a la altura de las circunstancias.

BIBLIOGRAFÍA

- Alexander, J. K. y Lemisch, J. (1972). The White Oaks, Jack Tar, and the Concept of the "Inarticulate" en *The William and Mary Quarterly: A Magazine of Early American History*.
- Alexander, J. K. (1974). The Fort Wilson Incident of 1779: A case study of the revolutionary crowd en *The William and Mary Quarterly: A Magazine of Early American History*.
- Bobbio, N. (1989). *Liberalismo y Democracia*. México D. F: Fondo de Cultura Económica.
- Brunhouse, R. L. (1971). *The Counter-Revolution in Pennsylvania 1776-1790*. Filadelfia: Pennsylvania Historical Commission.
- Carr, E. H. (1993). ¿Qué es la Historia? Buenos Aires: Editorial Planeta-Agostini.
- Circular de curtidores, teñidores y cordobaneces. (1779). A los habitantes de Pensilvania en general, y particularmente a aquellos de la ciudad y el vecindario de Filadelfia. *Philadelphia's Library of American History*. https://discover.hsp.org/Record/dc-11614
- Countryman, E. (1985). *The American Revolution*. Nueva York: Hilland Wang.
- Cotlar, S. (2011). *Tom Paine's America: The Rise and Fall of Transatlantic Radicalism in the Early Republic.* Virginia: University of Virginia Press.
- Falcão, L. F. (2019). El maestro aprendiz en Pozzi, P. y Godinho,

- P. (comps.). Insistir con la Esperanza: El compromiso social y político del Intelectual. Buenos Aires: CLACSO.
- Foner, E. (1976). *Tom Paine and Revolutionary America*. Londres: Oxford University Press.
- Foner, Ph. S. (comp.). (1945). *The Complete Writings of Thomas Paine Vol II*. Nueva York: The Citadel Press.
- Foner, Ph. S. (1976). *Labor and the American Revolution*. Connecticut: Greenwood Press.
- Hazard, S. (1853). Pennsylvania archives: Selected and arranged from original documents in the Office of the Secretary of the Commonwealth, conformably to acts of the General Assembly, February 15, 1851; March 1, 1852, Series I, Vol. VII. Filadelfia: Severns, pp. 392-394.
- Hobsbawm, E. J. (1983). *Marxismo e historia social*. Puebla: Instituto de Ciencias de la Universidad Autónoma de Puebla.
- Kaye, H. J. (2007). *Thomas Paine and the Promise of America: A History & Biography*. Nueva York: Hill and Wang.
- Lemisch, J. (1976). La Revolución Americana vista desde el Fondo en B. J. Bernstein (comp.), *Ensayos Inconformistas sobre los Estados Unidos: Hacia un nuevo pasado*. Barcelona: Península.
- Linebaugh, P. (1982). All the Atlantic mountains shook. *Labour/Le Travail*, 10.
- Lynd, S. (1968). *Intellectual Origins of American Radicalism*. Nueva York: Pantheon Books.
- Mastrángelo, M. (2018). Algo de Sherlock Holmes y algo de historiador: ¿Cómo investigar en historia? en Pozzi, P. (coord.), Los misterios de la Historia: Perspectivas del oficio de historiador. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras.
- Meiksins Wood, E. (1995). *Democracy against capitalism*. Nueva York: Cambridge University Press.
- Nash, G. (1977). Up from the Bottom in Franklin's Philadelphia. *Past & Present*, (77).
- Nash, G. (1979). *The Urban Crucible: The Northern Seaports and the origins of the American Revolution*. Estados Unidos: Harvard University Press.
- Nash, G. (2006). *The unknown American Revolution: the unruly birth of democracy and the struggle to create America*. Londres: Penguin Books.
- Nash, G., Smith, B. G. y Hoeder, D. (1983). Labor in the era of the American Revolution: An Exchange. *Labor History*, 24(3).
- Owen, K. (2018). *Political community in revolutionary Pennsylvania*, 1774-1800. Nueva York: Oxford University Press.
- Pisani, A. (2016). La clase obrera azucarera tucumana. Aproximaciones

- teórico-metodológicas para el estudio de su relación con el PRT-ERP entre 1966 y 1975. *Historia, Voces y Memoria, (9)*.
- Pozzi, P. A. (coord.). (2018). *Los misterios de la Historia: Perspectivas del oficio de historiador.* Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras.
- Pozzi, P. A. (2021). "¡Usted es comunista!" Estudios sobre clase, cultura y política. Buenos Aires: Prometeo.
- Raphael, R. (2001). A people's history of the American Revolution: How common people shaped the fight for independence. Nueva York: W. W. Norton.
- Rosswurm, S. (1985). Equality and justice: documents from Philadelphia's popular revolution, 1775-1780. *Pennsylvania History: A Journal of Mid-Atlantic Studies*, 52(4), p. 261.
- Shaefer, J. N. (1974). Public Consideration of the 1776 Pennsylvania Constitution. *The Pennsylvania Magazine of History and Biography*, 98(4).
- Scharf, J. Th. y Westcott, Th. (1884). *History of Philadelphia*, 1609-1884, Vol I. Filadelfia: LH Everts & Company.
- Schultz, R. (1987). Small Producer Thought in Early America, Part I: Philadelphia Artisans and Price Control. *Pennsylvania History: A Journal of Mid-Atlantic Studies*, 54, p. 118.
- Schultz, R. (1990). The small-producer Tradition and the moral origins of Artisan Radicalism in Philadelphia 1720-1810. *Past & Present*, (127).
- Schultz, R. (1993). *The Republic of Labor: Philadelphia Artisans and the politics of class, 1720-1830.* Nueva York: Oxford University Press.
- Thompson, E. P. (1989) *Tradición, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona: Crítica.
- Vickers, D. (1990). Competency and competition: Economic culture in early America en *The William and Mary Quarterly: A Magazine of Early American History and Culture*.
- Williams, R. (2009). *Marxismo y Literatura*. Buenos Aires: Editorial Las Cuarenta.
- Williams, R. (2015). *Sociología de la Cultura*. Buenos Aires: Paidós, p. 22.
- Young, A. F. (1976). *The American Revolution*. Illinois: Northern Illinois University Press.
- Young, A. F. (2006). *Liberty Tree. Ordinary People and the American Revolution*. Nueva York: New York University Press.

LA CONSTRUCCIÓN POLÍTICA DE LA NACIÓN Y DE LA PATRIA EN EL DISCURSO DE LOS INTELECTUALES OBREROS. CHILE, 1880-1938¹

Igor Goicovic Donoso

INTRODUCCIÓN

El discurso sobre la nación en Chile se encuentra vinculado con las trayectorias intelectuales de los pensadores liberales y nacionalistas de la segunda mitad del siglo XIX, la mayoría de ellos relacionados socialmente con la élite oligárquica o con las clases medias en ascenso (Rinke, 2002; Cid y San Francisco, 2009; Cid y San Francisco, 2010; Stuven y Pamplona, 2010). Pero el discurso sobre la nación no fue patrimonio exclusivo de estos grupos. Desde otros ámbitos sociales, y enmarcados en construcciones ideológicas diferentes, múltiples sujetos y organizaciones también se apropiaron de esta categoría. De esta manera, intelectuales obreros, como Luis Emilio Recabarren (que luego fundaría el Partido Comunista de Chile), Magno Espinoza y Luis Olea (anarquistas) y Malaquías Concha (demócrata), trataron ampliamente sobre la materia (Lozoya, 2018, pp. 163-193; Prado, 2019, pp. 105-136). En los discursos elaborados por estos intelectuales, los trabajadores se configuraban como parte constitutiva de la nación. La

¹ Este trabajo se elaboró en el marco de los proyectos de investigación: FONDECYT Nº 1171042: *Características y dinámicas históricas del conflicto político en Chile (1912-1952)*. Agradezco a Nicolás Acevedo Arriaza y a Eduardo Godoy Sepúlveda los antecedentes brindados para la elaboración de este trabajo y a Julio Pinto las observaciones realizadas al mismo.

nación, de acuerdo con el esquema democrático clásico (del cual eran portadores la mayoría de los dirigentes obreros del período), era la depositaria de la soberanía nacional, siendo la élite oligárquica la que le impedía a la clase obrera ejercer dicha potestad. Para los pensadores obreros la oligarquía se había apropiado de la nación y correspondía, en consecuencia, que los trabajadores la recuperaran a través de la reivindicación de su condición de sujetos de derechos.

Pero junto al concepto de nación aparece de forma recurrente la noción de patria, adquiriendo esta última un carácter más complejo y, a la vez, controversial. En sus intervenciones, los intelectuales obreros tienden a referir el concepto de patria como el lugar (territorio) en el cual se asienta la nación. A partir de ello la patria provee elementos (apego a la tierra) que soportan la identidad nacional; una identidad que, además, se configura por encima de las pertenencias de clase. De esta manera, mientras la nación remite a un campo estrictamente político (ejercicio de la soberanía política), la patria refiere a un campo fundamentalmente subjetivo (sentimiento de amor al lugar en el cual se nace). En el ciclo histórico que hemos analizado la tendencia del discurso obrero arranca de una refutación de los conceptos: la nación como exclusión y la patria como ajena; para luego transitar a su inclusión: la nación política como objetivo y la patria como espacio de reunión para hermanos.

El objetivo de este trabajo es observar las claves discursivas desarrolladas por los intelectuales obreros respecto de las nociones de nación y patria y, a partir de ello, analizar los giros históricos de las mismas en las plataformas programáticas de los trabajadores organizados.²

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LA NACIÓN Y LA IRRUPCIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO EN CHILE

El proceso de independencia que dio origen al Estado de Chile (1818) generó una profunda disputa política al interior de la élite oligárquica entre aquellos que aspiraban a conformar un régimen de carácter autoritario, fundado en la exclusión de amplios sectores de la población y otros (los menos), amparados en un difuso ideario republicano, que aspiraban a formar un régimen de gobierno que extendiera

² Este tema tiene un profundo arraigo en la cultura política del movimiento de trabajadores. Para la campaña presidencial de 1970, que culminó con el triunfo electoral de Salvador Allende y la coalición Unidad Popular, los músicos Sergio Ortega y Claudio Iturra (1970) editaron el himno de dicha coalición, el cual entre sus estrofas contenía los siguientes versos: "Desde el hondo crisol de la patria, se levanta el clamor popular / ya se anuncia la nueva alborada todo Chile comienza a cantar / Recordando al soldado valiente, cuyo ejemplo se hiciera inmortal / enfrentemos primero la muerte, traicionar a la patria jamás".

gradualmente la condición de ciudadanía. Esta disputa se zanjó (hacia 1829), con el triunfo del bando conservador y con la imposición del denominado régimen portaliano. Este régimen fue liderado por la oligarquía terrateniente y mercantil, la cual ejerció el poder de forma autoritaria (mecanismos de excepción e intervencionismo electoral) v excluvente (patrimonialización de la ciudadanía v marginación de mujeres v analfabetos) (Suárez, 2016, pp. 1-26; Pinto v Valdivia, 2009; Salazar, 2005). El grueso de la población, compuesto de peones, labradores, trabajadores de minas y sujetos precarizados, importaban a este modelo en cuanto fuerza de trabajo y, eventualmente, como recluta forzosa. De esta manera, la condición de ciudadanía v junto con ella la base social de la nación, quedaba reducida a la élite oligárquica, masculina, que concentraba la riqueza y que sabía leer y escribir. Hasta fines del siglo XIX, representaba a una franja muy reducida de la población.³ Para el tribuno socialista Luis Emilio Recabarren (1876-1924), el proceso de Independencia, protagonizado por los sectores populares, solo había beneficiado a la élite plutocrática que había confiscado los bienes de su homóloga realista y, además, se había hecho con el control del Estado.

Constituido el gobierno chileno, los pobres que antes estaban bajo el gobierno y leyes españolas no recibieron ninguna mejoría en sus miserias, ni en sus libertades. Continuaron siendo siempre pobres, luego el cambio de patria ningún beneficio a ellos les reportó. Esta es la realidad para quien quiera reconocerla. No sucedió lo mismo con los caballeros ricos, pues, ellos, después del triunfo de la revolución, se constituyeron en gobernantes y en dictadores de Chile [...] El muy pequeño grupo de hombres que al nacer la República de Chile se hicieron llamar gobernantes y que constituyeron el Estado, declarándose dueño de todo, se consideró con derecho a dar arbitrariamente a sus favoritos lo que ellos querían. De ese modo y bajo el pretexto de premiar a los servidores de la patria, concedieron tierras a los ricos, pues los pobres que fueron los que dieron el triunfo, no tenían entonces ningún derecho, como no los tienen hoy tampoco (Recabarren, 1905).

No es extraño, en consecuencia, que la élite oligárquica enfrentara graves problemas al inicio de la Guerra del Pacífico (1879) para movilizar a la población al enfrentamiento con peruanos y bolivianos.

³ Cabe consignar, como referencia general que, de acuerdo con el Censo de Población de 1895, aproximadamente el 65% de la población era analfabeta. Lo cual inhabilitaba automáticamente a estas personas para ejercer derechos cívicos (Chile, 1900, p. 494).

Efectivamente, durante los primeros meses de la campaña, la práctica de la recluta forzosa se convirtió en el principal mecanismo de enrolamiento. No obstante, tras el Combate Naval de Iguique del 21 de mayo de 1879, los escritos de la prensa nacionalista, los sermones de los sacerdotes en las villas y el discurso de los maestros en los establecimientos educacionales, lograron estimular ampliamente la flama patriótica entre un segmento significativo de la población: tanto de aquellos que pertenecían a los emergentes estratos medios, como entre las capas populares (Sater, 2005; Méndez, 2009). Este proceso de ampliación y reconocimiento de la pertenencia nacional, iniciado al calor de la Guerra del Pacífico, se mantuvo de forma ascendente hasta comienzos del siglo XX. Nuevamente la Iglesia, la escuela y la prensa jugaron roles fundamentales en este nueva dinámica.4 Pero dicho proceso enfrentó, a su vez, la creciente oposición de las organizaciones obreras que despuntaban en esta época al calor del desarrollo del capitalismo v, subsecuentemente, del conflicto social.

Efectivamente, durante la segunda mitad del siglo XIX se produjo la extinción del modo de producción colonial y su gradual reemplazo por el modo de producción capitalista. Dos factores concurrieron a acelerar este proceso. Por una parte, la incorporación de la riqueza salitrera de Tarapacá y Antofagasta tras la Guerra del Pacífico (1879-1883) y el posterior proceso de industrialización desarrollado en la zona central v sur del país (Ortega, 2005; Salazar, 2003; Cariola, v Sunkel, 1982). La consolidación de las actividades salitrera e industrial desplazó a la agricultura, en especial a la cerealera y a la minería artesanal del cobre, del centro de los procesos económicos. Junto con ello se verificó un reordenamiento de las élites de poder, mediado por la cruenta Guerra Civil de 1891. A partir de este momento el viejo grupo dominante, compuesto por mercaderes y latifundistas (estrechamente ligados al capitalismo británico), se sostuvo precariamente en escalones secundarios de la pirámide económica y se vio obligado a cohabitar con nuevos actores en el ejercicio del poder político. Concurrieron al mismo un poderoso conjunto de compañías extranjeras que dominaban el eje exportador (salitrero) y el comercio de importación. Fuertemente ligada al mismo se constituyó una poderosa burguesía financiera y emergió con fuerza la burguesía industrial. Este último sector creció, especialmente, en los rubros textil, cuero y calzado, alimentario y metal-mecánico (Fernández, 2003).

⁴ La denominada "élite intelectual nacionalista" compuesta, entre otros, por los ensayistas Nicolás Palacios, Francisco Antonio Encina y Tancredo Pinochet Lebrún, reivindicaron la regeneración de la sociedad a partir del reconocimiento de la "identidad chilena" (Rinke, 2002, pp. 119-137).

Pero la formación y desarrollo del capitalismo también dio origen al proceso de proletarización y, junto con él, a la formación del movimiento obrero en Chile. Dada las características de la transición chilena al capitalismo, el proceso de proletarización de la mano de obra se verificó primero en la minería (Venegas, 1997, pp. 231-289; Pinto, 1998, pp. 23-54). Este proceso, inaugurado hacia fines del siglo XVIII en la minería del cobre de Atacama y Coquimbo, terminó de madurar en la minería del salitre, se multiplicó con el fortalecimiento del sector industrial y rompió con las relaciones personales y de dependencia que caracterizaron al peonaje de Chile central. Por otra parte, la mecanización del trabajo, ampliamente extendida al interior del sistema capitalista, despojó al trabajador de las habilidades personales que lo distinguían al interior de las faenas agropecuarias o cupríferas, pero lo adscribió a colectivos laborales con similares daños y carencias, fortaleciendo sus proyecciones políticas.

La tendencia general de los procesos laborales en el sector salitrero apuntó a la funcionalización capitalista de los trabajadores, pese a la supervivencia de mecanismos laborales de cuño tradicional, como el trabajo a destajo, en el caso de las faenas de extracción. Este proceso de modernización chocó con una resistencia obrera a la proletarización, de tipo intuitiva, como la huida, la cangalla (robo de minerales) y el motín. No existían, además, niveles de arraigo significativos en los campamentos mineros, ni en las oficinas salitreras y, por ende, tampoco de lealtad personal. Este tipo de relaciones se hacían aún más impersonales si consideramos el carácter de sociedad anónima de muchas de las empresas mineras y el hecho de que su administración era responsabilidad de técnicos extranjeros.

En la mayoría de las áreas de la economía y en particular en la minería, imperaban las más brutales condiciones de explotación sobre los trabajadores: jornadas laborales de doce horas, pago de las remuneraciones en fichas canjeables en las pulperías de las oficinas salitreras o de las haciendas, recurrencia de accidentes del trabajo, a lo cual habría que agregar la mala calidad de las viviendas obreras, el hacinamiento y la insalubridad (Salinas, 1986, pp. 67-85; Illanes, 1991, pp. 19-102; 1993, pp. 19-136; León, 1995, pp. 113-133; Rojas, 1996, pp. 35-39; Urbina, 2002; Rodrigo Hidalgo, 2005, pp. 25-32).

Una sociedad de estas características profundizaba las brechas entre las clases y estimulaba los enfrentamientos sociales. Para los líderes demócratas, como Malaquías Concha (1859-1921), la organización de los trabajadores en torno a un partido popular y su debida representación en el poder legislativo permitirían la resolución de sus problemas, la consecución de sus derechos e impedirían la explosión revolucionaria. En 1908 Concha sostenía:

Debemos intentar una vez más que las clases trabajadoras se organicen y formen en las filas de la Democracia, a fin de que las aspiraciones populares puedan ser manifestadas y lleguen siquiera a conocimiento de las esferas oficiales. Obtenida por el pueblo la representación que le corresponde, habrá llegado el caso de dar comienzo a las diferentes reformas políticas tendientes a asegurar para el trabajo una situación de igualdad frente al capital: evitaremos así los estallidos violentos y las represalias sangrientas, y dentro de la armonía que debe reinar en la colmena social, todos ganaran: el capital y el trabajo.

No debe sorprender, entonces, que las actividades mineras, dieran origen a un complejo y abigarrado mundo social. En él compartían ámbitos laborales, operarios, barreteros, chancadores, trabajadores de cancha, molineros, junto con administradores, fundidores y capataces. Si bien la adscripción de los sujetos a un oficio específico involucraba un acceso diferenciado al salario, los espacios comunes compartidos por los trabajadores (campamentos, faenas, cantinas), hacían que las comunidades mineras se integraran en ámbitos de sociabilidad eminentemente populares y masculinos. En los ámbitos festivos la competencia por el liderazgo o por el acceso a las mujeres, como parte de los ritos iniciáticos de masculinidad, se desplegaban ampliamente y aparecían directamente relacionados con el alto consumo de alcohol y con el desarrollo de la prostitución (Henríquez, 2004, pp. 111-135; Klubock, 1995, pp. 223-253).

De acuerdo con las descripciones de la época, el minero era un sujeto bullicioso, pendenciero y muy alegre, especialmente si había bebido. También era rotulado como desprendido, abnegado, servicial, leal y generoso. Estas peculiares condiciones identitarias, unidas a las precariedades propias de un trabajo extenuante y mal remunerado, hacían que los principios morales que portaban y exteriorizaban los mineros difirieran, de manera importante, de aquellos patrocinados y difundidos por la élite y sus instituciones (Chouteau, 1887, p. 165).

Fue en estos espacios de sociabilidad, segmentados por clase, en los cuales los trabajadores mascullaron sus dolores y articularon sus primeros gritos de rebeldía. En la chingana, la camaradería, los vínculos de compadrazgo y la profusa ingesta etílica detonaron los primeros alzamientos contra la autoridad pública. Más tarde, los trabajadores más diestros en el manejo de las herramientas, los más fuertes o resistentes en la faena y aquellos que sabían leer y escribir, comenzaron a adquirir una creciente influencia entre sus pares. Así, el espontaneismo comenzó a ceder terreno frente a la organización y al despliegue colectivo y mancomunado.

Las ideas libertarias comenzaron a instalarse, precisamente, en esta fase. Efectivamente, el movimiento obrero chileno fue beneficiario de la influencia del movimiento obrero mundial, en especial de las ideas anarquistas, socialistas y del llamado liberalismo plebeyo o jacobino (Grez, 2007; Pinto, 1999, pp. 315-366). Surgieron, entonces, las primeras organizaciones obreras: las sociedades en resistencia de orientación anarquista, que se desplegaron especialmente en torno a los centros urbanos fabriles y las mancomunales obreras, que se organizaron especialmente en el norte de Chile, en torno a las actividades salitreras y portuarias, y en las cuales ejercieron mayor influencia demócratas y socialistas.

En esta etapa formativa, la clase obrera recurrió de manera regular a la huelga como forma principal de lucha. La paralización de las actividades productivas y la denuncia pública (mitin) de las precariedades laborales y materiales de los trabajadores operaron como los referentes fundamentales de sus luchas (Angell, 1986; Grez, 2000, pp. 59-93; Ortiz, 2005). Pero convocados y congregados masivamente en los espacios públicos, los trabajadores y los sectores populares que los acompañaban subvirtieron rápidamente el orden oligárquico. No es extraño, entonces, que muchas de sus manifestaciones se vieran acompañadas de saqueos de establecimientos comerciales, enfrentamientos con las fuerzas de orden y destrucción del equipamiento urbano. En ese sentido, las huelgas de Valparaíso (mayo de 1903) y de Santiago (octubre de 1905), fueron expresión de continuidad de los motines que habían afectado a las principales urbes de Chile durante la segunda mitad del siglo XIX.⁵ Para muchos dirigentes obreros, como Luis Emilio Recabarren, la violenta respuesta del Estado frente a los motines populares, ponía de manifiesto la esterilidad de esta forma de lucha:

El pueblo de Chile es de índole altiva. Trabaja mansamente, se deja explotar con resignación, pero es un león cuando se cansa de sufrir, cuando se ve colmado de abusos. En la mayor parte de sus acciones ha empleado la violencia para repeler la barbarie burguesa. El pueblo ha comprendido que los peores instrumentos con que se le destroza son el ejército y el servicio militar y los ha destruido, pero no lo suficiente para evitar que aún se le fusile. Las grandes jornadas en abril 29 de 1888, en octubre 22 y 23 de 1904, en abril y mayo de 1905 y otras en

⁵ Estas manifestaciones llevaron a la élite oligárquica a denunciar la condición de "barbarie" que portaba el "bajo pueblo". Estos sujetos, la peonada trashumante, era ebria, pendenciera, malavenida e incapaz de desarrollar moralidad y disciplina. Véase Illanes (1990, pp. 90-122), Salazar (1989, pp. 145-255) y Grez (1997, pp. 221-236).

Santiago; las de 1890, de mayo 12 de 1903, las de enero y marzo de 1904, en Tocopilla, y agosto de 1906, en Valparaíso; las de 6 y 7 de febrero de 1906 en Antofagasta y otros cien actos enérgicos y violentos en que han actuado los proletarios chilenos juntos con el reciente de Iquique, no dejan tras de sí sino charcos de sangre, tumbas prematuras abiertas, huérfanos, viudas, mayores desgracias y un espíritu espantado, idiotizado, adormecido por largo tiempo. La violencia empleada como respuesta a los ataques de la tropa no ha señalado jamás una victoria obrera. Ni una sola conquista en las luchas económicas, ha seguido a las irrupciones populares (Recabarren, 1908).

Por su parte, la élite oligárquica se mostró incapaz de reconocer los problemas materiales y laborales que afectaban a las clases populares. Por el contrario, la demanda y protesta obrera fueron leídas en clave "portaliana", en consecuencia, como una amenaza a la propiedad privada y al orden público. Por ello se recurrió, de manera sistemática, a la represión para contener la protesta y el desborde popular. Tanto la policía como las fuerzas armadas, convocadas a restablecer el orden oligárquico dispararon regularmente y de manera artera, contra trabajadores desarmados o mal armados. Se sucedieron entonces las matanzas: Valparaíso (mayo de 1903), Santiago (octubre de 1905), Antofagasta (febrero de 1906) e Iquique (diciembre de 1907) (Deves, 1997; Goicovic, 1997, pp. 79-117; Garcés, 2003, pp. 79-95; Goicovic, 2005).

Tras esta fase de articulación temprana, que se cerró con la matanza de trabajadores en la Escuela Domingo Santa María de Iquique, en diciembre de 1907, se produjo un período de reflujo que se prolongó hasta 1917. En esta etapa los trabajadores construyeron nuevas formas de organización política y social. El 6 de junio de 1912 fue fundado el Partido Obrero Socialista (POS), precursor del Partido Comunista de Chile (2 de enero de 1922), que se convirtió en el primer referente marxista de la clase obrera. El POS, de acuerdo con su declaración de principios, se constituía a efectos de poner fin a la explotación económica y a la dominación política y social.

Dada esta situación, las agrupaciones socialistas de Chile constituyen en el país el Partido Obrero Socialista y llama al pueblo trabajador a alistarse en sus filas de partido de clase para suprimir las diferencias de condición, convertir a todos los hombres en una sola clase, de trabajadores inteligentes, iguales y libres, y para implantar un régimen en que la producción sea un factor común y común también el goce de los productos: esto es, la transformación de la propiedad individual, en propiedad colectiva o común (POS, 1915, p. 3).

De la misma manera, las antiguas mancomunales y sociedades en resistencia concurrieron a la III Convención Nacional de la Gran Federación Obrera de Chile (1919), a objeto de transformarla en el referente social y clasista de los trabajadores organizados. La organización, fundada en 1909 en la vieja tradición de las sociedades de socorros mutuos, pasó a denominarse Federación Obrera de Chile (FOCH), y bajo el liderazgo de Luis Emilio Recabarren adoptó un programa revolucionario que se planteaba la abolición del capitalismo y la conquista del poder por los trabajadores. A partir de este momento se inició una fase de repunte en las movilizaciones de los trabajadores, que se prolongó hasta 1920. En esta fase los hitos más importantes fueron la huelga general iniciada por los gremios portuarios en 1917; y, en 1919, la huelga de los trabajadores del carbón, la toma armada de Puerto Natales y la huelga general convocada por la Asamblea Obrera de Alimentación (AOAN). En este contexto comenzó la declinación de la influencia anarquista en el movimiento obrero v se comenzó a observar una creciente influencia de las corrientes marxistas en las organizaciones laborales. El POS se colocó a la cabeza de las luchas del proletariado y más tarde el PC relevó al POS en la continuidad de dicho proceso (Grez, 2011).

Una doble matriz, social y política, se configuró en la etapa temprana de formación de las organizaciones de trabajadores. Un movimiento popular de base obrera que se articuló en torno al sindicato-federación como expresión de unidad social y en torno al partido de clase como manifestación de unidad política. Lo anterior, a su vez, se vio trasuntado en la formulación de un proyecto político de naturaleza revolucionaria que colocó en el centro de la propuesta, la conquista del poder por los trabajadores. De la misma manera, se llevó a cabo el proceso de fortalecimiento de la identidad obrera, a partir de dispositivos simbólicos como la memoria sacrificial, los ámbitos de sociabilidad y la movilización rupturista, que confluyeron y asentaron la centralidad organizativa (partido y sindicato). En consecuencia, durante este período ser proletario y pertenecer al sindicato y al partido obrero, se convirtieron en un todo homogéneo que permitía representar social y políticamente la demanda revolucionaria de las clases subalternas.

EL DISCURSO OBRERO: CLASE, PATRIA Y NACIÓN

El proceso de modernización capitalista que experimentó Chile, entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, profundizó las inequidades sociales que se venían arrastrando desde los albores de la República. Frente a este escenario, los nuevos actores sociales, surgidos de dicho proceso de modernización (clase obrera), adoptaron inéditas formas de organización (mancomunales y sociedades en resistencia) y desplegaron novedosas formas de acción colectiva (huelga

general). El movimiento obrero creció con fuerza en la zona salitrera de Tarapacá v Antofagasta, en los vacimientos carboníferos del Golfo de Arauco, en las explotaciones ganaderas de Magallanes y en las principales ciudades del país: Santiago, Valparaíso y Concepción, donde se concentraban los más importantes núcleos fabriles. En torno a estas actividades laborales se crearon centros obreros (Ateneos), espacios de discusión y debate teórico y político, imprentas y publicaciones atingentes a la denominada "cuestión social". En ellos militaron y se formaron los primeros dirigentes de la clase obrera: Luis Emilio Recabarren, Luis Olea, Magno Espinoza, Alejandro Escobar y Carvallo, Malaguías Concha, entre muchos otros. A ellos les correspondió reflexionar sobre los diferentes problemas que afectaban a los trabajadores v. desde esa reflexión, realizaron contribuciones importantes al desarrollo de la "cuestión social". Cabe señalar que muchos de sus planteamientos e iniciativas fueron posteriormente recogidos por la legislación social y laboral del país.

Uno de los tópicos más relevantes en sus disquisiciones fue la adscripción de clase de los trabajadores y las proyecciones de dicha condición en el espacio público. Este planteamiento, que reivindicaba a los trabajadores como portadores de un proyecto de transformaciones económicas, sociales y políticas, entró en colisión con el discurso de la élite oligárquica que aspiraba a diluir los conflictos sociales en el marco del fortalecimiento de la identidad nacional. Cabe preguntarse, entonces, cómo leyeron los intelectuales obreros esta tensión entre clase y nación.

Para las élites de poder, la nación chilena era el resultado del proceso histórico derivado de la conquista del valle central de Chile, llevado a cabo por la hueste hispana a comienzos del siglo XVI. Este proceso se había consolidado durante la fase de asentamiento colonial (siglos XVII-XVIII), configurando una identidad mestiza que, bajo la conducción de la élite terrateniente, había protagonizado el proceso de independencia. Sobre esta base, el régimen portaliano había edificado el Estado y luego las guerras interestatales de 1836-1839 (Guerra contra la Confederación Perú Boliviana) y de 1879-1883 (Guerra del Pacífico), habían terminado de moldear a la nación en su fisonomía definitiva.⁶ Los chilenos, como comunidad cultural, se

⁶ Estos aspectos fueron muy bien sintetizados por Alberto Edwards (1928). Estos mismos tópicos fueron posteriormente retomados por el historiador conservador Mario Góngora (1981). Un análisis sobre la nación como proyecto elitario en Saéz-Arance (2010, pp. 369-396). Una perspectiva algo más pintoresca, pero igual de elitista, la proporciona el ex funcionario de la dictadura y luego diputado de la República, Alberto Cardemil (2000).

distinguían, por tanto, por su adscripción a un orden autoritario, su templanza frente a las catástrofes (sentido telúrico) v su carácter belicoso o épico. Correspondía, entonces, a la modernidad capitalista, disciplinar laboralmente a esta sociedad, mientras que la Iglesia y la escuela debían contribuir a su moralización y sentido de pertenencia patria. Incluso en las propias instituciones del Estado este discurso se hizo sentir con fuerza. Tal es así que hacia 1911, el director de la Oficina del Trabajo, Eduardo Frías, señalaba que el "mejoramiento moral y material del pueblo" favorecía la "prosperidad de la patria" (Frías, 1911, pp. 45-46). A partir de este momento se configuró una tensión identitaria, entre un sentido de filiación asociado a una comunidad nacional, anclada en factores como el lenguaje, el territorio, la etnicidad, la tradición histórica, sumado a la adscripción al Estado y. por otro lado, una comunidad definida por la ubicación de los sujetos en la organización social de la producción, y la relación de estos, a menudo conflictiva, con quienes ocupaban posiciones dominantes en dicha estructura (Pinto, Valdivia y Artaza, 2003, p. 280).

En esta disyuntiva los intelectuales obreros elaboraron un discurso, transferido al emergente movimiento obrero a través de la prensa de clase, que pretendía situar los problemas fundamentales que enfrentaban los trabajadores. El método era eminentemente pedagógico, ya que apuntaba a formar y desarrollar una conciencia de clase expresada como cultura política. No es extraño, en consecuencia, que se releve, en primer lugar, el carácter de clase del sistema de dominación y el rol del Estado como instrumento de la dominación de clase. Al respecto, el tribuno ácrata Alejandro Escobar y Carvallo (1877-1966), declamaba en 1900:

Siendo el capital y la autoridad los dos grandes males que afligen a las sociedades civilizadas, nada se resuelve con que el pueblo organizado en un poderoso partido de clase, conquiste el poder político por cuanto la misión histórica del Estado es gobernar y no es con cambiar los hombres como podemos mejorar nuestra condición de esclavos, sino que debemos expropiar el capital en beneficio de la sociedad, en materia económica y abolir el Estado en materia política.

En este enfoque la dominación económica, social y política de que eran objeto los trabajadores pretendía ser encubierta con un discurso que apelaba a la unidad de la sociedad en torno a la patria. En 1897, el dirigente anarquista Luis Olea Castillo (c. 1877-1911), reivindicando a los trabajadores como sujetos de derechos, ponía de relieve las inequidades del sistema de dominación capitalista. En este modelo la patria era solo un eslabón más de la cadena de la dominación.

Para conquistar este ideal supremo [la libertad], principiaremos por probarle [al proletariado] hasta la evidencia que la patria, los dioses, la ley sólo son sofismas ridículos destinados a subyugarle para mantenerle en el servilismo en que por inexplicable aberración aún todavía se encuentra para exclusivo beneficio de sus explotadores (p. 1).

En esta misma línea de razonamiento, los intelectuales obreros argumentaron que la política económica del Estado debía estar al servicio de la preservación de la "independencia nacional". Para ese efecto, los demócratas insistían en la necesidad de adoptar políticas económicas proteccionistas que permitieran que los Estados menos avanzados económicamente, alcanzaran el nivel de las naciones más desarrolladas. El principal argumento remitía a las profundas desigualdades existentes en los intercambios comerciales, que condenaban a las naciones más pobres a perpetuar su condición de subordinación frente a los principales centros de acumulación de capital (Concha, 1910, pp. 52-83). Por su parte, los socialistas apelaban a establecer la "propiedad nacional", es decir, a "socializar la propiedad, porque cada comuna y cada nación es una sociedad de seres humanos" (Recabarren, 1976[1921], p. 32). De esta manera, sostenían los socialistas, se erradicaba la propiedad individual, la cual se concebía como la fuente de la injusticia.

A su vez, Luis Emilio Recabarren (1907) enfatizaba el carácter apátrida del capital. Para el dirigente socialista "el capitalista no tiene patria, es internacional, se establece donde hay que explotar". Siendo esta la situación correspondía que los trabajadores asumieran la condición internacionalista de la clase en cuanto "en todo el mundo es víctima igual de la avaricia patronal y de la tiranía autoritaria gubernamental". El dirigente anarquista Magno Espinoza (1875-1906), profundizaba en esta reflexión relevando la condición del proletariado como objeto de explotación y humillaciones. Las mismas, a juicio de Espinoza, se extendían hasta la desmovilización de los ejércitos. Tal es así que teniendo presente la condición desvalida de los veteranos de la Guerra del Pacífico (1879-1883), Espinoza señalaba:

Pero no sucede lo mismo con los burgueses, si algunos de estos va a la guerra y mediante la valentía de los soldados comete una brillante acción, luego su nombre es publicado en grandes caracteres por la prensa en general y es declarado benemérito; después, vuelve al seno de los suyos, se retira del ejército y sigue disfrutando de sueldos fabulosos aunque no tenga necesidad de ellos; si este muere, se organizan suscripciones, se le compran suntuosas casas a la familia y como si esto no fuera suficiente, el Estado le concede por vía de pensión de

gracia diez veces más que lo que necesitan para vivir holgadamente; pero si el roto [proletario] muere en acción de guerra o queda invalido para toda la vida, se le da una suma que, vergüenza da decirlo, no le alcanza para cubrir las necesidades más apremiantes de la vida (Espinoza, 1897, p. 3).

Más tarde, en 1898, el intelectual anarquista Alejandro Escobar y Carvallo, reflexionando respecto de lo pueril del "sentimiento patriótico", señalaba:

La Patria es un ser abstracto, como Dios, pero su existencia implica una determinada organización social que nunca ha existido en la época histórica [...]. Esta institución, no tiene siquiera la consistencia de las demás instituciones que sirven de columnas al presente edificio social (Iglesia, militarismo, Derecho de Propiedad, etc.). Su concepción obedece en parte a un decadente y fantástico lirismo político. Y, casi siempre, a un aborto de la ambición burguesa [...] el escaso y débil sentimiento patriótico que apenas palpita en los individuos ignorantes, estúpidos y fanáticos, es solo el resultado de una larga labor intelectual de sugestión e hipnotismo de las clases interesadas, sobre las clases llamadas a defender los intereses de las primeras y la vida de todos. Esta labor intelectual, la sintetiza la Historia y la pone en descubierto la enseñanza del Estado y la propaganda de la Iglesia –su concubina– como también la política mercantil de las clases dominantes (p. 2).

Para Recabarren (1904), por el contrario, la patria se fundaba en el militarismo. Este, si bien constituía una imposición sobre los sectores populares, operaba, también, como una muy eficiente herramienta de control social y político.

El militarismo es una plaga. Es el veneno con que los ricos sofrenan a los pueblos. Amor a la patria significa egoísmo. Amor a la humanidad es virtud. Para el amor a la humanidad no se necesita soldados ni armas. Los ricos sostienen el militarismo porque es la única manera que pueden explotar a los pobres. Si no tuvieran soldados no podrían robarles sus salarios. Con los millones de pesos que gastan en militarismo habría de sobra para ilustrar a los pobres y evitarles las miserias.

Posteriormente, y con la misma intensidad, Luis Emilio Recabarren execraba, en 1910, los actos conmemorativos del "Centenario" de la independencia de Chile. Al respecto señalaba:

Un pueblo que vive así sometido a los caprichos de una sociedad injusta, inmoral y criminalmente organizada, ¿qué le corresponde celebrar en el 18 de septiembre? Nada. El pueblo debe ausentarse, debe negar su concurso a las fiestas con que sus verdugos y tiranos celebran la independencia de la clase burguesa, que en ningún caso es la independencia del pueblo ni como individuo, ni como colectividad (Recabarren, 1976 [1910]).

No obstante, la creciente influencia de la prédica nacionalista entre las clases populares se vio reforzada con la ampliación de los procesos de escolarización (especialmente después de la dictación de la Ley de Instrucción Primaria en 1920), con la introducción de la conscripción militar obligatoria (1900) y con la creciente extensión de las fiestas laicas asociadas a la conmemoración de hitos bélicos (Fiestas Patrias, Combate Naval de Iquique, Toma del Morro de Arica, etc.). Fue por ello que la tarea de reorientar la conciencia política de los trabajadores se hizo particularmente difícil. A comienzos del siglo XX uno de los más destacados dirigentes anarquistas, Esteban Cavieres (c. 1875-1904), señalaba que "solo el hombre" soportaba la explotación económica propia y la de sus hijos y el trato abusivo del Estado a través de las leyes; leyes que lo convertían en "asesino para defender una patria donde nada tienen, que te esclaviza con los gobernantes y te esplota con los capitalistas" (Cavieres, 1902, p. 2).⁷

El discurso sobre la guerra fue durante todo este período un tópico recurrente tanto entre nacionalistas como entre dirigentes obreros. La guerra, para los primeros, fortalecía el "alma nacional" y, por ende, la cohesión de la sociedad; mientras que para los segundos, era una carnicería en la cual la burguesía sacrificaba las vidas obreras.⁸ Al respecto, el tribuno ácrata Luis Olea enfatizaba en 1898:

No iré a la guerra porque no soy criminal, porque antes de quitarle la vida a otros desgraciados como yo, le arrancaré el alma del cuerpo a todos los que son causa de nuestra miseria. No iré a la guerra porque no tengo patria, porque la patria del hombre es el mundo, y en su estado actual de putrefacción y desconcierto ni ese nombre merece; mucho menos podré limitar mi preferencia a un pedazo de la tierra, que siendo toda, toda, el patrimonio de los hombres, no me pertenece porque me ha sido arrebatada por los ladrones burgueses (p. 6).

⁷ En este esquema para los libertarios "la guerra entre los hombres es un crimen". *El Obrero Libre* (1904, p. 1).

⁸ Este ha sido un tema ampliamente debatido en la politología y la historiografía. Véase Walzer (2001, pp. 29-86), Hedges (2002, pp. 37-57), Joas (2005, pp. 65-82) y Bourke (2008, pp. 51-74).

En este punto los intelectuales obreros no presentaban matices. En sus textos y alocuciones se recreaban los horrores de la guerra, su capacidad de destruir bienes y vidas, las proyecciones de estos flagelos a través de la viudez y de la orfandad y el enriquecimiento espurio que le generaba a la burguesía fabricante de armas.

¿Qué no es amar la patria, este sentimiento de pretender conservarla sana, intacta? Sí esto no es patriotismo, decidme, ¿qué es? Seréis capaces de decirme, quién amará más la patria, ¿el que la empuja a la guerra o el que quiere salvarla de la guerra? ¿Quién amará más a la madre, a la esposa, a la hija, el que las salva del peligro de la muerte o el que las empuja a la muerte? Hablad con vuestros corazones, que en ellos encontraréis la respuesta (Recabarren, 1916, p. 2).

Los intelectuales obreros entendían que la noción burguesa de patria favorecía, por una parte, la exacerbación del chovinismo y, a la vez, permitía movilizar a los sectores populares en cada ocasión en que sus intereses se veían amenazados por un enemigo externo. No obstante, la Revolución Bolchevique (1917), había reforzado la pertenencia de clase de una franja relevante del mundo de los trabajadores y morigerado su tendencia a adscribir a las convocatorias de la burguesía. Así lo señalaba Manuel Hidalgo (1878-1967), en un artículo publicado en 1923:

Al término de la monstruosa guerra europea, el proletariado de los países beligerantes, estaba anestesiado en su conciencia por un patriotismo morboso, que lo había llevado a las trincheras a matarse como fieras, para defender los privilegios económicos de sus amos, los capitalistas, y gracias solo a la Revolución Rusa, pudo sacudirse de su siniestra pesadilla, que lo había llevado a negar todo un postulado de sacrificios y dolores, al defender una frontera donde solo vegetaba como esclavo y una bandera que en manos de los capitalistas, no alcanzaba a tener siquiera proporciones de un taparrabos (Hidalgo, 1923, p. 2).

Muchos intelectuales obreros consideraban a las unidades militares como "una amenaza constante contra las instituciones democráticas". El reclutamiento de sus cuadros entre los sectores menos educados de la población, el acceso a armamento sofisticado, la procedencia oligárquica de sus oficiales y la indefensión de la población, representaban un peligro constante para las libertades públicas (Concha, 1905, p. 148). Malaquías Concha indicaba que la defensa de la soberanía territorial ("el suelo patrio") y la seguridad de la nación debían

quedar en manos del "pueblo en armas"; es decir, del conjunto de la población, que, habiendo recibido instrucción militar en los establecimientos educacionales, quedaba en condiciones de ser movilizada cada vez que el Estado la requiriera (pp. 153-154).

No obstante, el discurso de la patria comenzó a instalarse gradualmente al interior de los opúsculos populares. En esta nueva percepción la patria aparece asociada a la redención de los trabajadores a través del culto a la razón y el intelecto. En este nuevo enfoque, la Patria-Estado crea el establecimiento educacional y este debe asumir como fin último la emancipación de los sujetos. Un artículo publicado en 1921 en un periódico del Partido Obrero Socialista señalaba:

La preocupación constante de muchos educacionistas es desarrollar en el ánimo del alumno el espíritu guerrero, confundiéndolo con el sentimiento patrio [...] El sentimiento patrio es noble cuando es sano, cuando no tiene como fin formar guerreros, sino libertadores –de hermanos que agonizan, de hermanas que languidecen de tristeza y de pueblos que lloran de hambre y de pobreza–; cuando tiene por fin despertar en el alumno ansias de ser algo, deseos de salir, salir de los estrechos límites de la mediocridad; cuando se les ensaña a mirar la obra y las pasiones que encauzan la vida del hombre superior, cimentando en su cerebro una incipiente iniciación en la sabiduría y un acentuado amor a su propia perfección intelectual y moral (Armagni, 1919, p. 2).

En esta misma línea de reflexión, Luis Emilio Recabarren señalaba en 1914 que "el pueblo culto, instruido que el socialismo forma con su propaganda, es la más segura vanguardia de la patria moderna" (Recabarren, 1914). La patria, en consecuencia, ya no era una acepción monopolizada por la burguesía, por el contrario, se convertía en un instrumento político en disputa, al cual el socialismo accedía a través de la regeneración social y educativa de los sectores populares.

En relación con este tema, Malaquías Concha señalaba que "el fin verdadero y directo del Estado" era el desarrollo de las facultades de la nación. Al asumir el Estado la responsabilidad de educar a la nación contribuía a que esta accediese al goce integral del fruto de su trabajo y al desarrollo completo de sus facultades. Ello, a su vez, favorecía el advenimiento de la democracia y con esta la estabilidad del sistema político (Concha, 1905, pp. 185-195).

Para Luis Emilio Recabarren (1916) la expresión más alta del "amor a la patria" la constituía la erradicación de los principales flagelos que amenazaban a los obreros: la explotación económica, el alcoholismo, la prostitución y la falta de educación. Pero los socialistas, según Recabarren, no solo demandaban al Estado el mejoramiento

de las condiciones laborales y de vida de los trabajadores; también desplegaban iniciativas autogestadas a través de las cuales se "moralizaba" a los trabajadores.

Todos los sábados el Partido Socialista ha estado realizando una conferencia pública en la Plaza Condell [Taltal, Región de Antofagasta], en las cuales despierta el civismo de la población, que es desconocido, y es la causa de que el pueblo no conozca sus derechos. Así se hace obra educativa y así se prueba amar a la patria. Si esta labor se considera patriótica soy patriota; pero si a tolerar y amparar todos los vicios y degradaciones llaman patriotismo, no soy patriota (p. 4).

De esta manera, en las conferencias impartidas en los ateneos obreros, en los mitines en las plazas públicas o a través de su prensa periódica, los trabajadores y sus principales líderes comenzaron a instalar una nueva noción de patria, ajena a las claves convencionales con las cuales el pensamiento nacionalista la había venido desarrollando desde mediados del siglo XIX.

Pero el socialismo, además, identifica a la humanidad como su gran objetivo a redimir. Desde esta perspectiva, al amar a la patria de otros hombres se ama, también, a la humanidad. En el socialismo de comienzos del siglo XX la humanidad contiene a las "patrias" y, en cuanto tal, obliga a los hombres y en este caso a los obreros, a luchar por la emancipación del conjunto de los trabajadores, independiente de su pertenencia nacional (Recabarren, 1923, pp. 19 y 37). Se enfatizaba, de esta manera, el carácter internacionalista que poseía el proyecto emancipatorio de los trabajadores.

Amando las patrias ajenas, si así podemos hablar, conquistaremos el amor de los patriotas de los otros países para nuestra patria. Odiar la patria ajena es provocar el odio para nuestra patria. Yo no quiero que nadie odie mi patria, por eso amo las patrias de todos. ¡Así, amamos la patria! (p. 3).

Hacia fines de la década de 1910 el movimiento obrero se encuentra sólidamente constituido. Tanto sus organizaciones sociales (la FOCH), como su vanguardia política (el POS), reúnen y expresan las demandas de vastos sectores de la clase obrera; en particular, en los

⁹ Para Luis Emilio Recabarren los procesos revolucionarios, como el liderado por los bolcheviques en Rusia, permitían la formación de una nueva "alma nacional". Ello conllevó, a juicio de Recabarren, profundos cambios en los sentimientos, pensamientos, costumbres, idiosincrasia y psicología personal del pueblo ruso.

campamentos mineros y en los centros fabriles urbanos. Su irrupción en la escena política, a su vez, ha tensionado a las élites oligárquicas obligándolas a realizar ajustes legislativos que, por una parte, amplían la representación política y, por la otra, incorporan nuevos derechos laborales. En este escenario, de creciente integración de los trabajadores a la institucionalidad burguesa, el discurso obrero sobre nación y patria acentuó los giros políticos y conceptuales que había experimentado desde comienzos de la década de 1910.

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO Y POPULAR

Con la llegada de Arturo Alessandri Palma al gobierno (1920) se materializó la llamada "crisis del régimen oligárquico", que conllevó el desplazamiento de la élite mercantil-terrateniente de la administración del aparato del Estado, y su relevo por una nueva fracción de la clase dirigente formada por la burguesía financiera, comercial e industrial, apoyada por el capital estadounidense (Vitale, 1980, pp. 81-93). El objetivo era levantar medidas de carácter democrático popular, como la jornada laboral de ocho horas, el derecho a sindicalización y el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores, a objeto de atenuar el descontento popular y de canalizar sus demandas a través de un nuevo entramado institucional. ¹⁰ En paralelo se agitó un discurso antioligárquico que favoreció la cooptación de las masas populares organizadas. La coalición que llevó a Alessandri al gobierno (Alianza Liberal), se encontraba compuesta por el Partido Radical (PR), sectores liberales y balmacedistas, con una base popular de apoyo integrada por las capas medias, los artesanos y trabajadores mineros y urbanos. No obstante, la dirección del movimiento y los contenidos del proyecto político eran de naturaleza burguesa.

No obstante, el gobierno de Alessandri se desenvolvió en el contexto de una aguda situación de cesantía desatada a comienzos de la década de 1920 con una nueva crisis del salitre. Pero junto con la desocupación, la crisis salitrera produjo una difusión ampliada del ideario socialista. Efectivamente, durante la administración de Alessandri comenzaron a organizarse los primeros Consejos Federales Campesinos, a partir de la acción agitativa desplegada por la FOCH desde las ciudades hacia las zonas agrícolas, particularmente en la franja central del país (inmediaciones de Santiago) y en las provincias de Aconcagua y Coquimbo. También es factible

¹⁰ La caracterización del populismo en Ianni (1975). Un estudio en profundidad del fenómeno alessandrista y de las transformaciones del campo popular en este período en Pinto y Valdivia (2001).

considerar que el desplazamiento de salitreros cesantes hasta la zona central, haya influido en la gestación tanto de las primeras formas de organización campesina, como en la multiplicación de la organización sindical a nivel urbano (Pinto, 2007, pp. 183-232; Goicovic, 2011, pp. 69-92).

En este nuevo ciclo los procesos de modernización de la economía, especialmente en la minería y la industria, incrementaron de manera sustantiva los contingentes de la clase obrera. No obstante, lo anterior, el grueso de la población siguió vinculada a los oficios tradicionales y la proletarización continuó representando solo a una franja reducida de los trabajadores chilenos. En el sector rural, por ejemplo, seguía predominando el empleo precario (peones de temporada) y la prestación de servicios personales, mientras que la legislación social era prácticamente inexistente en estas actividades (Pizarro, 1986, pp. 93-100; Grez, 2002, pp. 91-150; Yáñez, 2003, pp. 161-226; Yáñez, 2008, pp. 115-287).

En este escenario los cambios institucionales operados entre 1924-1931 modificaron la situación del movimiento obrero. Efectivamente, la legislación social que fue la punta de lanza de la campaña presidencial de Arturo Alessandri en 1920, fue promulgada en 1924, en el marco de una aguda crisis política, precipitada por el denominado "ruido de sables" (Poblete, 1924, pp. 3-25). Este movimiento, protagonizado por la joven oficialidad del ejército, fuertemente influida por el pensamiento corporativista de la época, se pronunció ruidosamente en las tribunas del Congreso Nacional (golpeando sus sables), a objeto de apurar el despacho de las denominadas leyes sociales: derecho a sindicalización, derecho a huelga, jornada laboral de 8 horas, derecho a cobertura por accidentes del trabajo, previsión social, etc. Estas normativas, debidamente agrupadas, dieron origen, en 1931 al primer Código del Trabajo del país.

La nueva legislación favoreció, de manera gradual, la institucionalización del conflicto de clases lo cual, a su vez, se vio potenciado por varias situaciones. Por una parte, el grueso del sindicalismo surgido en esta fase se acogió a la normativa que regulaba la estructura interna y los propósitos de las organizaciones obreras, con lo cual el sindicalismo clasista e independiente (comunista y anarcosindicalista) se vio cada vez más debilitado. Por otro lado, la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931), estimuló la formación de sindicatos

¹¹ La legislación social de la década de 1920 tuvo entre sus principales promotores al abogado Moisés Poblete Troncoso, director de la Oficina del Trabajo durante el gobierno de Arturo Alessandri Palma (1920-1925). Poblete introdujo en Chile la noción de "justicia social", como condición fundamental de la "paz social".

legales (Confederación Republicana de Acción Cívica, CRAC), a objeto de crear una base social de apoyo para su gobierno. Ello permitió la rápida multiplicación de los sindicatos legales, a la vez que la administración de Ibáñez perseguía con dureza a los sindicatos y dirigentes anarquistas y comunistas. Por último, esta misma administración reivindicó el rol del Estado como árbitro en el conflicto entre capital y trabajo lo cual, más allá de su escasa concreción práctica, modificó profundamente la percepción que los trabajadores tenían del Estado. Como señalamos previamente, el Estado, hasta 1920, había operado abiertamente como gendarme de los intereses de los terratenientes y de la burguesía, pero desde mediados de la década de 1920 esa función fue aparentemente abandonada a objeto de construir la imagen de un Estado que velaba por los intereses de los trabajadores (Barría, 1960, pp. 65-92; Pizarro, 1986, pp. 101-123; Venegas, 1997, pp. 125-153; Pinto, 1999, pp. 315-366).

Este proceso de institucionalización del conflicto de clases se vio favorecido, también, por la incorporación de las organizaciones políticas de la izquierda a la nueva institucionalidad existente en el país desde 1925 (Constitución Política del Estado). Efectivamente, tras la fase de reflujo que acompañó al campo popular durante la administración de Ibáñez, los partidos populares (el PC y el recién creado Partido Socialista de Chile, PS, 1933), optaron por una estrategia de ocupación de espacios de representación política (parlamento, municipios, sindicatos legales, etc.), a efectos de avanzar por etapas a la conquista del poder (Furci, 2008, pp. 53-78; Drake, 1992, pp. 143-164.). Se trataba, en este período, de formar una alianza de clases con los sectores que representaban a la burguesía nacional, para avanzar hacia el desarrollo del capitalismo y junto con ello a la instauración de un régimen democrático burgués para, posteriormente, plantearse (de manera mecanicista), el asalto al poder por un proletariado mayoritario v maduro.

Un factor coadyuvante a los cambios institucionales y económicos que se vivían en el país en ese período fue la crisis económica mundial desatada en 1929 y devenida en depresión a lo largo de casi toda la década de 1930 (Klindeberger, 1985). Efectivamente, la crisis amplificó la situación de desempleo y, junto con ello, la precarización de las condiciones de vida de los trabajadores y sus familias, fenómenos que acentuaron la conflictividad social y política, pero que también estimularon la organización de los trabajadores.

Hacia mediados de la década de 1930 la incorporación de la izquierda a la institucionalidad burguesa se vio completada con la formación del Frente Popular (FP), que llegó al gobierno en 1938, respaldando la candidatura del radical Pedro Aguirre Cerda. El FP se

formó a partir de una alianza política, que a su vez fue la expresión de una alianza de clases (burguesía industrial, capas medias y proletariado), que reunió al Partido Radical, al Partido Demócrata, al Partido Comunista y al Partido Socialista, y que contó con el apoyo de la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH) (Milos, 2008; Furci, 2008, pp. 66-78; Drake, 1992, pp. 165-264; Angell, 1986, pp. 93-129.). Si bien el FP, como expresión política, se agotó con la presidencia de Pedro Aguirre Cerda (1938-1941), la estrategia aliancista que lo identificó y los contenidos programáticos de la misma se pueden visibilizar, también, en las administraciones de Juan Antonio Ríos (1942-1946) y en la primera fase del gobierno de Gabriel González Videla (1946-1947).

En este nuevo escenario el programa político de la izquierda obrera revisó y redefinió las categorías de nación y patria. En el nuevo ciclo histórico abierto hacia la década de 1920 y cerrado con la llegada al gobierno del FP, tanto la nación como la patria encarnaban preferentemente en el pueblo, y más específicamente en el pueblo trabajador (Silva, 2017, pp. 59-77; Álvarez, 2003, pp. 25-44).

Tres fueron los ejes discursivos que se configuraron con fuerza durante este ciclo. Por una parte, la asociación entre las clases trabajadoras y la nación, la crítica a la oligarquía por su conducta antinacional y el creciente cuestionamiento al imperialismo (especialmente de Estados Unidos), en cuanto enemigo del pueblo y, por extensión, de la nación.

Para las organizaciones políticas de la izquierda en general, y para los socialistas en particular, la imbricación entre clase y nación se convertía en un componente fundamental de su acervo político. Efectivamente, clase y nación conformaban una estructura cultural indisoluble en la cual la primera se fundía y reafirmaba en la segunda. Así lo sostuvieron, a lo menos, los dirigentes de la Agrupación Revolucionaria Socialista (ARS) (1932):

La A.R.S. no es un partido: es la expresión de la voluntad nacional. Su voluntad encarna el sentido de la evolución histórica de Chile que quiere realizarse [...] Queremos lo que el país entero quiere. Luchamos contra el pasado y contra las fórmulas caducas del liberalismo económico y político que no han hecho más que sofocar la vida de la nación. Somos la fuerza organizada de la nación: Tenemos disciplina, tenemos plan, tenemos hombres, tenemos fe, tendremos el triunfo (p. 4).

La nación popular, en consecuencia, era portadora de la idea y de la voluntad del cambio. Pero también se asumía que los problemas que se debían enfrentar eran de gran envergadura y referían tanto a la

estructura económica y su creciente desnacionalización, como a las inequidades en la distribución de la riqueza que permitían el enriquecimiento de unos pocos y la miseria de muchos. A partir de este diagnóstico, el ex militar Mamaduke Grove (1878-1954), planteaba en 1935 las tareas urgentes de la revolución socialista:

Los problemas nacionales tienen que ser resueltos con un criterio eminentemente nacional: completa reforma agraria; sanción pública a los gestores y traficantes del país; confiscación de los bienes de la iglesia; cupo forzoso de millones de pesos; control por el Estado del comercio exterior; rescate de nuestras principales fuentes de producción; revisión de los contratos que hipotecaron nuestra riqueza nacional en manos extranjeras; saneamiento enérgico de la administración pública; regularización definitiva del poder judicial; supresión de todo impuesto a los artículos de consumo; solución enérgica y pronta del problema de la habitación; fijación de un salario mínimo para el campesinado y la clase obrera, etc. (p. 1).

Un programa similar agitaba el Partido Comunista de Chile en los albores de la formación del Frente Popular. En concordancia con ello, en 1937, el dirigente comunista Juan Guerra Guerra (1897-1973), denunciaba en Tocopilla las inequidades del capitalismo y sus devastadores efectos sobre la población chilena:

Chile se debate en un pavoroso estado de miseria, Los dirigentes del país favorecen a los especuladores y a las grandes casas imperialistas como recompensa a los millones gastados en la elección de marzo. La mayoría derechista en las Cámaras de Diputados y Senadores garantizan a los especuladores para subir los precios de los artículos de alimentación y vestir. Tenemos un medio como afrontar la lucha contra el alza de la subsistencia, el fortalecimiento de las organizaciones sindicales y el Frente Popular (...). Nuestra tarea de honor es salvar al país del hambre, las epidemias y la muerte. Por la salud popular, por pan sano y abundante, techo y abrigo debe ser la consigna a cumplir de todos los hombres leales que militamos en el Frente Popular y Confederación de Trabajadores de Chile (p. 11).

Pero el programa de cambios no era ajeno a la estrategia de transformación del régimen político. Para los líderes obreros se requería de una institucionalidad más democrática la que, a su vez, debía convertir al Estado en instrumento de transformación económica y social. De esta manera, las organizaciones políticas de la clase trabajadora, como el Partido Radical Socialista (PRS), reivindicaban el rol del

Estado como espacio de resolución de la conflictividad social. Para Abel Gutiérrez Aguilera (1933), uno de los principales dirigentes de la colectividad: "El Estado Socialista debe velar por la suerte de los humildes, creando los organismos que les den el bienestar indispensable para la vida". Para alcanzar este objetivo el Estado debía desplegar una eficiente política impositiva que gravara a las personas más ricas del país. De esa manera, a su vez, se atenuaban los resentimientos de clase y se aportaba a la construcción de una sociedad más equitativa: "Mientras la concordia, la armonía y el sano propósito de servir el resurgimiento nacional no se cristalicen en los actos y en las formas que adopten los gobernantes, la tranquilidad no será una realidad" (p. 3).

Este programa, de orientación radical, que se proponía mejorar en profundidad las condiciones de vida y de trabajo de los trabajadores y convertir a los mismos en sujetos de derechos sociales y políticos, asumía el escenario institucional como el campo preferente de acción.

El Partido Socialista, no pretende como dicen algunos usar de métodos terroristas y de procedimientos irracionales. Por el contrario, ha demostrado en la última elección ser una vigorosa y orgánica colectividad cuyos núcleos intelectuales y manuales se mueven dentro de la armonía de una inmensa y disciplinada familia (Grove, 1934, p. 16).

Hacia fines de la década de 1930 las organizaciones de trabajadores se concebían como la fuerza motriz de los procesos de liberación nacional en la región. Para estas, el fascismo, aliado a las fuerzas reaccionarias internas, se configuraba como una amenaza inminente y frente a dicha amenaza solo cabía la unidad de los revolucionarios y los demócratas. Esta percepción se alimentaba del ascenso que el fascismo, en sus diferentes expresiones, había experimentado desde comienzos de la década de 1920. Las resoluciones adoptadas por los comunistas de Santiago en 1938 no solo exponían la existencia de esta amenaza en Chile, sino que además apelaban a la defensa de la institucionalidad democrática:

Nuestro país vive momentos de enorme peligro. Las fuerzas de la reacción arrastran al actual gobierno [Arturo Alessandri, 1932-1938], cada vez con mayor impulso, hacia una política dictatorial tendiente a aplastar las últimas manifestaciones de nuestra precaria democracia y a entregar nuestro patrimonio e independencia nacional, al monopolio y control definitivo del capital imperialista y del fascismo internacional [...] La situación desgraciada de nuestro gran país hermano [dictadura de Getúlio Vargas en Brasil] plantea al pueblo de Chile, al Frente Popular chileno y en especial a nuestro partido, la tarea histórica de

consolidar nuestro movimiento de liberación nacional y constituirlo así en baluarte inexpugnable de la lucha por la democracia y la liberación de América (PCCh, 1938, pp. 3-4).

Para los intelectuales de izquierda las amenazas que se cernían sobre la patria eran múltiples y la más peligrosa de ellas era la existencia de bandas armadas de derecha que pretendían expulsar a los trabajadores del espacio público, como las Tropas de Asalto, la Legión Cívica, Acción Libertadora y Acción Nacional (Valdivia, 2016, pp. 99-131). Para los socialistas chilenos, enfrentar y derrotar a las fuerzas paramilitares de la oligarquía pasaba por articular una fuerza paramilitar propia y, a la vez, buscar puntos de apoyo o encuentro con las fuerzas armadas. Así lo enfatizó el líder socialista Marmadukeh Grove en 1938:

La organización de las Milicias Socialistas en la forma establecida por los actuales Estatutos, viene a completar una necesidad imprescindible en la lucha del presente y a garantizar las del futuro. Ellas constituirán verdaderos ejércitos de reserva, dispuestos a actuar y cooperar en todo momento unidos a las FUERZAS ARMADAS Nacionales, a fin de oponerse a las posibilidades fascistizantes que se vienen propalando en el ambiente público. Con ello se evitarán las dolorosas consecuencias para los trabajadores manuales e intelectuales, víctimas obligadas de situaciones semejantes [...] Estas nuevas Milicias constituirán los soldados eficientes y capaces de luchar por dar a Chile la segunda independencia, basada en la liberación económica, indispensable a la constitución de una verdadera democracia, sin clases privilegiadas y en la cual se ejerza una verdadera Justicia social (pp. 3-4).

En este contexto, las organizaciones revolucionarias, ya plenamente identificadas con la patria y la nación, se concebían como las legítimas herederas de los "padres de la patria" y de la epopeya histórica que habían protagonizado a comienzos del siglo XIX. En 1939, en el XI Congreso del Partido Comunista el secretario general de la organización, Carlos Contreras Labarca (1899-1982), desarrolló esa asociación:

Visitaremos aquellos campos que fueron regados con la sangre de miles de patriotas chilenos y de muchos hermanos nuestros de la Argentina y de otros países de América, incluso de españoles leales a la causa de la libertad. Y esto demostrará una vez más que el Partido Comunista está profundamente vinculado a las mejores tradiciones nacionales revolucionarias de nuestro pueblo y que somos los legítimos continuadores de la epopeya iniciada en 1810 (pp. 69-70).

Esta lectura del pasado objetaba el discurso de las élites oligárquicas que, sistemáticamente, se habían proclamado protagonistas de la emancipación nacional y constructoras del Estado republicano. Por el contrario, los líderes e intelectuales del movimiento obrero graficaban a la oligarquía como una clase apátrida, incapaz de defender los intereses de la nación y coludida con Estados y corporaciones foráneos que depredaban los recursos de todos los chilenos. Para la oligarquía, la reivindicación de la patria constituía solo un subterfugio propagandístico que escondía sus verdaderas intenciones y por ende su hipocresía. Sobre este punto el dirigente socialista Carlos Alberto Martínez Martínez (1885-1972) señaló en 1935:

Para obtener la reanudación del pago de la deuda externa se hacen algunos argumentos de carácter sentimental, hablándonos del honor de Chile, del buen nombre de Chile, del prestigio de Chile. Por desgracia, es amarga la experiencia que el país tiene, de las oportunidades en que, en nombre del patriotismo, con loas y vivas a Chile y a su nacionalidad, hemos visto entregar lo más preciado de nuestro patrimonio nacional al capitalismo extranjero. Los que no han sentido nunca patriotismo y son simples mercaderes de la República necesitan explotar y escudarse en un patriotismo que en sus labios suena a hojarasca y a traición. Hijos auténticos y legítimos de Chile, patriotas sin necesidad de proclamarlo, son los que quieren, a toda costa, defender los bienes de Chile de las garras del capitalismo internacional, confabulado con un grupo de especuladores nacionales que no miran otra cosa que rehacer sus fortunas personales, perdidas en la vida fácil en Europa (p. 73).

En esta misma línea la oligarquía aparecía como responsable del aplastamiento de la voluntad popular. Efectivamente, desde el momento mismo en que el país se había sacudido las cadenas de la dominación española, este sector social se había encargado de estructurar un sistema de poder que excluía de manera sistemática a los sectores populares, tanto de las decisiones que se adoptaban, como de los beneficios derivados de la riqueza nacional. Sobre este punto el dirigente socialista Luis Zúñiga Ibáñez (1903-1977), indicaba en 1938:

Toda una organización siniestra que culmina con la intervención, la violencia y el fraude, ha sido sistemáticamente movilizada por los sectores oligárquicos para impedir el triunfo del pueblo. En estas condiciones la voz de las mayorías libres ha sido acallada; no ha logrado expresarse. Hemos vivido desde nuestra independencia ahogados por el peso de esa maquinaria fatídica que en el curso de los años ha llegado

a anular la verdadera voluntad nacional. De ese modo, la generación y el funcionamiento de los poderes han reducido nuestro sistema representativo y las instituciones políticas del Estado a una mascarada vergonzosa y abyecta de la democracia (p. 21).

El debate político ponía el acento en las debilidades o insuficiencias del sistema político del país. Para la mayoría de los intelectuales obreros, la democracia burguesa no recogía los intereses del pueblo y de los trabajadores y, por ende, se convertía en un instrumento al servicio de las élites de poder. En el marco de las disputas electorales previas a las elecciones presidenciales de 1938, el dirigente comunista Elías Lafertte Gaviño (1886-1961), precisaba en relación con este punto:

La democracia, al revés de lo que sostiene el honorable señor Portales [Guillermo Portales Vicuña, senador liberal], no descansa en el individuo, en el ciudadano, como ente aislado de la colectividad. Teóricamente, la democracia es el reconocimiento del principio de subordinación de la voluntad de la minoría a los intereses de la mayoría, y aplicado este principio a la sociedad implica la formación de un aparato estatal que tiene la misión de someter la voluntad de la minoría a los intereses de la mayoría y, por lo tanto, de someter el interés individual al interés de la colectividad. Desgraciadamente, en el régimen capitalista ni la democracia es la subordinación de la minoría a la mayoría, ni el Estado cumple la misión de resguardar el interés general de la colectividad, por sobre el interés particular del individuo. Por el contrario, estando el Estado basado en la democracia liberal que descansa por sobre todas las cosas en el individuo, se ha transformado en el órgano de dominación de una insignificante minoría de individualidades que imponen por la fuerza sus intereses particulares a la inmensa mayoría de la sociedad [...] En consecuencia, la democracia liberal, la democracia burguesa, es democracia para una ínfima minoría de privilegiados y dictadura para la inmensa mayoría de la población (p. 12).

Romper con esta férrea estructura de dominación pasaba, hacia mediados de la década de 1930, por construir alianzas amplias, las que involucraban no solo a otros sectores obreros y a las capas medias, sino que incluso a sectores sociales pertenecientes a la burguesía. Se trataba, a juicio del dirigente comunista Carlos Contreras Labarca de desplegar "todas las fuerzas de la nación" (Contreras, 1939, p. 9).¹²

^{12 &}quot;El triunfo del Frente Popular se debe a que este organismo representa el conjunto de todas las fuerzas de la nación. La gran batalla histórica por la emancipación nacional no puede afrontarla un solo destacamento aislado del pueblo, ni los sectores

Pero los esfuerzos por alcanzar una alianza política con sectores sociales de élite llevaban a los dirigentes populares a reconocer la existencia de sectores oligárquicos interesados en preservar los intereses de la nación. El histórico dirigente del Partido Comunista de Chile, Elías Lafertte, sostenía en 1937:

Sabemos que existen en las filas de la Derecha, y muy especialmente entre su juventud, muchos hombres honestos, amantes de su país y de su pueblo, que condenan francamente la obra de traición nacional que realiza un minúsculo grupo de la oligarquía vendida al oro extranjero. Para cada uno de esos hombres existe en las filas del pueblo, en el ejército de liberación nacional, un puesto de combate para que demuestren en los hechos que están dispuestos a luchar por la salvación de su patria. Estos sentimientos nacionalistas y democráticos, de devoción a la emancipación de Chile y devoción a la libertad, no son monopolio exclusivo de un grupo de partidos o de una clase social determinada. Ellos son el patrimonio de todo un pueblo que ve en ellos la salida para su crisis crónica y la sola garantía en el ejercicio de todos sus ideales, incluso aquellos más íntimos y de raigambre más tradicional (pp. 16-17).

Estos cuestionamientos se hacían extensibles a aquellas empresas e inversionistas de origen extranjero que habían alcanzado una posición estratégica al interior de la economía, en especial en la explotación de recursos naturales. Efectivamente, la instalación en el país, a comienzos del siglo XX, de compañías cupríferas estadounidenses que operaban en diferentes regiones del territorio planteó fuertes críticas, tanto a las modalidades de explotación económica, como a las atribuciones y gestión política que desplegaban en sus áreas de trabajo. En 1926, el ensayista Ricardo Latcham Alfaro (1903-1965) denunciaba:

Las crecientes desbordes y atropellos de la soberanía nacional causados por los norteamericanos podrían ser detenidos por autoridades enérgicas y sanas. Por desgracia en la provincia de Antofagasta no sucede esto y lo más malo de lo malo ha regido esa desgraciada región. Antofagasta ha tenido intendentes como Armando Rojas Richards, instrumento vil del Presidente Alessandri, jueces como el tristemente célebre Arturo Briones Luco y Carlos Roberto González, mezclas todas de arribismo sórdido, de cobardía moral y de espíritu menguado,

de vanguardia de este. Nuestra experiencia demuestra que es necesario agrupar y poner en movimiento, con sujeción a un plan estratégico y táctico a otros sectores del pueblo, a sus sectores más rezagados, y en general, a todas las reservas".

comercial y vividor. Agréguese a lo dicho que la Chile Exploration Company distribuye dádivas suculentas y se verá si es posible detenerla en sus hazañas (p. 40).

La asociación entre empresas extranjeras y locales o la existencia de agentes locales al servicio de esas empresas foráneas, se transformó en la expresión de renuncia a la soberanía nacional y de conducta apátrida. El dirigente socialista Marmaduke Grove sostenía en 1934 la necesidad de una revolución económica que arrebatara a los monopolios extranjeros el control que ejercían sobre la economía (Grove, 1934, p. 20). Un año más tarde Grove (1935) reiteraba sus críticas:

Así vemos que toda la gestión financiera se ha encaminado a ir entregando, primero poco a poco, después vertiginosamente, toda la riqueza del país en manos del capitalismo extranjero, so pretexto que no teníamos capitales para el desenvolvimiento de las industrias grandes faenas extractivas. Pero el verdadero motivo ha sido la actuación de los gestores altamente colocados en las esferas de gobierno que, con títulos de abogado o gerentes de empresas extranjeras, no han tenido escrúpulo alguno en vender a Chile por un puñado de dinero. Y es así como la industria salitrera, que costó miles de vidas de chilenos fue pasando a manos del extranjero; después el cobre; las caídas de agua: los minerales de todas clases; recientemente se amenaza la riqueza marítima y ya se está gestionando entregar el petróleo, porque se sabe de su fabulosa existencia en Magallanes y otros puntos del territorio. Nos van quedando los telégrafos y los ferrocarriles que cualquier día serán enajenados, so pretexto de que con ello tendremos mejor servicio y se atenderá mejor los intereses de los nuevos dueños de Chile (p. 36).

Los comunistas chilenos no se distanciaban de estas posiciones. Para el secretario general de esa colectividad, el abogado Carlos Contreras Labarca, la dominación imperialista se asentaba en la conducta traicionera de la burguesía local. Al respecto señalaba en 1937:

Rotas las cadenas de esa esclavitud colonial, nuestro pueblo –dividido, aplastado y escarnecido– ha mantenido siempre en alto por espacio de más de 120 años la bandera de la independencia nacional y

^{13 &}quot;La política de monopolios y consorcios que dirigen la economía nacional desde el extranjero ha sido la característica más dramática de estos últimos años. Por eso junto a la reforma de los métodos políticos debe hacerse una transformación económica revolucionaria que pueda por primera vez crear una patria y una nación chilena de los trabajadores".

la democracia. Ha luchado sin descanso y desfallecimiento contra el nuevo opresor extranjero –el imperialismo– representado por unas 20 empresas gigantescas del capitalismo internacional que dominan soberanamente, con sus tentáculos, la vida económica y política del país. Ha luchado, también, con denuedo contra los traidores nacionales, representados por unas 50 familias de la oligarquía que han servido siempre de agentes del imperialismo (p. 2).

Para Grove, el proceso revolucionario que debía restituir a la nación el control de sus riquezas debía desplegarse a escala regional e involucrar al conjunto de las naciones latinoamericanas. La dimensión latinoamericanista de la lucha antiimperialista, que formó parte de la estrategia socialista desde su fundación, aparecía articulada con los movimientos de independencia de comienzos del siglo XIX, pero también con la lucha emancipadora del pueblo cubano, liderada por José Martí y, de forma más contingente, con la propuesta continental del Víctor Raúl Haya de la Torre (1936[1928]). En dicho proceso les correspondería a los socialistas y a sus aliados ponerse a la cabeza de la lucha contra el imperialismo y sus lacayos (Grove, 1936, p. 49). 14

Al concluir el ciclo que estamos analizando, la izquierda chilena había modificado sustantivamente su posición respecto de Estados Unidos, pero no así sobre los monopolios de ese país. Hacia 1938 el dirigente obrero y militante comunista Mario Hermosilla, señalaba:

Indudablemente, en estos instantes el gobierno de Roosevelt es un aliado de los países democráticos en la lucha contra la invasión fascista y en este sentido sus declaraciones en favor de la paz y la lucha que realiza en su país contra los banqueros inescrupulosos y los grandes especuladores que impulsan las guerras de conquista tras nuevos mercados y colonias que explotar, deben ser considerados como parte de la lucha contra el fascismo [...]. Sin embargo, es necesario comprender que en ningún momento podemos paralizar la lucha contra las fuerzas imperialistas de ese país, que son las que oprimen el nuestro. Es necesario comprender que la existencia de un gobierno democrático en un país imperialista, no modifica en ningún modo la condición de factor guerrero y fascista del capital financiero (p. 4).

^{14 &}quot;El Partido Socialista debe hacer madurar las energías que continuaran en grande escala, la elaboración de nuestras riquezas y de nuestras posibilidades. Hasta ahora la economía americana ha servido al imperialismo internacional: al Partido Socialista le corresponde arrojar del poder a los grupos directivos que no han sabido mantener nuestra independencia frente a los intereses extranjeros de la banca, la clerecía, de la industria o del comercio. El trabajo de los americanos debe servir a los americanos mismos".

Para los dirigentes obreros el peligro reportado por el fascismo europeo suponía una mayor gravedad que la presencia de Estados Unidos en Chile. Toda una paradoja, va que los intereses económicos y políticos de Italia y de Alemania en la región eran relativamente escasos, mientras que la presencia norteamericana era hegemónica (Cavieres, 1996, pp. 214-229; Meller, 1996, pp. 19-80). Pero como la administración de Franklin D. Roosevelt (1933-1945) había asumido una postura contraria al fascismo y al nacionalsocialismo y desplegaba una activa política de reformas sociales, se asumía entre los círculos obreros del país que el gobierno estadounidense se constituía en un aliado de las fuerzas democráticas a escala latinoamericana (Yopo, 1984, pp. 20-29; Gómez, 1984, pp. 5-13). Una percepción que cambiaría en agosto de 1939 cuando la Unión Soviética de Stalin suscribió con la Alemania de Hitler un tratado de no agresión que, para el caso de los comunistas chilenos restituyó a Estados Unidos a su rol histórico de potencia imperialista (Ulianova, 2008, pp. 149-155).

CONCLUSIONES

Hacia fines de la década de 1960 no era extraño observar en las manifestaciones obreras, junto a los estandartes de las respectivas organizaciones sindicales, una profusión de banderas chilenas. Es más, el calendario de conmemoraciones y fiestas obreras no solo contenía el hito referencial del Primero de Mayo o la fecha de fundación del sindicato, que distinguían con claridad el carácter de clase del movimiento, sino que al mismo se sumaban otros festejos de origen cultural diverso, como la Navidad (entrega de regalos a los hijos de los trabajadores) y muy especialmente el 18 de septiembre. En esa oportunidad las sedes sindicales y los barrios obreros se engalanaban con banderas y guirnaldas, se realizaban almuerzos y cenas familiares, se organizaban juegos v entretenciones especialmente para los niños v se pronunciaban encendidas y bien documentadas alocuciones que vinculaban la gesta independentista con la lucha por el socialismo. No era extraño encontrar en estos festejos grandes pancartas o murales en los cuales se alienaban diacrónicamente las imágenes de Bernardo O'Higgins, José Manuel Balmaceda, Luis Emilio Recabarren, Pedro Aguirre Cerda y Salvador Allende. En el imaginario popular, estimulado por la propaganda agitada por las organizaciones sociales y políticas de los trabajadores, los héroes de la patria se encontraban asociados a un proyecto de emancipación nacional, inaugurado en 1810, pero que hacia 1970 se encontraba en pleno desarrollo.

Esto podría parecer sorprendente si asumimos que la ideología predominante al interior del movimiento de trabajadores de esa época era el marxismo y, a partir del mismo, su orientación política y ética era el internacionalismo, el cual, a su vez, reivindicaba la unidad de la clase obrera sin distinción de fronteras territoriales o culturales. Cabe señalar que el internacionalismo siempre formó parte del acervo cultural de los trabajadores chilenos y que incluso en su fase formativa, entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, conllevó un repudio explícito a los conceptos de patria y nación; especialmente cuando estos aparecían asociados al discurso y por extensión a la representación que la élite oligárquica hacía del Estado y de la sociedad. De esta manera, la nación, en su dimensión restrictiva (comunidad histórico cultural) y la patria en su acepción chovinista (raza chilena), fueron reiterada y duramente criticadas por los dirigentes y las organizaciones obreras.

Pero los cambios operados en la institucionalidad y en la sociedad chilenas desde comienzos de la década de 1920 y profundizados durante la década de 1930, ampliaron la base social y política del movimiento obrero. Nuevos contingentes de trabajadores se apuntaron al sindicalismo legal y muchos de ellos se convirtieron en base social de apovo de las organizaciones políticas de la izquierda. Los procesos de politización si bien se mantuvieron ligados a la difusión de la prensa obrera v a la instrucción v sociabilidad desplegada a través de los ateneos obreros, fueron resignificando algunos contenidos. La patria y la nación dejaron de ser un monopolio discursivo en manos de la élite oligárquica, para pasar a convertirse en un campo semántico en disputa. Los líderes e intelectuales obreros enfatizaron el carácter apátrida de una oligarquía que enaienaba sistemáticamente las riquezas nacionales, a la par que reconocía en el pueblo trabajador no solo al productor de la riqueza, sino que, además, lo concebía como el depositario fundamental de la soberanía nacional. En este modelo, la defensa de la patria no refería, ni reivindicaba el enfrentamiento fratricida con otros pueblos trabajadores de la región, sino que demandaba la movilización del conjunto de la sociedad en defensa de las riquezas y de los intereses de la nación.

No es extraño, en consecuencia, que el nuevo discurso sobre la patria y la nación cristalizara rápidamente en el programa político de las organizaciones de trabajadores, tanto en las bases de los partidos políticos de izquierda, como entre los sindicatos afiliados a la Confederación de Trabajadores de Chile. El punto más alto de este proceso se alcanzó con la llegada al gobierno de Pedro Aguirre Cerda y la coalición que lideraba, el Frente Popular (1938). En el programa de gobierno de dicha coalición se explicitaba la necesidad de resolver "los problemas nacionales" y se repudiaba "la explotación sin control del capital imperialista", a la par que se proponía "una distribución más equitativa y más justa" de la riqueza y se planteaba introducir

una legislación "sobre las empresas imperialistas con el propósito fundamental de defender el patrimonio nacional" (Frente Popular, 1938, p. 18). Este modelo programático, pese a las especificidades de cada período, experimentaría un alto grado de continuidad en las propuestas del Frente de Acción Popular (1956) y de la Unidad Popular (1970), pero aún más relevante que ello, las nociones de patria y nación fueron apropiadas por el movimiento obrero otorgándole a las mismas nuevos significantes y, a través de ellos, transformando la cultura política de los trabajadores.

BIBLIOGRAFÍA

- Acción Revolucionaria Socialista. (1932). Manifiesto en *Grove*. *Órgano del Comité Ejecutivo Nacional Pro-Candidatura Grove* (Santiago de Chile), 14 de octubre.
- Álvarez, R. (2003). ¡Viva la revolución y la patria! Partido Comunista de Chile y nacionalismo (1921-1926). *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* (Santiago de Chile), 2(7).
- Angell, A. (1974). Partidos políticos y movimiento obrero en Chile. México: ERA.
- Armagni, J. R. (27 de noviembre de 1919). El sentimiento patrio. *La Vanguardia* (Valparaíso).
- Barría, J. (1960). Los movimientos sociales de Chile desde 1910 hasta 1926 (Aspecto político y social). Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Bourke, J. (2008). Sed de sangre. Historia íntima del combate cuerpo a cuerpo en las guerras del siglo XX. Barcelona: Editorial Crítica.
- Cardemil, A. (2000). *El huaso chileno*. Barcelona: Editorial Andrés Bello.
- Cariola, C. y Sunkel, O. (1982). *La historia económica de Chile, 1830 y 1930: Dos ensayos y una bibliografía*. Madrid: Editorial Cultura Hispánica.
- Cavieres, E. (1996). Inversionistas e inversiones extranjeras en Chile, 1860-1930 en Marichal, C. (ed.). Las inversiones extranjeras en América Latina, 1850-1930. Nuevos debates y problemas en historia económica comparada. México: Colegio de México.
- Cavieres, E. (26 de agosto de 1902). Por el campo libertario. *La Luz* (Santiago de Chile).
- Cid, G. y San Francisco, A. (eds.). (2009). *Nación y nacionalismo en Chile*. *Siglo XIX*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario.
- Cid, G. y San Francisco, A. (eds.). (2010). *Nacionalismo e identidad nacional en Chile. Siglo XX*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario.

- Concha, M. (1905). *El programa de la democracia*. Santiago de Chile: Imprenta el Siglo XX.
- Concha, M. (7 de abril de 1908). Ya es tiempo. *El Pueblo Obrero* (Iquique).
- Concha, M. (1910). *La lucha económica*. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes.
- Contreras, C. (1937). Discurso de Carlos Contreras en *Los comunistas, el Frente Popular y la independencia nacional.* Santiago de Chile.
- Contreras, C. (1939). *Informe ante el XI Congreso Nacional del Partido Comunista de Chile, el 21 de diciembre de 1939*. Santiago de Chile: Prensas de la Editorial Ercilla.
- Chile. (1900). Sétimo Censo Jeneral de la Población de Chile levantado el 28 de noviembre de 1895. Santiago de Chile: Oficina Central de Estadística.
- Chouteau, E. (1887). *Informe sobre la provincia de Coquimbo presentado al supremo gobierno*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional.
- Deves, E. (1997). Los que van a morir te saludan. Historia de una masacre. Escuela Santa María de Iquique, 1907. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Drake, P. (1992). *Socialismo y populismo. Chile, 1936-1973*. Valparaíso: Universidad Católica de Valparaíso.
- Edwards, A. (1928). *La fronda aristocrática en Chile*. Santiago de Chile: Imprenta Nacional.
- Escobar y Carvallo, A. (3 de julio de 1898). La sugestión patriótica. *El Martillo* (Santiago de Chile).
- Escobar y Carvallo, A. (9 de diciembre de 1900). Contra el anarquismo. *El Ácrata* (Santiago de Chile).
- Espinoza, M. (17 de octubre de 1897). La nueva era. *El Proletario* (Santiago de Chile).
- Fernández, E. (2003). *Estado y sociedad en Chile, 1891-1931: El Estado excluyente, la lógica estatal oligárquica y la formación de la sociedad.* Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Frente Popular. (1938). El Programa del Frente Popular. *Revista Hoy* (Santiago de Chile), 5 de mayo.
- Frías, E. (1911). *Las habitaciones obreras en Chile i en el extranjero*. Santiago de Chile: Imprenta Santiago.
- Furci, C. (2008). *El Partido Comunista de Chile y la vía al socialismo*. Santiago de Chile: Ariadna Editores.
- Garcés, M. (2003). *Crisis social y motines populares en el* 1900. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Goicovic, I. (1997). Surco de sangre, semilla de redención. La

- revuelta campesina de La Tranquilla (1923). *Valles. Revista de Estudios Regionales* (La Ligua) (3).
- Goicovic, I. (2005). Entre el dolor y la ira. La venganza de Antonio Ramón Ramón. Chile, 1914. Osorno: Universidad de Los Lagos.
- Goicovic, I. (2011). La crisis económica de 1929 y el retorno de los salitreros. Efectos políticos y sociales en el Valle del Choapa (1929-1938). *Espacio Regional. Revista de Estudios Sociales* (Osorno), 8(1).
- Gómez, M. S. (1984). *Partido Comunista de Chile. Factores nacionales e internacionales de su política interna (1922-1952)*. Documento de Trabajo N° 228, Santiago de Chile: FLACSO.
- Góngora, M. (1981). *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile*. Santiago de Chile: Ediciones de la Ciudad.
- Grez, S. (1997). De la regeneración del pueblo a la huelga general: Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890). Santiago de Chile: Dirección de Bibliotecas Archivos y Museos.
- Grez, S. (2000). Una mirada al movimiento popular desde dos asonadas callejeras (Santiago, 1888-1905). *Prohistoria* (Rosario) (4).
- Grez, S. (2002). ¿Autonomía o escudo protector? El movimiento obrero y popular y los mecanismos de conciliación y arbitraje (Chile, 1900-1924). *Historia* (Santiago de Chile) (35).
- Grez, S. (2007). Los anarquistas y el movimiento obrero. La alborada de la idea en Chile (1893-1915). Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Grez, S. (2011). *Historia del comunismo en Chile. La era de Recabarren (1912-1924)*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Grove, M. (1 de julio de 1934). Discurso pronunciado por el senador socialista Marmaduke Grove. *Núcleo* (Valparaíso).
- Grove, M. (febrero de 1935). El pago de la deuda externa. *Núcleo* (Valparaíso).
- Grove, M. (16 de febrero de 1935). El porvenir de la República está en la acción de nuestra organización. *Ruta* (Antofagasta).
- Grove, M. (febrero de 1936). Discurso del camarada Marmaduke Grove en el Segundo Congreso del Partido Socialista. *Núcleo* (Valparaíso).
- Grove, M. (1938). El líder del pueblo de Chile a las Milicias Socialistas. *Estatutos de las Milicias Socialistas* (Santiago de Chile).
- Guerra, J. (primera quincena de mayo de 1937). Debemos salvar a nuestro pueblo. *Machete* (Tocopilla).
- Gutiérrez, A. (16 de noviembre de 1933). Orientación socialista. *El*

- Radical Socialista (Santiago de Chile).
- Hedges, Ch. (2002). *La guerra es la fuerza que nos da sentido*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Henríquez, R. (2004). La jarana del desierto. Burdeles, prostitutas y pampinos en Tarapacá 1890-1910 en VV.AA., *Arriba quemando el sol. Estudios de historia social chilena: Experiencias populares de trabajo, revuelta y autonomía (1830-1940)*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Hermosilla, M. (1938). Cómo convertir a nuestro partido en el primer partido popular de la región. *Boletín del Departamento Regional de Organización del Partido Comunista* (Santiago de Chile). febrero.
- Hidalgo, M. (1 de mayo de 1923). Crisis del capitalismo. *Federación Obrera* (Santiago de Chile).
- Hidalgo, R. (2005). *La vivienda social en Chile La construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo XX*. Santiago de Chile: DIBAM.
- Ianni, O. (1975). La formación del Estado populista en América Latina. México: Ediciones Era.
- Illanes, M. A. (1990). Azote salario y ley. Disciplinamiento de la mano de obra en la minería de Atacama (1817-1850). *Proposiciones* (Santiago de Chile), (19).
- Illanes, M. A. (1991). Ausente señorita. El niño chileno, la escuela para pobres y el auxilio. Chile, 1880-1990 (Hacia una historia social del siglo XX en Chile). Santiago de Chile: JUNAEB.
- Illanes, M. A. (1993). En el nombre del pueblo, del Estado y de la ciencia. Historia social de la salud pública. Chile, 1880-1973. (Hacia una historia social del siglo XX). Santiago de Chile: Colectivo de Atención Primaria.
- Iturra, C. y Ortega, S. (1970). *Venceremos. Himno de la campaña presidencial de Salvador Allende*. Santiago de Chile: DICAP.
- Joas, H. (2005). Guerra y modernidad. Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo XX. Barcelona: Editorial Paidós.
- Klindeberger, Ch. (1985). *La crisis económica 1929-1939*. Barcelona: Crítica.
- Klubock, Th. (1995). Hombres y mujeres en El Teniente (La construcción de género y clase en la minería chilena del cobre, 1904-1951) en Godoy, L. et al., *Disciplina y desacato (Construcción de identidad en Chile, Siglos XIX y XX)*. Santiago de Chile: SUR-CEDEM.
- Lafertte, E. (1937). El comunismo y la democracia. *Los comunistas, el Frente Popular y la independencia nacional* (Santiago de Chile).
- Lafertte, E. (1937). El comunismo y la religión. Los comunistas, el

- Frente Popular y la independencia nacional (Santiago de Chile).
- Latcham, R. (1926). *Chuquicamata Estado yankee: (Visión de la montaña roja)*. Santiago de Chile: Imprenta Nascimiento.
- León, M. (1995). Entorno a una pequeña ciudad de pobres, la realidad del conventillo en la Literatura Chilena 1900-1940. *Mapocho* (Santiago de Chile), *(37)*.
- Lozoya, I. (2018). Los intelectuales y las ideologías de izquierda en el siglo XX en Gazmuri, S. (ed.), *Historia política de Chile (1810-2020)*. *Historia de los intelectuales y el pensamiento político*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- Martínez, C. A. (marzo de 1935). Carlos Alberto Martínez habla sobre la deuda externa. *Núcleo* (Valparaíso).
- Meller, P. (1996). *Un siglo de economía política chilena, 1880-1990*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Méndez, C. (2009). *Héroes del silencio*. *Los veteranos de la Guerra del Pacífico*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario.
- Milos, P. (2008). Frente Popular en Chile: Su configuración, 1935-1938. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Olea, L. (10 de octubre de 1897). Nuestra propaganda al proletariado. *El Proletario* (Santiago de Chile).
- Olea, L. (6 de marzo de 1898). "Refutación al artículo de A. Dester, titulado La religión de un cobarde". *La Tromba* (Santiago de Chile).
- Ortega, L. (2005) *Chile en ruta del capitalismo: Cambio, euforia y depresión (1850*-1880). Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Ortiz, F. (2005). *El movimiento obrero en Chile (1891-1919)*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Partido Comunista de Chile. (1938). *Resolución de la Conferencia Regional de Organización* (Santiago de Chile), 9 de enero.
- Pinto, J. (1998). La transición laboral en el norte salitrero: la provincia de Tarapacá y los orígenes del proletariado en Chile 1870-1890 en Pinto, J. (ed.), *Trabajos y rebeldías en la pampa salitrera: El ciclo del salitre y la configuración de las identidades populares (1850-1900)*. Santiago de Chile: Universidad de Santiago de Chile.
- Pinto, J. (1999). Socialismo y salitre: Recabarren, Tarapacá y la formación del Partido Obrero Socialista. *Historia* (Santiago de Chile), (32).
- Pinto, J. (2007). Donde se alberga la revolución. La crisis salitrera y la propagación del socialismo obrero (1920-1923) en Pinto, J., Desgarros y utopías en la pampa salitrera. La consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923). Santiago de Chile: LOM Ediciones.

- Pinto, J. y Valdivia, V. (2001). ¿Revolución proletaria o querida chusma? Socialismo y alessandrismo en la pugna por la politización pampina (1911-1932). Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Pinto, J. y Valdivia, V. (2009). ¿Chilenos todos? La construcción social de la nación (1810-1840). Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Pinto, J., Valdivia, V. y Artaza, P. (2003). Patria y clase en los albores de la identidad pampina (1860-1890). *Historia* (Santiago de Chile), (36).
- Pizarro, C. (1986). *La huelga obrera en Chile: 1890-1970*. Santiago de Chile: Ediciones SUR.
- Poblete, M. (1924). Prólogo en Poblete, M. y Álvarez, O. (recop.), Legislación social obrera chilena. Santiago de Chile: Imprenta Santiago.
- POS. (14 de agosto de 1915). Declaración de principios. *El Socialista* (Valparaíso).
- Prado, L. (2019). Obrerismo y antiguerrerismo, otros nexos entre intelectuales, artistas y partidos comunistas en el cono sur en la década de 1930. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades* (Santiago de Chile) 23(1).
- Haya de la Torre, V. R. (1936)[1928]. *El antiimperialismo y el APRA*. Santiago de Chile: Editorial Ercilla.
- Recabarren, L. E. (5 de noviembre de 1904). No más militares. *El Trabajo* (Coquimbo).
- Recabarren, L. E. (8 de abril de 1905). Papeles añejos. La tierra y el hombre III. *El proletario*, (Tocopilla).
- Recabarren, L. E. (25 de mayo de 1907). Carta al Director. *El Pueblo Obrero* (Iquique).
- Recabarren, L. E. (13 de enero de 1908). La barbarie burguesa en acción. Militares asesinos que confiesan sus crímenes. La actitud del pueblo indignado. *La Voz del Obrero* (Taltal).
- Recabarren, L. E. (28 de abril de 1914). Muy alto no alcanzas. *El Despertar de los Trabajadores* (Iquique).
- Recabarren, L. E. (6 de octubre de 1916). Patria y patriotismo. *La Aurora* (Taltal).
- Recabarren, L. E. (1976)[1910]. Ricos y pobres en Recabarren, L. E., *Obras*. La Habana: Casa de Las Américas.
- Recabarren, L. E. (1976)[1921]. ¿Qué queremos federados y socialistas? en Recabarren, L. E., *Obras*, La Habana: Casa de Las Américas.
- Recabarren, L. E. (s/f). *La Rusia obrera y campesina*. Santiago de Chile: Talleres Gráficos.
- Rinke, S. (2002). *Cultura de masas. Reforma y nacionalismo en Chile,* 1910-1931. Santiago de Chile: DIBAM.

- Rojas, J. (1996). *Los niños cristaleros: Trabajo infantil de la industria. Chile, 1880-1950.* Santiago de Chile: DIBAM.
- SA. (20 de mayo de 1904). *El Obrero Libre* (Estación Dolores, Tarapacá).
- Saéz-Arance, A. (2010). Entre la autocomplacencia y la crisis: Discursos de chilenidad en el primer centenario. *Historia Mexicana* (México), 60(1).
- Salazar, G. (1989). *Labradores, peones y proletarios. Formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX*. Santiago de Chile: Ediciones SUR.
- Salazar, G. (2003). *Historia de la acumulación capitalista en Chile* (*Apuntes de clase*). Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Salazar, G. (2005). Construcción de Estado en Chile (1800-1837). Democracia de los pueblos. Militarismo ciudadano. Golpismo oligárquico. Santiago de Chile: Editorial Sudamericana.
- Salinas, R. (1983). Salud, ideología y desarrollo social en Chile. *Cuadernos de Historia* (Santiago de Chile), (3).
- Sater, W. (2009). *La imagen heroica de Chile: Arturo Prat, santo secular.* Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario.
- Silva, B. (2017). La construcción nacional durante el Frente Popular chileno: Entre novedad y continuidad histórica. 1938-1941. *Revista Tiempo Histórico* (Santiago de Chile), 8(14).
- Stuven, A. M. y Pamplona, M. (eds.). (2010). *Estado y nación en Chile y Brasil en el siglo XIX*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica.
- Suárez, M. (2016). Estado, nación y federalismo en Europa del sur y América Latina en Suárez, M. (ed.), *Federalismos. Europa del sur y América Latina en perspectiva histórica*. Granada: Editorial Comares.
- Torres, I. (1986). Los conventillos en Santiago (1900-1930). *Cuadernos de Historia,* (Santiago de Chile), *(6)*.
- Ulianova, O. (2008). Develando un mito. Emisarios de la Internacional Comunista en Chile. *Historia* (Santiago de Chile), 1(41).
- Urbina, M. X. (2002). *Los conventillos de Valparaíso, 1880-1920. Fisonomía y percepción de una vivienda popular urbana.* Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso.
- Valdivia, V. (2016). *La Milicia Republicana. Los civiles en armas,* 1932-1936. Valparaíso: Editorial América en Movimiento.
- Venegas, H. (1997). Crisis económica y conflictos sociales y políticos en la zona carbonífera. 1918-1931. *Contribuciones Científicas y* Tecnológicas (Santiago de Chile), (116).
- Venegas, H. (1997). De peón a proletario. La minería de la plata y el

- primer ensayo de proletarización. Atacama a mediados del siglo XIX en Pinto, J. (coord.), *Episodios de historia minera. Estudios de historia social y económica de la minería chilena, siglos XVIII-XIX*. Santiago de Chile: Editorial Universidad de Santiago.
- Vitale, L. (1980). *Interpretación marxista de la historia de Chile. De semicolonia inglesa a semicolonia norteamericana*. Barcelona: Editorial Fontamara.
- Walzer, M. (2001). *Guerras justas e injustas. Un razonamiento moral con ejemplos históricos*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Yáñez, J. C. (2003). Estado, consenso y crisis social. El espacio público en Chile, 1900-1920. Santiago de Chile: DIBAM.
- Yáñez, J. C. (2008). *La intervención social en Chile, 1907-1932*. Santiago de Chile: PEDCH-RIL.
- Yopo, B. (1984). *El Partido Socialista chileno y Estados Unidos,* 1933-1946. Documento de Trabajo N° 224. Santiago de Chile: FLACSO.
- Zúñiga, L. (1938). *El partido Socialista en la política chilena*. Santiago de Chile: Biblioteca Socialista.

JUAN VIGO Y LA CONSTRUCCIÓN DE UN RELATO RESISTENTE*

Mariana Mastrángelo y Pablo Pozzi

En un artículo publicado en 2013, el historiador brasileño Luiz Felipe Falção (2013, p. 88) señalaba que una "ilusión óptica, además de inspiración para producciones de carácter estético, puede ser útil para [...] producir con algún talento una traducción verosímil de un episodio, una situación o una trayectoria reciente proporcionando así una alegoría de verdad que figure como una invención controlada y necesaria". A su vez, la antropóloga portuguesa Paula Godinho explica que "en cualquier período histórico, es difícil y complicado el proceso de revalidación de una tradición heredada (2017, p. 35) [... donde] cada individuo no se mueve en un único grupo social: se cruza en el día a día con otros colectivos, que lo complementan o lo enfrentan [...] En suma, las identificaciones sociales no se basan en un colectivo único, no implican acciones enteramente similares y no generan una única conciencia v pertenencia, lo que genera diversas prácticas posibles" (2017, p. 41). Los planteos de Falção y Godinho son muy interesantes para considerar el surgimiento, y la construcción, de un relato y una "tradición" peronista en Argentina después del golpe de estado de 1955. En particular porque esa "tradición" implica rupturas, resignificaciones, y no continuidades, con la construida durante el primer peronismo (1946-1955).

^{*} Agradecemos la invalorable ayuda de Gerardo Médica y Roberto Ferrero para la realización de este artículo.

Así, no solo hay varios peronismos por sus prácticas y objetivos, al decir de autores como Horowicz (1985) y Sidicaro (2002), sino que esos peronismos también implican la construcción de una nueva tradición presentada como una "revalidación" de la anterior, que en realidad es una "ilusión óptica" al decir de Falcão.

Aquí se trata de analizar, y discutir, una de las obras emblemáticas del peronismo de "la Resistencia" y de la generación "maravillosa" de la Juventud Peronista de 1973: las Crónicas de la Resistencia *Peronista*, de Juan M. Vigo. Esta obra es interesante, y representativa de una tradición, en gran parte porque fue leída por muchos de los activistas y militantes que se volcaron al peronismo revolucionario (James, 1976), v también porque sus planteos e imágenes fueron reproducidas una v otra vez incluvendo la imagen del conjunto de un 'pueblo peronista" intuitivamente resistente, y la dicotomía entre pueblo y dirigentes, o entre obreros y burocracia sindical. De hecho, es notable que dedica su libro a Evita y no a Perón (o a ambos), mientras titula apartados con frases del tipo "mientras los dirigentes huían, las masas actuaban" (p. 46). Esto podría ser un reconocimiento hacia la militancia peronista de izquierda al principio de la década de 1970, que se reconocía más como "evitista" que como "de Perón". Pero también es una ubicación propia del mismo Vigo como resistente peronista y ex comunista, para el cual ya en 1950 debe haber sido atractivo el discurso combativo y confrontativo de Evita con la oligarquía.

En 1973, el abogado y periodista Juan Vigo publicó su *Crónicas* de la Resistencia peronista. ¡La vida por Perón! Memorias de un combatiente de la Resistencia. Estas cubren los meses entre 1955 y 1956 cuando Vigo fue un activo militante de la Resistencia y uno de los impulsores de los Comandos Coronel Perón en la provincia de Santa Fe. Según señala el mismo Vigo, las *Crónicas* fueron escritas en la cárcel en 1958. Esto debería ser notable, las *Crónicas* fueron publicadas recién quince años después de escritas. ¿Por qué? ¿Por qué ninguna de las editoriales o de los numerosos periódicos y revistas cercanos al peronismo publicó siguiera una parte? Más aún, Vigo se presenta como un protagonista importante de la Resistencia hasta el momento en que es detenido. Pero luego desaparece de la escena política hasta que publica sus *Crónicas*, para volver a desaparecer. En cierto sentido parecería que Vigo refrenda con su historia personal que la militancia peronista es de base y anónima. O sea, parecería decir que su lucha fue por el pueblo y no por cargos y honores. Lo que no sabemos es si eso fue real o, por lo contrario, y como muchos, Vigo fue dejado de lado por otros protagonistas que forjaron una carrera política a partir de la Resistencia. De todas maneras, la visión

que transmite Vigo se asemeja a "una alegoría de verdad que figure como una invención controlada y necesaria" en la construcción del mito peronista para las nuevas generaciones.

En realidad, se sabe relativamente poco de Juan Maximino Vigo¹, más allá de que fue una figura bastante particular. En las Crónicas revela que había sido miembro del Partido Comunista durante casi dos décadas (pp. 98, 115, 136). También relata que entre 1943 y 1946 "había actuado contra el general Perón" (p. 29), e insiste que "estábamos ciegos" (p. 32). Entró en crisis con los resultados electorales de febrero de 1946 va que "surgió en mí la duda de si las masas no estarían en posesión de la gran verdad histórica" (p. 32). Y no creía "en la traición del Partido Comunista" (p. 32). A partir de ese comienzo, Vigo relata su pase al peronismo como una especie de despertar iniciático, ya que si bien "tenía simpatías" recién entró en crisis con el comunismo poco después de las elecciones de febrero de 1946. Sus críticas a la política del PCA (v sus dudas) no encontraron eco en sus compañeros v luego fue expulsado. Allí, "no me acerqué al partido [peronista] ni a sus dirigentes, pero mis inquietudes eran conocidas por los peronistas" (p. 33). No sabemos si fue parte del Movimiento Obrero Comunista (MOC)² de Rodolfo Puiggrós v Eduardo Astesano, si bien en su obra hace positiva referencia varias veces a este último. Suponemos que conocía a Astesano de la época en que ambos militaban en el PCA, v que fueron estudiantes de Derecho en la Universidad Nacional del Litoral. De hecho, ambos se reciben de abogado (Astesano en 1946, Vigo no sabemos, pero debe ser en esa época), v en las *Crónicas* se percibe que Vigo le tenía aprecio. En cambio, no tiene la misma opinión de Rodolfo Puiggrós, al que tilda de stalinista luego de referirse a su pedantería, soberbia v falta de contacto popular (pp. 61, 64, 91, 94). Más allá de la certeza, o no, de sus opiniones, Vigo deja la impresión de que había una fuerte disputa por el liderazgo de la Resistencia Peronista entre aquellos antiguos comunistas que ahora integraban el movimiento.

¹ El día 19/07/2020, el periódico *La Opinión* de Trenque Lauquen informa que "Juan Maximino Vigo, falleció el 16 de julio de 2020, a los 88 años de edad, en Treinta de Agosto", cercano a la ciudad de Trenque Lauquen (provincia de Buenos Aires). Lo notable es que coinciden en los nombres y en el nombre de su hija, pero no en la edad. Este Vigo nació en 1932, con lo cual no puede haber tenido 20 años de militancia comunista en 1946. De hecho, para ser compañero de Eduardo Astesano (1913-1991), nuestro Vigo debe haber nacido alrededor de 1910. Y si es la misma persona (lo cual puede ser), entonces es indudable que las *Crónicas* mienten sobre las dos décadas de militancia. ¿Inventa Vigo o no? Otro de los aspectos oscuros de su autobiografía.

² El Movimiento Obrero Comunista fue una organización conformada en 1949 por varios militantes expulsados del PCA entre 1946 y 1947.

Otro aspecto notable es que entre 1946 y 1955 no se integró al peronismo, sino que se mantuvo como mero simpatizante. Pero el proceso de acercarse no fue repentino y Vigo señala: "Mi simpatía hacia la revolución nacional fue creciendo, no obstante, los sapos crudos que de vez en cuando había que tragarse" (p. 33). Esto es notable, y es la única mención que realiza de lo que fue una faceta singularmente represiva del peronismo hacia aquellos que, hasta hacía poco, habían sido sus camaradas durante años. Al mismo tiempo debió encontrar dificultades para integrarse al nuevo movimiento. Ahí, lo más probable, es que sus conocidos peronistas desconfiaran de un comunista veterano que les había "hecho la contra" antes de las elecciones. Al igual que otros escindidos del PCA, recién se va a incorporar al peronismo como activista luego del golpe de estado de 1955. Más allá de lo anterior, es notable que veinte años como miembro del PCA, en una época de grandes luchas y represiones, indicaría que se unió al partido alrededor de 1925, y que debió ser un "rojo experimentado". Es notable que no dé más especificaciones. ¿Será cierto o es algo inventado? ¿Fue Vigo uno de esos militantes comunistas, como Domingo Blajakis o el mismo Astesano, con experiencia de luchas sociales, o como el anarquista Miguel Torres, que se acercaron al peronismo? ¿O en realidad está estableciendo sus credenciales militantes para luego poder contar su historia incluyendo la ponderación de los diversos protagonistas? ¿Menciona su pasado comunista para comenzar a establecer una nueva tradición, una identidad resistente?

Sabemos que Vigo había sido periodista en el periódico El Litoral. de Santa Fe, donde se puede constatar que publicó varios artículos con su firma entre 1941 y 1954. En particular, los artículos previos al surgimiento del peronismo son notables por su enfoque cercano al nacionalismo de izquierda. Por ejemplo, su artículo "Diez Años de Proteccionismo Agrario" (El Litoral, 15 de abril de 1941) desarrolla una crítica a las políticas de la oligarquía agraria con las que podría estar de acuerdo desde Raúl Scalabrini Ortiz hasta Rodolfo Puiggrós, y ciertamente el PCA de la época. La impresión que dan estos artículos es que Vigo adhería a una variedad de marxismo más cercano al agrarismo nacionalista y antiimperialista, que sustentaba en esa época la Federación Agraria Argentina, que tenía puntos de contacto con las difusas ideas tanto del peronismo como del nacionalismo y los revisionistas de todo tipo. Años más tarde Vigo publicó catorce artículos en la revista Todo es Historia, donde colaboró desde el segundo número de junio de 1967. Asimismo, parece haber realizado un viraje importante, adherido al revisionismo histórico de derecha e integrando el Instituto Histórico "Juan Manuel de Rosas" y haber realizado un largo estudio sobre el Grito de Alcorta. Los últimos años de su vida los pasó en Helvecia (provincia de Santa Fe) donde se encuentra parte de su biblioteca personal en el Archivo del Museo Histórico de la ciudad.

Más allá de su historia personal, lo importante de su obra *Crónicas* es que insiste en presentarla como testimonio vivencial, escrito "en su momento" cuando los recuerdos "aún estaban frescos". En eso parecería establecer que él, a diferencia de sus contemporáneos Salvador Ferla o del sindicalista Miguel Gazzera, fue "primero", incluyendo el testimonio de Juan Carlos Brid publicado en la revista *Nuevo Hombre* en 1971, ya que Vigo habría escrito lo suyo entre 1957 y 1958. Como tal, Vigo establece un parámetro "de verdad", que a su vez contiene una valoración de los hechos y de los protagonistas. Esto implica, como bien señala Benito Bisso Schmidt, que Vigo ha "solidificado una memoria de sí a lo largo del tiempo" (2012, p. 228) que no se trata de "desmitificar" para ver cuál es la realidad, o sea el verdadero Vigo. Más bien se trata de analizar cómo, al solidificar su relato, Vigo construye una tradición, una imagen, y una historia determinada de la Resistencia Peronista.

El relato de *Crónicas* debe analizarse en función de tres aspectos distintos: la estructura en sí, la información que brinda, y cómo ambos se combinan para construir una imagen determinada del peronismo. Al mismo tiempo hay que preguntarse no solo lo que dice sino lo que quiere decir. ¿Hasta dónde se corresponde con los hechos? ¿Es, como dice él, un relato verídico de la Resistencia, o por el contrario, es la construcción de un nuevo relato acorde con la resignificación del peronismo por parte de una nueva generación de activistas? También, hay que preguntarse si su pasado comunista le otorgó una perspectiva, o sea una forma de representación, que interpeló fuertemente a esa nueva generación ligada a las elecciones de 1973.

Las *Crónicas* pueden asemejarse a una novela de viajes y descubrimientos presentada como testimonio veraz. Sin embargo, las *Crónicas* de Vigo son mucho más que un testimonio verosímil: son una construcción, una invención, dirigida tanto a la formación de las nuevas generaciones de activistas, como a reivindicar su propio protagonismo y saldar cuentas con algunos contrincantes de aquella época. O sea, como señala Falcão, "puede contribuir a conocer y dar a conocer lo contemporáneo con ingenio y arte, o sea, para producir con algún talento una traducción verosímil de un episodio, una situación o una trayectoria reciente, proveyendo así una alegoría de verdad que figure como invención controlada y necesaria" (p. 89). Vigo comienza su trayecto con el golpe antiperonista de 1955 y lo termina meses más tarde con su caída en prisión.

En esto Vigo es muy diferente de los autores de otras memorias, por ejemplo, la de Domingo Varone o la de Juan Carlos Cena. Ambos,

Cena y Varone, comienzan su relato escribiendo sobre su familia, su niñez v su iuventud como forma de darle un contexto a lo que van a relatar después. En cambio, Vigo comienza su relato con la caída del primer peronismo en 1955, con escasas referencias a los años anteriores desde 1943. Esto es notable porque a diferencia de otras memorias, no quiere (o no necesita) dar un contexto para comprender los hechos que va a relatar. Sus referencias al período previo a la Resistencia son escasas y todas apuntan a la construcción de una nueva visión del peronismo. Esto llama la atención porque la persecución y tortura de los militantes comunistas por parte de la Sección Especial y la División de Orden Político, están bien documentados (Kabat, 2017; Cutillo, 2018). Eso incluve el silencio de casos sonados en su momento como la detención y tortura de Atahualpa Yupangui. al cual Vigo señala como conocido y amigo suyo (Vigo, p. 33). Si el travecto previo, que lo lleva al peronismo resistente tiene apenas unas alusiones (podemos inferir que desde el punto de vista de su "viaje" esto no es importante), el posterior a 1956, o sea a su caída en la cárcel, lo es aún menos. Parecería que su tiempo en prisión lo saca del protagonismo histórico, si bien por lo que dice en su "Breve explicación" a la publicación, la cárcel fue el momento de reflexión y análisis de la experiencia pasada. En este sentido, se asemeja a tantas novelas de aventuras donde el protagonista, ya anciano, recuerda sus andanzas de juventud con la ventaja de la mirada retrospectiva. Al mismo tiempo, establece su "veracidad" al insistir que la escribió inmediatamente después, mientras estaba en la cárcel. En esto es indudable que Vigo intenta establecer su carácter de "memoria fresca" o de "recuerdos veraces", y al mismo tiempo lo protege de una posible acusación de saldar cuentas con camaradas que emergen poco airosamente de sus páginas.

La escritura en sí es simple, accesible, sin palabras difíciles ni imágenes complejas. Se nota su oficio de periodista, al igual que el de historiador no profesional que maneja muy bien el lenguaje de divulgación. Pero también tiene un cierto trasfondo político que revela su pasado comunista ya que en cierto sentido recuerda mucho al lenguaje utilizado por las novelas soviéticas. Más aún, al igual que en estas últimas, Vigo recurre a una estructura dicotómica donde el pueblo trabajador se contrapone permanentemente a los burócratas y funcionarios mientras se enfrenta al enemigo autoritario y represor. Asimismo, el léxico recuerda al de un militante de izquierda cuando hace referencia permanentemente a células, trabajo de masas, criterios de seguridad y clandestinidad, una organización que se articule de arriba hacia abajo y viceversa recordando al centralismo democrático (pp. 114 y 182). En particular cuando señala el ejemplo "en especial los comunistas,

que, en ese terreno eran maestros" de la organización clandestina (p. 115). Muy sintéticamente, es imposible no reconocer características similares, tanto en la escritura como en la estructura dicotómica, a La Joven Guardia, de Alexsandr Fadaev, novela escrita en 1946 sobre la resistencia antifascista clandestina que vendió más de 26 millones de ejemplares en su momento. ¿Conocía Vigo la obra de Fadaev? Es posible, va que varias generaciones de activistas argentinos, de izquierda v peronistas, leveron este tipo de novelas, más aún si habían militado en las filas del Partido Comunista. Pero el punto no es que Vigo hava copiado a Fadaev, sino más bien que adopta el modelo narrativo del realismo soviético por el cual una historia atrapante es utilizada para enseñar una lección política y moral. En ambos casos, el de Vigo y el de Fadaey, la novela "revela" la esencia heroica del pueblo llano, que es el que "hace la historia", más allá que luego algunos traten de apropiarse y usufructuar ese protagonismo. Así, donde Fadaev hablaría del "Partido" Comunista, Vigo inserta "Movimiento" peronista. Y en ambos casos, por detrás, como una sombra que digita estratégicamente y que inspira a los más grandes sacrificios, está el líder que encarna a la clase obrera: Stalin en el caso de Fadaev, Perón en el de Vigo, ambos incuestionables v prescientes.

Vigo parece tener conciencia de la impronta que dejó el PCA en él por lo que realiza una doble operación que le permite tomar distancia. Por un lado, cada tanto hace alusión al carácter de "traidor" y proimperialista de su viejo partido. Esto, además, le posibilita, sin decirlo, explicar su alejamiento y rechazar posibles acusaciones de estar infiltrado en el peronismo (los famosos "submarinos" que implementó el PCA luego de la autocrítica de 1947 y que protagonizaron buena parte de las huelgas entre 1949 y 1954). Por otro lado, los elimina de la historia. O sea, no hay referencias a activistas, delegados, o dirigentes comunistas a pesar de que otras memorias, como la de Juan Carlos Cena (1998), demuestran a las claras su presencia constante en las luchas de la época. Esto es aún más notable ya que Vigo, como viejo comunista, debía conocer a muchos de los comunistas activos en la provincia de Santa Fe. ¿Por qué no los menciona? Es más, no alude a activistas de ninguna otra corriente. En realidad, esto es parte de su visión dicotómica: entre el pueblo peronista y el antiperonismo oligarca. no existe nada.

Las *Crónicas* de Vigo tratan desde septiembre de 1955 hasta junio de 1956, o sea escasos diez meses de lo que fue una actividad intensa. La cantidad de información que brinda la obra es abrumadora. Es un largo relato de reuniones, citas, nombres, prácticas militantes erradas y acertadas. De hecho, un elemento sorprendente es que Vigo se haya arriesgado a escribir estos apuntes en la cárcel

entre 1957-1958, ya que podría ser utilizado como informe policial. Quizás esa fue una de las razones por las que esperó unos quince años antes de publicarlas.

En su relato hay una cantidad de cuestiones interesantes y que chocan con la historia oficial de la Resistencia. Veamos dos anécdotas:

Uno de los primeros grupos con el que tomamos contacto había sido organizado por el ex diputado Miguel Torres, antiguo anarquista, plegado al peronismo [...] Me interesó sobremanera el informe del compañero Torres, [...]—¿Cómo hacen los volantes? —Con un sello —contestó el abnegado compañero (p. 48).

Meses más tarde, Vigo recuerda que se reúne con el teniente coronel Ruchti, al que brinda un informe como secretario de organización de los comandos coronel Perón: "Estamos en contacto con unos diez mil compañeros, sobre los cuales solo ejercemos mando efectivo en unos 700 u 800. De estos solo podemos confiar en la mitad. Pero para empresas de gran responsabilidad, no me comprometería a proporcionar más de 80 compañeros" (p. 184).

Esta no es la visión que se ha acuñado de la Resistencia, que hace énfasis en masas movilizadas, acciones de sabotaje, y los famosos "caños". De hecho, Vigo da la impresión de un movimiento resistente con relativamente escasos activistas. La sensación que deja *Crónicas* es que Vigo quizá coincidiría con la hipótesis de Ernesto Salas cuando dice "en el período tratado existe una resistencia cultural construida de una manera compleja y que la transmisión de estos significados resistentes se hacía mediante una red de estructuras informales de organización y comunicación" (Salas, 1994, p. 142).

La visión de la Resistencia construida y comúnmente aceptada (y posiblemente hasta real) centra su visión en la espontaneidad y organización de las masas peronistas, cuyo accionar se concentraba en huelgas, sabotajes, bombas, y acciones de propaganda.³ Así se desarrolla una imagen de un altísimo nivel de participación y organización que daba pie a la caracterización de John William Cooke (1983): "El clima insurreccional existe. La organización insurreccional (vanguardia del proletariado diríamos, si no fuese porque ya estamos suficientemente acusados de comunistas) aún no está a punto, aunque falta poco" (Carta 11/IV/57).

En cambio, el historiador Daniel James (1990), luego de citar el informe de Vigo, insiste que:

³ Hay una extensa bibliografía sobre el tema.

De cualquier manera, es evidente que también existían incontables células clandestinas consistentes sobre todo en amigos que vivían en el mismo barrio y cuya influencia y acciones estaban mucho más circunscriptas. [...] En 1956 también se intensificó el empleo de bombas contra objetivos militares y edificios públicos. Esta forma de acción exigió una ejecución planificada y cierta experiencia en la fabricación de artefactos explosivos. Actos como la colocación de una bomba en la fábrica militar de Villa Martelli y el atentado contra el depósito de armas del Colegio Militar debieron ser minuciosamente planeados y contar con un mínimo de organización de apoyo (pp. 114 y 115).

A esto, Melón Pirro agrega: "Aun así, hubo unos 125 atentados con bombas, solamente entre diciembre de 1956 y julio de 1957" (2009,p. 91).

En realidad, descripciones como las de James y Melón Pirro dan la sensación de que la Resistencia implicaba un fuerte entramado de organización y activistas, que daba la idea de que la dictadura estaba sentada sobre un polvorín. En lo único en que coincidirían con Vigo es que el liderazgo de la Resistencia dejaba mucho que desear. O sea, ¿por qué no explotó la situación? Por lo que James denominó el proceso de "integración" que llevó a la burocratización del movimiento peronista. Lo que sí los diferencia es que, según Vigo, la burocratización comienza antes de 1955 y sería una de sus explicaciones de por qué Perón fue derrocado. Así se refiere a "la mentira de las escuelas peronistas" (p. 114) y "otro de los lados oscuros del régimen del general Perón, una de las grandes fallas de este extraordinario político, proclive [...] al halago, y refractario [a las críticas]" (p. 54).

La realidad parece haber sido más cercana a la visión de Vigo. Para empezar, aun aceptando el planteo de James de que eran incontables las células clandestinas (en realidad no cita ninguna fuente al respecto), habría que ver hasta dónde eran "células" y no simplemente grupos de amigos que discutían política como en buena parte de las familias argentinas de la época. Una célula implica un nivel de organización que, como bien señala Vigo, estas no parecían tener. Más aún, se contabilizan 125 atentados con bombas a lo largo de ocho meses, lo que daría un promedio de 15 mensuales. Lo que no se dice es si estas bombas eran de un nivel muy básico (caños con pólvora negra o cartuchos de dinamita) o algo que implicaba mayor complejidad y por ende organización. De hecho, hay noticias que involucrarían un alto nivel de voluntad, pero un bajísimo nivel de organización. Por ejemplo: "En Río Segundo, Córdoba, se anunció la detención de un grupo implicado en varios atentados efectuados entre el 12 de enero y el 27 de febrero, la mayoría eran obreros y empleados. Entre los hechos de los que se los acusaba estaba la colocación de un artefacto explosivo

en el estudio jurídico del dirigente conservador e integrante de la Junta Consultiva, organismo encargado de asesorar al gobierno, José Aguirre Cámara; también estaban implicados, según las fuentes oficiales, en otros atentados en casas de dirigentes políticos y militares".

En realidad, lo que refleja Vigo es un genérico sentir peronista, con un bajo nivel de organización y escaso activismo, aunque mayores niveles de colaboración. Vigo tiene conciencia del problema y culpa no solo a los dirigentes (pp. 46, 109), sino a la falta de experiencia política y la vana ilusión con un posible golpe militar peronista en detrimento del trabajo de organización entre las masas. En el apartado "Organización, no chirinadas" insiste que "mi propósito era empezar el trabajo desde abajo, procurando atraer a los dirigentes honestos y capaces" (p. 86). Es inevitable la inferencia que los dirigentes de la Resistencia no eran ni honestos ni capaces.

Esta dicotomía, entre masas peronistas y dirigentes "charlatanes", es lo que articula toda la *Crónica*. Así los comentarios mordaces: "Aficionado a las grandes planificaciones teóricas, en lo que Puiggrós les proporcionaba a raudales el hidrógeno para inflar su globo, Zapata había elaborado un plan gigantesco, sin efectividad práctica" (pp. 91-92). Estos contrastan con su descripción de las masas peronistas. Así hay subtítulos como "Mientras los dirigentes huían, las masas actuaban" (p. 46), "El pueblo pasa sobre las ametralladoras" (p. 80), o "Una típica familia peronista" (p. 101) que se revela solidaria, abnegada y también inocente.

Es a partir de esa dicotomía que va construyendo una nueva, y muy seductora interpretación del peronismo. Así Perón es un gran líder, pero falible; los dirigentes son corrompibles; y los únicos que son el reservorio de la nacionalidad, y de la sociedad futura son las masas trabajadoras a los que se refiere como "abnegados soldados peronistas" (p. 115). Así los protagonistas de la historia son los trabajadores, y no el general Perón. En cierto sentido, Vigo fue un "evitista" más que un peronista, y coincidiría plenamente con la frase de Eva Perón: "La patria es el pueblo y nada puede sobreponerse al pueblo sin que corran peligro la libertad y la justicia".

Como bien señala Paula Godinho (2017), "en cualquier período histórico. Es difícil y complicado el proceso de revalidación de una tradición heredada" (p. 35). Así Godinho explica que este proceso remite "para la acción, para la emblematización patrimonializante, o para formatos desvanecidos, maleables y dúctiles, permitiendo recombinaciones [...]". Vigo revalida la tradición heredada a partir de

⁴ www.elforjista.com.ar/resistencia-3.htm

recombinar sus elementos para patrimonializarla. Así se mantienen las figuras de Perón, Evita y las masas peronistas, pero se las cambia de lugar para otorgarle un protagonismo casi exclusivo al "pueblo peronista" mientras se lo relega a Perón al papel de inspiración lejana. Esto es importante porque durante el primer peronismo la fuente de legitimidad es la figura de Perón, pero lo que emerge de la Resistencia es el "pueblo peronista" como única fuente de legitimidad, si bien esta se expresa en la figura del General exilado.

Como señaló Raymond Williams, "la clave de cualquier descripción es su punto de partida" (2003, p. 106). Así, Vigo comienza su visión del peronismo estableciendo su punto de partida en su Breve explicación a la publicación de 1973, en que "estas fuerzas son las mismas que en 1806 y 1807 hicieron posible la derrota de los invasores ingleses [...] enfrentándonos a las flotas de Inglaterra y Francia hace 130 años, que tuviéramos un 17 de octubre y, por último, un 11 de marzo" (p. 10). Esto es interesante porque al ubicar a Juan Domingo Perón en medio de la progresión histórica realiza una doble operación: por un lado, lo eleva a la altura de próceres (San Martín, Rosas y Perón) tal como lo planteaba el primer peronismo. Al mismo tiempo, tiende a diluir su centralidad absoluta en el pueblo como protagonista histórico exclusivo donde reside "la argentinidad" o sea "el ser nacional". Este punto parece ser similar al de la Juventud Peronista montonera que se referenciaba en hechos similares, más allá de su inexactitud histórica. Así no es un mero accidente que Vigo dedique su obra a "la extraordinaria juventud" de 1973.

Pero la Breve Explicación es un mero prolegómeno. El verdadero punto de partida se encuentra en la página 30 donde relata su detención, en 1943, y su interrogatorio por el famoso torturador de la Sección Especial de la Policía Federal, Cipriano Lombilla. Detenido por opositor a Perón v por comunista. Vigo esperaba ser maltratado por "el sádico torturador". En cambio, relata que Lombilla lo trata de hombre honesto, de larga actuación a favor de los trabajadores y en contra del imperialismo [...] ¿Por qué está, entonces, en contra del coronel Perón?" Y ahí construye un largo intercambio con Lombilla, después del cual es liberado. La imagen que transmite es que Lombilla. si era un torturador lo era con los "enemigos del pueblo", no con los hombres honestos como Vigo. Dicho de otra manera, Vigo cuestiona la visión del primer peronismo como una "tiranía represiva"; aunque esa no fue su experiencia como comunista. Al mismo tiempo, el hecho de que Lombilla lo reconozca como "honesto" y "anti imperialista", por un lado, le sirve como operación para justificar su pase de los reprimidos a los represores; y por otro, justifica aquellos que han testimoniado repetidas veces el haber sido víctima de torturas.

Ahora, supongamos que lo relatado es verídico, ¿por qué un hombre como Lombilla, de larga travectoria como torturador, lo trataría así a Vigo? Quizá la explicación resida en la página anterior (p. 29) donde Vigo señala que tenía contactos fluidos con el comandante de Gendarmería Nacional, Guillermo Solvevra Casares. Marina Kabat señala que Solvevra había sido un conocido torturador en 1944 en la provincia del Chaco, y luego "pasa en 1946 a trabajar en la Presidencia de la Nación, encomendándosele la creación de la División Información Política, la 'que, pese a su denominación genérica, se ocupó exclusivamente de los problemas que importaba el comunismo'. 'De inmediato agrupó a personas especializadas en la represión del problema comunista, en concepto de colaboradores: se creó un servicio confidencial dentro del Partido Comunista, el que le fue poniendo al tanto de todas las maniobras de la agrupación" (Kabat, 2016). ¿Lo liberó Lombilla porque Vigo trabajaba para Solvevra? ¿Era Vigo un agente infiltrado en el PCA? Y si lo era, ¿continuó siendo un agente previo a 1955? No sabemos si lo era, pero sí que su *Crónica* establece un punto de partida donde se construye una imagen de no solo el primer peronismo, sino también, la posterior actuación de Vigo como "resistente". Esto es lo que Raymond Williams (2003) denominó una tradición selectiva, o sea "dentro de toda la masa de actividades se seleccionan ciertas cosas, se valoran y se hace hincapié en ellas" (p. 59). De ahí lo refuerza con la construcción de los trabajadores peronistas, y la típica familia peronista, a través de diversas anécdotas que demuestran que existe una identidad peronista que expresa bondad innata, un sentido de clase, y una disposición natural a la solidaridad y a enfrentar a la burguesía. Lo notable es que no relata una sola anécdota de trabajadores no peronistas, o de peronistas sin estas características. En eso recuerda mucho a Fadaev y su obra donde no solo no hay referencia alguna a la represión stalinista sino también que los resistentes antifascistas tienen voluntad y disposición, pero es el PCUS y sus militantes los que deben guiarlos y darles los conocimientos necesarios para la lucha; cuando hay derrotas son responsabilidad de los errores e inexperiencia de los militantes comunistas, no de las masas. Vigo tiene una perspectiva similar, excepto que reemplaza al PCUS con el Movimiento Peronista. De ahí que la heroicidad sea patrimonio de la persona común que arriesga todo por sus intereses clasistas o populares.

Benito Bisso Schmidt explica que "escribir sobre su propia vida no significa representar una realidad preexistente; mucho más que eso, significa crear una vida narrada y al propio autor, ya que implica seleccionar, ordenar y jerarquizar experiencias dispersas; conferir un sentido a partir de un futuro ya que se vuelve presente [para definir] los contornos de un autor-narrador-personaje que asume la condición

de ser apenas un protagonista de la trama" (2012, p. 233). Así Vigo construye una tradición resistente que al decir de Falcão se asemeja más a una "ilusión óptica" que a una realidad.

Y he aquí donde Vigo abona esa nueva visión del peronismo. O sea, donde apunta a reconstruir lo que significa el peronismo a partir de una lectura de la Resistencia que fue singularmente útil a la generación militante del peronismo vinculado a Guardia de Hierro, Montoneros y la FAP-PB. En esto, esa estructura que se asemeja a la de las novelas soviéticas es una ayuda invalorable, sobre todo porque una cantidad importante de esos activistas tuvieron un pasado en el PCA, aunque pasajero. Esas resonancias facilitan la construcción de una nueva tradición peronista a partir de resignificar la vieja. Y si bien, el eje del primer peronismo es el Líder (de desde *La Razón de mi Vida* hasta "la vida por Perón") el protagonista de este nuevo peronismo es el pueblo peronista que es interpelado por el Líder, pero que retiene su primacía.

BIBLIOGRAFÍA

- Bisso Schmidt, B. y de Sa Avelar, A. (2012). *Grafia da vida. Reflexoes e experiencias com a escrita biográfica*. Sao Paulo: Letra e Voz.
- Brid, J. C. (1971). 1955-1970: Quince años de resistencia. Quincenario *Nuevo Hombre*, 4-10 de agosto de 1971 y 15-21 de septiembre.
- Cena, J. C. (1998). *El guardapalabras. Memorias de un ferroviario*. Buenos Aires: La Rosa Blindada.
- Cooke, J. W. (1983). Correspondencia Perón-Cooke tomo 1, Buenos Aires: Ediciones Parlamento, p. 60. La carta es desde Santiago (Chile) del 11 de abril de 1957.
- Cutillo, I. (2018). *Historias Gorilas. Represión en la Argentina durante los años 1943-1955*. Buenos Aires: Editorial Prometeo.
- Falcão, L. F. (2013). A ilusao da verdade: História Oral e História do Tempo Presente en La Verdi, R. y Mastrángelo, M. (comp.), *Desde las profundidades de la historia oral*. Buenos Aires: Imago Mundi/RELAHO.
- Godinho, P. (2017). O futuro é para sempre. Experiência, expectativa e práticas possíveis. Lisboa: Livraria Letra Livre.
- Horowicz, A. (1985). Los cuatro peronismos. Buenos Aires: Legasa.
- James, D. (1976). The Peronist Left, 1955-1975. *Journal of Latin American Studies*, 8(2).
- James, D. (1990). *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Kabat, M. (2016). Torturadores Peronistas. El Aromo (89), 24 de

- marzo. Testimonio de Guillermo Solveyra Casares, tomado el 24/1/56 en Ushuahia, AGN AI Fiscalía de Recuperación Patrimonial, com 47, expte. 22057, fs. 109.
- Kabat, M. (2017). Peronleaks. Una relectura del peronismo a partir de sus documentos secretos, 1943-1955. Buenos Aires: Ediciones ryr.
- Melón Pirro, J. C. (2009). *El peronismo después del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Salas, E. (1994). Cultura Popular en la primera etapa de la Resistencia peronista (1955-1958). *Secuencia, Nueva Época*, (30), México, sept.-dic.
- Sidicaro, R. (2002). Los tres peronismos. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Varone, D. (1989). *La memoria obrera*. Buenos Aires: Editorial Cartago.
- Vigo, J. (1973). Crónicas de la Resistencia peronista. ¡La vida por Perón! Memorias de un combatiente de la Resistencia. Buenos Aires: Peña Lillo.
- Williams, R. (2003). La larga revolución. Buenos Aires: Nueva Visión.

CULTURA OBRERA Y PROCESOS DE POLITIZACIÓN EN EL SUR TUCUMANO. LAS HISTORIAS DE MARÍA Y JUAN

Ana Sofía Jemio y Alejandra Pisani

¿Cuándo y por qué se rebelan los seres humanos? Con esta pregunta Pablo Pozzi (2015) abre un universo de problemas para los cuales, sostiene, no es posible dar una respuesta abstracta. Sí algunas indicaciones sobre cómo buscar respuestas, que serán siempre históricas, situadas. Nos advierte contra modelos explicativos que presuponen a la "gente común" por fuera del quehacer político, un lugar al que llegan cuando influencias externas les "revelan" o les hacen tomar conciencia de las injustas condiciones en las que viven.

Propone, en cambio, invertir los términos de nuestra observación y análisis para estudiar la politización como un proceso social complejo, que tiene como punto de partida irreemplazable la experiencia práctica de la clase. Es allí donde se forjan valores, sentimientos, percepciones y pautas culturales que resultan centrales para comprender los procesos de definición e identificación cultural, política y social de los sujetos. Pero la propuesta no es solo invertir aquello que aparece "cabeza abajo" porque ubicar el proceso de politización en el plano de la experiencia cotidiana no significa negar poder a las propuestas políticas (organizativas) y sus expresiones programáticas más explícitas. Significa, en cambio, comprender que existe una relación dinámica y compleja entre ambas instancias, relación que no es de exterioridad.

¿Cómo acceder, entonces, a esos valores, sentimientos y percepciones que surgen de la experiencia concreta de la clase obrera? El

trabajo de Luiz Felipe Falcão (2013) resulta especialmente iluminador en este aspecto. Su investigación sobre los procesos de resistencia a la dictadura cívico-militar iniciada en Brasil en 1964 pone de relieve la potencia de la Historia Oral como herramienta para conocer las pautas culturales que orientaron las prácticas de los sujetos y construyeron su camino de politización.

Con estas indicaciones como norte, este capítulo analiza las historias de vida de Juan y María. Trabajaremos con dos testimonios realizados en 2012 que forman parte de un conjunto más amplio de entrevistas a trabajadores tucumanos realizadas en el marco de nuestro trabajo de investigación.¹ Ambos militaron en la Juventud Peronista en la década de 1970 y son hijos de familias obreras oriundas de Río Seco, uno de los tantos pueblos azucareros que había en Tucumán, Argentina.

Indagaremos acerca del camino que llevó a Juan y a María a la militancia política buscando reconstruir algunos de los valores, percepciones y pautas culturales que orientaron ese camino. El enfoque adoptado no pretende negar la importancia de cuadros de organizaciones revolucionarias y reformistas que abierta y conscientemente buscaban conducir la lucha contra el régimen o el gobierno, ni de los militantes cuvo horizonte y politización no era una difusa actitud ante el mundo sino una actividad concreta de organización y transformación de ese mundo. Juan y María, de hecho, formaban parte de ese grupo. Pero, precisamente, sus trayectorias e historias muestran que sus experiencias no se pueden comprender en términos individuales, sino que se encadenan -de distintas maneras- con una infinidad de canales de expresión del inconformismo. La militancia orgánica existió y fue fundamental en el despliegue de las diversas formas de lucha y resistencia de la clase obrera, pero desde la hipótesis que aquí planteamos esa militancia fue el aspecto más visible de toda una red de prácticas mucho más difusas y menos cuantificables, pero no por ello menos importantes. Son estos aspectos los que intentaremos reconstruir a partir de sus historias de vida, entendiendo con Luiz Felipe Falção (2014) que el volumen y la densidad de las palabras contenidas en sus testimonios nos ayudan a escuchar los rumores disonantes, problemáticos y contradictorios de la experiencia de lucha y resistencia de los trabajadores del sur tucumano en las décadas de 1960 y 1970.

¹ Como parte del Grupo de Investigación sobre el Genocidio en Tucumán (GIGET), desarrollamos desde 2005 un trabajo de investigación participativa en la zona sur de Tucumán. Esas líneas de trabajo fueron continuadas en nuestras respectivas investigaciones doctorales.

EL CAMINO

Juan y María son de Río Seco, un pueblo a 75 kilómetros de la capital tucumana. Juan nació en 1954 y María algunos años antes. Sus padres –como los de casi todos los niños de ese pueblo– eran obreros del Ingenio La Providencia, una de las 27 fábricas azucareras que existían en aquel entonces en Tucumán. El papá de María trabajaba en los cañaverales y el de Juan en la fábrica. La diferencia de ocupación significaba, en el mundo azucarero, distintos lugares de vivienda.

Los padres de María con sus 9 hijos vivían en una de las siete colonias que tenía el Ingenio para sus trabajadores rurales. En 1970 vivían allí 1.142 personas en 202 viviendas.² Dentro de las tierras del Ingenio había, además, hospital, escuela y almacén. Solo algunas actividades se hacían en el pueblo, en Río Seco, que quedaba a unos 2 kilómetros del Ingenio y tenía, para 1970, 3.455 habitantes.³ Allí vivían, en general, los obreros de fábrica, entre ellos, el padre de Juan. Dejó esa ocupación cuando un accidente en la fábrica le incapacitó un brazo. Se las rebuscó vendiendo diarios y revistas, a las cuales Juan atribuye su primer gusto por la lectura y las ideas. Con el derrocamiento del peronismo –cree él– su padre radical comenzó a trabajar en la delegación comunal. En los primeros recuerdos sobre política que tienen María y Juan, el peronismo es omnipresente:

Pregunta: Y usted en esa infancia se acuerda de algún hecho político que haya...

María: Sí muchísimos porque nosotros éramos chicos y en el Ingenio se hablaba mucho del peronismo. Había una señora que se llamaba Anyulina Castro, esa señora tenía una unidad básica ahí en su casa y ella se hacía tiempo para que a nosotros nos cuente qué era el movimiento peronista, quién era Evita, quién era Perón, todas esas cosas. Ya desde chicos nosotros sabíamos quién era Perón y quien era Evita. También ella recibía guardapolvos que a nosotros también nos daba para ir a la escuela.

El peronismo era algo que se sabía desde chico. El padre de María no tenía participación en el sindicato ni militancia política. Ella lo define como una persona de origen religioso a quien le importaba que sus hijos fueran buenas personas. Por eso, ya de grandes, decían con su hermano "la joda nuestra es que primero fuimos católicos y después peronistas". Con esta ironía María alude, quizás, a su primera militancia

² INDEC, Censo Nacional de Población, Familias y Viviendas (1970).

³ Idem.

en el Movimiento Rural de la Acción Católica Argentina.⁴ Pero lo cierto es que, en sus recuerdos, el catolicismo de su padre parece un elemento que se distingue sobre el telón de fondo del peronismo:

Pregunta: en su casa, entonces, su mamá era más peronista, y su papá no tanto.

María: mi papá era peronista, muy peronista, pero tenía esa mezcla de ser también católico. En cambio, mi mamá no tenía... le daba lo mismo ser católica o no, pero era muy peronista.

En el caso de la familia de Juan, había menos matices: había radicales (su padre y su tío) y peronistas (su madre y su abuela). Juan hace de esa oposición una convivencia, en la que encuentra una explicación a sus propias opciones posteriores. De su padre cuenta que tenía una militancia muy dentro del radicalismo tanto que llegó a ser congresal del partido. También, asocia esa militancia a una vida social activa ya que su padre participaba en clubes de fútbol, en distintas iniciativas del pueblo y, como viajaba seguido a la capital provincial, hacía infinidad de trámites para los vecinos. Quizás a este carácter de organizador del pueblo refiere Juan cuando señala que su papá no era de bajar línea, sino que se expresaba de otra manera:

Yo ahora puedo decirte que me crié en un ambiente en el que estaba, por un lado, mi padre que nunca bajó línea; era radical pero nunca bajó línea. De expresarse, sí se expresaba, pero de otra manera. Era más democrático, era muy democrático en ese aspecto. Y mi abuela, madre de mi mamá, ultraperonista (...) por ejemplo recuerdo de chico abrir el ropero y [ver] la foto de Evita. El cuadro, no la foto: un cuadro de Evita enmarcado en dorado. Era "el cuadro", o sea, no se lo toques porque... de Evita y Perón en su caballo pinto. Es como que era el altar: abrir el ropero, correr los sacos, las camisas y, colgados en el fondo del ropero, los dos cuadros porque era tenerlos en la clandestinidad.

Estos recuerdos reaparecen en las entrevistas como marcas importantes en sus propias trayectorias de militancia que comienzan, en ambos casos, en espacios educativos. Juan cursó unos pocos años en

⁴ El Movimiento Rural fue creado en 1948 como una iniciativa de la Acción Católica Argentina. A lo largo de su existencia (que terminó en 1976) pasó por distintas etapas, signadas por las transformaciones en la iglesia internacional y latinoamericana, y el contexto nacional. La experiencia más conocida de este movimiento fue en el NEA: allí fue un antecedente directo en la formación de las Ligas Agrarias.

la Escuela de Suboficiales del Ejército de Campo de Mayo y luego volvió a su pueblo natal. Retomó los estudios en una escuela técnica que quedaba en Concepción. María estudió en la Escuela Normal de Juan Bautista Alberdi, a unos 40 kilómetros del pueblo. Para ambos el estudio está asociado al impulso de sus padres, que deseaban un mejor futuro para los suyos. En ambos testimonios, estos lugares aparecen como los espacios que los conectarán con la política desde un lugar distinto al familiar.

María: Para mi papá lo único que le importaba era que fuéramos buenas personas, en cambio mi mamá no, mi mamá tenía otra idea de que nosotros teníamos que estudiar, teníamos que ser aspirantes en la vida, esa era la palabra aspirante. Y bueno se sacrificó muchísimo para que nosotros podamos estudiar. Una de mis hermanas mayores ha sido la primera maestra del Ingenio...

Juan: mi padre quería tener un militar en la casa, o un cura... no sé qué, algo quería. Pero por sobre todo quería él un militar, tenía esa concepción... Es que hay que ubicarse en el momento histórico, que en ese entonces, como salida, como estatus...

Corría por entonces la segunda mitad de la década de 1960 y en Tucumán se vivía un contexto altamente conflictivo. Con militarización de fábricas, despliegue de fuerzas policiales e instrumentación de un extenso repertorio de medidas represivas, entre 1966 y 1968 fueron cerrados 11 de los 27 ingenios azucareros que funcionaban en la Tucumán. Dado el peso de esa agroindustria en la economía local, se produjo un efecto dominó que sumió a toda la provincia en una crisis profunda: se destruyeron entre 40 y 50 mil puestos de trabajo, aproximadamente un cuarto de los habitantes de la provincia tuvo que migrar y la pobreza se multiplicó.⁵

En Monteros cerraron 2 de los 4 ingenios que había. El Ingenio Providencia siguió funcionando, pero el pueblo no quedó afuera de la crisis: junto a Famaillá y Cruz Alta, Monteros registraba el índice de desocupación más alto de la provincia, que era, a su vez, el más alto del país. Se calcula que entre 1960 y 1970 el departamento perdió unos 7 mil habitantes, cuando el crecimiento intercensal a nivel nacional había sido del 15,4%.6

⁵ Para las consecuencias del cierre de ingenios en la provincia, véase Crenzel (1991), Murmis & Waisman (1969), Nassif (2014), Osatinsky (2006), Paolasso & Osatinsky (2007), Pucci (2007).

⁶ Anuario Estadístico de la República Argentina 1973. Buenos Aires, INDEC, 1974. p.68.

Aquellos fueron años de duras luchas. Bajo el impacto inicial del cierre de los primeros ingenios en 1966, hubo un primer compás de espera o inacción por parte de la conducción de la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera (FOTIA) y un segundo momento en el que las bases avanzaron con medidas de fuerza frente a la debacle. Entre 1966 y 1968 se realizaron las más variadas acciones de protesta, desde ollas populares y cortes de ruta, hasta tomas de fábrica. Junto con las protestas, hubo distintas iniciativas políticas y organizativas para frenar la crisis y la desocupación. Hubo alianzas entre distintos sectores sociales en los pueblos afectados por el cierre de Ingenio, que parieron los Comité Pro Defensa.

María recuerda la imagen de familias enteras partiendo a destino incierto, las veía en las estaciones del tren que la llevaba a la escuela. Juan se recuerda, con unos 12 años, yendo en bicicleta con sus amigos al vecino pueblo de Villa Quinteros a lanzar piedras contra la policía o el ejército que reprimía a los pobladores que intentaban evitar el cierre del Ingenio San Ramón. Estas experiencias aparecen como marcas de sus primeros acercamientos a la política. Un acercamiento que lleva consigo y al mismo tiempo tensiona los legados familiares y de sus maestros y mentores. Juan identifica así el comienzo de ese proceso:

Cuando yo ingreso a la Escuela de Suboficiales [del Ejército en Campo de Mayo] elijo la carrera de mecánico motorista. Ahí empiezo con el tema político en sí (...) Ahí conozco al Teniente Cogorno, que es hijo del coronel Cogorno que lo fusila la libertadora en los basurales de León Suarez.⁷ Como director de la escuela estaba en ese entonces el coronel Damasco. Todo esto que te estoy contando lo voy [sabiendo después]. Yo no sabía quién era Cogorno. Con 12 años no sabía quién era Cogorno ni sabía... o sea, sí tenía nociones de que había habido un golpe, de la Libertadora y qué sé yo...

(...) No sé si es que tanto Damasco como Cogorno tenían órdenes –supongo que habrán tenido– de reclutar cuadros para la causa peronista. (...) Siempre me separaban con tres o cuatro aspirantes más –porque nosotros éramos aspirantes a suboficiales–. Cuatro, cinco, seis, diez, no éramos más que esos. Nos levantaba con cualquier pretexto de noche, ¿me entendés? No sé, nos sacaba a hacer "movimientos vivos" que lo llaman ellos... Te verdugueaban quince o veinte minutos, te llevaba a un

⁷ El teniente coronel Oscar Lorenzo Cogorno fue fusilado el 11 de junio de 1956, dos días después de que fracasara el levantamiento liderado por el general Juan José Valle contra la dictadura de Pedro Eugenio Aramburu. Cogorno estuvo a cargo de las fuerzas que tomaron el Regimiento de Infantería Mecanizado 7 de La Plata.

lugar, a un descampado, te hacía sentar y empezaban las charlas político ideológicas. O sea, te hablaba del peronismo, te hablaba de su padre, te contaba porqué lo mataron a su padre y que Perón iba a volver...

Ese proceso de formación continuó durante los dos años que estuvo en la Escuela. Y entonces hubo una ruptura que lo llevó a abandonar la carrera militar: Juan tenía que elegir un destino para el tercer año. Él quería ir a la Antártida, por un sentimiento nacionalista, cuenta. Y Cogorno quería enviarlo a Córdoba o Azul:

Después me di cuenta de cuál era el objetivo: tener a gente movilizada en territorio ante cualquier eventualidad... El hecho es que me vine [a Río Seco] mal, porque cómo le explicaba a mi padre que el orgullo de él... tenía fotos por todos lados en la casa, en su escritorio, fotos del militar, de pronto ya no era más militar...

El retorno de Juan a Río Seco marca un segundo momento en su trayectoria de militancia, que se desarrolla en la escuela técnica, a la que retorna después de 2 años. Él era más grande que sus compañeros y tenía ya algunos contactos políticos, hecho que lo ubicaba en un lugar de referente entre sus pares. De esa época, también recuerda a algunas profesoras con las cuales discutía: "me ayudaban en esa tarea de crecer e ir entendiendo más la dinámica que se vivía en ese momento".

La trayectoria de María incluye, también, un viaje y una ruptura, pero de otro tipo. Su acercamiento a la militancia comienza en la Escuela Normal de Alberdi, donde estudiaba para ser maestra:

La escuela nuestra era una escuela sumamente precaria. Era de una familia que la había donado, se quería tomar a esa casa como una escuela y el director se enganchó. Nosotros teníamos el recreo en la calle, nos sentábamos de a tres porque no había muchos asientos y éramos muchos los que queríamos ir. Pobre el edificio, pero muy rico el conocimiento, a mí me marcó mucho. Venían profesoras de Catamarca, mujeres muy humildes, pero con un sentido de la vida y de la responsabilidad muy grande. Siempre nos inculcaban -cuando nosotros sabíamos que íbamos a ser maestros rurales- que ellas lo que más nos pedían es que no vayamos a frustrar vocaciones en el campo porque esa gente también merecía salir adelante, y todas esas cosas. Después, el profesor de historia que venía en sulky a darnos clase, venía del campo. No sé cómo se habrá recibido de historia él, pero venía a darnos unas clases para mí magistrales de todo lo que nos hacía sentir, de lo que era la patria, lo que era la historia. A mí eso me marcó muchísimo de la enseñanza de ese hombre.

María dice que en esa escuela no se hablaba de política, pero que el director era una persona con muchas inquietudes. Fue él quien invitó a los alumnos de cuarto y quinto año a un curso del Movimiento Rural de la Acción Católica Argentina, que organizaba el recién creado obispado de Concepción. A la primera reunión fueron casi todos los compañeros de María, pero a la segunda, solo volvieron tres: "a casi nadie le gustó porque había curas y monjas", dice.

Quién sabe si fue cierto cariño a los principios católicos de su padre, su admiración por el director que la había invitado, algo que encontró allí o todo eso junto el motivo por el cual María siguió yendo: "A mí me empezó a gustar lo del movimiento rural, nosotros le planteamos que no éramos pequeños productores, éramos todos hijos de asalariados rurales de los ingenios o muchos de mis compañeros eran hijos de los peladores de caña".

El trabajo se extendió a localidades cercanas (La Cocha, Alberdi, Simoca), María tomó una participación activa y en una de las asambleas nacionales fue elegida como dirigente por el NOA. Corría 1969, ella tenía unos 16 o 17 años y ya había terminado el secundario. En su nueva función viajó a Buenos Aires, donde se encontró con otros dirigentes del NEA que, como ella, venían de familias rurales, campesinas u obreras. Pero también se encontró con que los fundadores del movimiento eran "una gente muy rica de Buenos Aires, que eran estancieros, y el objetivo era enseñarle a la gente a manejar tractores y casarlos, evangelizar ¿no? (...) cuando nosotros fuimos y vimos qué era eso del movimiento pensamos: tenemos que cambiar la línea de esto porque el problema de la gente no es la fe sino la situación económica, la tierra".

Efectivamente fueron cambiando la línea en los trabajos de base y el conflicto no tardó en aparecer: los echaron de muchas diócesis. Dice María que allí se dio cuenta que la iglesia tenía dueño. No solo ella: en una asamblea nacional que hicieron en un pueblo de Misiones, presentaron una nueva línea de trabajo para el Movimiento. La expresión más conocida de esa ruptura fue la creación de las Ligas Agrarias en el NEA, proceso del cual María participó. Pero, al poco tiempo, se le venció su mandato de dirigente nacional por el NOA y volvió a Tucumán. Recaló en Aguilares primero, donde ejerció como maestra. Impulsó, ahí, la organización de sus compañeras y, poco tiempo después, se unió a la Juventud Peronista, con quienes realizó un trabajo político con obreros azucareros. Para ese entonces, Juan también estaba militando en la Juventud Peronista, pero dentro del movimiento estudiantil y organizando a los jóvenes de Río Seco.

La dictadura militar estaba en retirada y ya se preparaba la recuperación de los sindicatos y la elección de 1973, con la cual se esperaba el retorno del peronismo después de 18 años de proscripción. En Tucumán, la fórmula elegida para el Frente Justicialista de Liberación (FREJULI) produjo rupturas dentro del movimiento peronista. El candidato a gobernador Amado Juri –propietario de miles de hectáreas de caña– no fue aceptado por el sector más combativo del peronismo que, bajo el partido Frente Unido del Pueblo, presentó una fórmula propia encabezada por Julio César Rodríguez Anido, histórico abogado de la FOTIA. De esta fórmula participó también la nueva dirigencia del Ingenio la Providencia, una conducción combativa que tenía algunos miembros de la Juventud Peronista. En las referencias de Juan y María este sindicato aparece como el articulador político de la zona.

María cuenta que con la Juventud Peronista de Aguilares y de Río Seco y con la gente de los respectivos sindicatos de Ingenio comenzaron a desplegar entre los obreros de la caña un trabajo de concientización sobre sus propios derechos y una tarea de organización para conseguirlos. Esa tarea no implicó una ruptura con el Movimiento Rural. María no habla de articulaciones organizativas explícitas, se refiere más bien a espacios en los que confluían en el hacer militantes de distintos grupos: el Obispado de San Miguel de Tucumán o el comedor universitario eran esos ámbitos de referencia.

En el relato de Juan también encontramos estas formas de articulación. Él militaba en la escuela y estaba vinculado a la Unión de Estudiantes Secundarios (UES). Y en su vínculo con la Juventud Peronista, comenzó a organizar a las/os jóvenes de su pueblo: armaron un Centro de Estudiantes Secundarios de Río Seco que tenía como primer objetivo ayudarse entre todos a estudiar. De ese espacio participaban unos 100 chicos y chicas, un número nada menor si se considera que Río Seco no superaba los 5 mil habitantes.

Pero los que llegaban a estudiar en la escuela secundaria eran solo algunos: muchos de sus hermanos, primos, vecinos o amigos ya trabajaban por ese entonces y, como la gran mayoría de ese pueblo, lo hacía en el Ingenio. Así que Juan cuenta que el vínculo con el sindicato del Ingenio Providencia tenía, antes que instancias formales, canales naturales: dentro del cuerpo de delegados del Ingenio muchos eran conocidos, amigos o parientes. Ahí se daban discusiones, se tejían acciones, se armaban movilizaciones.

La importancia de la acción organizativa del sindicato del Ingenio Providencia no se reducía a Río Seco. Tras el retorno democrático de 1973 y la recuperación de la FOTIA, el movimiento azucarero relanzó sus reclamos históricos que combinaban demandas inmediatas de mejoras en las condiciones de trabajo, con medidas de mediano y largo plazo que frenaran la pérdida de puestos de trabajo por el

proceso de mecanización y tecnificación de la actividad y produjera nuevos empleos genuinos. En ese nuevo ciclo de protestas, cuyo punto más álgido fue la huelga de 1974, la FOTIA reeditó la alianza político sindical que desde la década de 1960 impulsaba la lucha azucarera; una alianza que reunía a sectores del peronismo ortodoxo cuyo objetivo era la profundización del modelo de redistribución existente, con sectores del peronismo revolucionario, que impulsaban una transformación socialista del régimen y sectores de la izquierda marxista no peronista, con una presencia destacada del Partido Revolucionario de los Trabajadores.

El sindicato del Ingenio Providencia –conducido por trabajadores afines al peronismo revolucionario– tuvo un rol destacado en la huelga de 1974, que paralizó durante más de dos semanas la agroindustria. La medida de fuerza fue derrotada y a partir de allí se intensificó la política represiva provincial. En una secuencia de ataques selectivos, fueron afectados los espacios organizativos más importantes de la provincia, entre ellos, el sindicato del Ingenio Providencia:

en octubre de 1974 viene un operativo conjunto del Ejército, Policía Federal, Policía Provincial que ha sido una movilización tremenda. Copan el sindicato y allanan la casa de los principales dirigentes gremiales y se llevan al secretario general, al secretario adjunto.

Cuenta Juan que él y sus compañeros pensaron que la liberación de ambos era cuestión de días. No era la primera detención que vivían, ni la primera represión. Su condición de dirigentes gremiales los amparaba. Pero se dieron cuenta de que la cosa iba más dura cuando, unos días después, en una esquina les dispararon a matar desde dos autos.

Para diciembre de 1974, el gobierno nacional y las Fuerzas Armadas ya habían decidido el lanzamiento del Operativo Independencia, una operación militar que dio inicio al genocidio en Argentina. Argumentando que el Estado nacional era atacado en su soberanía por la existencia de un foco de guerrilla rural en Tucumán, el aparato represivo de Estado en pleno comenzó una política sistemática de desaparición de personas en Tucumán. Durante 1975 funcionaron unos 60 espacios de detención clandestina por los que pasaron alrededor de 600 personas (Jemio, 2019).

En Río Seco, el ataque de las fuerzas represivas fue temprano, intenso y concentrado. Según las denuncias registradas, hubo 28 personas secuestradas (una víctima cada 164 habitantes), 13 de las cuales fueron capturadas entre febrero y marzo de 1975.

A Juan y su hermano los secuestraron en uno de esos primeros operativos, que tuvo la forma de una razia. Con tanquetas, unimog y

camiones el Ejército ocupó Río Seco y secuestró a unas 20 o 25 personas, calcula Juan. Los llevaron a la Escuelita de Famaillá, el campo de concentración más grande que funcionó en Tucumán durante 1975. María –secuestrada pocos meses después– cuenta que algunos militantes de la Juventud Peronista de la zona se lograron reunir para pensar qué hacer frente a la persecución. Ninguno tenía plata ni dónde ir a refugiarse, muchos dormían bajo los puentes. A María la secuestraron de su casa unos veinte días después de haber enterrado a su hermano, que había sido asesinado en Salta por las fuerzas represivas. La llevaron, también, a la Escuelita de Famaillá donde estuvo por un largo tiempo, que no puede precisar.

Juan y María estuvieron entre los 22 secuestrados de Río Seco que fueron liberados (4 están desaparecidos y otros 2 fueron asesinados). Sus recorridos fueron, sin embargo, diferentes. María fue liberada desde el CCD, logró reunirse con sus compañeros y discutir qué hacer. Finalmente, decidió irse a Buenos Aires donde logró, después de un tiempo, conseguir un trabajo y un lugar dónde vivir. Juan fue liberado después de varios años: del circuito clandestino fue trasladado a distintas cárceles del país. Su hermano, que había hecho un recorrido similar, fue liberado en 1979 y él en 1981. Ambos volvieron a Río Seco después de su largo presidio. Allí se reencontraron con su familia, que habían sufrido también persecución: su padre y hermana fueron secuestrados y trasladados a la base militar que luego se instaló cerca del Ingenio Providencia.

Ambos quedaron, de distintos modos, conectados con espacios de organización y militancia. La dictadura estaba en retirada cuando Juan volvió a Río Seco luego de su liberación. En ese contexto, colaboró con las luchas para la recuperación del sindicato del Ingenio Providencia, cuya nueva dirección dio algunas peleas importantes durante la década de 1980. Fue con el cambio de los dueños de la firma, en la década de 1990, cuando la derrota se hizo sentir más fuerte. De un modo u otro, Juan siguió conectado siempre a la política y al momento de hacer la entrevista, en 2012, estaba organizando junto al grupo local de jóvenes de La Cámpora algunas acciones para recordar a las víctimas del genocidio.

María había hecho algunos contactos políticos durante su insilio en Buenos Aires, pero su relato ubica los años de la dictadura como un momento donde se recluyó en el trabajo: había conseguido un puesto como bibliotecaria en una escuela de monjas a donde iban las hijas de la élite porteña. Su relato transmite una sensación de irrealidad, una suerte de clausura en ese lugar tan ajeno a sí misma. Con el retorno democrático, una amiga y compañera la convocó a trabajar en La Plata, en la gobernación de Cafiero. Y desde entonces trabajó en distintas reparticiones estatales, vinculada a trabajos de

alfabetización de adultos primero y luego, en lo que fue su trabajo más duradero, en tareas con mujeres campesinas. Al momento de la entrevista llevaba poco tiempo viviendo en Río Seco: se había jubilado y decidió volver a su pueblo natal. Allí consiguió un espacio en la radio y también participaba de algunas actividades que organizaba el grupo en el que estaba Juan.

¿CÓMO SE HICIERON MILITANTES?

María y Juan comenzaron su militancia político-partidaria en el ámbito educativo. En sus testimonios, ese momento aparece como una novedad vinculada al surgimiento de una dimensión de la política nueva, o al menos diferente a la de sus espacios de socialización primarios. Pero el carácter de esa novedad tiene la forma de un retorno: aparece como una nueva significación de sentires, percepciones y valores previos. María lo dice explícitamente cuando cuenta que en los cursos de formación del Movimiento Rural una compañera la ayudó a "ponerle nombre" a esa realidad que ella vivía y que siempre cuestionaba "sin saber por qué":

María: participábamos de los cursos de formación que te venían a dar. Después vino una compañera que se quedaba acá en esta casa, ella me ayudaba a ver la realidad, a ponerle nombre a las cosas: que lo que pasaba es que los del Ingenio también explotaban, no era que eran buenos, que te daban todo, sino que también explotaban. Y me fue despertando un montón de cosas esa compañera. Hoy está desaparecida, y yo a esa chica le debo mucho por lo que me enseñó, por lo que me ayudó a ver la realidad, digamos, a ponerle nombre a esa realidad que yo vivía y que siempre me cuestionaba, pero no sabía ni por qué... Pregunta: Todas cosas que usted ya iba sintiendo y viendo...

María: Sí, que ya venía sintiendo, que sentía pero que no sabía ponerle nombre a eso... bueno esa compañera me ayudó muchísimo a ver, a crear conciencia digamos.

María nos habla de "sentimientos" para aludir a su forma de percibir la realidad antes de comenzar a militar. En el relato sobre su infancia hay pistas que nos permiten vincular esos sentimientos a una noción de injusticia construida en la experiencia cotidiana y expresada en cuestionamientos a lo dado. Por ejemplo, cuenta que al observar las condiciones en las que vivían ellos y sus vecinos le decía a su padre "Yo no creo que Dios nos ame (...) Cómo puede amar dios y que la gente viva así". O, un día le dijo a su maestra que ella no creía que "a Sarmiento nadie lo haya educado, alguien lo tiene que haber educado".

Ella cree que esos cuestionamientos surgían "de las contradicciones que veía en la realidad". Aunque no dice claramente en qué consistían esas contradicciones, parecieran vincularse a una cierta incongruencia entre el discurso y las prácticas concretas, y también a la percepción de las diferencias entre los modos de vida y valores del grupo de pertenencia y los de otros grupos sociales. Esas percepciones se expresaban desde muy temprano en su vida en prácticas que cuestionaban implícitamente las relaciones de poder vigentes, ya sea vinculadas a la autoridad de sus padres y maestros o a ciertos "privilegios" propios de las clases dominantes.

Esos valores y percepciones aparecen en las entrevistas como algo compartido con otros, como algo de orden colectivo, por ejemplo cuando nos cuenta sobre el vínculo que ella y sus amigos tenían con "los Simón Padrós"⁸:

María: había dos avenidas grandes en Aguilares, estábamos en la avenida Sarmiento y en la esquina estaba la casa de los Simón Padrós. Nos gustaba [a ella y sus amigas] ir a ver a las hijas que jugaban al tenis. Nosotros las veíamos y ellas nos gritaban: "¿qué se creen Gina Lollobrigida?". 9 Nosotros no sabíamos quién era ella, nos matábamos de risa nosotros, sin saber quién era esa mujer... Una vez que se casó una de las hijas y algunos de los chicos le desinflaron la rueda de los autos de todos los que fueron. Cuando salieron no tenían cómo irse de ahí a porque le desinflaron la rueda a todos los que fueron a la fiesta... Pregunta: ¿Y usted por qué creé que los chicos hacían esto?

María: Y, por defenderse del poder, por hacerle algo a estos, que no les podían hacer de otra manera, ¿no? Supongo, no sé. O ganas de joder, no sé. Hicieron así.

El recuerdo de María es muy vívido, su narración construye un escenario en el cual se dibujan claramente las fronteras entre un "nosotros" y un "otros". Esas fronteras no solo tienen que ver con los muros que separan la casa de los Simón Padrós de la calle, implican también modos de vida, gustos, actitudes y pautas culturales, que en el relato no solo aparecen como diferentes sino también como contrapuestos.

Esa contraposición pareciera construirse sobre la noción de

⁸ La familia Simón Padrós, a través de una sociedad anónima que llevaba su nombre, era propietaria de los ingenios Aguilares y San Ramón. Este último fue cerrado en 1967.

⁹ Actriz que Perón había invitado a participar en un festival de cine y aparece en una foto trucada con el torso desnudo. Esa expresión parece ser despectiva y marcaría una valoración hacia lo "popular".

injusticia, una injusticia que, en algún punto, estaba naturalizada pero que también movía a prácticas concretas para hacerle frente, como desinflar las ruedas de los invitados a una fiesta en la casa de los Simón Padrós. Cuando le preguntamos por qué los chicos desinflaron las ruedas, María responde corto, como quien alude a algo obvio, que no necesita ser explicado, quizá porque la necesidad de "defenderse del poder" era, por ese entonces, algo tan "natural" como el paisaje.

Juan nos cuenta que el comienzo de su militancia partidaria le permitió, también, "tener conciencia" de procesos sobre los que tenía una noción, pero "no digería bien":

Juan: Yo a esa altura del partido ya empecé a tener conciencia. A mí siempre me pegó la causa social, ya iba [a la Escuela de Suboficiales del Ejército] con experiencia de haber participado de alguna manera, éramos chicos, de salir a hondear policías o al ejército. No recuerdo quiénes eran los que venían a reprimir a los obreros en Villa Quinteros, que es el pueblo de acá, a un par de kilómetros. Como todos nos conocíamos, nosotros íbamos en bicicleta, nos poníamos onda en mano y... O sea, éramos chicos, pero era... no sé si era una aventura o... pero estaba esa sensación...

Pregunta: ¿La sensación esa de qué es?

Juan: y de que había que frenar porque había como un avasallamiento social, que nos estaban pasando por encima, entonces a esas cosas había que frenarlas. Yo ya tenía una sensibilidad (...) Es como que yo ya tengo noción de ese... O sea, si bien no en profundidad, al proceso político no lo conozco bien, o sea, al proceso político no lo conocía, pero no lo digería bien. Ahora sí, pero en ese momento...

La narración de Juan tiene puntos de contacto importantes con la de María. Para él también la militancia partidaria implicó una forma nueva de darle sentido a percepciones, nociones y sentimientos previos, vinculados a su experiencia cotidiana. Para Juan, ir a hondear a quienes reprimían a los trabajadores de Villa Quinteros era más que una aventura. En la dureza de la piedra se expresaba una "sensibilidad" que, como en María, parece referir a una percepción de un "nosotros" contra un "otros" y a un sentimiento de injusticia, en este caso frente a un "avasallamiento social" al que era necesario ponerle un freno. Y ese freno no es un acto solitario: Juan va con sus amigos, con otros cercanos en términos afectivos, de vecindad, de valores y de percepciones de la realidad.

La noción de una realidad injusta aparece en la vida de Juan junto con la percepción de que esa realidad puede ser modificada. Él insiste en que estas percepciones no eran del todo conscientes: había algo que no podía "digerir" como sí podrá hacerlo luego, cuando en el marco de su militancia partidaria pudo comprender en profundidad el proceso político.

Ambos testimonios son ricos en indicios de ciertas estructuras de sentimiento colectivas forjadas en la experiencia cotidiana de los trabajadores a las que podemos llamar "clasistas" (Pozzi, 2004), en tanto permitieron una lectura de la realidad en términos de antagonismo social y movieron a acciones que, de hecho, supusieron un obstáculo al normal desenvolvimiento de las relaciones sociales capitalistas. Los testimonios muestran, además, cómo esas estructuras de sentimiento se articularon con valores más conscientes dando lugar a una cultura que aunque heterogénea en muchos aspectos, permitió una lectura de la realidad como injusta y factible de ser modificada a través de la acción colectiva.

Entre las pautas de esa cultura nos interesa destacar dos aspectos que aparecen con fuerza en los testimonios. El primero, vinculado a un sentimiento de solidaridad entre pares. El segundo, a la percepción de una marcada diferencia entre el modo de vida del grupo social de pertenencia y otros grupos sociales. Esto puede verse, por ejemplo, en el modo en que María describe su vida en la colonia del Ingenio La Providencia:

María: era buena [la vida en la colonia], era una cosa muy solidaria porque si alguien se enfermaba todos corrían a auxiliarlo. Mi mamá hacia pan amasado, torneaba –hacía pasar la masa muchas veces en un torno–, de ahí lo asaba en esos hornos de leña y repartía el pan a mucha gente. Si alguien carneaba un chancho o algo, lo compartía con todo. Era una vida muy solidaria. Con esto tampoco te digo que no... Viste la condición humana, hay de todo ¿no? Sí había conflictos, pero más que nada había un ambiente de amigos, de gente que trabajaba y vivían así. Las mujeres eran la mayoría amas de casa o algunas también trabajaban, la mayoría lavaba ropa, esa era una tarea que había mucho, lavaban y planchaban ropa para gente que eran más ejecutivos del Ingenio...

Pregunta: Y esa diferencia se notaba, los que hacían trabajo más ejecutivo y los que eran obreros de...

María: La verdad es que nosotros no teníamos contacto con esa gente, no teníamos contacto... Yo ni sabía que... Después el Ingenio era una cosa muy abierta, tenía un club de fútbol donde se hacían bailes, (...) o por ahí para carnaval se hacían bailes acá en el pueblo y la gente venía como se decía antes a espiar, a "mosquetear" se decía, a mosquetear...

De la vida en el Ingenio, María rescata la "solidaridad" que se

manifestaba en prácticas como compartir la comida o prestar ayuda ante una enfermedad. Una solidaridad que no está idealizada –porque conflictos había, nos cuenta María–, sino que habla de "un ambiente de amigos, de gente que trabajaba". Esas prácticas parecen anclar en condiciones materiales de vida compartidas donde se forjan ciertos valores que permiten ver algunos de los problemas cotidianos como un destino común, como algo que no atañe a uno sino al conjunto.

Al mismo tiempo, ante la pregunta sobre las diferencias con los sectores "ejecutivos" del Ingenio, la entrevistada enfatiza la ausencia de "contacto", término con el que parece aludir a una ajenidad antes que a una falta de relación. Esa ausencia de "contacto" con los ejecutivos contrasta en el testimonio con la imagen de un "Ingenio abierto", de un espacio material y simbólico compartido no solo con los trabajadores que vivían allí sino también con otros trabajadores de la localidad.

La referencia a prácticas solidarias también aparece en el testimonio de Juan. Cuando habla de su padre rescata valores como la "conducta", el "valorar la amistad" o la "ayuda desinteresada" a quien lo necesitara.

Sí se hablaba de política, pero eran más reuniones de amistad, de compartir un asado... Sano, porque a pesar de que acá venían v se tomaba, a mi padre yo lo he visto machado una o dos veces en mi vida porque tenía una conducta... Era un tipo que le gustaba eso, la amistad, cultivar la amistad a través del deporte, él era muy amante del deporte, siempre participando en los clubes (...) Él trabajaba en la comuna. En ese momento, la comuna de Río Seco trabajaba con dos personas o tres a lo sumo. Estaba el delegado comunal, mi padre y por abajo de él había otro personal que era cobranza (...). El delegado comunal hacía la tarea política y mi padre hacía la tarea administrativa. Eso le permitió tener mucha relación, relacionarse con toda la población, era recontra conocido mi padre... Qué sé yo, por ahí pasaban a que le haga un trámite en la capital, en San Miguel. Viajar era todo un tema, como él viajaba, hacía los trámites, escrituración de terrenos, carné de manejo, qué sé yo. Por acá, por casa, pasaba gente todos los días y a cualquier hora podía llegar alguien, y él lo hacía de forma desinteresada.

Además de mostrar la distancia simbólica que separaba a Río Seco de la capital tucumana, el relato de Juan pone en evidencia la importancia de los espacios de sociabilidad cotidianos en las prácticas vinculadas a la política. Él rescata los valores que orientaron a su padre en el marco de su función y militancia en el radicalismo. Sin negar la importancia del vínculo personal y afectivo, esto pareciera indicar algo más que el cariño o la admiración de un hijo hacia su padre. Pareciera

mostrar que en la noción de "nosotros contra otros" sobre la que venimos hablando, la línea de demarcación pasa más por los valores y experiencias compartidas que por las opciones político partidarias.

Volviendo al problema sobre la politización de los sujetos, que planteamos al comienzo del artículo, podemos decir que tanto Juan como María identifican claramente el momento en que empezaron a "ser militantes" y refieren, incluso, a figuras significativas –como el militar Cogorno o la formadora del Movimiento Rural– para relatar ese empezar a ver las cosas de otra manera. Pero, al mismo tiempo, los testimonios indican que esa inflexión aparece asociada a la imagen de poder darle un nuevo sentido, de poder "ponerle palabras" a toda una serie de sentimientos y percepciones vinculadas a su posición de clase que hasta ese momento operaban para ellos de un modo menos consciente. Uno de los aspectos fundamentales en esa inflexión es la posibilidad de inscribir los problemas concretos vinculados a su experiencia de clase en procesos sociohistóricos más amplios.

El comienzo de la militancia no sería entonces un punto de partida, un despertar a la conciencia, sino un momento –dentro de una experiencia compleja y no lineal– en el que se condensaron y adquirieron un nuevo sentido toda una serie de prácticas previas. Las opciones partidarias son importantes porque sus lineamientos programáticos nos permiten una vía de acceso a esas nuevas formas de dar sentido a la realidad. Sin embargo, los testimonios de María y Juan nos muestran que esos lineamientos no se inscribieron en tablas rasas sino que fueron "asimilados" en estructuras de sentimiento previas, construyendo sentidos nuevos que no necesariamente se correspondieron con los definidos por las organizaciones. Esto tuvo efectos concretos, entre ellos, el despliegue de toda una serie de prácticas en las que las fronteras político-partidarias fueron permeables, lo que se expresó en diferentes formas de articulación entre grupos de extracciones diversas y en la participación de sujetos sin vínculo orgánico con organizaciones políticas.

¿QUÉ ERA MILITAR?

Cuando Juan y María cuentan en qué consistía su militancia abren un mundo de vínculos propicio para analizar estas relaciones que planteamos entre los sentires, percepciones y valores propios de una estructura de sentimientos y las prácticas políticas articuladas de un modo más consciente. Juan describe esas articulaciones con una metáfora espacial: conectaban "hacia abajo" con todo un conjunto de personas que no militaban orgánicamente en ninguna agrupación y "hacia arriba" con los sindicatos del Ingenio y el movimiento estudiantil universitario. Pero este orden claro, hecho de niveles, se desdibuja cuando Juan cuenta concretamente qué hacían:

En ese entonces hav un despertar en la juventud. En la gente, porque no sé si decirte juventud únicamente: había gente grande v muchos chicos, hasta chicos chicos. Yo va a esa altura tenía dieciocho, diecinueve años, pero mi hermano con trece, catorce años estaba no comprometido, pero sí ¿cómo puedo decirte? Movilización que había, estaba, ahí estaba (...). Por ejemplo, estar en Villa Urquiza para la liberación de los presos en 1973, movilizaciones importantes por problemas azucareros, las huelgas de los azucareros. Había una efervescencia política. Además, había mucha información porque venían los chicos que militaban en las universidades o en la UES que estaban no sé si mejor formados, pero (...) venían v te repartían panfletos, revistas, no solo del peronismo sino de todas las tendencias que había en ese momento de izquierda. Era el renacer de la democracia o peleas por esa democracia que faltaba, que nos faltaba en ese momento... Era una fiesta ser militante... Siempre tenías un motivo para darle para adelante: ir a la casa de un vecino que se le estaba cavendo la galería v entre cuatro o cinco compañeros ponerle un puntal. Y hacerlo en forma desinteresada, hacerlo porque lo necesitaba y porque te iba dando ese compromiso. Además, era un compañero, un vecino al que vos le veías siempre la cara y el que siempre te iba a estar eternamente agradecido porque le has ido a poner una chapa o un puntal a la galería para que no se le caiga. O llegarle a un barrio con un chocolate, o simplemente ir v juntar los chicos v hacerlos jugar al fútbol o a algún tipo de juego en el tiempo que nosotros teníamos libre, un sábado, un domingo. Y a todo esto, acá en Río Seco, por ejemplo, se forma una comisión directiva obrera del sindicato de fábrica y surco del Ingenio La Providencia, con un compromiso político-ideológico muy profundo. Había compañeros que salían del cerco y no sabían leer ni escribir, pero sí sabían cuáles eran sus reivindicaciones reales. Había compañeros que íbamos y les enseñábamos a leer y a escribir y en poco tiempo aprendía a leer y a escribir porque se esforzaban. Les costaba eso, mucho sacrificio, porque eran obreros del surco que en ese tiempo entraban a trabajar a las dos, tres de la mañana y salían a las cuatro, cinco de la tarde, muertos. Vos ibas a las cinco, seis de la tarde a la casa y con un candil a kerosene o con una vela les enseñabas a leer v a escribir. Ellos estaban dispuestos a sacrificarse porque sabían que eso les permitía a ellos poder leer las planillas de sueldo, que el capataz no venga y les diga "sí, estás en la lista" y no estaba, o "tal descuento te hice". Por ahí les entraba a ellos. Los dirigentes más acabados estaban bien formados, bien capacitados, tenían un lugar, ¿cómo te puedo decir? importante dentro de la industria azucarera. Dentro de la FOTIA, el gremio de La Providencia era un factor determinante de esa estructura gremial. Por debajo de eso, por ejemplo, la juventud se agrupó acá en Río Seco en

un centro de estudiantes secundarios cuya meta principal fue, en principio, juntarnos para poder ayudarnos entre todos a estudiar. Se hacían distintos beneficios, desde vender empanadillas, rosquete, bailes sociales, veladas artísticas que, ¿cómo te puedo decir?, participábamos nosotros, nosotros éramos los propios artistas, como teatro callejero, una especie así, con imitaciones. Eso convocaba a la gente de Río Seco y eso nos permitía juntar fondos que eran distribuidos, manejados de forma bien democrática. No todos tenían una conciencia política bien definida, pero sí había quienes marcábamos el rumbo.

Las prácticas descriptas por Juan anclan en necesidades vinculadas a problemas concretos: alfabetizar a los trabajadores del surco para que puedan "controlar las planillas", conformar un centro de estudiantes para "ayudarse a estudiar" o solventar los estudios de quienes no podían hacerlo. Pero esas prácticas tienen para el entrevistado un sentido político que excede a esas necesidades más inmediatas, o más bien que permiten comprenderlas como expresión de procesos más complejos vinculados a la explotación de clase. Así, la disposición a "sacrificarse" para aprender a leer y escribir de los obreros del surco después de extensas jornadas de trabajo es valorada por el entrevistado en términos de un "compromiso". Ese compromiso se expresa en resistencia y cuestionamiento a lo dado, en este caso representado en la figura del capataz y vinculado a las arbitrariedades de la patronal. Al mismo tiempo, esas prácticas parecieran estar orientadas a construir activamente ese compromiso en la experiencia de dar una respuesta colectiva a los problemas cotidianos. Avudar a un vecino a arreglar su casa u organizar un partido de fútbol, aparecen en el testimonio como formas de fortalecer vínculos, de construir un sentido de pertenencia a un grupo que comparte no solo problemas, sino también valores y pautas culturales. Es el vínculo forjado en esa experiencia lo que permitiría ir construvendo el "compromiso" al que refiere el entrevistado. no solo en quien "recibe" la ayuda sino también en quien la "brinda".

María plantea algo similar cuando describe las prácticas organizativas que realizaba desde su militancia en la Juventud Peronista:

María: Yo me vuelvo acá y empezamos a trabajar ya con los grupos de maestros, que les costaba. Los llevaba al sindicato de los obreros en Aguilares. Y ya no les cuadraba mucho a los maestros ir a reunirse en el sindicato, pero bueno, fueron aprendiendo. Hicimos huelgas porque los maestros suplentes no tenían derecho a nada, no podían embarazarse: tenían que ir a la escuela. Un día una maestra había tenido un chico y no pudo ir a la escuela y le pusieron falta. Un montón fuimos con un escribano el día que la maestra se presentó e hicimos que la

reciban a la maestra. Y así luchamos por los derechos de los maestros. Después yo entré con la Juventud Peronista, trabajábamos acá [Río Seco] con los obreros del Ingenio [La Providencia]. Acá estábamos más coordinados. Vivía acá y yo había conseguido un cargo suplente de una maestra en la escuela. Después enseñé en Acheral y en Santa Lucía; en esa época andaban los compañeros del ERP en Santa Lucía. Yo me acuerdo que una vez fueron y nos encerraron a las maestras y les dieron el café con leche a los chicos. Yo pensaba "cuando salgan a ver qué dicen las maestras sobre esto". Yo, chocha, "esta va a ser la oportunidad para charlar de política con las maestras". No. Las maestras dicen: "Qué buen mozo y que lástima que anden en esto". Yo me quedé que no sabía qué hacer con ese planteo. Yo digo: "bueno, que estas se vayan al diablo". Y nosotros comenzamos a trabajar con la Juventud, con los obreros de la caña.

Pregunta: ¿Había en Río Seco un núcleo de la Juventud Peronista?

María: Sí, y en Aguilares. En todas partes, en toda la provincia estaba la Juventud Peronista. También estaba el Peronismo de Base, había distintos grupos políticos del peronismo. Empezamos a trabajar más políticamente: nosotros les decíamos a los peladores de caña de acá de la zona de Arcadia que ellos tenían derecho a que les den leche y no nos creían. No nos creían que tenían esos derechos. Empezamos a que la gente tome conciencia de los derechos que tenían, que se den cuenta que tenían derecho a una casa, no a esas casas que tenían los bolivianos que les hacían con la maloja de la caña y ahí vivían con lluvia, frío, de todo. Luchábamos para que les hagan vivienda, cosas con derechos. A mí me tocó trabajar mucho en la zona de Aguilares. Ahí nosotros hicimos un paso nivel porque la gente no tenía cómo pasar para el centro. Hablamos con los del ferrocarril, le decían Barrio Chino. Nosotros le pusimos Barrio 25 de Mayo. Así un montón de cosas. Acá también estaba el Barrio Criollo, acá era mucho más fácil. Allá había gente que se quería hacer la burguesa, pequeños pro... clase media, bueno, ignorantes. Acá era más fácil que en la zona de Aguilares y por eso íbamos a esa zona, a ayudar a los compañeros. Así empezamos y nosotros ya traíamos toda la base de lo que era el Movimiento [Rural]. Acá seguía el Movimiento, pero yo no estaba porque ya se me había terminado el mandato. Ya se había regionalizado el país, trabajábamos por región y había en cada región un representante. Acá en Tucumán la sede del movimiento estaba en el Obispado en la calle Junín. Enfrente vivía la familia Cerviño, vo de ahí los conocí a todos ellos. Entonces, ¡qué diablos!

Pregunta: ¿no los habían echado a ustedes?

María: Sí, pero acá en el NOA todavía prevalecía esa cosa así. Algunos se quedaron, otros se fueron, no les dejaron el lugar... Y como acá

había curas que nos apoyaban y todo, fue más fácil que no nos sacaran del lugar, porque ahí en el obispado era la sede del Movimiento. Después sí nos sacaron a patadas con la dictadura. Sacaron todo, nos echaron. Pero hasta ese momento todavía teníamos ahí la sede y hacíamos las reuniones de la Juventud Peronista. De todo era ahí: era la sede de toda la región del NOA, venían los obreros rurales de Salta (...). Así fue la militancia, todo eso fue muy enriquecedor por miles de personas que iban allá y sobre todo al comedor universitario: cuando había fiesta íbamos a comer y, qué sé yo, era una sola cosa entre la juventud, una sola cosa...

Tal como lo hace Juan. María cuenta su militancia en la Juventud Peronista haciendo énfasis en aquellas prácticas que estaban ancladas en las necesidades concretas de los trabajadores: organizar medidas de lucha para ampliar los derechos de los maestros, garantizar el cumplimiento de los derechos de los obreros del surco o construir un paso a nivel. Aquí también esas prácticas parecieran estar orientadas a algo que excede a las necesidades concretas que las originaron, y que se vincula a la construcción de conciencia sobre los derechos de los trabaiadores y a la necesidad de desplegar espacios organizativos para defender esos derechos y conquistar otros nuevos. Sin embargo, en el testimonio de María aparece algo nuevo: emergen los cortocircuitos en ese vínculo entre la militancia orgánica y sus bases, cortocircuitos que María ubica en el plano de los valores, aspiraciones, percepciones. En Aguilares, dice, la militancia era mucho más difícil porque había gente que "se quería hacer la burguesa", expresión que referiría al hecho de renegar de su pertenencia de clase asumiendo los valores y costumbres del grupo social antagónico. En Santa Lucía, el problema era la frivolidad, falta de compromiso o desinterés de las maestras frente a una acción política. Río Seco y, en particular, sus trabajadores azucareros, aparece, en cambio, como el territorio en el que ese vínculo es más fluido y genera menos resistencias.

Tanto Juan como María describen, además, otros tipos de vínculos dentro de sus militancias: aquellos que articulan prácticas con diferentes grados de organización y entre distintas orientaciones políticas. En el relato de Juan hay una suerte de continuidad entre los diversos sectores de militancia universitaria que "repartían panfletos y revistas", la dirigencia del sindicato del Ingenio La Providencia, la "juventud" de Río Seco agrupada en el centro de estudiantes, los trabajadores del surco que se comprometían en la tarea de alfabetizarse y quienes participaban en las movilizaciones convocadas por la FOTIA o en las diversas acciones que realizaba el centro de estudiantes.

María refiere a algo similar en relación al proceso de aprendizaje que implicó para los maestros la articulación con el sindicato del Ingenio Aguilares, en su relato acerca de las circunstancias que permitieron que la sede del Movimiento Rural funcionara como un espacio de confluencia entre diferentes sectores de la izquierda, y también cuando caracteriza como "muy enriquecedora" la participación en acciones en torno al comedor universitario. En ambos testimonios esa articulación pareciera estar posibilitada por algo diferente a una coincidencia en términos de proyecto político y que refiere a la percepción de formar parte de un espacio social definido por ciertos valores y percepciones compartidos, de un "nosotros" que aunque heterogéneo podía diferenciarse claramente de un "otros" en términos de pautas culturales.

Es posible que la fuerza de esas pautas culturales sea lo que Juan describe como un "auge", un "despertar" que no solo incluía a la juventud sino también a "los chicos" y a la "gente grande". También es posible que estos aspectos de la cultura fueran lo que le hacían sentir a la militancia como una "fiesta", en la que diferentes tipos de prácticas políticas se anudaban unas con otras en una amplia red articulada en torno a la percepción de realidad como algo factible de ser transformado colectivamente. Quizá María haga referencia a eso cuando dice que la juventud "era una sola cosa".

REFLEXIONES FINALES

Las trayectorias de vida y de militancia de María y Juan que hemos analizado coinciden con uno de los períodos más álgidos y complejos de la lucha de clases en Tucumán. Los veinte años que van desde el derrocamiento de Perón en 1955 hasta el inicio del Operativo Independencia condensan el despliegue de toda una serie de prácticas que, como mínimo, implicaron un obstáculo al normal desenvolvimiento de las relaciones sociales capitalistas.

Existe un cierto consenso historiográfico que ubica a la clase obrera azucarera en el centro de un primer momento de radicalización que tuvo su punto culmine a mediados de la década de 1960. Pero los acuerdos comienzan a disiparse a medida que avanzamos en el tiempo y se abre un segundo momento, que no excluye, pero sí excede a las organizaciones obreras. Este ciclo, que alcanzó su máxima expresión en los Tucumanazos de mayo de 1969, noviembre de 1970 y junio de 1972, está marcado por el crecimiento de las organizaciones revolucionarias y, en particular, de aquellas que optaron por la lucha armada.

El nudo central del debate está dado por la participación de la clase trabajadora en ese segundo momento de radicalización, habida cuenta de la fuerte derrota que había sufrido en la década de 1960 tras el cierre de ingenios. Sin pretender agotar este complejo debate diremos que las historias de vida de María y de Juan nos dan indicios de toda una serie de procesos que permiten enriquecer la discusión porque muestran una infinidad de matices vinculados a la experiencia cotidiana de la clase, que parecen haber operado en los procesos concretos de politización de los sujetos y en las prácticas desarrolladas en el marco de su militancia. Desde esta perspectiva entonces. la presencia de conducciones sindicales identificadas con organizaciones revolucionarias, como el caso del Ingenio La Providencia; de miembros de los cuerpos de delegados que militaban, simpatizaban o tenían afinidades con esas organizaciones, como es el caso del Ingenio Fronterita: o de conducciones combativas más o menos asociadas a estas tendencias que disputaban con la burocracia sindical, como el caso de la fábrica Norwinco, pueden leerse como indicadores de los niveles de conflictividad social y radicalización política. Pero testimonios como los de Juan y María dan cuenta, además, de toda otra serie de prácticas que no serían cuantificables en términos de presencia de las organizaciones de izquierda en los espacios organizativos de la clase obrera o de su capacidad para incidir en las líneas de acción, pero que resultan fundamentales para comprender el proceso de lucha de clases desarrollado en el período. Recuperar esos procesos como dimensiones relevantes para el estudio de los procesos de lucha de clases nos permite complejizar la mirada sobre el período al inscribir el crecimiento de las organizaciones de izquierda en un entramado que las incluve, pero las excede.

BIBLIOGRAFÍA

- Crenzel, E. (1991). *El tucumanazo (1969-1974)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Falcão, L. F. (2013). Ethel Leon: rememorando tiempos extraordinarios en *Experimentar en la izquierda. Historias de militancia en América Latina, 1950-1990.* Buenos Aires: CLACSO.
- Falcão, L. F. (2014). Alegorias da verdade. *Fronteiras: Revista Catarinense de História*, (24), 87-87.
- Jemio, A. S. (2019). El Operativo Independencia en el sur tucumano (1975-1976). Las formas de la violencia estatal en los inicios del genocidio (Tesis de Doctorado no publicada). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Murmis, M., y Waisman, C. (1969). Monoproducción agroindustrial, crisis y clase obrera. La industria azucarera tucumana. *Revista Latinoamericana de Sociología*, 1, 344-383.

- Nassif, S. (2014). *Las luchas obreras tucumanas durante la autodenominada Revolución Argentina (1966-1973)*. (Tesis de Doctorado Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Nassif, S. (2018). La huelga azucarera de septiembre de 1974 en Tucumán: un hito del movimiento obrero durante el tercer gobierno peronista. *Población & Sociedad*, 25(2), 83-110. https://doi.org/10.19137/pys-2018-250204
- Osatinsky, A. (2006). Las transformaciones económicas y el deterioro social de Tucumán en los años de Onganía. XIII Encuentro de Cátedras de Ciencias Sociales y Humanísticas para las Ciencias Económicas, Asociación de Docentes de Ciencias Sociales y Humanísticas para las Ciencias Económicas, Jujuy.
- Paolasso, P. y Osatinsky, A. (2007). Las transformaciones económicas y sociales de Tucumán en la década de 1960. VIII Encuentro de la Red de Economías Regionales en el marco del Plan Fénix y I Jornadas Nacionales de Investigadores de las Economías Regionales. Universidad Nacional de Entre Ríos, Concepción del Uruguay, Entre Ríos.
- Pozzi, P. (2004). *Por las sendas argentinas: el PRT-ERP, la guerrilla marxista*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Pozzi, P. (2015). Trabajadores y procesos de politización y rebelión. *Esboços: histórias em contextos globais*, 22(33), 17-28.
- Pucci, R. (2007). *Historia de la destrucción de una provincia. Tucumán 1966*. Buenos Aires: Ediciones del Pago Chico.

FHENTES ORALES

- Entrevista a María (seudónimo), Río Seco, Tucumán. Entrevistada por Grupo de Investigación sobre el Genocidio en Tucumán en junio de 2012.
- Entrevista a Juan, Río Seco, Tucumán. Entrevistada por Grupo de Investigación sobre el Genocidio en Tucumán en junio de 2012.

DO PORVIR: PLANTAR CASTANHEIROS, ENTRE EXPERIÊNCIAS, EXPECTATIVAS E POSSIBILIDADES¹

Paula Godinho

Em memória de Luiz Felipe Falcão

Um amigo é uma testemunha. Há um provérbio que diz: "Viver sem amigos é morrer sem testemunhas." Os amigos trazem à nossa vida uma espécie de atestação. Os amigos sabem o que é para nós o tempo. Eles testemunham que somos, que fizemos, que amamos, que perseguimos determinados sonhos e que fomos perseguidos por este ou aquele sofrimento. E fazem-no não com a superficialidade que, na maior parte das vezes, é a das convenções mas com a forma comprometida de quem acompanha. O olhar do amigo é uma âncora. José Tolentino Mendonça Nenhum Caminho Será Longo - Para uma Teologia da Amizade, Paulinas, Out. 2012 (4ª ed.), p. 106.

PLANTAR CASTANHEIROS E OS TRILHOS PARA O FUTURO

Nos anos 1980, quando fazia trabalho de campo numa aldeia do norte de Portugal, um vizinho idoso avisou-me de que iria transplantar castanheiros com os seus filhos, que viviam na cidade e só retornavam em datas festivas. O senhor João plantara em viveiro várias dezenas de castanheiros, que aguardavam a transferência para o terreno definitivo. No sábado aprazado, lá fomos. Primeiro, marcou-se uma cruz em cada pequena árvore, indicando onde o sol lhes batia, ao nascer, para que não se ressentisse demasiado da mudança. Depois, dispusemo-los

¹ Trata-se de uma versão revista e encurtada de «Lo que nos enseñan quienes plantan castaños: experiencias, expectativas y futuros posibles» in Teresa Vicente, et alii, Antropologías en transformación: sentidos, compromisos, utopias, Valencia, Institució Alfons el Magnanim: 105-134. Uma parte da reflexão resulta de uma obra recente: Paula Godinho (2017) O futuro é para sempre. Experiência, expectativa e práticas possíveis. Lisboa/Santiago de Compostela: Letra Livre/Através Editora.

:com cuidado no atrelado de um trator. Finalmente, cravámo-los no novo terreno, em aberturas escavadas, sob a indicação do senhor João.

Os dois filhos achavam que era uma boa solução. A família tinha terrenos abandonados, a aldeia albergava poucos e envelhecidos habitantes, e os castanheiros garantiam um bom rendimento, quando se está fora. O senhor João era o mais entusiasmado, embora assumisse que, devido à sua idade, não iria provar castanhas que dali viessemviria a morrer no inverno seguinte. Agradava-lhe a ideia de que a terra voltasse a cumprir uma função produtiva, e que os vindouros viessem a comer castanhas. Aqueles castanheiros eram uma promessa.

Como muito do que sucede nas sociedades agrárias, ou nas sociedades, em geral, trabalhava-se para o futuro. Receava-se os perigos desse mesmo futuro, repleto de emboscadas e pautado pelo risco, ali exorcizado através da ação concertada de preces, de proteções químicas, de seguros de colheitas. Sabia-se que ele vinha, e que as gerações se substituiriam. Eu recolhia memórias, olhava para o passado, tentava perceber os modos de reprodução, mas, nesses anos, interessava-me pouco pelos sinais de que as mulheres e os homens trabalham em função do que há-de vir, e que não é mirífico, nem redentor, nem teleológico, mas palpável ou evanescente, comestível ou simbólico, com castanhas e com ideias. Enquanto antropóloga, ouvi histórias que falavam do passado, na boca de pessoas que queriam pensar no porvir, mediato ou imediato, que sentiam obstruído, por vezes, devido a um passado viscoso, que impedia o caminho. Também presenciei práticas delineadas em função do que ainda estava por construir, que se adivinhava ou não se deixava vislumbrar. Ouvi falar de sonhos e vontades, alguns dos quais além da contingência biológica, ou com forte dose de impossibilidade, outros bem palpáveis, concretos, preparados. Marcado pela cultura e pelo tempo em que emerge, o futuro é um horizonte, nem sempre pautado pela vertigem ou pelo receio, e perpassado por vezes pelo entusiasmo ou pela evasão.

Nas sociedades rurais, lança-se a semente à terra, cuida-se, colhe-se. Retém-se uma parte para o sustento, outra para tributos vários e mais uma para a festa, destinada à folia, ao tempo cerimonial, à diversão, ao gasto perdulário, a que chamava Georges Bataille "a parte maldita". Porém, uma parte do que foi produzido tem de ficar arredada do consumo para servir de semente, para que o ciclo não seja interrompido no ano seguinte. Uma parte do que se produz destina-se ao futuro. A busca da reprodução social e das continuidades insere-se numa preferência da antropologia pela duração e o consenso, em vez da mudança e do conflito, da indagação acerca dos agentes sociais, da dominação, da resistência e da autonomia dos grupos sociais subalternos, como agentes históricos significativos. Em terrenos e tempos

diversos, as brechas no tempo remetem para cerimónias, cíclicas, mas imprevisíveis (Godinho, 2010), ou para momentos em que a duração é interrompida e conhece novos caminhos, devido a formatos de ação coletiva (Godinho, 2001; 2011). Interessa-me esse espaço-tempo, liminar e disruptivo, que não constitui necessariamente uma fratura na sociedade, mas que lhe injeta energia.

Sendo antropóloga, o meu trajeto nunca se fez dentro da monomania disciplinar, devido aos estudos sobre a memória e às abordagens processuais. Lavrei um campo entre a antropologia e a história, sabendo que os espaços deixados incultos, entre campos cultivados, são também os pontos de viragem dos bois que aram, ou do trator que os substituiu: sem esse espaço liminar, arredado do cultivo, este não pode realizar-se. As fronteiras, os limites –reais ou metafóricos–, são complexos e estimulantes, porque o entrelaçamento de escalas se escusa ao fechamento analítico.

Interrogo aqui o porvir, através do que a antropologia nos ensinou. Como propõe Michel Agier, é necessário pensar a possibilidade de um mundo comum, em que se reinvente um programa de igualdade, a partir do ancoramento no terreno. Aí se constrói a «condição cosmopolita», encarando o descentramento como fundamento da antropologia do mundo contemporâneo, no qual a fronteira é um lugar ou um momento, uma situação de fronteira (Agier, 2013, pp. 205-208).

Vêm-nos condenando à ausência de futuro. Em sentido colectivo, escasseia força material às ideias circulantes, embora a falta de esperança não seja natural. A produção de ideias parece ir fazendo ênfase no *fim*, das ideologias, da história, da racionalidade, do emprego, da possibilidade de uma vida melhor. Como nota David Graeber, a ausência de confiança no futuro foi produzida através de um aparelho que, ao longo dos últimos trinta anos, toldou o ânimo e destruiu os sentidos do futuro (Graeber, 2011, pp. 31-32). Josep Fontana, numa paráfrase do título da obra de David Lowenthal (1985), diz-nos que o futuro se tornou um país estranho (Fontana, 2013, *passim*).

Proponho-vos rejeitar os fins anunciados e partir em busca das práticas possíveis, a partir das quais os seres humanos delineiam futuros, em situações de mudança, através de duas categorias conceptuais sugeridas por Reinhart Koselleck: o espaço da experiência e o horizonte da expectativa, que entrecruzam o que passou e o que virá, detetando o tempo histórico no campo da investigação empírica (Koselleck, 1979, p. 337). Inspiradas em Pierre Bourdieu e na sua *Esquisse d'une théorie de la pratique*, as práticas possíveis articulam a noção de estratégia, que do que é herdado, mas também das agencialidades e das conjunturas. Como ensina Maurice Godelier, para que o imaginado possa agir socialmente, é preciso que o seu conteúdo ideal seja partilhado, comunicado

e interiorizado por outros (Godelier, 2015, p. 240). Caberá à antropologia e aos antropólogos contribuir para que o façam de maneira mais plena e criativa, que aumente a dignidade, a autonomia e a liberdade das pessoas (Kathleen Gough apud Gledhill, 2000, p. 358). É o que proponho, com esta abordagem de práticas possíveis.

DAS CLASSES E DOS SINAIS DE CRISE

Na realidade do capitalismo atual, que acentuou as desigualdades (Piketty, 2013, *passim*), em que se afundam países, com as condições de vida de muitos a degradarem dramaticamente, há pessoas iguais a nós, ao pé de nós e mais longe, que se movem, que agem, que atuam, que resistem, que se dissimulam ou se evadem. Há um acesso ao poder e à riqueza inaudito por parte de alguns, com o capital a descartar-se de grande parte das despesas inerentes à sua reprodução: a assistência às crianças, aos jovens, aos velhos, aos deficientes, aos doentes, a segurança social, a educação e os cuidados de saúde (Harvey, 2011, p. 285). As condições da vida material degradaram-se, abrindo espaço aos ruinólogos. Proliferou um estado de espírito derrotista, assente na aparente impossibilidade dos movimentos sociais de crescerem e criarem alternativas, e no parecer de que o desafio ao poder e aos seus arranjos não poderia vencer em nenhuma circunstância. Todavia, as ideias, o pensamento, a análise das sociedades, tiveram e têm consequências.

A desigualdade de classe, em que assenta a acumulação de capital, plasma-se em identidades raciais, de género, de nação, de religião, de pertenca geográfica (Harvey, 2011, p. 261), nas suas justaposições e multiplicidades, bem conhecidas e estudadas pela antropologia. A reconfiguração e a reapreciação das relações sociais de produção viriam a ter quatro consequências básicas, segundo Jean e John Comaroff (2001): (1) impediram que os Estados assentassem as suas economias na produção estritamente nacional, o que conduziu à impossibilidade de formatos de concertação social -patrões e sindicatos, capital e trabalho- com a negociação de salários e condições de trabalho num território delimitado; (2) subverteram a produção doméstica nos países industrializados, ao encorajar o trabalho precário, a externalização e a contratação de trabalho subvalorizado (mulheres ou imigrantes, por exemplo); (3) acentuaram o fosso entre regiões ricas e pobres quanto aos custos do trabalho, de que resultou também uma descida nos salários dos países de centro; (4) reduziram o proletariado ao seu menor denominador comum, sem proteção, a competir com os mais exploradores modos de manufatura do planeta.

Vivemos um longo momento de incerteza, com as vidas a tornarem-se precárias por mais tempo e com os seres humanos a habituarem-se a materialidades provisórias, a mobilidades sem ancoramento e sem direção, com "inovações" constantemente exigidas, nas quais o passado e o futuro são ignorados (Agier, 2013, p. 5). A expressão "crise", em replicação da que entra pelas televisões e outros meios de comunicação, é usada para exprimir a insegurança económica e a vulnerabilidade do corpo e do espírito, sobre as quais se constroem os quotidianos. Esta *aporia da crise* (Knight e Stewart, 2016, p. 4) está associada ao futuro, perpassado por indeterminações, medos ou iras, e constitui uma parcela da vida diária. Quando o exercício da caridade e do assistencialismo parece ir substituindo o da partilha e da justiça social, com o direito do trabalho a ser entendido como inimigo do direito ao trabalho, cabe avivar o alcance da antropologia política.

Para grande parte dos subalternos, a distinção entre períodos de normalidade e de crise é frequentemente fictícia, e as respostas resultam das construções mentais e das representações habituais. Os modos de lidar com uma crise –e de a integrar, vivendo-a diariamente– são culturalmente determinados. Entre *cripsis*, do grego *kryptos*, a arte de passar despercebido, que permite comer e não ser comido, e *kairos*, o momento oportuno para a ação, a cultura constitui em simultâneo um conjunto de disposições, de normas e de comportamentos, bem como um mecanismo de construção, de modificação ou de desmantelamento, posto em prática por agentes sociais concretos.

Uma frase de Thatcher, que traduz um momento vitorioso da correlação de forças entre o capital e os subalternos, seria glosada e replicada sucessivamente: "There is no alternative". Num texto publicado no Monde Diplomatique, em janeiro de 1995, Ignacio Ramonet chamaria "pensamento único" ao propagado através de poderosos vetores de difusão: a imprensa económica, o patronato, uma parte da Universidade, os círculos de reflexão e de estudos, as escolas de gestão. É um projeto integral de construção de um paradigma das relacões sociais e de classe, de realinhamento do público e do privado e de reconfiguração das formas de governo: "[e]conomics are the method, but the object is to change the soul" (Thatcher, apud Harvey, 2005, p. 23). Contudo, a sua vontade totalitária é raramente concretizada na íntegra, porque não opera no vazio (Kingfisher e Maskowsky, 2008. p. 118), e a história da humanidade é a da construção de alternativas. através de práticas possíveis, contingentes, que são diversas no tempo, no contexto e no interior dos grupos.

As transformações das sociedades fornecem um pano de fundo para o trabalho etnográfico, através do seu reflexo na vida quotidiana das pessoas comuns, em larga escala. As práticas possíveis delineiam-se entre o que faz com que as sociedades se perpetuem e incorporem as alterações nas suas estratégias, e a emergência de circunstâncias que impõem a mudança, através de um corte com uma modalidade

anterior, que se desejou ou a que houve que fazer face. Resultam também de impossibilidades rejeitadas, que constituiriam outras hipóteses disponíveis de ordenação da sociedade e das vidas.

Nem todos se integram por igual no coletivo, e o limiar de participação é distinto. Por outro lado, os momentos de ação coletiva e luta acesa, não podem obnubilar outras práticas possíveis de resistência indireta, ou *low profile*, através da dissimulação, do encobrimento e do apoio aos resistentes. Estas modalidades integram a resistência quotidiana, através das *armas dos fracos:* a caça furtiva, o roubo, o fogo-posto, a lentidão no desempenho de tarefas, os boatos e mexericos, etc. (Scott, 1985).

Os estudos que visibilizam as "lutas imediatas", a resistência escapista e os movimentos sociais, permitem verificar que os agentes sociais têm respostas subjetivas a situações objetivas, em que o *habitus* é importante, conquanto deva ponderar-se o papel do momento histórico e pessoal. As soluções variam em função da conjuntura política, mas também pessoal, da segurança de uma dada rede de apoio, bem como do papel do aleatório, insuficientemente valorizado. O grau de previsibilidade assenta no facto de as sociedades formarem os indivíduos para o assentimento e a continuidade, com uma matriz durkheimiana que considera anómico o que escapa à inscrição no processo de socialização, e tolda a perceção da resistência e as circunstâncias de corte e aceleração da história.

Quando os processos de reprodução social geram situações de incerteza e de fluidez, que se instalam na vida das pessoas e desvanecem a experiência da oposição clássica entre trabalho e capital, as classes são centrais na investigação etnográfica (Narotzky e Smith, 2006). Embora se refletisse sobre uma globalização positiva e libertadora, através dos fluxos de tecnologia, de informação e dos *media*, o processo foi acompanhado da externalização do trabalho, do desemprego, de uma exploração desenfreada, da desindustrialização –nas sociedades cujos trabalhadores tinham direitos—, e da sobre-industrialização em locais do globo com mão de obra mais desorganizada e dócil. Considera-se o desemprego "estrutural", sem se questionar o aumento da jornada de trabalho e da idade de reforma, o crescimento da produtividade e do grau de exploração, num mundo em que as pessoas se tornam supranumerárias.

David Harvey define o neoliberalismo como um sistema de acumulação por escassez ou por penúria, assente em 4 pilares: (1) a privatização ou mercadorização dos bens públicos; (2) a financeirização, que conduz a que qualquer bem –ou mal, como sucede com as consequências destrutivas de um marmoto, ou de um furação – possa ser convertido em instrumento de especulação económica; (3) a gestão e

manipulação de crises; (4) a redistribuição estatal, em que os estados se tornam agentes de reencaminhamento da riqueza de baixo para cima (Harvey, 2011). É particularmente enfático nesta redistribuição de baixo para cima, que conduz a um sobre-enriquecimento das classes capitalistas à custa de todos os outros, que é basilar na agenda neoliberal. O crescimento da desigualdade social, entendida como estrutural, assenta numa polarização da riqueza e da pobreza, com o crescimento das fortunas no topo da escala social e o empobrecimento de muita gente e de muitos países.

Esta espiral sinergética e simultânea de riqueza e pobreza, acompanhada de um novo feudalismo, de fluxos globais de capital, concentrados em algumas zonas do globo, que minam as soberanias nacionais e esvaziam a democracia, conduziu em alguns lugares a um capitalismo messiânico e milenarista (Comaroff e Comaroff, 2001, p. 2), que se apresenta como um salvífico evangelho e converte os subalternos e excluídos em alvos de entidades assistencialistas.

DAS PRÁTICAS POSSÍVEIS

Em momentos e contextos diversos, as práticas possíveis detetam-se através de pegadas vestigiais, que permitem sondar caminhos, entrevistos e esboçados, mais que asfaltados e confortáveis. A proposta de um elenco de práticas possíveis espraia-se num campo essencialmente político, nos centros, nas margens, nos esconderijos. Estas não obedecem a um padrão, porque estão dependentes do momento, da correlação de forças em campos sociais elásticos, de encadeamentos de escalas diversas e da relação entre a experiência e a expectativa dos agentes sociais. Contudo, abrem possibilidades para continuar, em instantes empolgantes, em rotinas necessárias, ou em fugas imperativas.

Com o agravamento das condições de vida resultantes do neoliberalismo, sob formatos diferenciados em contextos distintos, os seres humanos agiram sobre o real de três maneiras. Em primeiro lugar, através das "lutas imediatas", em paráfrase de Michel Foucault (apud Narotzky e Smith, 2006), enquadram formatos da resistência –quotidiana ou esporádica–, que permitem viver evitando os danos maiores. Estas lutas imediatas são aquelas em que as pessoas encaram as instâncias do poder que lhes são mais próximas, sem procurarem o "chefe adversário", mas o inimigo imediato. Através desta prática possível, não buscam uma solução no futuro para o seu problema circunstancial, através de revoluções, libertações ou luta de classes. Susana Narotzky e Gavin Smith publicaram em 2006 Immediate struggles – People, Power and Place in Rural Spain, uma obra decisiva na compreensão deste tema. A província de Alicante serviu-lhes como terreno para este estudo, cujo epicentro foi Catral, na vega baja do

Segura. Trata-se de uma região marcada longamente pela pluriactividade rural, entre uma área de grande propriedade e outra de pequenos agricultores, entre o árido e o irrigado, e entre a manufactura e a agricultura. Ali se criou um complexo de relações sociais, assente numa rede interpessoal densa, com uma longa história, uma paisagem de pequenas manufacturas familiares e um misto de agricultura comercial e indústria, com famílias agrícolas pluriactivas e empresas efémeras. No caso galego, através de uma etnografia assente nas costureiras que foram fundamentais na edificação de uma grande fortuna ligada à confecção, venho interrogando o papel desta prática possível, atendendo aos vários formatos da produção: na grande unidade, nos talleres, nas «cooperativas» e no nível doméstico e isolado. Esta domiciliação da produção, que é dita «informal» ou «marginal», participa em processos de grande centralidade na acumulação e requer uma abordagem global. No dia 23 de abril de 2013, ruiu um edifício de oito pisos nos arredores de Dacca, a capital do Bangladesh. Segundo os números iniciais, teriam morrido 370 pessoas. Dezassete dias depois, foi resgatada Reshma Begum, uma costureira que sobrevivera sob os escombros do edifício Rana Plaza. Nascera numa aldeia a 270 quilómetros de Dacca e cosia, tal como uma sua irmã, para as grandes companhias, atraídas pelo mais baixo salário mínimo do mundo, depois dos recentes aumentos na China: 29 euros por mês (El País, 11/5/2013). Durante esses dezassete dias, os números haviam crescido drasticamente: 1050 mortos, 2500 feridos, numerosos mutilados, segundo o El País de 11 de maio de 2013.

Em segundo lugar, através do formato da fuga, em zonas de refúgio (Scott, 2009), com a subalternidade como uma impossível identidade (Spivac, 2009, pp. 72-3). A proposta de James C. Scott considera as zonas de refúgio como o outro lado da moeda dos projectos de edificação estatal, de que constituem um produto reflexivo, em locais pouco interessantes para os processos de apropriação. Através delas é possível construir uma história global de populações que tentam evitar os Estados ou que foram empurradas por eles, como os Cossacos, os Ciganos, os Berberes, os Mongóis (Scott, 2009, p. 328) ou seja, que ocupam os espacos extra-estatais e que usam alguns corredores menos vigiados para escapar às esferas de controlo. Numa abordagem comparativa, verifica-se que essas áreas têm em comum um conjunto de características: (1) as populações desenvolvem rotinas de subsistência que maximizam a dispersão, a mobilidade e a resistência à apropriação; (2) a sua estrutura social favorece essa disseminação e fragmentação, apresentando ao exterior um modelo, que impede a existência de qualquer ponto institucional susceptível de futuros arranjos unificadores; (3) grande parte tem fortes tradições de igualitarismo e autonomia, ao nível das famílias e das aldeias, que constituem um estorvo permanente em relação à tirania e à hierarquia (Scott, 2009, p. 329). Em ocasiões de colapso dos centros de poder, pautados por guerras, depressões ou banditismo, as comunidades fecham-se dentro de si até que o perigo passe, para minimizarem os danos, num espaço autárquico. Assim, estas zonas de refúgio aprenderam num tempo longo a escolher entre aproximarem-se dos seus vizinhos, adstritos aos Estados, ou mantê-los à distância (Scott, 2009. p. 333), num formato adaptativo na penumbra dos Estados. Esta prática possível, com o escapismo associado, revela-se particularmente útil para pensar as fronteiras e o que aí se passa, hoje como num tempo longo: se através dela podem entender-se formatos de guerrilha e resistência, é também fundamental para compreender um ataque recente, com «a mãe de todas as bombas», aos membros do ISIS, num território já antes associado à Al Qaeda. Essas "zonas hostis" estão localizadas em terrenos montanhosos, de acesso difícil, remotos, sem policiamento. Osama bin Laden fora criado, alimentado e multiplicado pela política norte-americana no Afeganistão, durante a invasão soviética e nos tempos que se seguiram. Quando caíra em desgraça, ter-se-ia refugiado nos "santuários" da Al Qaeda. Estaria algures na fronteira entre o Paquistão e o Afeganistão, num lugar incerto, que remetia para um território geográfico longínquo, escondido, sem controlo estatal, que o tornava recalcitrante ao exercício do poder dos EUA e dos seus aliados. Ali se acolhiam os descendentes de um longo processo de clandestinidade e de evasão à construção dos Estados. num espaco rochoso e aparentemente hostil à vida humana, que as televisões mostraram. Conquanto negativizada, apresentava-se uma zona de refúgio: a "Zomia".

Em terceiro lugar, a prática da ação coletiva, que assumiu formatos variados, por vezes associados a um épico destacado. Transporta consigo uma mudança profunda, ainda que possa posteriormente ser subsumida pelos solavancos da história. Um movimento coletivo é constituído por um conjunto de ações, desenvolvidas por um grupo, destinadas a reclamar aos representantes do poder –autoridades, grupos determinados, sociedade em geral–, uma ou várias reivindicações. Estas podem ser novas, ou tender a repor uma situação que foi abalada. Nos finais da década de 1950 e na de 1960 cresceu o interesse da antropologia pelos movimentos sociais, estimulada pelas lutas de libertação nacional e outras situações, associadas à descolonização do designado "terceiro mundo" –terreno da maioria dos antropólogos– e à guerra fria. No caso norte-americano, seria fulcral a guerra no Vietname. Estas condições históricas foram responsáveis por uma viragem no foco de interesses, passando-se da ordem social, em coletivos estáveis,

ao conflito, em sociedades sob mudança acelerada (Sluka,1992, p. 21). O desenvolvimento das abordagens por parte da antropologia dos movimentos sociais resulta da crítica aos aspetos frágeis do estruturo-funcionalismo quanto ao controlo social e à ordem. A perspetiva emergente enfatizou o conflito e o processo, mais do que a ordem e a estrutura. Etnografias empolgantes como as de Eric Wolf e as suas *Peasants Wars of the Twentieth Century*, de Jerome Mintz e os anarquistas de Casas Viejas, de Marc Edelman e os movimentos transnacionais dos camponeses da Costa Rica, ou da reforma agrária na revolução portuguesa, são fundamentais para compreender o papel da acção colectiva, conquanto perpassada por derrotas marcantes.

As práticas possíveis apelam à relação das ideias com o poder. Implica interrogar as instâncias de consentimento, as retóricas do medo, e os formatos de autoridade e vigilancia, bem como atender às práticas possíveis. No tempo actual, houve que criar e alimentar exércitos, prisões, polícias, aparelhos de propaganda que, embora nem sempre ataquem diretamente as alternativas, criaram um clima de medo difuso, de conformismo ou mesmo de desespero (Graeber, 2011, p. 32). Numa obra sobre a razão securitária, Michaël Föessel (2011) escolheu para epígrafe uma frase de Rousseau no Contrato Social "Também se vive tranquilo na prisão", e alega que, sob a superfície dos comportamentos atuais, está o temor. Num reforço inaudito, a que se juntaria o clima de vigilância da ameaca terrorista, cujos responsáveis variam, os Estados têm de vigiar tudo, ponderar e prevenir riscos, identificar e isolar ameacas, atuar de forma preventiva. O novo imperativo securitário implica um "estado de vigilância": todos estamos vigiados, vigilantes e somos chamados a denunciar. Por exemplo, depois dos motins do Verão de 2011, em Londres, a então ministra e hoje chefe do governo britânico, Theresa Mae, incitava à delação pelos cidadãos. Também o governo francês, depois dos atentados de novembro de 2015, com o assentimento da assembleia, instalou o estado de exceção por três meses, a que se seguiram outros três. Com o ataque de 14 de julho de 2016 em Nice, manter-se-ia o estado de exceção. Foram assim suspendidas as práticas que requeriam leis e iuízes, ao mesmo tempo que foi instalado um sistema de vigilância. em que o próprio exército velava por Paris –e não a polícia, que costuma vigiar as urbes- conferindo uma perceção subjetiva de uma cidade em guerra.

Exorta-se os cidadãos a que se mantenham em guarda em todos os sítios, do metropolitano aos supermercados, que avaliem riscos, que descubram ameaças, dos islamitas perigosos, ao mosquito portador de doenças. Cuidarmo-nos e vigiar os outros, é contribuir para a manutenção de um *status quo*, que supostamente existira antes e era

equilibrado, tendo sido posto em causa pelas novas ameaças. Tudo o que é anormal, o que não se pode prever ou vender, começa a parecer perigoso, havendo um medo que separa em vez de unir (Föessel, 2011, p. 10), numa situação de banalidade securitária, com a generalização e a frivolidade da segurança (Föessel, 2011, p. 15). Na Europa concretizou-se o "desejo de muros" (Brown, 2009, cit. Agier, 2013, p. 24) através da Agência Europeia para a Cooperação Operacional nas Fronteiras Externas, designada Frontex, que constitui o sistema de controlo de acesso de pessoas, cujo orçamento não parou de crescer desde que foi criada, em 2005 (Agier, 2013, p. 15). Com a designada "crise dos refugiados", sobretudo a partir do Verão de 2015, multiplicaram-se os muros e as arbitrariedades sobre quem fugia do terror. Ao mesmo tempo, gente generosa deslocava-se de todo o mundo para colaborar com os habitantes dos pontos do Mediterrâneo onde desembocavam os barcos com refugiados.

Esta banalidade securitária e este Estado de vigilância são também uma negação da política, que tem a ver com as vidas individuais. Feita de aversão e de intolerância à alteridade, a vigilância não é uma experiência compartilhada, mas um pensamento solitário e calculista (Föessel, 2011, p. 150). Produz efeitos e expectativas radicalmente antipolíticos, ao desamparar e isolar os indivíduos, confrontados com uma realidade que suscita angústia. Embora a ação política seja imprescindível para que os desejos de uma sociedade diferente se expressem, ao realizarem uma perpétua avaliação dos perigos, as pessoas ficam entrincheiradas e céticas em relação às tentativas de melhorar a realidade (Föessel, 2011, p. 150), equacionando as práticas possíveis.

A relevância atribuída ao consumo, indexando a viabilidade dos seres humano à sua capacidade como consumidores, foi o motor do capitalismo no final do século XX, e obscureceu uma construção da sociedade burguesa: a cidadania. Num mesmo movimento, eclipsou a produção e, aparentemente, diluiu as classes em "estilos de vida", associados a decisões tomadas, mesmo em condições de grande constrangimento material, que incluem a rejeição de normas de comportamento e de consumo mais difundidas (Giddens, 1991). A relação entre a perceção subjetiva e as condições objetivas favoreceu esta aparente irrelevância do lugar social ocupado, além do género, do grupo etário ou étnico. A fragilidade da construção da classe, num nível local ou nacional, e o carácter quase fantasmagórico de um "proletariado global", encontram replicação na perda de segurança social e económica das classes sociais intermédias, que se encontram numa situação cada vez mais vacilante. Por outro lado, nada é alegoricamente mais complexo que o jogo das conotações de classe, além do campo social (Jameson, 1999, p. 49, apud Comaroff e Comaroff, 2001), sobretudo

num mundo em que as condições frágeis do trabalho, com a transnacionalização da produção, destituíram a classe como idioma de identidade e erodiram a sua base palpável, assente num local e num coletivo.

Em busca das práticas possíveis, insisto em três níveis, com abertura para o tempo imenso do futuro. Num primeiro, persisto em interrogar os processos de reprodução social, ou seja, as continuidades que permitem a perpetuação das sociedades, incluindo a ciclicidade festiva, episodicamente disruptiva. Num segundo nível, criadas as condições para que as sociedades se perpetuem, com as suas diferenças ou desigualdades, importa inquirir a interrupção desses processos, devido a acontecimentos que marcam a distinção entre antes e depois. Conquanto persistam continuidades, sobretudo nos aspetos associados à produção, surgem novos princípios de compreensão do mundo. Finalmente, num terceiro nível, que complexifica os anteriores, há que atender ao tempo-fronteira e ao espaço-fronteira (Agier, 2013), pelas escalas entrecruzadas, e pelas situações porosas que emergem, pautadas pela liminaridade e pelas *zonas de refúgio* (Scott, 2009).

Mesmo quando estudamos os processos e a perpetuação, em sociedades de mudança social lenta, e escassa ou nula acumulação, a etnografia surpreende momentos de crise, que se convertem em marcos nas vidas daqueles com quem estamos no terreno. Essa rotura pode provir da história individual ou coletiva, entre as memórias ou os relatos de vida que nos narraram, ou pode convulsionar o campo em que nos encontramos, de maneira vivida. Mais habituada à repetição e ao quotidiano, ou ao ritual como exceção, a antropologia tentou com frequência reduzir o imprevisto do acontecimento, remetendo-o para uma inscrição no passado, fosse ele imediato ou longínguo. Além da localidade, os Estados e as sociedades constituem objetos etnográficos, com remissão para várias topografias do poder, impondo escalas diferenciadas na abordagem do objeto, num espaco-tempo que pode ser liminar. Nesse âmbito, os fragmentos etnográficos, e as brechas entre eles, mostram onde ficou o passado, e de onde virá o futuro (Greenhouse, 2002, p. 29).

As transformações das sociedades fornecem um pano de fundo para o trabalho etnográfico, através do seu reflexo na vida quotidiana das pessoas comuns, em larga escala. Num mundo em que a palavra crise se tornou corrente, esta continua a ser apresentada como algo de esporádico e excecional no que concerne à vida quotidiana. Para todos os que têm um escasso controlo das respetivas vidas, organizar a vida e resolver os problemas torna-se a escora em cada dia. Em torno desse objetivo, mesclam-se relações familiares e vicinais, processos sociais de médio e longo prazo, e realidades culturais, que podem ser

diferenciadas. A atenção analítica às redes de poder e dominação faz pouco sentido sem uma concomitante conceção da luta e da resistência, com a cultura no centro dos estudos do poder. Entende-se aqui a cultura como o conjunto de mecanismos socialmente construídos, em processos longos, através dos quais se enfrentam, contornam e/ou resolvem os problemas da vida. Modelada pelas continuidades sociais, a cultura desdobra conceitos e valores, alguns dos quais só indiretamente estão ligados aos grupos dominantes.

Não basta uma etnografia das alterações e reconfigurações sociais, que permita compreender como vivem as pessoas no meio de mudanças políticas dramáticas, na estreita fronteira que separa o quotidiano do impensável (Greenhouse, 2002, p. 24). É necessário que as etnografias de conflitos recordem a força potencial dos acontecimentos e remetam para pessoas cujas vidas têm de continuar, em situações em que a legitimidade e a autoridade dos Estados estão elididas ou são excessivas. Essas etnografias traduzem um choque existencial (Robben e Nordstrom, 1995, p. 13), uma experiência tremenda que provoca desorientação acerca das fronteiras entre vida e morte, que leva a encontrar a energia criativa e a esperança, imprescindíveis em condições de violência. a cultura no centro dos estudos do poder.

Parto deste cais que é a realidade atual, que Marshall Sahlins caracterizara como *capitalismo tardio* que se tornou neoliberalismo (Sahlins, 2002, p. 59). Constitui um modo de produção, combinado com um modo de dominação, em que a insegurança é central, sujeitando pela precariedade (Bourdieu, *apud* Kingfisher e Maskowsky, 2008, p. 117), com o mercado como única figura reguladora. Acentuou-se a cruzada ideológica e a modalidade da economia política mais favoráveis às classes dominantes. Dirigidos pelos novos mecanismos de replicação do dinheiro, os sistemas globais tratam os seres humanos como fontes de ineficiência (Comaroff e Comaroff, 2001), num mundo em que os agentes da dominação económica são nómadas, desterritorializados e muito pouco constrangidos pela *economia moral*.

E. P. Thompson delineou o conceito de economia moral, aplicado à Inglaterra do séc. XVIII, que assimilava os negociantes –que revendiam e açambarcavam– a grupos vis e perniciosos, num mundo rural que associava a sua noção de legitimação ao modelo paternalista (Thompson, 1998, p. 165). A ética popular sancionava a ação coletiva direta, porque a economia de subsistência dos grupos subalternos era local e regional. Em situações de carência, concomitantes ao lucro de alguns, que colocavam vidas em perigo, a economia moral desencadeava a resistência, associada a uma ordem, marcada pelos usos e costumes tradicionais, e pelas *armas dos fracos* (Scott, 1985). O mercado era então real, localizado, com relações face a face entre vendedores

e compradores de bens e de mão-de-obra, e não a instância nebulosa indicada hoje no plural: «os mercados». Constituía um lugar de encontro, no qual os trabalhadores se sentiam expostos à exploração, mas onde podiam também organizar-se, fornecendo um peso moral particular ao protesto. Um motim numa aldeia vizinha era uma garantia para a ativação de modalidades mais justas de relação. Porém, a mercantilização generalizada das sociedades foi-se impondo na sua própria configuração (Baptista, 2013, p. 39), conduzindo a uma dissociação entre a economia e a sociedade, em que aparentemente sobra cada vez mais gente do funcionamento da produção.

Apesar de algumas tentativas para fazer revitalizar um contrato social, este "já não remete para uma *economia moral* mas refere-se a normas e relações laborais e de mercado que vêm sendo continuamente alteradas pelas relações de força que os interesses capitalistas impõem" (Baptista, 2013, p. 40). O local, com os seres humanos que aí coexistem, afigura-se como um nível fragmentado da sociedade, pouco relevante e descartável. Os dominados estão divididos entre si pelos interesses económicos, as condições de vida, as diferenças étnicas, regionais ou locais, e são manipulados politicamente pelas elites (Gledhill, 2000, p. 129).

SENDAS, A PARTIR DA ANTROPOLOGIA IMPLICADA

Articulo cinco princípios, que enformam a relação entre a teoria e os métodos, aquela interrogando, estes buscando caminhos, por sendas, sem mapas, porque ainda os edificam (Godinho, 2016). Em primeiro lugar, considero que o terreno é o arquivo dos antropólogos, que partem de inquietações em que o presente é fulcral, para desenvolverem as suas pesquisas, num tempo longo. Mesmo quando a rapidez e a instantaneidade se tornam uma constante, o terreno não é substituível por um contacto de telemóvel fugaz e a relação como o tempo assenta numa dialética, sugerida por Maurice Halbwachs: o presente é o resultado do passado, embora lido a partir do momento atual, com lentes contemporâneas e, paradoxalmente, resultantes daquilo que foi vivido por quem recorda, a partir de um dado acontecimento do passado (Habwachs, 1925; 1950). Urge, então, conferir profundidade ao presente e compreender o "ainda não" de Ernst Bloch, o tempo imenso do futuro e da esperança, através da relação dos projetos com a vida das pessoas.

Em segundo lugar, a versão dos grupos sociais subalternos e/ou dos perseguidos em situação de dominação ou numa conjuntura em que a repressão seja marcante, está desfocada ou é emudecida. Assim, requer o entendimento da totalidade do modo de vida numa dada formação social, que pode tornar-se legível a partir de um grão de areia, mas

que deve reportar-se à duna. De novo, implica o recurso ao trabalho de campo, que pode ser longo e nem sempre compaginável com os novos formatos da vida académica, com observação direta e participante, com entrevistas e depoimentos, e/ou a consulta de arquivos que permitam reconstituir aquilo a que David Harvey chama "esferas de atividade".

Em terceiro lugar, implica atentar nas escalas da realidade e nos seus múltiplos patamares, pois os processos de um nível macro afetam o grau micro, e as questões translocais requerem um tratamento para que nem sempre a antropologia nos apetrechou, com uma reflexão sobre opções técnicas, ao nível dos métodos. Trata-se de escolher, ou de empregar em complementaridade, uma análise do que é pequeno e circunscrito, com grande pormenor ou densidade descritiva, ou recobrir maiores dimensões, com menor detalhe. De novo, é necessária uma estadia de campo, que permita aceder às particularidades de um dado objecto, que evidencia as pressões externas, num nível circunscrito e recoloca o local de forma comparativa.

Em quarto lugar, o recurso à memória não remete necessariamente para um presente perpétuo, sobretudo quando se reporta a acontecimentos. Como refere Giovanni Levi, "um excesso de memória é um excesso de conformismo, uma saturação que obstaculiza o julgamento e a crítica" (Lévi, 2001, p. 31, tradução minha) e, ao mesmo tempo, remete para um "processo de individualização, de privatização da experiência", que conduz a uma memória fragmentada e individualizada, nostágica (Berliner, 2015). Em sentido inverso, permite reconstituir um referente, através de um processo de saturação, ou seja, da recolha de depoimentos diversos, e do recurso às fontes disponíveis. O recurso aos depoimentos orais permite dar novas perspetivas sobre acontecimentos em relação aos quais houve leituras anteriores, exclusivamente baseadas em fontes escritas (Mintz, 1982).

Em quinto lugar, é necessário praticar o "descentramento" epistemológico proposto por Michel Agier, como modo de conhecimento em todas as situações, mais do que uma simples reprodução do relativismo cultural (Agier, 2013, p. 9), ao mesmo tempo que nos recentramos nas pessoas –concretas e em situação–, bem como nas suas práticas, fazendo-as escapar ao labelo de abstratas, estrangeiras, supranumerárias ou excessivas. Interpelar a dimensão das questões de conjuntura, com uma história cerzida à existência dos indivíduos, confronta os antropólogos com as escalas de uma realidade mutante. Alban Bensa refere a dificuldade no tratamento dos acontecimentos pelas ciências sociais, ao contrário das abordagens não científicas, do jornalismo ao ensaísmo, e sublinha a necessidade de lhes dar um estatuto teórico forte (Bensa, 2006). Como estudam os investigadores estas cesuras, em que não pode esperar-se reconstruir um campo ou um

sistema social ou político unificado a partir do terreno? As vidas dos indivíduos, através da recolha de relatos biográficos, são uma pista para a reconstituição de um referente. Através desses fragmentos torna-se possível discernir onde ficou o passado e de onde virá o futuro (Greenhouse, 2002, p. 29). A existência delineia-se entre mecanismos de continuidade e de incorporação social e, por outro lado, a integração de alterações, de processos de desrotinização, da emergência de momentos que instauram uma mudança parcial ou radical, com um corte com a modalidade anterior, eivada de constrangimentos e eventuais escolhas. Ao afetarem de forma diferenciada níveis variados das sociedades, os acontecimentos são reptos teórico-metodológicos, que diluem numa dimensão mais lata algumas situações de importância fulcral para um grupo, e, de forma diferida, reverberam eventos de âmbito mais vasto de maneira distinta em diferentes pessoas.

CULTURA, ANTROPOLOGIA E PORVIR

A cultura fornece a capacidade que permite aos seres humanos resistirem, no sentido etimológico de *stare*, *resistere*, manter-se de pé, contrariar a gravidade, prosseguir (Godinho, 2001, *passim*). A expectativa é culturalmente formulada, quer através de um sentido comum a uma época, que elimina as alternativas às formas e relações existentes, quer devido ao processo de socialização, que radica em consensos profundos (Necoechea, 2015, pp. 23-24). Ao longo da história, as pessoas aprenderam a articular essa resistência, tornando-a ativa, visível, exposta e reivindicativa em momentos escassos, embora de memória densa e persistente, ou disfarçada, camaleónica, encenada, quando os tempos exigem máscaras espessas e performances dissimuladas (Godinho, 2010). Convoca a força material das ideias (Marx, 1844), entre o lugar da experiência, a capacidade para a expectativa e o entendimento do desenho dos futuros, através de práticas possíveis.

Como antropólogos, cabe-nos reter a complexidade da realidade atual, discernir as forças hegemónicas, mas também a diversidade das respostas subalternas (Narotzky e Smith, 2006), percebendo as respetivas continuidades no tempo. Em determinadas circunstâncias que nos implicam, não escrevemos só para quem nos lê, mas para quem nos utiliza. Uma antropologia crítica integra a força material das ideias, que, concomitantemente, resulta das práticas que os antropólogos estudam, em que o fulcro são as pessoas, as relações entre elas e com elas, e não os próprios antropólogos, ensimesmados pelos postilhões pós-modernos. Procurar essa força material das ideias é um meio de compreender, experienciar, reagir e lidar com as teorias e com as práticas, a caminho de uma "robusta antropologia do futuro" (Appadurai, 2015, p. 17).

Se a instância do político e a vida das pessoas fossem transparentes, o nosso trabalho não seria necessário e a etnografia não teria sentido. As ciências sociais, desqualificadas na medida em que o nível do político se desclassifica, podem tornar transparente o que intencionalmente se torna opaco, desvanecido em processos de naturalizacão, com media poderosos e globais. É corrente continuar à procura de pegadas de sentido único, a viver para trás e a decompor sonhos devastados, frequentemente assentes numa saudade sem memória. Emocionamo-nos com o que desaparece, celebramos a "classificacão" como património (Bortolotto, 2011; Heinich, 2009), debatemos a autenticidade (Fillitz e Saris, 2013) e a ressignificação do passado (Godinho, 2013), mas parecemos menos preocupados com o que surge de novo (Augé, 2003, p. 15). A realidade visível e tangível, de cujas versões hoje tantos aparentemente desconfiam, parece ter um nível subterrâneo, escondido, ameacador, oficioso e, todavia, real. O projecto de organização e unificação resulta da construção dos Estadosnação, fazendo-a corresponder a uma dada população, num determinado território (Boltanski, 2012, p. 15).

A construção da realidade só ganha sentido através da sua colagem à superfície do "mundo". Tudo vem do "mundo", que é tudo o que acontece, mais o que poderia acontecer, logo, impossível de apreender e controlar na totalidade (Boltanski, 2012, p. 22). A "realidade" é uma seleção e uma organização das possibilidades, num dado momento (Boltanski, 2012, p. 18). Precisamos de conhecer esse "mundo", interrogar os processos, perceber os caminhos dos agentes sociais –todos nós–, entre experiências e expectativas. Teremos de ir além dos borgesianos "museus de minúcias efémeras", com que alguns meios de comunicação nos embaraçam, e que satisfazem agendas da dominação. Como notara Reinhart Koselleck, os espaços da experiência delineiam os horizontes de expectativa, o que torna mais pertinente a observação do geógrafo norte-americano David Harvey, ao escrever que parece que não conseguimos viver sem o capitalismo, mesmo quando nos queixamos dele (Harvey, 2011, p. 71).

O saber antropológico, próximo e aconchegado às pessoas, serve à análise da realidade nos seus cambiantes, nas vidas de pessoas concretas, delineada com base numa realidade material e em projetos, em direção a factos que existiram, mas já não existem, bem como a outros que podem ser impossíveis, mas que são imaginados (Godelier, 2015, p. 7). Como apontava Nancy Scheper-Hughes, após a sua experiência num município negro da África do Sul, os antropólogos não são só observadores, mas também testemunhas, sendo responsáveis perante a história e não só perante a ciência (Nancy Scheper-Hughes apud Gledhill, 2000, p. 359). Uma palavra muito glosada

pelos antropólogos, sempre com caráter positivo, foi recuperada por Maurice Godelier: imaginação. "Tudo o que é pensado é, portanto, imaginado, mas nem tudo o que é imaginado é imaginário" (Godelier, 2015, p. 238, tradução minha). Desde o texto fundador de Benedict Anderson (1983), centrado na construção das nações como comunidades imaginadas, soberanas e limitadas, a "imaginação" penetrou o discurso dos antropólogos.

Comecei a minha vida como antropóloga em busca do que se repetia, ou seja, do que continuava igual em cada dia. Os formatos da reprodução social, que permitiam a continuidade das sociedades, assentavam em rotinas e em ciclos repetidos. O costume constituíra uma retórica de legitimação de quase todos os usos, práticas ou direitos reclamados, instaurando um campo para as mudanças e as contestações, uma arena em que interesses opostos apresentavam as suas reivindicações antagónicas. Foi com esforço que a antropologia se demarcou da incapacidade de interrogar os momentos de aceleração da História. Todavia, as vidas circunscrevem-se entre o que permite a continuidade das sociedades, e a emergência de momentos que instauram uma mudança, encarada através de escolhas e de constrangimentos.

Um acontecimento tem a capacidade de atualizar um fenómeno geral, pela relação com o tempo, com a história e com a atualidade. Quando emerge, ultrapassa o entendimento de quanto existia de habitual e quotidiano (Sahlins, 1997, p. 9). Os jogos de força, as influências, as correlações, são decisivos no momento de agir, em oposição ou em aliança. Ao nível micro, torna-se legível um conjunto amplo de relações e de estruturas, de carácter vertical –grupais, de classe, de idade– e horizontal.

O FUTURO É PARA SEMPRE!

Na parede da minha faculdade, há três anos, o grupo ±MAISMENOS±, fez uma pintura mural: O FUTURO É PARA SEMPRE. Quando se é antropóloga e se trabalha numa relação de proximidade com gente, sabemos que o futuro é real, radiculado, vário, e que constitui o resultado de processos concomitantes ou distanciados, e dos seus agentes. Se pode dialogar com a ficção, não será sonhado ou construído por *cyborgs*, mas por seres humanos, através de práticas possíveis, entre riscos, incertezas, indecisões, sonhos. Imaginado, antecipado, desejado ou temido, com formatos diferenciados, em momentos e contextos distintos, assenta na experiência, que produz a expectativa, abrindosea o "ainda não", sobre o qual refletia Ernst Bloch (1938-1947), com lugar à esperança.

Os castanheiros transplantados pelo senhor João constituem um contraponto à falta de confiança na capacidade das mulheres e dos

homens para produzirem o devir. Como demonstra Pierre Bourdieu, não se pode olhar para o tempo fora da prática (Bourdieu, 1997), com oposições entre o tradicional e o moderno, os ritmos coletivos e as ações individuais, o espaço e o tempo. Mesmo em situações liminares, as mulheres e os homens continuam a viver as suas vidas, a olhar para trás e a sonhar para a frente, alheios ao alegado *presentismo* (Hartog, 2003). O fim de um caminho é o princípio de outros.

"Não está determinada a verdade dos acontecimentos futuros", declarava Aristóteles. Entre o assombro e o trauma, o que ocorre pode ser tão surpreendente que se inscreva nas existências, e eclipse o campo de possibilidades conhecidas, ao colidir com o decurso da existência. Interrompida a continuidade das vidas, busca-se novos princípios de compreensibilidade e o esboço de caminhos, a partir da experiência, que condiciona a expectativa. Transmitida por gerações ou instituições, a experiência de cada um está contida e conservada na experiência alheia (Koselleck, 1979, p. 338). Assemelha-se à memória coletiva, que ganha a sua razão de ser através dos quadros sociais (Halbwachs, 1950; 1925). O par experiência-expectativa atua de modo diferenciado, eventualmente produzindo a desativação de algumas memórias coletivas, quando o quadro social se esfarelou, devido a fenómenos de esvaziamento demográfico.

As realidades resultam de processos sociais longos, densificados e intensificados em certos momentos. Em qualquer período histórico, é difícil e complicado o processo de revalidação da tradição herdada (Williams, 1958, p. 322). De forma aglutinada, justaposta ou alternativa, remete para a ação, para a emblematização patrimonializante, ou para formatos desvanecidos, maleáveis e dúcteis, permitindo recombinações escapistas. As alterações drásticas dos modelos de vida atuais, em grande parte do globo, podem ser lidas por comparação com outros momentos, quer de empolgamento, quer de asfixia coletiva. Permitem refletir acerca da forma como as pessoas reagiram, como projetaram o futuro, como continuaram a pensar e a agir para a frente, mesclando o sonho e a prática na ação coletiva, como se entregaram às lutas imediatas que garantem a sobrevivência (Narotzky e Smith, 2006), ou procuraram zonas de refúgio (Scott, 2009), abrigadas de convulsões e conflitos.

Cada indivíduo não se movimenta num único grupo social; cruza-se no seu dia-a-dia com outros coletivos, que complementam ou enfrentam o seu. A continuidade dos processos sociais confronta-se com alterações, a que não são alheias essas justaposições de pertenças, os momentos históricos, e seus reflexos nas vidas pessoais. Em suma, as identificações sociais não se baseiam num só coletivo, não implicam ações inteiramente similares e não geram uma única consciência de pertença, o que origina diversas práticas possíveis.

Arnold van Gennep, num momento histórico preciso, indicava que as sociedades modernas haviam reduzido os limiares, os parapeitos, as ombreiras, os átrios (van Gennep, 1909). O caminho da modernidade parecia indicar o esbatimento dos limites. Pelo contrário. Victor Turner salientaria o papel da liminaridade, esse estádio sem estado (Turner, 1967), em crescendo: momentos e espacos liminares, em fronteiras pautadas pelo perigo e pelo arame farpado, pela incerteza do que é passível de ter múltiplas saídas, adequando-se, porque a reprodução das sociedades passa por indecisões, incertezas, inseguranças, que podem ser remidas pela imaginação (Appadurai, 2015, p. 378). Nos trabalhos sobre a liminaridade, os antropólogos preocuparam-se frequentemente com o que era evitado, por ser temido ou sujo. mais do que desejado. Em constante deseguilíbrio, com alterações bruscas de direção ou derivações, não sobressai o que somos, mas o que estamos em vias de ser, ou seja, o Outro, o nosso tornarmo--nos outro. O novo é o atual, num tempo em que nada é fixo e tudo é processo (Deleuze, 2012). Porém, os estádios liminares podem estar igualmente eivados pelo ainda não, pelo desiderium que sonha um futuro, entre derrotas, ou depois delas, em que os protagonistas são os vencidos.

Ouase todas as pessoas vivem com os olhos no que está para a frente. Federico Garcia Lorca, num magnífico discurso feito na inauguração da biblioteca pública da sua aldeia, Fuentevaqueros, perto de Granada, sintetizara magnificamente esta situação: "Porque es necesario que sepáis todos que los hombres no trabajamos para nosotros sino para los que vienen detrás, y que éste es el sentido moral de todas las revoluciones, y en último caso, el verdadero sentido de la vida.". O novo é, também, o ainda não de Ernst Bloch, a utopia concreta que depende do esforço, da vontade, da capacidade de construir coletivos, por oposição à utopia abstrata, na espera de si, dependente do acaso, do aleatório, da sorte. Marc Edelman refere uma palavra de ordem dos camponeses costa-riquenhos com os quais trabalhou: "No nos arrebatarán el futuro!". Haviam encetado a criação de ligas internacionais, para se protegerem das multinacionais norte-americanas, que lhes impunham monoculturas e determinavam os precos, empobrecendo-os. Etnografias entusiasmantes, como a sua, e as práticas possíveis noutros pontos do globo, fazem pensar que não há causas perdidas, mas suspensas. Ainda assim, poderemos um dia descobrir que os moinhos contra os quais se digladiava D. Quixote, não eram moinhos, mas gigantes.

Se naturalizámos nos últimos 30 anos a bondade da propriedade privada e do direito a explorar e extrair mais-valia até ao limite, tornando sacrossanto o direito de propriedade, talvez convenha pôr em cima da mesa todos os outros direitos que vão sendo sonegados aos seres humanos, e que se podem expressar de maneira vernacular nos versos de uma canção de Sérgio Godinho: a paz, o pão, habitação, saúde, educação. Nestes momentos de perda, de impasse, de beco, convém não esquecer o direito ao dispêndio e à festa, porque também neles se edifica o tempo imenso do futuro. A partir dos castanheiros transplantados também se adivinha o porvir, porque o que na terra se perdeu, é nela que se encontra, como notava Eduardo Galeano. Walter Benjamin escrevia que "O texto é um raio cujo trovão só se ouve muito tempo depois". Próxima estación Esperanza, cantava Manu Chao.

BIBLIOGRAFIA

- Agier, M. (2013). La condition cosmopolite. L'anthropologie à l'épreuve du piège identitaire. Paris: La Découverte.
- Baptista, F. O. (2013). O destino camponês. Castro Verde: 100Luz.
- Bataille, G. (1949). La part maudite. Paris: Minuit.
- Bauman, Z. (2000). Liquid Modernity. Cambridge: Polity.
- Bensa, A. (2006). *La fin des exotismes. Essais d'anthropologie critique.* Toulouse: Anarcharsis.
- Berliner, D. (2015). Are Anthropologists Nostalgist? en O. Angé e D. Berliner, *Anthropology and Nostalgia*. New York e Oxford: Berghahn, pp. 17-34.
- Bloch, E. (1976)[1938-1947, revisto 1953-1959]. *Le principe Espérance I.* Paris: Gallimard.
- Boltanski, L. e Chiapello, É. (1999). *Le nouvel esprit du capitalism*. Paris: Gallimard.
- Bortolotto, Ch. (ed.) (2011). *Le patrimoine culturele immatériel*. Paris: EMSH.
- Bourdieu, P. (1972). *Esquisse d'une théorie de la pratique*. Genève: Droz.
- Bourdieu, P. (1997). *Razões práticas. Sobre a teoria da acção.* Oeiras: Celta.
- Comaroff, J. e Comaroff J. L. (2001). *Millennial Capitalism and the Culture of Neoliberalism*. Durham: Duke University Press.
- Deleuze, G., Tiqqun. (2012). *Contribución a la guerra en curso*, s/l. Errata Naturae Editores.
- Edelman, M. (1999). *Peasants against Globalization. Rural Social Movements in Costa Rica*. Stanford: Stanford University Press.
- Fillitz, Th. e Saris, A. J. (eds.). (2013). *Debating authenticity. Concepts of modernity in anthropological perspective.* New York and Oxford: Berghahn.
- Foessel, M. (2011). Estado de vigilancia. Crítica de la razón

- securitaria. Madrid: Ediciones Lengua de Trapo.
- Fontana, J. (2013). El futuro es un país extraño. Una reflexión sobre la crisis social de comienzos del siglo XXI. Barcelona: Pasado & Presente.
- Fukuyama, F. (1992). *The End of History and the Last Man*. London: Penguin.
- García Lorca, F. (2005). *Alocução ao povo de Fuentevaqueros*. Porto: Edição do Sector Intelectual do PCP.
- Giddens, A. (1991)[1994]. *Modernidade e identidade pessoal*. Oeiras: Celta Editores.
- Gledhill, J. (2000). *El poder y sus disfraces*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Godelier, M. (2015). *L'imaginé, l'imaginaire & le symbolique*. Paris: CNRS Editions.
- Godinho, P. (2001). *Memórias da Resistência Rural no Sul-Couço,* 1958-1962. Oeiras: Celta.
- Godinho, P. (2010). Festas de Inverno no Nordeste de Portugalpatrimónio, mercantilização e aporias da "cultura popular". Castro Verde: 100Luz.
- Godinho, P. (2011). "Oír o galo cantar dúas veces". Identificacións locais, culturas das marxes e construción de nacións na fronteira entre Portugal e Galicia. Ourense: Imprenta da Deputación.
- Godinho, P. (2014). Re-signification of the past in the northern Portugal/Galicia border: amenity, heritage and emblem in Katarzyna Stoklosa e Gerhard Besier, org *European Border Regions in Comparison-Overcoming Nationalist Aspects or Renationalization?* London: Routledge, pp. 149-168.
- Godinho, P. (2016). Futuros passados, futuro ausente ou um terraço para outra coisa ainda? Um ensaio sobre usos da memória, teoria e métodos, in M. Lisboa (coord.). *Metodologias de investigação sociológica*. Famalicão: Húmus.
- Graeber, D. (2011). *Revolutions in Reverse. Essays on Politics, Violence, Art and Imagination*. London/New York/Port Watson: Minor Compositions.
- Greenhouse, C. (ed.). (2002). *Ethnography of Instable Places. Everyday Lives in Contexts of Dramatic Political Change*. Durham/ London: Duke University Press.
- Halbwachs, M. (1925)[1994]. *Les Cadres Sociaux de la Mémoire*. Paris: Albin Michel. Posfácio de Gérard Namer.
- Halbwachs, M. (1950)[1968]. *La Mémoire Collective*. Paris: PUF. Prefácio de Jean Duvignaud.
- Hartog, F. (2003). *Régimes d'historicité*. *Présentisme et expériences du temps*. Paris: Seuil.

- Harvey, D. (2005). *A brief History of Neoliberalism*. Oxford: Oxford University Press.
- Harvey, D. (2011). *O Enigma do Capital e as Crises do Capitalismo*. Lisboa: Bizâncio.
- Heinich, N. (2009). La fabrique du patrimoine. Paris: EMSH.
- Kingfisher, C. e Maskovsky, J. (2008). The limits of neoliberalism. *Critique of Anthropology*, 28(2), 115-126.
- Kosselleck, R. (1979)[1983]. Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos. Barcelona: Paidós.
- Lowenthal, D. (1985). *The Past is a Foreign Country*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mintz, J. (1982). *The Anarchists of Casas Viejas*. Chicago and London: University of Chicago Press.
- Narotzky, S. e Smith, G. (2006). *Immediate struggles. People, Power and Place in Rural Spain*. Berkeley e Los Angeles: University of California Press.
- Piketty, Th. (2013). Le capital au XXIe siècle. Paris: Seuil.
- Robben, A. C. M. e Nordstrom, C. (eds.). (1995). *Fieldwork under fire. Contemporary studies of violence and survival.* Berkeley /Los Angeles: UCP.
- Sahlins, M. (2002). *Waiting for Foucault, Still.* Chicago: Prickly Pear Press.
- Scott, J. C. (1985). Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance. New Haven and London: Yale University Press.
- Scott, J. C. (1986). Everyday forms of peasant resistance, *Journal of Peasant Studies*, 13(2), 5-35, Jan.
- Scott, J. C. (1990). *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*. New Haven and London: Yale University Press.
- Scott, J. C. (1992). Domination, Acting and Fantasy en C. Nordstrom et al. (eds.). The Path to Domination, Resistance and Terror.Berkeley/Los Angeles/Oxford: University of California Press, pp. 55-84.
- Scott, J. C. (1998). *Seeing like a state*. New Haven and London: Yale University Press.
- Scott, J. C. (2009). *The Art of Not Being Governed*. New Haven and London: Yale University Press.
- Sluka, J. A. (1992). The Anthropology of conflict in Nordstrom, C. e Martin, J. (eds.), *The paths to Domination, Resistance and terror.* Berkeley e Los Angeles: UCP.
- Spivac, G. (2009). Pueden hablar los subalternos? Barcelona: MACBA.
- Thompson, E. P. (1991)[1998]. *Costumes em comum. Estudos sobre a cultura popular tradicional.* Sao Paulo: Companhia das Letras.
- Turner, V. (1967). The Forest of Symbols: Aspects of Ndembu Ritual.

Ithaca: Cornell University Press.
Wolf, E. (1969). *Peasant Wars of the Twentieth Century*. London: Faber.

A DEMOCRACIA, OS DIREITOS E A EMERGÊNCIA DO ESTATUTO DA CRIANÇA E DO ADOLESCENTE NO BRASIL - PARA UM PARCEIRO DE JORNADA

Silvia Maria Fávero Arend

Um viu Jocasta lhe entregar uma criança para que a levasse para a floresta e lá a abandonasse. O outro viu a criança na floresta, viu seu companheiro escravo lhe entregar esta criança e se lembra de tê-la levado ao palácio de Políbio. Trata-se aqui ainda do olhar. Não mais do grande olhar eterno, iluminador, ofuscante, fulgurante do deus e de seu adivinho, mas o de pessoas que viram e se lembram de ter visto com seus olhos humanos. É o olhar do testemunho (Foucault, 2002).

Conheci Luiz Felipe Falcão em 1986 quando cursávamos a graduação em História na Universidade Federal de Santa Catarina (UFSC). Desde aquela época estabelecemos uma profícua relação no campo do trabalho. Em 1989, fizemos parte da terceira turma do Programa de Pós-Graduação em História da Universidade Federal do Rio Grande do Sul (UFRGS). Quando ingressei como docente na Universidade do Estado de Santa Catarina (UDESC), em 1995, ocorreu nosso reencontro no colegiado do extinto Departamento de Geo-História. Em mais de duas décadas de trabalho juntos na UDESC construímos um curso de Graduação em História com dupla habilitação (Licenciatura e Bacharelado), um curso de Pós-Graduação em História (em níveis de mestrado e doutorado) com área de concentração em História do Tempo Presente, além da revista acadêmica *Tempo e Argumento*. 1

Optei por redigir esse texto-homenagem tendo em vista duas temáticas que estiveram presentes nos debates acadêmicos e conversas informais que tive com Luiz Felipe Falcão nos anos de trabalho: as discussões acerca das legislações produzidas durante o processo da

¹ https://revistas.udesc.br/index.php/tempo

redemocratização brasileira ocorrida após 1985 (Constituição Federal de 1988 e outras leis); e as contribuições das obras de Michel Foucault para o estudo do campo jurídico-político relativos as áreas da família e da infância.

Neste caso, em particular, foi Falcão quem apresentou-me há muitos ano o texto de Foucault intitulado *A verdade e as formas jurídicas*. Tal leitura abriu um vasto campo de possibilidades para a reflexão sobre o Direito, mas ainda a necessidade de construir uma historiografia acerca das práticas que norteiam a questão da verdade no mundo ocidental. Essas perspectivas fornecem elementos para um campo de reflexões do qual emergem questionamentos sobre a organização da sociedade e de suas instituições que possibilitam pensar o poder sobre a vida e a existência em muitas dimensões, conforme Falcão (2004):

Este jogo muito próprio de verdade, este sistema de pensamento a partir do qual uma determinada sociedade ou um determinado grupo social, numa época muito concreta, historicamente determinada, confere sentido ao 'seu' mundo, ampara suas crenças, e sobretudo fornece significado às experiências que nele desenvolve, permite colocar em cena certos questionamentos cuja aparência, para esta discussão, é relevante: como se produz este pensamento que ordena e fornece sentido ao mundo em que se vive? Como ele opera, e com base em que princípios?

A partir daí, uma articulação necessária no âmbito das epistemologias que ampararam as relações de poder que constituem a chamada biopolítica, elemento central dos mecanismos de gestão da vida e das populações em nossas sociedades. As condições de emergência da verdade no âmbito do direito afetam de diferentes maneiras as condições de produção da vida, com particular inflexão no caso da infância, envolta em saberes e poderes que a regulam e normatizam, sob os olhares dessacralizados de um *panopticon* disperso no tecido social, a partir do qual é nomeada, vigiada e regida em sua existência. A reflexão que segue foi pautada em parte nos debates que travamos no plano formal e informal.

Em 2020, em diferentes locais do Brasil foram comemorados os 30 anos de instituição da Lei número 8.069, de 1990, conhecida como o Estatuto da Criança e do Adolescente. Da mesma forma que nas comemorações acontecidas em marcos temporais anteriores, os "desafios e avanços" no que tange à aplicação da referida lei para as

populações infantojuvenis brasileiras que habitavam nos diversos estados da federação pautou os debates. Todavia, neste ano, um tema que de certa forma foi tratado marginalmente em outras efemérides ocorridas em 2000 e 2010, emergiu com grande força e consistência nos discursos de interlocutores provenientes de diferentes áreas do conhecimento e comprometidos com as questões que envolvem a infância e a adolescência.

Em função do cenário vigente na sociedade brasileira desde 2019, no qual são hegemônicas as forças políticas conservadoras de extrema-direita comprometidas com a agenda econômica e social do neoliberalismo, tornaram-se concretos os receios de que os direitos conquistados na recente experiência democrática brasileira estariam sob risco, bem como as políticas sociais gestadas ao longo dos 30 anos de um regime formalmente aberto e pluralista no Brasil. O Estatuto da Criança e do Adolescente pode ser considerado um dos principais ordenamentos jurídicos do país, depois da Constituição de 1988, e um dos marcos institucionais da redemocratização brasileira, localizado no centro dos processos sociais que foram mobilizados por ocasião da transição da ditadura militar (1964-1985) para a chamada Nova República. É mais do que uma legislação, tornou-se um símbolo de construção de um Estado social no país e, por tal condição, tornouse alvo constante de intensos ataques por parte do espectro político que defende a agenda neoliberal e conservadora, seja na economia ou nas práticas cidadãs, especialmente aquelas ligadas à organização familiar.

Neste capítulo, escrito de forma ensaística, buscamos apresentar considerações sobre o processo de construção do Estatuto da Criança e do Adolescente ocorrido entre 1980 e 1990 desde o ponto de vista da produção da lei. Em texto clássico, A Força do Direito, o sociólogo Pierre Bourdieu afirma que a lei na sociedade ocidental, desde a emergência do Estado moderno, deve ser entendida como um produto de embates entre os diferentes grupos sociais e não como a manifestação da vontade de um determinado sujeito histórico, seja ele individual ou coletivo. Para o autor, a análise do campo jurídico-político implica no reconhecimento de esferas distintas, quiçá complementares: a produção da lei e a sua posterior aplicação (Bourdieu, 1989). Esta é uma lição valiosa para os pesquisadores da área da História que se aventuram neste campo do conhecimento, pois a análise das duas esferas de forma conjunta exige um esforço muito cansativo, embora recompensador. A ideia aqui é lançar algumas luzes sobre esse tema da História do Tempo Presente brasileiro que ainda necessita ser amplamente investigado. São muitos os caminhos no campo disciplinar da História para a apropriada abordagem desta temática. Optamos por adentrar

na discussão por meio do ideário que balizou grande parte do que se sucedeu no campo jurídico-político, na década de 1980, no Brasil: a noção de cidadania.

A discussão que aqui propomos remete, inicialmente, à categoria infância e a seus usos políticos. Desde o século XVIII, no Ocidente, as denominadas idades da vida paulatinamente foram ressignificadas. No século seguinte, com a consolidação de relações de produção capitalistas, a população adulta –trabalhadores/as e consumidores/as– passou a ser considerada a maior fonte de riqueza de uma nação. Nesta perspectiva, em função do elevado índice de mortalidade de crianças e adolescentes de ambos os sexos, passou a ser necessário "gerenciar" o que se sucedia nesta fase da vida em relação aos corpos, mentes e subjetividades. Os saberes médicos da Pediatria, da Puericultura e da Ginecologia/Obstetrícia, bem como da Pedagogia moderna e da Psicologia, emergem neste processo, compreendido pelo filósofo Michel Foucault como a "gestão da população" sob a ótica da biopolítica (Foucault, 1979). Para o referido autor:

A população aparece, portanto, mais como fim e instrumento do governo que como força do soberano; a população aparece como sujeito de necessidades, de aspirações, mas também como objeto nas mãos do governo; como consciente, frente ao governo, daquilo que ela quer e inconsciente em relação àquilo que se quer que ela faça. O interesse individual –como consciência de cada indivíduo constituinte da população– e o interesse geral –como interesse da população, quaisquer que sejam os interesses e as aspirações individuais daqueles que compõem– constituem o alvo e o instrumento fundamental do governo da população. Nascimento, portanto, de uma arte ou, em todo caso, de táticas e técnicas absolutamente novas (Foucault, 1979, p. 289).

A partir de mais ou menos 1850, frente às resistências de diferentes grupos sociais, especialmente das camadas mais pobres da população, que possuíam outras práticas e valores para esta idade da vida, os governantes dos estados nacionais procuraram tornar legítimo este conjunto de saberes, sobretudo por meio do discurso jurídico. As primeiras legislações idealizadas pelos juristas e médicos para os percebidos como "menores de idade" nas sociedades ocidentais foram fruto deste processo histórico (Foucault, 2007). É ainda Foucault quem aponta que outros saberes juntaram-se a esse esforço regulador, como é o caso da pedagogia, que se formou "a partir das próprias adaptações da criança às tarefas escolares", o que envolveu a constante observação, vigilância e anotação de

seus comportamentos e características, definindo as bases para conhecimentos que se transformaram em "leis de funcionamento das instituições e forma de poder exercido sobre a criança" (Foucault, 2002).

A introdução das noções de direitos civis, políticos e sociais no campo da infância constitui, sem sombra de dúvida, uma ruptura epistemológica de grande envergadura no âmbito do discurso e das práticas sociais vigentes sobre o tema. Essa noção trouxe um problema importante, uma vez que as crianças e adolescentes não deixavam de ser sujeitos "teoricamente" sem agência. Sendo assim, nesta perspectiva, quem deveria garantir-lhes os denominados direitos seriam os representantes do Estado e os membros adultos da família. Para o sociólogo Thomas Humprey Marshall, na obra considerada clássica Cidadania, Classe social e Status, um conjunto de direitos -civis, políticos e sociais- compõe a noção de cidadania moderna. Segundo o autor, os direitos civis garantiriam a vida em sociedade. ou seja, a liberdade individual, o ir e vir, a propriedade, o acesso à justica, entre outros. Os direitos políticos, por sua vez, diriam respeito à participação das pessoas no universo da representação e das decisões políticas do chamado Estado moderno, isto é, os partidos políticos, as eleicões e outras formas. Por fim, os direitos sociais estão associados à distribuição da riqueza de forma mais equitativa na sociedade. Fruto quase sempre de embates entre os trabalhadores e os portadores dos meios de produção, tais direitos garantiriam o acesso à saúde, à previdência social, à educação, às relações de trabalho regulamentas, bem como a mecanismos de redução das disparidades sociais.

Em alguns países ocidentais, como a Inglaterra, os Estados Unidos e a França, o caminho percorrido pela sociedade orientouse inicialmente pela obtenção dos direitos civis e políticos e, posteriormente, os sociais. Todavia, como alerta Marshall, nem sempre este percurso sociojurídico apresentou-se desta maneira nas diferentes sociedades em que se verificou (Marshall, 1967). O cientista político José Murilo de Carvalho, numa análise deste processo no contexto brasileiro, entende que no século XX a conquista dos direitos sociais, mesmo que lentamente, sobrepôs-se aos demais. É importante lembrar que o país viveu em dois momentos sob regime ditatorial (1937-1945 e 1964-1985) e que na chamada "República Velha" (1889-1930) a participação política popular era diminuta (Carvalho, 2001).

No caso brasileiro, o Código Civil de 1916 estabeleceu a idade de 21 anos completos como marco para o fim da incapacidade civil, bem com outorgou para crianças e adolescentes brasileiros a condição de "filhos

e filhas do Estado".² Aos seus pais, mães e/ou responsáveis, o Estado brasileiro outorgava o pátrio poder e, após 2002, com o novo Código Civil, o poder familiar.³ Foi, por sua vez, o Código de Menores de 1927 a primeira legislação brasileira federal idealizada para as crianças e adolescentes, a qual instituiu as categorias sociojurídicas de "menor abandonado", "menor delinquente" e "menor trabalhador" para as pessoas de ambos os sexos que possuíssem entre zero e 18 anos. Essa legislação, edificada sob a perspectiva jurídica salvacionista, foi de fundamental importância para a introdução e consolidação da noção de infância no Brasil. Concomitante à emergência do Código de Menores de 1927, foram sendo criados, inicialmente nas Comarcas das capitais do Estados da federação e depois nas cidades de porte médio, os Juizado de Menores, cuja função principal era aplicar o prescrito na letra da lei para a população pobre urbana do país (Arend, 2018).

O Código de Menores de 1927 permaneceu vigente até o ano de 1979, quando foi instituída uma nova lei pelos representantes da então vigente ditadura militar. O processo de redemocratização, iniciado na segunda metade da década de 1970, com o país ainda sob uma ditadura, suscitou inúmeras disputas em torno do tratamento da questão social da infância no Brasil (Arend, 2016). O novo Código de Menores estabelecido pelo regime autoritário foi edificado sob o enfoque da doutrina jurídica da situação irregular. O assim considerado problema social das crianças e adolescentes no Brasil permanecia sendo tratado a partir de uma perspectiva norteada pelos preceitos da norma familiar burguesa e pelas noções de infância burguesa. Neste cenário, as noções de "menor abandonado" (denominado então de carenciado), de "menor delinquente" e "menor" trabalhador não foram de modo algum questionadas, mas reafirmadas.

Eis o a posição da Ordem dos Advogados de Brasil na época, quando esta organização majoritariamente se opunha à ditadura militar e posicionou-se no centro das iniciativas provenientes de uma renovada sociedade civil em favor do fim do regime de arbítrios, na palavra de um dos mais influentes juristas brasileiros, Márcio Thomaz Bastos, sobre a referida legislação:

O Conselho Secional de São Paulo da Ordem dos Advogados do Brasil aprovou ontem a formação de uma comissão para, em caráter de urgência, opinar sobre o novo Código de Menores, em vigor desde o dia

² Brasil, lei N° 3.071, de 1° de janeiro de 1916.

³ Brasil, lei N° 10.406, de 10 de janeiro de 2002.

⁴ Brasil, lei N° 6.697, de 10 de outubro de 1979.

11. A OAB/SP entende que o novo diploma legal está "eivado de graves defeitos", entre eles o que exige que o advogado, para avistar-se com o menor internado, tenha procuração da família, com poderes especiais, além de "autorização expressa do diretor da unidade". Segundo o Conselheiro Márcio Tomás Bastos, autor da moção que pede que seja formada a comissão, aprovada por unanimidade pelo Conselho, há alguns pontos que "devem merecer o repúdio de nossas consciências de advogados". Entre eles, o advogado destaca a criação, para o "menor" de uma "prisão cautelar" nas cadeias públicas. O dispositivo é tão infeliz, comenta o advogado, que permite no caso de co-autoria de menor com maior, na prática de furto, por exemplo, que o maior responda solto ao processo, podendo o menor ficar preso. Outro ponto negativo, segundo Márcio Tomás Bastos, é o revigoramento da censura no Brasil na redação e transmissão, por rádio e televisão, de programas impróprios para menores de 18 anos (Folha de São Paulo, 29 de fevereiro de 1980, p. 13).

O exercício da crítica e as movimentações em favor da difusão de práticas cidadãs levavam aos poucos o centro da sociedade brasileira para balizas que a direcionavam para uma tímida, mas constante democratização. Neste período ainda, em função do processo migratório campo-cidade, associado à crescente urbanização e à falência de setores econômicos inteiros, a situação da infância pobre, especialmente a citadina, era constantemente denunciada, o que encontrava eco em interlocutores que passaram resolutamente a demandar formas democráticas de exercício do poder. Diferentes organizações atuavam no sentido de difundir práticas democráticas na base da sociedade, respaldando a ação de novos movimentos sociais de base que rejeitavam as formas centralizadoras e hierárquicas, tanto as do regime quanto aquelas oriundas da esquerda política tradicional.

No âmbito das demandas sociais que passaram a ser ouvidas com insistência, estava o sistema assistencial localizado nos Estados da federação - Juizado de Menores e os abrigos de caráter público e/ou privado para os considerados "menores carenciados". Este não era capaz de atender as demandas, muitas vezes diferenciadas, que circulavam no âmbito do governo e da sociedade civil. O sistema assistencial acolhia 600 mil crianças e adolescentes, enquanto que o censo demográfico de 1980 afirmava que seria necessário estender o atendimento para mais de 20 milhões pessoas entre 0 e 18 anos que se encontravam em situação de vulnerabilidade social. Crescia o número de meninos e meninas pobres que habitava nas ruas das grandes cidades brasileiras, sendo essa população descrita por uma parcela significativa dos meios de comunicação de massa como "perigosos".

Por outro lado, parte da imprensa, em tom de denúncia, informava aos leitores sobre as constates violências físicas e psicológicas que, sobretudo, os adolescentes em conflito com a lei experimentavam ao ingressar nas instituições geridas pelos representantes do regime ditatorial. Desde 1964 a Fundação do Bem-Estar do Menor (FUNABEM) era a responsável pela maior parte das ações governamentais sobre a questão, como aponta a historiadora Camila Serafim Daminelli:

Quando da promulgação do Novo Código de Menores, em 1979, não apenas os termos do debate haviam sido alterados, mas também o cenário político do país passara por mudanças significativas. Não se tratava mais de combater a criminalidade infantojuvenil, mas prevenir os atos infracionais, entendidos a partir das lentes da Doutrina da Situação Irregular: crianças e jovens pobres eram infratores ou infratores em potencial, o que justificava a intervenção do Estado. Essa doutrina fora gestada no Brasil no contexto da Doutrina de Segurança Nacional, levada a cabo pelo regime militar que tomou o governo do país em 1964 e tinha como palavra de ordem a noção de prevenção. No vocabulário da Fundação Nacional do Bem Estar do Menor - FUNABEM, por prevenção deveriam entender-se "medidas adotadas para evitar a manifestação de fenômenos prejudiciais à ordem individual ou social (Daminelli, 2017, p. 32).

Neste contexto de violação de direitos humanos, emergiram na sociedade brasileira os debates que deram origem ao Estatuto da Criança e do Adolescente. A situação da infância brasileira passou a ser localizada no conjunto de perspectivas que circundavam os direitos humanos. Estas "vozes" provinham sobretudo dos operadores do Direito, dos membros dos movimentos sociais (Movimento Nacional de Meninos e Meninas de Rua, Pastoral do Menor da Igreja Católica, segmentos da Igreja Batista), dos técnicos das entidades ligadas à Fundação Nacional do Bem-Estar do Menor (FUNABEM), dos educadores sociais e dos/as parlamentares de partidos políticos que faziam oposição ao regime autoritário. É importante afirmar que o saber de cunho histórico foi uma peça-chave no processo de construção do Estatuto da Criança e do Adolescente na década de 1980, pois deu consistência aos argumentos de uma parte dos idealizadores da referida lei acerca da necessidade de alterar um cenário de violações de Direitos Humanos.

Autores como o sociólogo Eder Sader (1998), enfatizam a importância da atuação dos movimentos sociais no período, os quais agiram sob a ótica da cidadania, visando a concretização de noções básicas de direitos civis e sociais. Já o conjunto de textos presentes na obra clássica *Democratizando o Brasil*, organizada pelo cientista político

brazilianista Alfred Stepan (1988), sugere que representantes do estado autoritário foram peças importantes no processo, dado o tipo de negociação política estabelecida a partir do momento em que a oposição formal ganhou força política e a desmoralização internacional do regime tornou-se ampla, com as denúncias de crimes e violências perpetradas pelo Estado.

O antropólogo social Arno Vogel, afirma que a década de 1980, pode ser considerada um marco no Brasil em relação à questão da infância, comparável somente com os anos de 1920. Para o referido autor, os dez anos poderiam ser divididos em cinco períodos, que puseram em cena propostas que vicejavam na sociedade brasileira. Inicialmente, "constatou-se a falência do modelo da FUNABEM"; posteriormente, foram divulgados vídeos e cartilhas com experiências bem sucedidas no plano das políticas sociais; no terceiro momento, estas experiências foram sistematizadas e divulgadas em eventos de caráter nacional; no quarto momento foi criada uma comissão durante os trabalhos da Assembleia Nacional Constituinte, "que conseguiu transformar em preceito constitucional as concepções fundamentais da Convenção Internacional dos Direitos da Criança, antecipando sua aprovação, que só ocorreria em 1989"; por fim, foi elaborado o texto do Estatuto da Criança e do Adolescente (Vogel, 1995, p. 317).

Depois de três décadas tornou-se senso comum afirmar que o Estatuto da Criança e do Adolescente teve como pano de fundo a doutrina jurídica da proteção integral. Esta, pautada nas premissas da proteção, da provisão e do protagonismo, foi gestada em âmbito internacional. Foi na década de 1980 que a referida doutrina tomou os contornos atuais em função dos debates ocorridos no campo dos direitos humanos que conduziram à aprovação de normativas internacionais para a população infantojuvenil. O ápice deste processo ocorreu em 20 de novembro de 1989, quando foi sancionada pela Organização das Nações Unidas, a Convenção sobre os Direitos das Crianças (Holzscheiter, 2010).⁵ Os ecos dos debates ocorridos em nível internacional chegavam até o Brasil, especialmente por meio dos técnicos do *United Nations International Children's Emergency Fund* (UNICEF). A antropóloga social Claudia Fonseca pondera sobre o processo histórico de edificação do Estatuto da Criança e do Adolescente:

Até que ponto um documento nacional como o ECA reflete disputas políticas globais e até que ponto reflete valores e experiências mais

⁵ Organização das Nações Unidas, Convenção sobre os Direitos da Criança, de 20 de novembro de 1989.

próximas à realidade brasileira: para responder a essa pergunta, devemos considerar o ECA não somente como fruto de diversas influências contemporâneas (nacionais e internacionais), mas também como um momento específico da história dos direitos da infância (Fonseca, 2004, p. 105).

Compreendemos que a promulgação do Estatuto da Criança e do Adolescente em 1990, por um lado, provocou rupturas no que estava estabelecido desde os anos de 1920 e, por outro, não conseguiu modificar relações sociais instituídas desde um longo período histórico (Caldeira e Holston, 1999). Ou seja, implementar o prescrito na letra da lei em um país de dimensões continentais como o Brasil, constituído por grupos sociais portadores de diferentes culturas políticas, pode ser considerado como uma tarefa hercúlea. Além disso, a lei e o direito, tal como são exercidos em nossas sociedades, dificilmente são capazes de escapar dos marcos das definições da "estrutura histórica da família, da pedagogia, dos cuidados dispensados à criança" (Foucault, 2002), os quais regem formas de acesso à vida em constante tensionamento. De outra parte, vale observar ainda que o Estatuto da Criança e do Adolescente é uma lei em construção, pois em seus 30 anos de vigência vários novos artigos foram agregados ao texto original ou foram modificados. Esse *modus operandi* está associado à perspectiva de que a garantia de direitos para as crianças e adolescentes brasileiras pode ser constantemente revista ou ampliada.

Desde a instituição do Código de Menores de 1927, lentamente os representantes do estado brasileiro, conforme afirmamos, começaram a atuar no sentido de construir um aparato burocrático e recrutar recursos humanos, se possível qualificados, que atuassem na área. Essa questão toma uma dimensão ainda maior, pois as três legislações –Código de Menores de 1927, o Código de Menores de 1979 e o Estatuto da Criança e do Adolescente– são determinações de âmbito federal, enquanto as ações desenvolvidas para as populações infantojuvenis eram executas em nível estadual e municipal.

O prescrito no Estatuto da Criança e do Adolescente provocou uma revolução nesse aspecto, pois propôs que as diversas instituições que atuassem a partir da perspectiva de um sistema de garantia de direitos. A legislação outorgou de fato e de direito poderes para os Conselhos de Direitos Municipais e Estaduais. Essa "estratégia", de fundamental importância no contexto sociojurídico de um país tão vasto como o Brasil, procurou resolver as questões de interpretação da legislação em nível local. Por outro lado, a instituição pela lei do Conselho Tutelar, composto de integrantes da sociedade civil, também foi de importância singular nessa perspectiva de gestão local dos

problemas sociais. Desde 1990, grande parte do sucede no cotidiano da população infatojuvenil considerada sobretudo em risco social passou a ser tema das ações de profissionais, cuja formação é específica e ocorre num âmbito para além da dos Operadores do Direito do Poder Judiciário, do Ministério Público e do Poder Executivo. Ousamos afirmar que, no senso comum, os/as Conselheiros Tutelares passaram a ser profissionais "símbolos" da era posterior à instauração do Estatuto da Crianca e do Adolescente no Brasil.

Com o Estatuto da Criança e do Adolescente, o Estado e a sociedade encontraram meios para regulamentar e instituir a garantia dos direitos nos processos relativos à convivência familiar e à família substituta. Práticas como a circulação de crianças (conceito idealizado pela antropóloga Cláudia Fonseca), a adocão à brasileira -quando há o registro civil de um/a filho/a sem o devido processo de adoção-, o abrigamento em função da condição de pobreza de pais, mães e responsáveis, bem como a diáspora de crianças brasileiras, sobretudo a partir de 1970, para a adoção internacional, passaram a ser combatidas. A criação das Comissões Judiciárias de Adoção (CEJAS) nos estados da federação, a instituição de um cadastro para os adotantes e para as crianças e adolescentes acolhidos foram fundamentais nesse processo. Posteriormente, a lei número 12.010, de 2009, propôs mudanças importantes nos processos relativos ao acolhimento e à adoção advindas da análise das práticas levadas a cabo desde a instituição do Estatuto da Criança e do Adolescente, em 1990. Dentre essas, destaco duas que geraram debates em âmbito popular: aquela advinda das políticas de memória suscitadas após o fim das ditaduras latino-americanas, que concede o direito da pessoa a ter acesso à sua história antes do processo da adoção, e a relativa à proposição de não separar o grupo de irmãos no processo de adoção.

As prescrições contidas no Estatuto da Criança e do Adolescente procuraram desde a sua instituição combater as denominadas violências contra crianças e adolescentes. Processo bastante árduo, pois demanda da sociedade brasileira mudanças nos planos socioculturais, as quais tendem a ocorrer em temporalidades consideradas lentas. A introdução do Art. 244-A no Estatuto da Criança e do Adolescente, que pune as pessoas que submeterem à prostituição ou à exploração sexual as crianças e adolescentes, foi de fundamental importância nesse cenário. A lei número 13.431, de 2017, por sua vez, abarcou um conjunto de violências físicas e psicológicas, com destaque para as consideradas violências sexuais e os castigos corporais e físicos. Ainda nesse tema, vale a pena inferir sobre o direito à oitiva nesses processos, conforme infere o Art. 12 da Convenção sobre os Direitos da Criança.

Um dos temas entre os que podem ser considerados os mais espinhosos no que tange ao Estatuto da Criança e do Adolescente é o relativo aos processos sociojurídicos a que são submetidos os adolescentes em conflito com a lei. As mudanças nas ações implementadas para os adolescentes em conflito com a lei foram bastante lentas desde 1990 no Brasil. Diferentes veículos de comunicação informam com frequência que as violações de direitos humanos continuam a ser perpetradas por agentes do Estado brasileiro contra essas populações infantojuvenis, consideradas por uma parcela da sociedade brasileira como perigosa. As relações entre a lei, o direito, o poder e a infância pobre e vulnerável no Brasil permanecem como um limite que segue restringindo a democratização do país, seja em âmbito institucional e no que diz respeito às práticas culturais que envolvem um cotidiano de violações e agressões.

No Estado de Santa Catarina, por exemplo, somente em 2011 foi desmantelada a principal instituição de internação construída durante a ditadura militar, sob a égide da Doutrina de Segurança Nacional e da cultura jurídica menorista. Ou seja, depois de 21 anos de instituição do Estatuto da Criança e do Adolescente. Nesse mesmo sentido, a implantação do Sistema Nacional de Atendimento Socioeducativo (SINASE) deu-se somente a partir da década de 2000. Conforme afirma o jurista argentino Emílio Garcia Méndez (2000), os debates sobre a doutrina da situação irregular, a Justiça redistributiva juvenil e a Justiça restaurativa têm balizado as ações dos Operadores do Direito e outros profissionais desde 1990 no Brasil nesse campo.

A questão da infância brasileira permanece no cerne da invenção democrática no Brasil. A gestão do Estado e a cumplicidade da sociedade para com as práticas de exclusão e de violência que se abatem particularmente sobre crianças e adolescentes vulneráveis, suscitam embates e tensionamentos que não podem ser compreendidos sem a análise franca e destemida de formas culturais que engendram as relações de poder e formas jurídicas no país. Muitas trajetórias de vida cruzaram-se no processo de fazer desta sociedade tão injusta uma democracia que seja capaz de expor os muitos sistemas de exercício de dominação ao escrutínio da crítica que seja capaz de fazer avançar as demandas por mais liberdade e igualdade de condições, modificando sistemas consolidados de ordenamento do que são consideras as verdades da lei, seus funcionamentos e limites.

O engajamento de Luiz Felipe Falcão na compreensão dos meandros do que é considerado verdadeiro e dos mecanismos de poder que

regem nossas vidas fez dele um parceiro indispensável para a percepção de nossos limites e alcances. Seu envolvimento com as lutas pela democracia e em favor da capacidade de crítica ampla aos poderes que presidem uma sociedade que, de modo recorrente, avilta as condições de vida das maiorias, é uma inspiração. A leitura generosa e ampla de temas áridos, tais como a intolerância, a discriminação e a violência política, contribuiu para a apropriação qualificada de discussões significativas nos diferentes âmbitos em que atuou, seja em movimentos populares ou na universidade, provenientes de diferentes interlocutores e formuladores de ideias, em especial Michel Foucault, uma das principais referências de sua produção intelectual. Em parceria intelectual com Falção, as questões trazidas por tais perspectivas que irromperam com força nas Ciências Humanas brasileiras, em paralelo com as conquistas democráticas das últimas décadas, foram transformadas em ferramentas úteis de interpretação e de engajamento na difícil tarefa de compreender o injusto e lutar para combatê-lo.

BIBLIOGRAFIA

- Arend, S. M. F. (2016). Ditadura, imprensa e o "problema do menor": assistência à infância no Brasil (1980-1985). *Delaware Review of Latin American Studies DeLARS* (Newark), (17).
- Arend, S. M. F. (2018). Sobre padres e hijos en la ley brasileña: una mirada histórica (1916 2009) em Lionetti, L., Cosse, I. e Zapiola, M. C. (comps.). *La historia de las infancias en América Latina*. Tandil: Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
- Bourdieu, P. (1989). A força do Direito. Elementos para uma sociologia do campo jurídico em Bourdieu, P. *O Poder Simbólico*. Rio de Janeiro: Bertrand.
- Caldeira, T. P. do Rio e Holston, J. (1999). Democracy and violence in Brazil. *Comparative Studies in Society and History* (Cambridge), 41(4).
- Carvalho, J. M. (2001). *Cidadania no Brasil: o longo camino*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Daminelli, C. S. (2017). História, legislação e ato infracional: privação de liberdade e medidas socioeducativas voltadas aos infantojuvenis no século XX. *Clio: Revista de Pesquisa Histórica* (Recife) (35).
- Falcão, L. F. (2005). "Para que encontros estamos nos preparando?", Comunicação apresentada no Seminário Internacional Michel Foucault: Perspectivas, 21 a 24 de setembro de 2004.
- Fonseca, C. (2004). Os direitos da criança. Dialogando com o ECA em Fonseca, C., Treto Jr., Veriano e Alves, C. F. (comps.).

- Antropologia, diversidades e direitos humanos: diálogos interdisciplinares. Porto Alegre: Editora da UFRGS.
- Foucault, M. (1979). *Microfísica do poder*. Rio de Janeiro: Graal.
- Foucault, M. (2002). *A verdade e as formas jurídicas*. Rio de Janeiro:
- Foucault, M. (2007). *História da sexualidade: a vontade de saber.* Rio de Janeiro: Graal.
- Holzscheiter, A. (2010). *Children's rights in international politics: the transformative power of discurse.* Londres: Palgrave Macmilian.
- Marshall, Th. H. (1967). *Cidadania, classe social e status*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Mendez, E. G. (2000). Adolescentes e responsabilidade penal: um debate latino-americano. www.justica21.org.br
- Sader, E. (1988). Quando novos personagens entraram em cena: experiências e lutas dos trabalhadores da grande São Paulo, 1970-1980. São Paulo: Paz e Terra.
- Stepan, A. (comp.). (1988). *Democratizando o Brasil*. Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Vogel, A. (1995). Do Estado ao Estatuto. Propostas e vicissitudes da Política de atendimento à Infância e adolescência no Brasil Contemporâneo em Pilotti, F. e Rizzini, I. (comps.). A arte de governar crianças: a história das políticas sociais, da legislação e da assistência à infância no Brasil. Rio de Janeiro: Amais Livraria e Editora.
- Vasseur, P. (1999). *Protection de l'enfance et cohésion sociale du IVe au XXe siècle*. Paris: L'Harmattan.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI Y EL SOCIALISMO DEL SIGLO XXI: RECUPERACIÓN Y RENOVACIÓN

Ronaldo Munck

DEDICATORIA

Luiz Felipe Falcão, doctor en Historia Social por la Universidade de São Paulo, dio clases en el Curso de Historia de la Universidade do Vale do Itajaí/Univali, en Itajaí, formando historiadores. Dio renovado vigor a lo que era la vida académica que veía como plural y abierta, dando libertad total de pensamiento. Sus grandes temas eran la cultura, la identidad y la memoria. También se enfocó en el movimiento separatista del sur de Brasil.

Pensador original, en un artículo que recuperaba la historia de los activistas que lucharon contra la dictadura militar que se instaló en 1964, escribió:

Para, como em Unamuno, não permitir que o silêncio seja confundido com aquiescência perante o intolerável. Para, como em Bachelard, encontrar as palavras que emprestam volume e densidade aos discursos, não deixando calar os rumores de um mundo de sonhos. Para, enfim, não esquecer e não deixar esquecer os tempos sombrios e extraordinários, nem deixá-los assombrar como espectros as gerações de agora, aproveitando os trabalhos dos historiadores e das historiadoras para conspirar com e pela vida. Nestes termos, a produção historiográfica, configurando-se como narrativa que pretende inventar um passado possível, opera de modo semelhante às ilusões causadas

pelas miragens, aproximando imagens de lugares distintos e criando inventos às quais busca emprestar coerência e verossimilhança.

Rendimos homenaje a su vida y trabajo con este artículo sobre José Carlos Mariátegui, también pensador de la cultura, la memoria popular y la lucha contra la opresión. Siempre hay distintos pasados posibles.

MARIÁTEGUI EN CONTEXTO

José Carlos Mariátegui nació en la ciudad de Moquegua, en el sur de Perú, en 1894. Abandonó la escuela a la edad de 15 años y comenzó a trabajar en 1911 para La Prensa, un importante periódico de Lima, v pasó rápidamente a ser periodista. Intentó crear su propio periódico Nuestra Época y luego La Razón, con su amigo César Falcón, pero estos esfuerzos fallaron. Mariátegui, tal vez un poco áspero, llamó a esta fase temprana de su carrera su "edad de piedra" y sitúa su desarrollo como marxista durante su estancia en Europa, después de 1919. Este período de la historia mundial, que marcó su desarrollo político, incluyó la RevoluciónMexicana de 1910, la Revolución Rusa de 1917 y la formación del Kuomintang en China, y luego el movimiento de reforma universitaria que comenzó en Córdoba (Argentina) en 1918. En Perú, este fue un período de mayor movilización indígena. Con el movimiento para restaurar el Tahuantinsuvo o el Imperio Inca basado en Tupac Amaru II en 1915, seguido de la revuelta indígena en Huancané en 1917.

Se vio obligado a abandonar el Perú en 1919 y fue a Europa, aunque su salida fue planeada, por así decirlo. Debía pasar un tiempo en Alemania, donde comenzó a aprender alemán y se familiarizó con el trabajo de Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente (Der Untergang des Abendlandes* (1990) que acababa de publicarse. Este texto tuvo una influencia considerable en los círculos culturales latinoamericanos a lo largo de la década de 1920: a su manera, "provincializó" a Europa, ubicándola en el contexto del auge y declive de otras civilizaciones. La Primera Guerra Mundial marcó el final de cierta visión de Europa en América Latina. También se involucró con el movimiento psicoanalítico contemporáneo en Viena y se mostró muy entusiasta con el movimiento del consejo en Hungría. Su forma de pensar era vanguardista; lo nuevo, lo iconoclasta y lo moderno le atraían mucho.

Fue en Italia donde se formó filosófica y políticamente durante su estancia de 1919 a 1922. Este fue un período revolucionario en todos los aspectos. Aquí Mariátegui absorbió los conceptos idealistas, antipositivistas y antievolucionistas de Benedetto Croce y Antonio Labriola, quienes marcaron su recepción claramente idealista del marxismo. También se comprometió apasionadamente con la praxis de George Sorel, el impulsor del sindicalismo revolucionario, creador de la noción de "mito" y supuesto campeón de la violencia. Sobre todo, Mariátegui se comprometió con Antonio Gramsci del período de ocupaciones de las fábricas en Turín en 1919 y el periódico *Ordine Nuovo*. Definitivamente participó en el XVII Congreso del Partido Socialista Italiano en 1921, cuando se formó el Partido Comunista Italiano disidente y pudo haberse reunido con Gramsci allí. Su pensamiento era mostrar algunos paralelos sorprendentes, aunque, por supuesto, los *Cuadernos de la prisión* de Gramsci aparecerían mucho después de que Mariátegui muriera. Sus coordenadas ideológicas básicas se formaron en ese momento.

Cuando Mariátegui regresó a Perú en 1923, se trataba de un caso de "teoría en busca de un tema", como lo expresó Oscar Terán (1985, p. 79). Su marco teórico marxista recientemente adquirido todavía era bastante ortodoxo y no se había involucrado mucho con la realidad peruana. Básicamente operaba dentro de un paradigma obrero, sindicalista y clasista. En el período 1923-1924, Mariátegui comenzó a enseñar en la Universidad Popular González Prada, un colegio de trabajadores de educación para adultos. Esto dio lugar a un curso sobre temas de actualidad publicado como Historia de la crisis mundial (Mariátegui, 1980) mientras renovaba su vocación periodística a petición de Víctor Raúl Haya de la Torre, quien le pidió que editara la revista Clarity (Claridad). Continuó como miembro del movimiento APRA de Hava de la Torre cuando se formó en 1924. Dicho movimiento político nacionalista y antiimperialista fue visto por la Tercera Internacional (Comunista), formada en 1919, como el equivalente latinoamericano del Kuomintang chino. Mientras tanto, hubo una renovación de la activación de los pueblos indígenas a través de varias rebeliones, y Mariátegui hizo contacto con algunos de sus líderes.

Siguió un período de intensa actividad política desde 1925 hasta 1928, durante el cual Mariátegui cristaliza su "socialismo práctico" y lo incorpora a la realidad peruana. Este período culmina con la publicación de su obra principal, los 7 *Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana* (1979), que apareció en 1928. La realidad peruana y la problemática indígena (o en el lenguaje de la Tercera Internacional, el "problema indígena") son aspectos que dominan el pensamiento y la práctica de Mariátegui casi en su totalidad. Sus aprendizajes en el período europeo están en un segundo plano, pero ahora centra su compromiso con la realidad recalcitrante de Perú en ese momento. En 1926, Mariátegui lanza *Amauta* (maestro), una revista dedicada a la confluencia entre la crítica política y cultural. Sigue como miembro activo del APRA hasta que se separa de Haya de la Torre en 1928,

cuando este último se convierte a un amplio frente antiimperialista en un partido claramente pequeño y burgués. Los contactos políticos y sindicales con la Tercera Internacional se intensificaron a través de la Secretaría Sudamericana con sede en Buenos Aires. En 1928 se lanzó el Partido Socialista del Perú (Partido Socialista Peruano) con Mariátegui como su primer secretario general.

La fase final de la brillante pero fugaz carrera política de Mariátegui se extiende desde 1929 hasta su muerte en abril de 1930. Por un lado, Mariátegui ayuda a consolidar el movimiento laboral peruano con la formación de la Confederación General de Trabajadores Peruanos que, también contra la ortodoxia prevaleciente, busca organizar las ligas campesinas y las federaciones de comunidades indígenas. Por otro lado, este período lo vio moverse completamente hacia una oposición activa a la política de la Tercera Internacional. Por ejemplo, esta ordenó que la cuestión indígena fuera simplemente una pregunta de clase que estaba en desacuerdo con la comprensión compleja y matizada de Mariátegui. También objetaron firmemente su negativa a avanzar hacia la creación de un partido comunista ortodoxo (en contra de uno socialista más amplio) sujeto a la disciplina centralizada de la Tercera Internacional y los caprichos de sus estrategias y tácticas políticas. Incluso antes de su muerte, Mariátegui fue apartado y reemplazado por un funcionario bajo órdenes directas de la Secretaría de Buenos Aires. Cuando murió fue acusado de numerosos pecados políticos desde el populismo hasta el europeísmo, el utopismo y el sorelismo, pero las masas de Lima salieron de a miles para seguir su ataúd por las calles. Pero, ¿cómo analizar esta ideología apodada "Mariateguismo" que fue castigada por la Tercera Internacional v el APRA por igual?

MÁS ALLÁ DEL DOGMATISMO

Por encima de todas las otras posibles caracterizaciones, el pensamiento de Mariátegui estaba en contra del dogmatismo. Se opuso fervientemente al marxismo mecánico y evolucionista de la Segunda Internacional (socialdemócrata). Su marxismo era un marxismo "abierto" en el sentido de que rechazaba la inevitabilidad (y su negación a la agencia humana) y en que también estaba abierto a otros sistemas de pensamiento filosófico o teóricos críticos. El suyo no era un marxismo literario, no era un marxólogo. Su esquema básico lo aprendió en Italia, pero solo se convirtió en una praxis cuando entró en una relación aleatoria con la realidad peruana. Su marxismo se oponía a todas las formas de determinismo, el economismo y la típica fe ciega en el progreso característico de los marxistas dogmáticos. Mariátegui, en cambio, predicó las virtudes del voluntarismo y

comprendió las ventajas del "atraso" en el contexto latinoamericano, donde los temas precoloniales podrían actuar como precursores de un futuro socialista.

La filosofía política de Mariátegui tiene mucho en común con la del prisionero Antonio Gramsci, quien dio la bienvenida a la Revolución Rusa de 1917 como "la Revolución contra el Capital", donde declara que: "Los bolcheviques rechazan a Karl Marx v sus acciones y conquistas explícitas dan testimonio de que los cánones del materialismo histórico no son tan rígidos como se podría haber pensado" (1977, p. 341). También hay notables paralelismos con la crítica mordaz de Gramsci al marxismo mecánico de la Teoría del Materialismo Histórico de Nikolai Bujarin, escrito de Gramsci (1971) cuando él va era un destacado personaje de la Tercera Internacional. Gramsci allí demolió el materialismo vulgar del manual de Bujarin y mostró cómo el marxismo no podía reducirse al estado de una ciencia positiva o una "sociología". Para Mariátegui, de manera similar, el marxismo no era "un materialismo metafísico o filosófico, ni una filosofía de la historia. Marx no tenía ninguna razón para crear más que un método de interpretación histórica de la sociedad actual" (1987, p. 56).

El otro libro que Mariátegui organizó fue *En defensa del marxismo* (1987), presentado como una polémica contra el entonces marxismo actual de Henri de Man, en Bélgica. En el capítulo "Determinismo marxista", Mariátegui critica a los revisionistas como De Man por exagerar el compromiso de Marx con la "mentalidad mecanicista" del siglo XIX y considera erróneamente que la visión de Marx es incompatible con "la concepción heroica y voluntaria de la vida" que el mundo moderno demanda. Para ser claro, Mariátegui declara que "el marxismo, donde se ha mostrado revolucionario, es decir, cuando ha sido marxista, nunca ha observado un determinismo pasivo y rígido". Para él, toda la crítica a la Revolución Rusa, como la obra de "utópicos fanáticos, antihistóricos y románticos", se debió a la influencia de un determinismo que pertenecía más a la "burguesía conservadora" que al proletariado insurgente (p. 67).

En cuanto a la propia versión de Mariátegui del marxismo, fue mucho más allá de la ortodoxia que Gramsci, aunque el concepto de este último de "bloque histórico" se debió mucho más a Sorel de lo que generalmente se reconoce. Con Mariátegui, la influencia de Sorel es mucho más directa y fundamental para su marxismo, en la medida en que algunos comentaristas lo descalifican como marxista por esa conexión. En "Defensa del marxismo" declara que "La verdadera revisión del marxismo en el sentido de renovación y continuación de la obra de Marx ha sido realizada, en la teoría y en la práctica por otra categoría de revolucionarios. Georges Sorel en estudios qué separan y

distinguen lo que en Marx es entre lo esencial y lo sustantivo de lo que es formal y contingente" (1987, p. 20). En un artículo de 1925 titulado "Dos concepciones de la vida", Mariátegui expone con la mayor claridad lo que él ve como la oposición entre "una filosofía evolucionista, historicista y racionalista" que cree en el mito del progreso y lo que él ve como la "necesidad perentoria de la fe y el mito que mueve a las personas a vivir peligrosamente" (pp. 17-18). En una época en que prevalecía el escepticismo y el nihilismo, como en la década de 1920, era necesario ser audaz y aprovechar el momento.

Robert Paris (1981), uno de los primeros analistas de su pensamiento y práctica, ha articulado bien las críticas a las influencias sorelianas y otras heterodoxas de Mariátegui. De Georges Sorel, Mariátegui tomó su concepto del mito revolucionario y un impulso romántico contra el marxismo "razonable" de la Segunda Internacional. De Benedetto Croce tomó, como también lo hizo Gramsci por supuesto, cierto idealismo neohegeliano y su propia versión del historicismo. Detrás de su filosofía política está lo que muchos consideran la influencia maligna de Nietzsche que, en la actualidad, hace que sea difícil tener una apreciación marxista adecuada de Foucault, por ejemplo. Robert Paris tiene razón, por supuesto, al notar que el sindicalismo revolucionario de Sorel apelaría al grupo *Ordine Nuovo* (y Mariátegui), mientras que también tiene una fuerte influencia en el surgimiento del irracionalismo de Mussolini y la "destrucción de la razón" en Italia.

Si bien somos conscientes de la desviación de Mariátegui del marxismo ortodoxo, también podemos evaluar el compromiso con Sorel (resumen para toda una gama de influencias no marxistas) como positivo en la medida en que lo ayuda a el (y a nosotros) a ir más allá del dogmatismo. Si faltó algo en el marxismo clásico que evitó que se convirtiera en una guía de acción en América Latina, debemos preguntarnos por qué fue Sorel quien proporcionó este ingrediente faltante. Como lo expresa José Aricó, uno de los primeros diseminadores del pensamiento de Mariátegui en América Latina (desde un punto de vista gramsciano), desde esta perspectiva, su "heterodoxia" es una virtud y no una limitación, sus "ismos" (por ejemplo, el sorelismo) instrumentos conceptuales de mediación. Para permitir la captura de la morfología que tomó el proceso de organización de las masas populares en el Perú (Aricó, 2018, p. 313). La lectura que Mariátegui hace de Sorel, Croce y Nietzsche está inscripta en su socialismo revolucionario y lo ayuda a articular un camino para el desarrollo de una voluntad colectiva nacional y popular. De hecho, podríamos argumentar que Mariátegui nunca fue más marxista que cuando buscaba "traducir" el marxismo a un idioma peruano. Y esa tarea fue mediada a través del dominio cultural.

LA CULTURA AL CENTRO

La razón principal por la que la cultura era central en el pensamiento y la práctica de Mariátegui era que creía que "la crisis mundial es una crisis económica y una crisis política". Y también es, sobre todo, una crisis ideológica (p. 23). Su compromiso con los puntos de vista de la década de 1920 en torno a la "crisis de la civilización occidental" (por ejemplo, Oswald Spengler) lo llevó a centrarse intensamente en el dominio cultural. Durante su primer período de viaje anterior a Europa, su autodenominada "edad de piedra", Mariátegui se describe mejor como parte del movimiento bohemio en Perú. La tristeza, la soledad, el aburrimiento, el cansancio y la monotonía fueron temas constantes en su comentario cultural. Su rebeldía al comienzo tomó una forma en gran parte elitista de "épater le bourgeois" ridiculizando su mediocridad que silenciaba la pasión y la ambición. Mariátegui no fue hasta más tarde que logró una resignificación de sus impulsos culturales en una clave popular y colectivista.

Fue durante su período italiano (1919-1923) que Mariátegui se comprometió plenamente con los debates culturales contemporáneos. Esta interacción con la vanguardia cultural fue muy diferente en su naturaleza a la del establecimiento literario en el Perú que, en formas que han continuado hasta nuestros días, se implicó solo con la dimensión estética. Los debates de Mariátegui con el realismo socialista actual fueron, por el contrario, intensamente políticos. Se oponía firmemente a lo que consideraba su enfoque reduccionista y reproductivo mimético del arte. En Italia también se involucró estrechamente con el movimiento futurista y, en particular, con el trabajo de Marinetti, para luego ser cooptado por los fascistas de Mussolini. En Gabriele D'Annunzio, poeta y "provocador profesional" encontró, como Melis señala "un predominio de la música, el ritmo y la forma, una predisposición hacia lo nuevo, que también podría inclinarse hacia la izquierda" (1999, p. 202). Mariátegui reconoce que el fascismo tomó un sabor d'annunziano pero insiste en que D'Annunzio no era un fascista. Después de la muerte de Mariátegui, una crítica dirigida a él fue precisamente considerarlo un "marxista d'annunziano".

Vale la pena analizar en detalle la forma en que Mariátegui se involucró con Filippo Tomasso, Marinetti y el futurismo en general. Su énfasis estaba en la velocidad, la tecnología, la juventud y la violencia. Las principales imágenes del futurismo que cautivaron a Mariátegui fueron la ciudad, el automóvil y el avión. Para Mariátegui, el "futurismo" no es, como el cubismo, el expresionismo y el dadaísmo, solo una escuela o tendencia artística de vanguardia... [es] "más que un intento esfuerzo de edificación de un arte nuevo ha representado un esfuerzo de destrucción del arte viejo. Ha aspirado a ser no solo un

movimiento para la renovación artística. Ha tratado de ser prácticamente una filosofía" (1982, p. 115). Marinetti finalmente abandonó el futuro comunista que una vez imaginó para abrazar el fascismo. Para Mariátegui, los temas de la cultura siempre fueron políticos y él fue un precursor de la política cultural en ese sentido. Su compromiso con los escritores y artistas de la década de 1920 muestra la amplia gama de sus intereses en política y cultura, que van desde Maxim Gorki y Anatole Lunacharsky, Leon Trotsky y George Grosz hasta Bernard Shaw y James Joyce, y todos ellos escribieron con gran perspicacia para una audiencia peruana.

Cuando Mariátegui regresó a Perú en 1923, se involucró con la política cultural de una manera muy diferente en comparación con su período anterior a Europa. Comenzó una revisión crítica sistemática de la literatura peruana y lanzó la influyente revista político-cultural Amauta. Aquí, el experimentalismo de vanguardia se casó con un compromiso continuo con la política de la cultura peruana, entre otras, las diversas corrientes indigenistas. Escritores y poetas desde una amplia variedad de perspectivas contribuyeron a *Amauta* pero, para Mariátegui, el propósito era claramente parte de una política cultural consciente, orientada a construir una contrahegemonía en Perú, incluso si él no usó el término de Gramsci. Un aspecto particular y altamente revelador del compromiso de Mariátegui con la cultura popular fue su actitud hacia la religión que, básicamente, escandalizó a los marxistas tradicionalmente ateos. En sus 7 Ensavos de Interpretación de la Realidad Peruana fue más allá de su anterior v cautelosa crítica del anticlericalismo como una "desviación burguesa liberal" para argumentar que "estaba mal predicar contra la religiosidad". "Hoy en día sabemos más sobre la religión... sabemos que una revolución siempre es religiosa... poco importa que los soviéticos escribieran en su propaganda que 'la religión es el opio de las masas'. El comunismo es esencialmente religioso" (1979, p. 140).

De los muchos compromisos culturales que Mariátegui tuvo en la década de 1920 en Perú y en América Latina, en términos más generales, el que se destacó fue en relación con la lucha entre "cosmopolitas" y "nativistas". Mariátegui se involucró en una de sus manifestaciones en Argentina, a saber, el debate en torno a la revista literaria *Martín Fierro* (que lleva el nombre de la epopeya gaucha nacional del mismo título), que atrajo a colaboradores como Jorge Luis Borges y Leopoldo Lugones entre 1924 y 1927. Escribiendo en 1927 Mariátegui notó un "poco de entusiasmo" en la revista en comparación con la valiente nota que puso al principio "siguiendo una necesidad espiritual del antiguo orden económico y político de repudiar la iconoclasia del pasado en nombre de una sumisión reverente a la presente" (1980, p. 115).

El futurismo había decaído en un presentismo complaciente, aunque en general aún creía que *Martín Fierro* "ha tenido sin duda alguna una función revolucionaria en la vida literaria y artística de la Argentina y la América hispana". Mariátegui estuvo de acuerdo con que Borges escribiera en la revisión que "Madrid no nos entiende". "Solo al romper con la Metrópoli, Nuestra América ha empezado a descubrir su personalidad y creará su destino" (1980, p. 117).

El dominio cultural al ser puesto en el centro por parte de Mariátegui es una clave para su política, en particular su impulso para construir una amplia hegemonía cultural para el socialismo entre las amplias masas, como veremos en secciones posteriores. Esta política cultural está, por supuesto, vinculada por el contexto de la década de 1920 v ahora hay un nuevo contexto establecido por la globalización (García Canclini, 1999) y los debates sobre la hibridez, etc. Lo que los editores de los escritos culturales de Gramsci dicen es, en este sentido, también tal vez aplicable a Mariátegui: "para los socialistas de su generación, cultura significaba en gran medida literatura y educación, algo que la clase trabajadora debía hacer suvo, arrebatándolos de las manos de la burguesía" (Gramsci, 1978, p. 13). La cultura para los dos pensadores activistas, Gramsci y Mariátegui, actúa como un puente entre los mundos de las artes y la política y tendían a operar dentro del vocabulario marxista restrictivo de una "base" económica v una "superestructura" política/cultural en lugar de verlos como inextricablemente vinculado.

PENSAMIENTO DECOLONIAL

Una de las proclamaciones más conocidas de Mariátegui fue la siguiente: "No queremos que el socialismo americano sea una copia o una imitación, debe ser una creación heroica. Debemos dar vida al socialismo indoamericano con nuestra propia vida y en nuestro propio idioma" (2000, p. 51). ¿Significa este tipo de afirmación que podemos colocar a Mariátegui como un exponente temprano del pensamiento decolonial? Aníbal Quijano (2000), quien ha sido un líder de pensamiento en torno a la problemática de la "colonialidad del poder", argumenta, como presentador y popularizador de Mariátegui, que este es, de hecho, el caso. Para Quijano, la perspectiva epistemológica de Mariátegui representa "un modo de pensar, de investigar y de conocer, que está constituido por la unidad en tensión entre dos paradigmas que la cultura dominante, la forma eurocéntrica de la modernidad, ha separado v opuesta entre sí: los logotipos y el mito" (1991, p. ix). Fue esta perspectiva la que le permitió a Mariátegui evitar las trampas del positivismo y el racionalismo y lo llevó a la creación de un nuevo paradigma.

Subvacente a este nuevo paradigma se encuentra la visión y las contraposiciones del escritor uruguavo José Enrique Rodó en su libro Ariel (existen muchas ediciones), de 1900. Ariel se basó en la última obra de Shakespeare, La tempestad y sus protagonistas: Calibán, esclavizada v desposeída, v Ariel, el espíritu de la luz. Para Rodó v la corriente cultural arielista a principios de 1900, en la que Ariel personificó el aspecto espiritual e idealista de América Latina, contrastó con la base Calibán, que personificó el materialismo y el utilitarismo del imperio del norte. Esta fue claramente una visión que podría incorporarse al pensamiento conservador en América Latina. Pero también podría ser interpelado por las corrientes radicales conocidas como "marxismo arielista", de las cuales Mariátegui fue un exponente principal según Néstor Kohan (2000). Contra todas las formas de determinismo y economismo, el arielismo crea una nueva matriz cultural v una lectura ética del marxismo en el nuevo mundo. Este fue, de hecho, un punto de vista articulado medio siglo después por el poeta v trabajador cultural cubano Roberto Fernández Retamar en su ensayo Calibán: Notas hacia una discusión sobre la cultura en nuestra América (1971, 1989). Con Retamar encontramos a Ariel firmemente recuperado para la tradición progresiva como un intelectual orgánico de tipo gramsciano de las clases subalternas.

Mariátegui, sin embargo, no fue de ninguna manera un "nativista" que exaltó a los nacionales en detrimento del dominio cultural internacional. Así, en una crítica al llamado de Alfredo Palacios para un nuevo paradigma de conocimiento hispanoamericano, criticó los "temperamentos excesivos y tropicales" que dan "un valor exorbitante al potencial del pensamiento hispanoamericano" (1980, p. 56). Para Mariátegui, Palacios había tomado literalmente la tesis de Spengler sobre el "declive de Occidente" para rechazar así todas las teorías o ideas derivadas de las antiguas culturas europeas. Mariátegui, por su parte, argumentó que, si bien era correcto que América buscara y enseñara nuevas verdades al mundo, "las culturas europeas no estaban de ninguna manera exhaustas o paralizadas y aún eran una fuente de conocimiento universal" (1981). El "declive de Occidente" significó para él la crisis de un modelo económico y político particular, e incluso entonces había un potencial de renovación siempre presente. En general, podríamos juzgar que el pensamiento decolonial de Mariátegui no era incompatible con su cosmopolitismo. Lo mismo podría decirse acerca de la interacción entre el nacionalismo y el internacionalismo en su filosofía política.

Las teorías marxistas del nacionalismo y el internacionalismo han tendido a funcionar como si estos términos estuvieran contrapuestos, ciertamente se consideran paradigmas distintos. Para Mariátegui, más bien, "no podemos deducir matemáticamente dónde termina el nacionalismo y comienza el internacionalismo" (1959, p. 50). De manera un tanto críptica, agrega que "el nacionalismo es válido como una afirmación, pero no como una negación [del internacionalismo]" (p. 51). El nacionalismo, para Mariátegui, "tiene el mismo valor que el provincialismo, del regionalismo en épocas anteriores. Es un regionalismo de un nuevo estilo" (p. 51). Contra una tendencia común a colocar a Mariátegui en el género del "marxismo nacional", destacaría que coloca al nacionalismo en la misma categoría que "chauvinismo, fascismo, imperialismo, etc." (p. 51). Estos "reaccionarios" para él llaman al internacionalismo una "utopía", pero para Mariátegui, el internacionalismo es la visión más realista y menos "romántica" de lo que la describen: "el internacionalismo no es solo una idea, un sentimiento; es, sobre todo, un hecho histórico… Las ideas, las pasiones, se propagan con rapidez, fluidez, universalmente" (p. 51).

Cuando Mariátegui presentó el primer número de la nueva revista cultural *Amauta* en 1923, afirmó que "siempre consideraría a Perú dentro de un panorama global" (1981, p. 99). El pensamiento decolonial no significaba aislamiento o la exaltación del nativismo cultural para Mariátegui. Siempre buscó un diálogo de conocimientos, basado en poner el conocimiento indígena americano a la par con todos los demás. Mariátegui reconoció una doble herencia de la cultura occidental, principalmente el marxismo, pero también Sorel y los futuristas, y la cultura andina indígena. Mariátegui formó parte de, y alentó, lo que vio en la "nueva generación" que surgió en Perú después de la Primera Guerra Mundial. Esta generación se impuso la ambiciosa tarea de construir la nación peruana, no solo en el sentido cultural. La recuperación y transformación de las culturas precoloniales se consideró esencial para esta tarea, al igual que la incorporación de las masas indígenas, como veremos en la siguiente sección.

En términos de los actuales debates internacionales sobre el poscolonialismo y el pensamiento decolonial, Mariátegui no es una figura central; en parte podemos suponer debido a la naturaleza generalmente anglo-céntrica de este discurso. Una excepción notable es el influyente volumen *Postcolonialism* de Robert Young (2001) que dedica bastantes páginas a Mariátegui, que se presenta como "uno de los teóricos políticos y culturales marxistas más matizados e innovadores de su tiempo" (p. 197). De hecho, hemos demostrado que ese es el caso, espero, y aquí deberíamos terminar enfatizando que Mariátegui fue uno de los primeros teóricos de la "diferencia", con su anti-dogmatismo que lo llevó a analizar y comprender la especificidad y la diferencia de Perú e Indo-América más ampliamente. La crítica de Mariátegui de la razón occidental lo llevó a convertirse en uno de los

primeros críticos del eurocentrismo, incluso dentro del propio marxismo. Donde este enfoque cobró vida y tuvo una profunda influencia fue en relación con la cuestión indígena a la que ahora nos referiremos.

ENFOCÁNDOSE EN LO INDÍGENA

Cuando Mariátegui regresó a Perú desde Italia en 1923, una ola de levantamientos indígenas acababan de disminuir. En 1921, la población de Tocroyoc había pedido la expulsión de los hacendados y los *mistis* (mestizos), pero también la restauración de Tawantinsuyu (Imperio Inca). Estas rebeliones formaron parte de un largo ciclo de resistencia indígena al colonialismo que se desató esporádicamente. A menudo tenían un carácter mesiánico o milenario. Mariátegui asistió a uno de los Congresos de La Raza organizados por líderes indígenas a su regreso. Allí se encontró con uno de sus líderes, Ezequiel Urviola, según Flores Galindo, "un verdadero nuevo indio, un rebelde, defensor de su cultura, pero capaz de asimilar los mejores elementos de Occidente" (1986, p. 45). Mariátegui ahora comenzó un programa de investigación serio basado en documentos oficiales pero también a través de la recopilación de testimonios orales. Una nueva fase en su pensamiento y acción comenzaba ahora.

Mariátegui expresó sus pensamientos tempranos sobre la "cuestión indígena" en la colección de artículos en Peruanicemos al Perú (1981) cuvo título expresa su intención al regresar al país. Al referirse al congreso de pueblos indígenas al que había asistido, Mariátegui declara que "los congresos indígenas todavía no representan un programa, pero va representan un movimiento. Indican que los indios están comenzando a adquirir una conciencia colectiva de su situación... Un pueblo de cuatro millones, consciente de su número, nunca se desespera por su destino: estos mismos cuatro millones, mientras que son solo una masa inorgánica, una multitud dispersa, son incapaces de decodificar su camino histórico" (p. 45). A partir de ese momento, Mariátegui trabajaría incansablemente con los movimientos indígenas para construir una nueva alianza de trabajadores y campesinos indígenas que podría forjar una nueva hegemonía y construir la nación peruana. El papel de la cultura y religión incas desempeñaría un papel clave en ese proceso, según Mariátegui.

Es en los 7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana que Mariátegui esboza su pensamiento maduro sobre la cuestión indígena y lo coloca en el contexto de la teoría marxista. Mariátegui discute la naturaleza específica de la formación social peruana a través de un enfoque que prefigura, en cierta medida, el enfoque de dependencia de la década de 1960, especialmente su crítica del dualismo. Para él, "todas las tesis sobre la cuestión indígena que ignoran o buscan eludir

este marco socioeconómico están condenadas a un descrédito absoluto" (1979, p. 56). La cuestión indígena es una cuestión de tierras para Mariátegui y él castiga todas las lecturas liberales, morales y humanísticas. Lo que es más original es su recuperación de los modos de reciprocidad y mutualidad previos a la conquista en las comunidades indígenas que podrían prefigurar el futuro socialista. Reclamar estas tradiciones revolucionarias y traducirlas a la coyuntura actual fueron tareas clave para Mariátegui. Una nota a pie de página es su similitud, en su método y propósito, con el texto fundamental de Gramsci de 1926 titulado *Algunos aspectos de la cuestión del sur* (1978, p. 44) que Mariátegui seguramente conocía.

En 1929, Mariátegui, por entonces líder del Partido Socialista Peruano, envió un documento al Tercer Congreso Internacional regional celebrado en Buenos Aires (coescrito con Hugo Pesce) titulado "El problema de las razas en América Latina" (1978). El análisis contenido en estas tesis fue una codificación del enfoque de los 7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana en un lenguaje más marxista v con un barrido continental más amplio. Señala que "una conciencia revolucionaria indígena puede tomar tiempo para formarse; pero una vez que los indígenas hayan hecho suyas las ideas socialistas, lo servirán con una disciplina, una tenacidad v una fuerza que pocos proletarios en otros lugares podrían igualar" (1978, p. 46) Además, "es imperativo dar al proletariado indígena o negro, ya sea agrario o industrial, un carácter de lucha de clases bien definido" (p. 46). Estas formulaciones desaparecen de los planes de la Tercera Internacional (representada por el italiano-argentino Vittorio Codovilla) para los cuales el término "realidad peruana" era un anatema, enfocado como lo era en la categoría "semicolonial" para América Latina y cuya política actual para los indígenas los pueblos era llamar a la autodeterminación.

Es importante tener en cuenta que Mariátegui era parte de una generación intelectual para la cual el indigenismo era crucial pero de maneras muy diferentes. El comunismo inca era, en muchos sentidos, un significante vacío en el que diferentes clases o corrientes políticas podían incluir significados diferentes. Hubo un indigenismo paternalista que predicó la integración de los pueblos indígenas a través de la educación, un indigenismo oficialista, retórico, una lectura culturalista sentimental y, finalmente, un indigenismo radical centrado en la lucha contra la explotación y la opresión a través de la autoemancipación (Mazzeo, 2013, p. 245). Mariátegui (1978) llegó a su indigenismo a través del marxismo y, como él dijo, el pasado inca fue "reivindicado no por los tradicionalistas sino por los revolucionarios" (p. 121). Sería interesante ver hoy dónde se encuentran los indigenismos

paternalistas, oficiales, sentimentales y radicales en relación con el pensamiento de Mariátegui más allá de las declaraciones piadosas de seguir su camino brillante.

Hoy, por supuesto, la cuestión indígena es fundamental para la teoría y la práctica del socialismo andino, aunque quizá menos en Perú que en Ecuador y Bolivia. Un vínculo entre Mariátegui y la covuntura actual es quizás el trabajo de Flores Galindo, especialmente Buscando un inca, identidad y utopía en los Andes (1986), fuertemente influenciado por Mariátegui. El legendario Túpac Amaru y Mariátegui fueron, para Flores Galindo, guías indispensables para la transformación radical en los Andes y para la creación de visiones alternativas que miraban hacia el futuro a través de los límites del pasado precolonial. Contra todas las formas de liderazgo mesiánico, ya sea Mussolini o Sendero Luminoso, Flores Galindo canaliza a Mariátegui para declarar que "para evitar la dictadura, la revolución eligió a los trabajadores como los verdaderos protagonistas. Tenía que brotar del interior del país y el marxismo tenía que encontrar expresión en quechua" (1986, p. 193). No es el líder providencial el que creará un futuro utópico, sino la energía creativa y la innovación de la política de masas.

MÁS ALLÁ DEL IACOBINISMO

Mariátegui ha sido acusado a menudo de no tener "una estrategia de poder", pero lo que realmente significa es que sostuvo una concepción firmemente anti-jacobina del partido de los trabajadores. Es decir, no se trataba de actuar en nombre de las masas, tenían que aprovechar el momento. De este modo, estuvo más en contacto con Karl Marx y Friedrich Engels para quienes "el partido comunista no se opondrá a otros partidos de la clase obrera, pero a diferencia de ellos, expresará la voluntad general y defenderá los intereses comunes del proletariado mundial en su conjunto" (Marx y Engels). No se opuso explícitamente a la concepción leninista del partido como vanguardia ilustrada del proletariado, pero no está claro qué tan comprometido estaba con la política de la Tercera Internacional. Al igual que con otros aspectos de sus escritos y acciones políticas, Mariátegui operó en el terreno del "socialismo práctico". En defensa del marxismo, Mariátegui fue muy claro: "Nosotros los marxistas no creemos que la empresa de crear un nuevo orden social, superior al orden capitalista, caiga sobre una masa amorfa de parias y oprimidos, guiada por predicadores evangélicos del bien" (1987, p. 60).

La formación temprana de Mariátegui, su "coqueteo" (aunque fue mucho más que esto) con el sindicalismo de Sorel y el pensamiento libre de los futuristas, lo inclinó hacia una visión no centralista del partido de los trabajadores. El partido que fundó en 1928 no fue inscripto conscientemente dentro de la lógica de la Tercera Internacional y sus (in) "famosas" 21 condiciones que dictaban lo que un partido comunista en cualquier parte del mundo debería o no hacer. No fue sorprendente que la conferencia de los comunistas latinoamericanos de 1929 lo criticara severamente por no haberse adherido a los principios "marxistas-leninistas" que establecieron. Como señala Antonio Melis (1999), no era simplemente que el partido de Mariátegui se llamara "socialista" y no "comunista", sino que "el Buró Sudamericano de Komintern se dio cuenta de la novedad del partido peruano y trató de exorcizarlo" (p. 214). Contra las concepciones vanguardistas (jacobinas) del partido, Mariátegui articuló lo que era esencialmente una visión gramática de los condados andinos de la construcción de la hegemonía en las amplias masas.

Los compañeros de Mariátegui en la conferencia de Buenos Aires insistieron en que las condiciones en Perú no permitieron la formación de un partido político leninista clásico, pero se les dio poca importancia. Como señala José Aricó (2018), "la formación de partidos comunistas del tipo europeo fue inalcanzable y con frecuencia tuvo un efecto contraproducente" (p. 302). A lo sumo, reunirían a algunos trabajadores para unirse a lo que era esencialmente un partido basado en intelectuales y estudiantes. La demanda de "proletarizar" a estos partidos, por la cual la Internacional Comunista significaba Bolchevique, solo aumentaría la tendencia al sectarismo. A diferencia de Gramsci, Mariátegui no fue un participante activo en los asuntos de la Tercera Internacional y esto fue simplemente un provecto muy poco atractivo e irrealizable. Mariátegui tampoco aceptó el cambio repentino de la aceptación de 1924-1928 de la relativa estabilización del capitalismo (y, por lo tanto, la necesidad de un frente unido) a una perspectiva de "clase contra clase" donde las corrientes no comunistas se opondrían enérgicamente.

El segundo documento que los comunistas peruanos presentaron en la conferencia de Buenos Aires de 1929 se tituló "Punto de vista antiimperialista" (Mariátegui, 1978). Esto fue particularmente significativo dada la derrota de la revolución china en 1927 y la confianza que la Internacional Comunista había depositado en el Kuomintang nacionalista (con algunos paralelos al APRA). En el movimiento comunista internacional había existido un largo debate sobre las alianzas que sus partidos podrían construir con la "burguesía nacional" en los países coloniales y semicoloniales. Mariátegui nunca logró discernir una "burguesía nacional" comprometida con el desarrollo y una revolución democrática nacional como lo exige la internacional comunista, cada vez más dogmática. Desde el punto de vista antiimperialista,

Mariátegui y sus compañeros expresaron muy claramente que "somos antiimperialistas porque somos marxistas, porque somos revolucionarios, porque nos oponemos al capitalismo con el socialismo... porque en nuestra lucha contra el imperialismo extranjero cumplimos nuestros deberes de solidaridad con las masas revolucionarias de Europa" (p. 95). Donde el liderazgo de la Internacional Comunista vio los signos de desviación, en este documento fue en su rechazo matizado de la etiqueta "semicolonial" como un marco adecuado para América Latina.

Mariátegui tenía lo que podríamos llamar una relación complicada con APRA y su líder. Hava de la Torre, pero esencialmente tiene diferencias similares a sus relaciones con la Tercera Internacional en su negativa al jacobinismo. Mariátegui fue miembro de APRA por algún tiempo y compartió con su carismático líder, Haya de la Torre, un entendimiento de que la nación peruana era "un concepto a crear", que los pueblos indígenas serían el motor de la transformación social y que la revolución democrática no reflejaría los patrones europeos. Mariátegui rompió con Haya de la Torre cuando más tarde, en una medida típicamente jacobina, anunció la transformación de un frente unido en un partido político y exigió una lucha armada inmediata. Para Mariátegui, como lo expresa Aricó (2018), la prioridad tenía que ser la construcción de un movimiento "de abajo hacia arriba" que representara una "erupción de la vida política en la escena nacional de un movimiento social autónomo homogeneizado por un mito de regeneración de la nación peruana. capaz de constituir una voluntad colectiva y convertirse en estado" (p. 284).

Después del Congreso de Buenos Aires de 1929, Mariátegui tuvo poco tiempo de vida, murió en 1930. Durante ese tiempo, continuó la lucha ideológica con APRA y con la Tercera Internacional, pero también con algunos miembros de su propio partido que buscaban reemplazarlo. Su rechazo al modelo estalinista de partido proletario, con su rígida conformidad con la línea internacional, no lo convierte en un "reformista" o, incluso, en un eurocomunista antes de su tiempo. Es la concepción de Mariátegui del partido de masas y su compromiso inquebrantable con el frente unido, fue parte de su deber con un socialismo integrado. En esa etapa, la Internacional Comunista era favorable a la lucha armada (el llamado Tercer Período), pero tenía que estar en la búsqueda de los soviéticos. Mariátegui y sus compañeros se centraron, en cambio, en "municipios obreros" y "milicias populares" en las que existía una articulación táctica inteligente entre el trabajo legal (y la defensa del espacio legal, por ejemplo, la libertad de prensa) v la práctica clandestina.

EL SIGNIFICADO DE MARIÁTEGIII

Como vimos al principio, cuando Mariátegui murió, su trabajo fue denunciado como una desviación del verdadero marxismo. Los nacionalistas de APRA y los estalinistas del Partido Comunista estaban igualmente interesados en disminuirlo y/o cooptarlo. Fue considerado un populista, mesiánico, proletarianista, indigenista y una mera figura cultural. Los funcionarios soviéticos Semionov v Shulgovski (1973) exaltaron la fidelidad de Mariátegui al marxismo-leninismo, pero lamentaron que en la formación del Partido Comunista peruano "un ala oportunista, en contra de la transformación del partido en una única y auténtica voz del proletariado, abandonó el Comité Central para formar su propio partido compuesto por un puñado de literatos" (es decir, los seguidores de Mariátegui) (p. 56). Por otro lado, Mariátegui fue reclamado por su propio proyecto, una posición bien articulada por la figura de "izquierda nacional" de Argentina, por Jorge Abelardo Ramos (1973), para quien Mariátegui era un precursor del provecto Patria Grande (hoy Nuestra América) con su énfasis en las tareas nacionales y democráticas de la revolución.

El movimiento soviético para enterrar a Mariátegui fue bastante exitoso y no fue hasta la década de 1960 que su trabajo comenzó a circular nuevamente en Perú cuando Vanguardia Revolucionaria y otros grupos más pequeños retomaron su trabajo. Se hizo hincapié en el marxismo abierto o creativo de Mariátegui con el fin de involucrarlo con los problemas actuales de la izquierda. A mediados de la década de 1960, el renacimiento dominante de Mariátegui era el operado por el PCP (Partido Comunista del Perú), la ruptura marxista del Partido Comunista que debía formar Sendero Luminoso (nombre completo Partido Comunista del Perú en el Sendero Luminoso de José Carlos Mariátegui). En las ediciones de Sendero de la obra de Mariátegui se convirtió en marxista, fervoroso anti-trotskista (nada estaba más lejos de la verdad, de hecho) y defensor del partido autoritario proletario. Como Miguel Mazzeo (2013) escribe: "Sendero Luminoso articulará, en el plano ideológico, mesianismo con dogmatismo y, en el plano político, ultraradicalismo de élite con espontaneísmo de masas... La utopía se convertiría en pesadilla" (p. 183).

El pensamiento y el legado de Mariátegui no podrían estar más lejos de este escenario de pesadilla. El foco principal de su crítica del marxismo fue la versión evolucionista, mecánica y cientificista de la Segunda Internacional (socialdemócrata). Sorel y su teoría del "mito" revolucionario sirvieron para traducir el marxismo en un paradigma relevante a nivel local. Lo que Perú necesitaba, para Mariátegui, no era una teoría sino un mito que energizaría y canalizaría el descontento

de las masas. El marxismo no era una doctrina para él, sino un conjunto de ideas o herramientas que se reinterpretarían a la luz de la realidad peruana. Contra el fatalismo del marxismo mecánico (el despliegue de las contradicciones del capitalismo como proceso objetivo), Mariátegui enfatizó la importancia de la voluntad, la agencia e incluso la política mesiánica. En esto fue más cercano a Walter Benjamin, quien, según Michael Löwy (2008), también, no por casualidad, un seguidor de Mariátegui, promovió un "materialismo histórico sensible a la dimensión mágica de las culturas del pasado, al momento 'oscuro' de la revuelta, para el relámpago que abre los cielos de la acción revolucionaria" (p. 11).

El marxismo "peruano" de Mariátegui centró la cuestión indígena y esa es probablemente su mayor relevancia para la política andina contemporánea. En su compromiso con los intelectuales orgánicos de los movimientos indígenas, evitó todas las lecturas nativistas de las revueltas de la década de 1920. Pero en contra de la sabiduría prevaleciente de la Tercera Internacional, comprendió que había una dimensión cultural en la "cuestión indígena" que no podía reducirse simplemente a una "cuestión de clase". El indígena era un campesino, pero también, irrecusable, indígena. El socialismo en el Perú (y en América Latina) sería indígena o no sería socialismo. Como lo expresa Miguel Mazzeo (2013), "socialismo, utopía andina y mito intervienen como denunciar del orden existente y anuncio del nuevo orden, emergen como sueño v deseo del seno mismo de una conflictividad histórica" (p. 286). De esta manera, Mariátegui se une a los movimientos contemporáneos hacia el socialismo prefigurativo basado en comunidades y prácticas de reciprocidad en el pasado. Finalmente, Mariátegui estaba más lejos de lo que posiblemente podría estarlo del economismo marxista tradicional, el suyo era un "marxismo arielista" (Kohan, 2000), proporcionando una matriz cultural para la transformación. Este marxismo opuesto al Calibán de Shakespeare (imperialismo capitalista) se basó en el espíritu de Ariel. En las páginas de *Amauta* y en su práctica, Mariátegui buscó articular la praxis artística y política. Su compromiso con las vanguardias culturales europeas de la década de 1920 continuó en Perú. Amauta fue un provecto para acumular energías culturales y políticas y, como lo expresa Flores Galindo (1980), "representó un movimiento mágico de síntesis, que tal vez no se haya repetido desde entonces, en ese nivel, en toda América Latina" (p. 147). Cuando las vanguardias culturales y políticas están en conflicto no es posible desarrollar un socialismo inspirado por Mariátegui o construir una fuerza contra hegemónica al orden dominante del imperialismo capitalista.

BIBLIOGRAFÍA

- Abelardo Ramos, J. (1973). La discusión sobre Mariátegui en R. Paris et al., *El Marxismo latinoamericano de Mariátegui*. Buenos Aires: Ediciones Crisis.
- Aricó, J. (ed.) (1980). Mariátegui y los orígenes del Marxismo latinoamericano. México: Siglo XXI.
- Aricó, J. (2018). Mariátegui y la formación del Partido Socialista del Perú en J. Aricó, *Dilemas del Marxismo en América Latina*. Buenos Aires: CLASCO.
- Fernandes, F. (1995). Significado atual de José Carlos Mariátegui. *Revista Princípios (35)*, 16-22, Rio de Janeiro.
- Fernández Retamar, R. (1971). Calibán. *Casa de las Américas (68)*, 124-125, set-octubre.
- Fernández Retamar, R. (1989). *Caliban and other Essays*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Flores Galindo, A. (1980). La agonía de Mariátegui. La polémica con la Komintern. Lima: DESCO.
- Flores Galindo, A. (1986). *Buscando un inca, identidad y utopía en los Andes*. La Habana: Casa de las Américas.
- García Canclini, N. (1999). *La globalización imaginada*. Buenos Aires: Paidós.
- Gramsci, A. (1971). Critical Notes On An Attempt At Popular Sociology en *Selections from the Prison Notebooks*. London: Lawrence & Wishart.
- Gramsci, A. (1977). The Revolution Against 'Capital' en *Selections* from *Political Writings* 1910:1920. London: Lawrence & Wishart.
- Gramsci, A. (1978). Some Aspects of the Southern Question en Selections from Political Writings 1921:1926. London: Lawrence & Wishart.
- Kohan, N. (2000). "Los combates de Mariátegui" en N. Kohan, De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano. Buenos Aires: Biblos.
- Löwy, M. (2005). Fire Alarm. Reading Walter Benjamin's 'On the Concept of History'. London: Verso.
- Löwy, M. (2008). Communism and Religion: José Carlos Mariátegui's Revolutionary Mysticism. *Latin American Perspectives*, 35(2), 71-79.
- Mariátegui, J. C. (1959) El alma matinal y otras estaciones del hombre de hoy. Lima: Amauta.
- Mariátegui, J. C. (1978). Ideología y Política. Lima: Amauta.
- Mariátegui, J. C. (1979). 7 Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana. Lima: Amauta.
- Mariátegui, J. C. (1980). Historia de la Crisis Mundial. Lima: Amauta.

- Mariátegui, J. C. (1980). *Temas de Nuestra América Latina*. Lima: Amauta.
- Mariátegui, J. C. (1981). Peruanicemos al Perú. Lima: Amauta.
- Mariátegui, J. C. (1982). La escena contemporánea. Lima: Amauta.
- Mariátegui, J. C. (1987). Defensa del Marxismo. Lima: Amauta.
- Mazzeo, M. (2013). El socialismo enraizado: José Carlos Mariátegui: vigencia de su concepto de "socialismo práctico". Mexico DF: Fondo de Cultura Económica.
- Melis, A. (1999). *Leyendo Mariátegui 1967-1998*. Lima: Biblioteca Amauta
- Paris, R. (1973). El marxismo de Mariátegui en Paris, R. et al., El Marxismo latinoamericano de Mariátegui. Buenos Aires: Ediciones Crisis.
- Paris, R. (1981). La formación ideológica de José Carlos Mariátegui. México: Siglo XXI.
- Quijano, A. (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina en Lander, E. (ed.). *Colonialidad del Saber: Eurocentrismo y Ciencias Sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLASCO.
- Quijano, A. (2010). 'Prólogo' en Mariátegui, J. C., 7 ensayos de interpretación de la realidad peruana. Caracas.
- Rodó, J. E. (1900). Ariel.
- Semionov, S. y Shulgovski, A. (1973). El papel de Mariátegui en la formación del Partido Comunista del Perú, en Paris, R. et al., *El Marxismo Latinoamericano de Mariátegui*. Buenos Aires: Ediciones Crisis.
- Terán, O. (1985). *Discutir Mariátegui*. Puebla: Editorial Universidad Autónoma de Puebla.

LA ÉPOCA HISTÓRICA DE LA IZQUIERDA

ENTRE EL SUEÑO REVOLUCIONARIO, LA IDEOLOGÍA Y EL PRAGMATISMO POLÍTICO. DERROTEROS INDO-AFRO-LATINOAMERICANOS

Isabel Rauber

DELIMITACIÓN DEL PRESENTE ANÁLISIS

El surgimiento de las izquierdas latinoamericanas en la primera mitad del siglo XX, específicamente de los partidos comunistas, respondió a una conjunción de razones y fuerzas locales con aquellas provenientes de corrientes internacionales que buscaban asideros territoriales en el continente, en el entendido de que esto contribuiría a consolidar el triunfo de la revolución socialista en Rusia primero, y luego en la URSS, secundarizando o relativizando la construcción de una alternativa política local efectiva y fuerte.

Ha corrido mucha agua bajo el puente de la historia desde entonces, tanta, que aquella realidad originaria presente en la conformación de ciertos partidos de izquierdas ha desaparecido (y no por "arte de magia"). Pero su legado ideológico aún conserva una fuerte presencia en la cultura política del sector. ¿Qué lugar ocupa esta dimensión ideológica y qué implicaciones tiene para el quehacer político de la izquierda en las realidades del presente continental y mundial? A desvelar claves importantes para contribuir a responder a esta interrogante dedico el presente estudio.

DE LA ANALÍTICA DEL CAPITALISMO DESARROLLADO AL CAPITALISMO DEPENDIENTE SIN MEDIACIONES NI "MATICES"

Forjada en tiempos de predominio del dogmatismo estéril y

paralizador, sin márgenes para albergar, contener y proyectar distintas miradas o propuestas, esa izquierda partidaria de núcleo comunista mayoritario, equiparó la defensa de la revolución socialista de octubre con el alineamiento incólume irrestricto y absoluto a las definiciones provenientes de Moscú y de sus organizaciones internacionales, sintiéndose convocada a imponerlas en todo lugar como "la única" verdad revolucionaria. Y así lo hicieron no solo con sus organizaciones y posicionamientos políticos, sino también a través de publicaciones, academias, el arte... Por ello, no puede limitarse el enfoque del peso ideológico de aquella izquierda solo al ámbito del accionar de los partidos comunistas, sino que abarca al gran espectro de organizaciones político partidarias de la izquierda en el siglo XX, a sus intelectualidades, a sus propuestas culturales y político-sociales.

Fue, indudablemente, una gran labor cultural orientada a la disputa del sentido común, cuyo empeño y esfuerzo rindió frutos importantes para la maduración de la conciencia social popular acerca de cuestiones claves como: soberanía, independencia, justicia social, derechos humanos y civiles, desarrollo, dependencia, democracia, identidades, religión, educación, feminismo, arte... Pero mientras estos agrupamientos de izquierda partidaria estaban encapsulados en su ideología originaria, en este continente surgieron –o se visibilizaron actores sociales y políticos diversos o nuevos, los cuales enfrentando nuevas problemáticas y realidades, buscaban y buscan respuestas a viejos y nuevos problemas sociales. En sus luchas y resistencias estos nuevos actores fueron trazando nuevos derroteros, avizorando nuevos horizontes...

En un largo proceso de aciertos y errores, de diálogos, debates y enfrentamientos teóricos e ideológicos, el peso específico de la fuerza histórica que tuvo objetiva y subjetivamente la (gran) izquierda del siglo XX, se trasladó –entre tropiezos y saltos, de los partidos a los pueblos y sus organizaciones sociales populares. Emergieron con fuerza identidades históricamente excluidas o nuevas, cosmovisiones, filosofías... Sabidurías y saberes ancestrales de los pueblos indígenas originarios tienen hoy, por ejemplo, una rizomatosa presencia cultural revolucionaria civilizatoria. Los sujetos emergentes, al ser diversos y proponer la convivencia y convergencia en diversidad, proponen la *interculturalidad* como sustento dialogal del rompecabezas social del presente y, a la vez, como camino hacia el futuro. Para ello reclaman e impulsan, integralmente, procesos de *descolonización* y *despatriarcalización* encaminados a la refundación civilizatoria de la humanidad en su reencuentro raizal con la naturaleza.

El lenguaje, las miradas y el horizonte futuro de los pueblos en lucha integral por la vida han cambiado. En contraste, la semántica de la izquierda del siglo XX resultó y resulta no pocas veces carente o vaciada de sentido político concreto, descubriendo su contenido ideológico negativo. Tomada de una experiencia histórica en la cual pudo ser elemento movilizador y orientador, al ser trasladada mecánicamente a estas latitudes, ese contenido ideológico se evidenció como propio de un sistema preconcebido (apriorístico) de ideas filosóficas, políticas, económicas, etc., acerca de la estructura y el funcionamiento de las sociedades que analizan y pretenden cambiar. Y esto no es un "detalle", si se tiene en cuenta que sobre dicha base ideológica se definieron el deber ser es decir, cómo debería estructurarse y funcionar la sociedad, quiénes serían los protagonistas y cuáles las luchas sociales revolucionarias (definidas como tales a partir de su sistema de ideas). Sobre esa base ideológica erigieron también "su modelo" de sociedad diferente. Y a hacerlo realidad dedicaron v muchos aún dedican sus quehaceres y esfuerzos. Esto resume –apretadamente las fronteras de la izquierda ideológica o la ideología de una parte (culturalmente influyente) de la izquierda latinoamericana en el presente.

El mundo cambió, sin embargo, aun con algunas variaciones y excepciones, esa izquierda se mantiene aferrada a los paradigmas del siglo XX o, al menos, no se los replantea clara y raizalmente. ¿Por qué? ¿Acaso los consideran una "tabla de salvación" frente al desbande ideológico reinante y la incertidumbre acerca del futuro de la humanidad, o responden a una incapacidad cultural para leer el mundo de hoy, originada en su génesis dogmático-identitaria, mezclada con el temor a desaparecer si los modifican?

SIGLO XX: LA ÉPOCA HISTÓRICA DEL SOCIALISMO Y LAS IZQUIERDAS

IMPORTANCIA DE LA DEFINICIÓN DE "ÉPOCA HISTÓRICA"

Un paradigma estratégico y neurálgico de la izquierda en el siglo XX lo constituyó la definición de la época histórica. Ella condensa, especifica y dilucida otras determinaciones igualmente fundamentales, todas en interacción-interdefinición y retroalimentación permanente. En ella se referenciaban e interdefinían también aspectos centrales para el accionar político: la táctica y la estrategia y, consiguientemente, cuestiones claves como transición, economía y poder a construir, tipo de Estado, democracia, vía pacífica o insurreccional (armada o no), tipo de partido...

La definición de época histórica constituyó y constituye una especie de marco general en el que se inscribe el accionar de las izquierdas; define el terreno que se pisa, los objetivos de las luchas, los sujetos, la política, el tipo de estado que se busca instaurar, el poder, la democracia, los adversarios, los aliados posibles, los derroteros y el horizonte buscado. Es una provección de largo alcance, no modificable por coyunturas ni especificidades locales. Las definiciones que correspondan a particularidades o exigencias de cada momento histórico y sus realidades sociales concretas, no alteran -salvo situaciones excepcionales que la modifiquen de raíz la definición de época, al contrario, se orientan (o deberían orientarse) por ella, para en base a ella perfilar su accionar, articulando lo coyuntural con los objetivos de largo plazo. Esta articulación comúnmente llamada "táctica y estrategia", pone de manifiesto sus nexos con la época histórica en la misma medida que va condensando en la práctica las metas estratégicas en cada momento. Obviamente, estas concreciones también van modificando el horizonte estratégico: unas veces lo acercan y lo hacen más visible y, otras. lo alejan, lo empañan o lo hacen invisible, inalcanzable. En cualquier caso, se trata de una interacción dinámica-dialéctica raizal.

Vale aclarar que "estrategia" no es sinónimo de época histórica, ni lo "táctico" equivale a lo covuntural. Ambas definiciones políticas hacen a búsquedas, propuestas y modalidades acerca de cómo resolver -en cada momento y lugar, los desafíos que la época histórica impone; ella los define y moviliza. Pero las confusiones en este terreno son generalizadas, particularmente en lo relativo a la interacción-interdefinición entre táctica y estrategia. Precisamente es la interdefinición dinámica la que no se contempla y, por tanto, se la desconoce, provectando lo táctico y lo estratégico como si fueran dos ámbitos exteriores el uno del otro que actúan cual si fueran dos "bolas de billar"... A tono con ello, frecuentemente, lo táctico se contraponía a lo estratégico justificando "giros tácticos" supuestamente necesarios, que pretendían ser una suerte de "engaño picaresco", un "truco" momentáneo para llegar "más rápido" a las metas estratégicas. En honor a la verdad, esto nunca fue así. Pero, aunque la interrelación entre táctica y estrategia no es un tema tratar aquí, considero importante subrayar que ambas se conciben genealógicamente a partir de la definición de época histórica.

En ese sentido, hoy crece la importancia de contar con una definición actualizada de época histórica; en ella se interdefinirán también los problemas centrales de este tiempo, la transición hacia las soluciones, el papel y el tipo de Estado, de democracia, el perfil y el alcance de los gobiernos populares, progresistas, de izquierda, los sujetos protagonistas y el abanico social a articular, la economía, la tecnología, el desarrollo, etcétera.

Si en este continente la izquierda partidaria tuvo desvaríos en tiempos en que contaba con una definición clara de época histórica (más allá de que uno concuerde o no con ella), resulta sencillo imaginar la deriva política que se produce cuando por omisión, desconocimiento o desentendimiento de la misma se van dando pasos por las coyunturas políticas sin horizontes claros (no confundir con certezas).

Llegado a este punto considero importante explorar brevemente el tema. Con la finalidad de abreviar recorridos bibliográficos reiterativos, tomaré como referencia de base el texto de Afanasiev *Fundamentos del comunismo científico* (1977), publicado por Editorial Progreso de Moscú, que resume y proyecta claramente las posiciones del PCUS y de la izquierda comunista o revolucionaria del siglo XX.

EL CONCEPTO "ÉPOCA"

En lo referente a la definición del concepto época se lee:

El estado de la *sociedad en conjunto*, en determinada etapa histórica de su desarrollo, se expresa en el concepto de época.

Este concepto abarca múltiples fenómenos de la historia de la humanidad, destacando lo fundamental, lo común y lo típico de todos ellos. (...) Encontrar lo típico *objetivamente principal* en los fenómenos históricos, es decir, determinar la *tendencia* dominante del desarrollo de la humanidad en la etapa dada y señalar la *clase* portadora de esta tendencia constituye la condición más importante para determinar una época histórica concreta. Lenin subrayaba que: "No podemos saber con qué rapidez ni con qué éxito se desarrollará cada uno de los movimientos históricos de una época dada. Pero sí podemos saber y sabemos *qué clase* está en el centro de tal o cuál época, determinando su contenido principal, el curso principal de su desarrollo, las particularidades principales del ambiente histórico de la época dada..."

Así pues, para dilucidar el carácter de una época, es preciso, en primer lugar, determinar *adónde* evoluciona la humanidad en nuestros días y *qué clase* encarna esta evolución (pp. 45-36) (Énfasis en el original).

Esto tiene su anclaje en el diagnóstico del capitalismo y de las perspectivas de su desarrollo; de allí emanan conclusiones acerca de su incapacidad para resolver los problemas que genera y se configura la afirmación de la necesidad de su sustitución revolucionaria por el socialismo. Por ejemplo, en el IV Congreso la Internacional Comunista realizado en 1922, en la "Resolución sobre la táctica de la Internacional Comunista", se afirmaba que:

El capitalismo, después de haber realizado su misión de desarrollar las fuerzas productivas, cayó en la *contradicción más irreconciliable* con las necesidades no solamente de la evolución histórica actual sino también con las condiciones más elementales de *la existencia humana*. Esta *contradicción fundamental* se reflejó particularmente en la última guerra imperialista y fue agravada por esa guerra que sacudió, del modo más profundo, el régimen de la producción y de la circulación. El capitalismo, que de ese modo sobrevivió a sí mismo, entró en una fase donde *la acción destructora de sus fuerzas* desencadenadas arruina y paraliza las conquistas económicas creadoras ya realizadas por el proletariado en medio de las cadenas de la esclavitud capitalista (IC, 2010, p. 324) (Énfasis de la autora).

Años más tarde, Afanasiev sistematiza los diversos diagnósticos de los partidos comunistas y define así el estado del capitalismo:

El mundo capitalista, en que rigen la propiedad privada y la explotación, carece de perspectivas históricas, está sumido en una crisis general y profunda, originada por las leyes objetivas y contradicciones irreconciliables del capitalismo. La *crisis general del capitalismo* significa su decadencia y descomposición y abarca todos los países capitalistas perturbando a fondo su economía, régimen social, política, ideología y cultura (p. 63) (Cursivas en el original).

DEFINICIÓN DE LA ÉPOCA HISTÓRICA INICIADA EN OCTUBRE DE 1917

A tono con esta fundamentación, el autor presenta la definición de la época histórica –asumida por gran parte de la izquierda mundial en el siglo XX, tomada del Programa del Partido Comunista de la Unión Soviética:

La época actual, cuyo contenido principal lo constituye *el tránsito del capitalismo al socialismo*, es la época de la lucha de los dos sistemas sociales opuestos, la época de las revoluciones socialistas y de liberación nacional, la época del hundimiento del imperialismo y la liquidación del sistema colonial, la época del paso de más y más pueblos al camino del socialismo y del triunfo del socialismo y el comunismo en escala mundial. El centro de la época actual lo constituyen la clase obrera internacional y su principal obra: el sistema socialista mundial (p. 47) (Negritas del Autor).

Un precepto axiomático de esta definición fue: "La época que vivimos está marcada, precisamente, por el avance del género humano

hacia el luminoso porvenir comunista" (p. 45). Y consiguientemente, la conclusión fue: La *sustitución* revolucionaria del capitalismo por el socialismo *es inevitable*.

La época actual es una época de *revoluciones socialistas y revoluciones de liberación nacional*. Esta definición pone al descubierto el carácter revolucionario de la época. La formación socioeconómica comunista nace en el fragor de la lucha contra las fuerzas de la reacción que defienden su poder y sus privilegios. El tránsito al socialismo demanda una drástica destrucción de todas las estructuras de la sociedad de explotación, tarea esta que cumplen las revoluciones socialistas (Fedoséev, 1986, p. 87) (Énfasis en el original).

Y un poco más adelante, en sus reflexiones, Fedoséev apuntala esto definiendo que: "La contradicción fundamental de la época contemporánea es la existente entre el socialismo y el capitalismo (p. 90) (Énfasis en el original).

Mucho podrían discutirse hoy estas afirmaciones. Dados sus enfoques deterministas, unidimensionales, lineales y unidireccionales, se evidencia, por ejemplo, que se consideraba entonces que el comunismo estaba ubicado en un "peldaño superior" al capitalismo, delineando teóricamente un desarrollo histórico de la humanidad tipo escalera ascendente, anclado en el concepto de *formación económico social* (FES), organizador y articulador de la historia.

Las publicaciones partidarias de la izquierda del siglo XX son profusas en este sentido, pero en gran medida reafirman el postulado de época histórica antes citado. Este devino dogma axiomático definitorio de las posiciones revolucionarias y de las que no eran consideradas tales. A principios del siglo XX y de ahí en adelante significó un parte-aguas respecto de la izquierda enrolada en la Segunda Internacional y la Segunda Internacional y Media, cuvos partidos no acordaron con tal definición de época histórica y sus tareas (toma del poder) por entender que su acción política debería centrarse en construir la convivencia con la burguesía en una cuasi eterna transición hacia un estado de bienestar. Esta izquierda se diferenció así claramente de la Internacional Comunista que planteaba la necesidad (e inevitabilidad) de la revolución socialista como único camino para la liberación de los explotados y superación del capitalismo. Sin embargo, dentro de la corriente comunista se presentaron también múltiples variaciones que llevaron a otras tantas divisiones y subdivisiones entre las organizaciones político partidarias de las izquierdas y sus entornos culturales.

EL "TERREMOTO" LATINOAMERICANO

En Latinoamérica, a raíz del triunfo de la Revolución Cubana, tuvo lugar el surgimiento de la llamada "nueva izquierda" o "izquierda revolucionaria", para diferenciarse de la entonces llamada "izquierda reformista", como habitualmente se identificaba a los partidos comunistas. En general, puede afirmarse que la llamada "izquierda revolucionaria" quedó fuera de la Internacional Comunista y sus conferencias, aunque hubo excepciones, como por ejemplo, el Partido Comunista de El Salvador, o el Partido Comunista de Uruguay; ambos sostuvieron argumentos que no impugnaban a la izquierda revolucionaria, particularmente, el partido salvadoreño, que luego integró el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN).

Pero en cualquier alineamiento en que se posicionaran, puede afirmarse que en lo referente a la definición de época histórica, estas izquierdas eran convergentes. Las estrategias y tácticas políticas, sin embargo, diferían radicalmente, dadas las diferencias de fondo en las definiciones acerca del tipo de transición, de gobierno, las tareas a resolver, los sujetos y sus aliados, las vías para el cambio social, etc. En su gran mayoría, todas se mantuvieron "firmes" en torno al proyecto ideológico originario, aunque ello las alejara cada vez más de sus realidades sociales. Esto fue así hasta que se produjo un "punto de quiebre" con el triunfo de la Revolución Cubana, tal como lo refiere Verónica Solano (2014) y un grupo de investigadores acerca del significado de esa victoria para la izquierda latinoamericana:

La dialéctica de la Guerra Fría situó a las diversas experiencias modernizantes en una disyuntiva que el nacionalismo revolucionario de la primera mitad del siglo XX no logró superar, es decir, la transformación de los marcos del liberalismo por los del socialismo, o, por el contrario, el mantenimiento de una ortodoxia doctrinal fortalecida con los actores más conservadores y reacios al cambio. El punto de quiebre de esta dialéctica surgió a partir de la Revolución Cubana, donde se observaría un cambio fundamental tanto en los métodos como en los objetivos de los procesos revolucionarios, generando un nuevo modelo -el de la Nueva Izquierda- que impactó directamente a la izquierda latinoamericana inspirada y articulada a partir de la experiencia cubana. A diferencia de las prácticas anteriores a este periodo, el modelo revolucionario ya no se enfocó en la creación del Estado nacional sino más bien a los nuevos problemas que le planteó el mundo contemporáneo, sobre todo en el ámbito del desarrollo económico y social. En este sentido, lo que conocemos como Guerra Fría, mostraría que éste fue un problema global, compartido por las regiones ajenas al mundo europeo y que irrumpió de manera determinante en el ámbito latinoamericano (p. 9).

¿Y cómo definió y caracterizó el Partido Comunista de Cuba a la época histórica en la que se desarrollaba la Revolución Cubana?

Al respecto considero de interés reseñar dos momentos: la Segunda Declaración de La Habana (febrero de 1962) y la Plataforma Programática del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba (17-22 de diciembre de 1975), ya que refieren dos momentos importantes del desarrollo de la unificación orgánica de las fuerzas revolucionarias del proceso cubano. Referido al tema de este estudio, de la Segunda Declaración de La Habana destaco lo siguiente:

En muchos países de América Latina la revolución es hoy inevitable. Ese hecho no lo determina la voluntad de nadie. Está determinado por las espantosas condiciones de explotación en que vive el hombre americano, el desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, la crisis mundial del imperialismo y el movimiento universal de lucha de los pueblos subyugados. La inquietud que hoy se registra es síntoma inequívoco de rebelión. Se agitan las entrañas de un continente que ha sido testigo de cuatro siglos de explotación esclava y feudal del hombre desde sus moradores aborígenes y los esclavos traídos de África, hasta los núcleos nacionales que surgieron después: blancos, negros, mulatos, mestizos e indios que hoy hermanan el desprecio, la humillación y el yugo yanqui, como hermana la esperanza de un mañana mejor (1962, pp. 5-6).

Puede notarse que se subraya allí la *inevitabilidad* de la revolución como resultado "tarde o temprano" del desarrollo de la historia.

Unos años después, en la declaración del Partido Comunista de Cuba, en su Plataforma Programática, puede encontrarse una definición de la época histórica que se vivía y su contradicción fundamental, importantes definiciones de alcance estratégico que –aunque estaban a tono con la articulación del proceso revolucionario con el sistema socialista mundial con centro en la URSS, implicaron un ordenamiento autónomo de la estrategia para la conquista del poder en estas latitudes:

La victoria de la Revolución Socialista de Octubre de 1917, marcó el comienzo de una nueva época en la historia de la humanidad que tiene como contenido fundamental el tránsito revolucionario del capitalismo al socialismo. La división del mundo en dos sistemas sociales diametralmente opuestos, rasgo principal de la crisis general del capitalismo, dio origen a la contradicción fundamental de nuestra época: la existente entre el sistema socialista, que avanza y se desarrolla, y el sistema capitalista en decadencia llamado a desaparecer.

El triunfo de la Revolución en Rusia abrió un período de auge para las fuerzas revolucionarias en diversas regiones del mundo y para el desarrollo de la lucha en las colonias y países dependientes, iniciándose así el proceso de ruptura del sistema colonial del imperialismo, que constituye otro de los rasgos característicos de la crisis general del capitalismo (1976, pp. 15-16) (Énfasis de la autora).

Y consiguientemente, al referirse a la situación internacional, se señala que:

La situación internacional actual se caracteriza por el constante crecimiento del poderío y la influencia del sistema socialista mundial, los avances del movimiento comunista y obrero internacional en el resto de mundo, los éxitos del movimiento de liberación nacional, los cambios favorables hacia la distensión internacional y el debilitamiento general de las posiciones del imperialismo mundial. La contradicción fundamental de nuestra época entre el socialismo y el capitalismo continúa desarrollándose a favor de las fuerzas revolucionarias. Se agrava la crisis general del capitalismo y con ello se reafirma la bancarrota de la estructura social, política e ideológica del imperialismo y de la descomposición moral de la sociedad capitalista. El sistema capitalista mundial sufre la profundización y agudización de todas sus contradicciones (1976) (Énfasis de la autora).

Estas declaraciones evidencian coincidencias en las miradas acerca del tiempo histórico con la mayoría de partidos comunistas del entorno soviético; sin embargo, no se tradujeron en posiciones únicas a la hora de definir el carácter de la revolución (por ejemplo, socialista o democrático-burguesa), al identificar las fuerzas motrices de la revolución, las tareas y los horizontes inmediatos de la misma –para solo mencionar unos pocos factores, las divergencias se transformaron en abismos. El "punto de quiebre" marcado por Solano puede resumirse en lo siguiente: la definición del carácter de la revolución: "Revolución socialista o caricatura de revolución" (Guevara, 1967);¹ la identificación de las fuerzas motrices de la misma (clase o pueblo), y el tipo de organización política necesaria para concretar los objetivos revolucionarios (toma del poder). Ya en la II Declaración de La Habana quedó clara la postura autónoma de Cuba:

^{1 . &}quot;Las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo y solo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución".

Pero el desarrollo de la historia, la marcha ascendente de la humanidad no se detiene ni puede detenerse. Las fuerzas que impulsan a *los pueblos*, que son los verdaderos *constructores de la historia*, determinadas por las condiciones materiales de su existencia y la aspiración a metas superiores de bienestar y libertad, que surgen cuando el progreso del hombre en el campo de la ciencia, de la técnica y de la cultura lo hacen posible, son superiores a la voluntad y al terror que desatan las oligarquías dominantes.

Las condiciones subjetivas de cada país, es decir, el factor conciencia, organización, dirección, puede acelerar o retrasar la revolución según su mayor o menor grado de desarrollo, pero tarde o temprano en cada época histórica, cuando las condiciones objetivas maduran, la conciencia se adquiere, la organización se logra, la dirección surge y la revolución se produce.

Que esta tenga lugar por cauces pacíficos o nazca al mundo después de un parto doloroso, no depende de las fuerzas reaccionarias de la vieja sociedad, que se resisten a dejar nacer la sociedad nueva, que es engendrada por las contradicciones que lleva en su seno la vieja sociedad. La revolución es en la historia como el médico que asiste al nacimiento de una nueva vida. No usa sin necesidad los *aparatos de fuerza*, pero *los usa sin vacilaciones* cada vez que sea necesario *para ayudar* al parto. Parto que trae a las masas esclavizadas y explotadas la esperanza de una vida mejor (1962, p. 6) (Énfasis de la autora).

Nótese que se hace alusión a tres aspectos clave que evidencian la raíz y las definiciones estratégicas genuinas de la Revolución Cubana: se pone el énfasis en los factores subjetivos del cambio revolucionario, entendiendo por ellos a la conciencia, organización y dirección (del proceso revolucionario). Se destaca a los pueblos como sujetos constructores e impulsores de la historia. Y se afirma la inevitabilidad de la revolución "tarde o temprano" como resultado del desarrollo de la historia. (Se evidenciaban allí los cimientos de lo que luego se conoció como "teoría del foco": si los factores subjetivos estaban atrasados y las condiciones objetivas estaban maduras, solo había que encender la llama, iniciar el *foco revolucionario* para tomar el poder y alcanzar la liberación.)

De conjunto, las definiciones acerca de la época histórica, de la contradicción principal, las fuerzas motrices, etc., necesitaban una encarnación del horizonte socialista buscado el cual erigirían en *vanguardia* del proceso revolucionario mundial (y local). Para los encolumnados con el PCUS, esa vanguardia era la URSS: "Es lógico que

el socialismo real, ante todo la comunidad de Estados socialistas sea el núcleo de cohesión de las fuerzas revolucionarias de la actualidad" (Fedoséev, 1986, p. 92). Ello, según Afanasiev, más claramente vocero del PCUS, significaba que: "como resultado de la Revolución Socialista de Octubre, o bajo su influencia directa, surgieron las fuerzas revolucionarias principales de la época actual y, lo que es más importante, se dio comienzo a su unificación en un proceso revolucionario mundial único" (Afanasiev, 1977, p. 49).

Para otros, fue la IV Internacional (trotskista). Para otros, China, Vietnam, o Cuba. "La contradicción que era secundaria se ha tornado fundamental, y se da entre el imperialismo yanqui acaudillando a los demás sectores monopolistas y oligarquías nacionales, y la revolución socialista mundial, cuyo primer destacamento de vanguardia está constituido por el FNL de Vietnam" (Partido Revolucionario de los Trabajadores, 1968).

Estos alineamientos se expresaron también en la definición de las vías (pacífica, violenta, insurreccional), de las modalidades de la lucha por la revolución socialista, los posicionamientos respecto de la democracia y en la definición del tipo de partido para conducir los procesos (revolucionarios o reformistas).

En Chile, por ejemplo, "según el MIR, las diferencias con la dirigencia tradicional no residían solamente en la cuestión de los métodos o la vía, sino también en los objetivos. En 1968, la organización esgrimía un diagnóstico de la sociedad chilena que, en lo esencial, se mantenía desde el documento que había dado vida a la organización: 'Chile es un país semicolonial, atrasado y de desarrollo capitalista desigual'". Dado que el poder lo detentaba una alianza del imperialismo con la burguesía nativa, era necesario llevar adelante una revolución socialista, esto es "antiimperialista y anticapitalista a la vez. En una estrategia revolucionaria no tenían cabida alianzas con una presunta burguesía nacional y antiimperialista" (Nercesian, 2013, p. 225).

¿REFORMA O REVOLUCIÓN?

Esta disyuntiva dividió fuertemente a las izquierdas del continente. Aunque este no es el tema a tratar, lo menciono porque subraya que la definición de época histórica no ha sido –ni es un "detalle" sin importancia a la hora de pensar una opción estratégica, los caminos, las tareas, los sujetos. Constituye un nudo de (inter)definiciones –resultante de muchas otras, que configuran un sinnúmero de otras (inter) definiciones y, consiguientemente, de las prácticas que las encarnaron y las encarnan.

La respuesta a la interrogante planteada aquí estaba anudada con el posicionamiento respecto a las vías a seguir: revolucionaria o reformista, y tenía como correlato la admisión de opciones violentas o pacíficas (por etapas, democrática...), según fuera el caso, siempre interconectadamente con la definición de las clases o fuerzas motrices del proceso, el papel de la burguesía nacional, etc. El carácter violento del capitalismo fue uno de los fundamentos reiterados por algunos sectores, particularmente de la "nueva izquierda", para optar –aunque más no fuese de modo declarativo, por el empleo de la violencia de las armas para la toma del poder, etcétera (Guevara, 1967).²

Las diferencias marcadas entre aquellas izquierdas "tradicionales" (viejas) o "nuevas", según se posicionaran en la respuesta a la pregunta acerca del carácter de la revolución y lo que de allí se desgranaba, podrían sintetizarse del modo siguiente: acerca del *carácter* inmediato de la revolución, la propuesta –resumidamente, era: democrático burguesa primero y luego socialista, o revolucionario-socialista (sin etapas). A ello se anudaba la definición acerca de *las vías* para lograrlo: la *vía pacífica* democrático-constitucionalista o la *vía revolucionaria* (armada o insurreccional) para la toma del poder. Y consiguientemente, en torno a estas definiciones, emergían *el sujeto* o los sujetos de la misma (clase obrera o burguesía nacional), los *aliados*, y el *tipo de partido* político de izquierda necesario para conducir las luchas sociales y hacer realidad el objetivo trazado.

LOS SUIETOS DEFINIDOS A PARTIR DE LA HERENCIA EUROCENTRISTA

En Latinoamérica pese a grandes diferencias políticas entre las disímiles representaciones partidarias y su intelectualidad, el debate estratégico estuvo marcado por el predominio del eurocentrismo y el dogmatismo que lo acompañaba. Salvo excepciones y matices, en cada país se "aplicó" una lectura de las clases sociales empleando una matriz teoricista-abstracta que desconoció, entre otros, a los pueblos indígenas originarios como naciones con identidad y fuerza social raizalmente constitutiva del sujeto social y político revolucionario en este continente. Reconocerlos hubiera implicado despegarse y desprenderse los dogmas y el eurocentrismo en lo relativo a la definición –generalizada e idílica de que la clase obrera era el *sujeto* (único) de la revolución. Sin embargo, entre este enunciado y la representación político-partidaria de la clase obrera se plantearon –y justificaron mediaciones, tal vez heredadas del partido bolchevique

² Referenciadas en la Revolución Cubana, la mayoría de esas izquierdas hicieron suyas las palabras del Che: "El elemento fundamental de esa finalidad estratégica será, entonces, la liberación real de los pueblos; liberación que se producirá, a través de lucha armada, en la mayoría de los casos, y que tendrá, en América, casi indefectiblemente, la propiedad de convertirse en una revolución socialista".

y su discusión acerca de las características del partido "de cuadros" y su relación con la clase obrera realmente existente (Rauber, 2012, pp. 114-122).

Dicha representación se definió a partir de la "conciencia de clase" de los cuadros (militantes), pero estos no pertenecían mayoritariamente a la clase obrera; se constituían en sus representantes a partir de atribuirse ser los portadores de la "conciencia de clase" del proletariado [Lukács], la cual fue considerada la cualidad más elevada de la militancia del "partido del proletariado" y de su dirigencia. Invocando citas del partido bolchevique como fuente de "autoridad", los partidos de izquierda (nueva o vieja) se auto-consideraron a sí mismos como "partidos de vanguardia", independientemente del origen y la "pertenencia de clase" de sus militantes y dirigentes. Obviamente, esto daría pie a disputas v enfrentamientos tremendos entre ellos para definir quién era el "verdadero" partido de vanguardia con derecho para conducir la revolución (según sus definiciones estratégicas). En tal deriva teórica, los indígenas no tenían la más mínima posibilidad de ser reconocidos como parte del sujeto social y político de la revolución, y tampoco la clase obrera realmente existente, con su diversidad de modos de existencia y sobrevivencia que no se ajustaban ni se condecían con el "deber ser" emanado de manuales o culturas eurocentristas. La actual propuesta de descolonización se explica, en este caso particularmente, por sí misma.

LA DEMOCRACIA Y LA VÍA PACÍFICA AL SOCIALISMO

La historia enseña que las clases dominantes nunca están dispuestas a renunciar voluntariamente al poder, a la propiedad privada de los medios de producción, que les permite explotar a los trabajadores, y mantener sus numerosos privilegios. Por consiguiente, la revolución socialista va ligada necesariamente a la violencia revolucionaria, al derrocamiento violento del régimen capitalista.

Pero la violencia no es siempre la misma. Hay violencia que supone el empleo de las armas, la guerra civil y la intervención extranjera, pero hay también otra, digamos, de orden pacífico: la expropiación o limitación de la propiedad privada, la privación de derechos políticos a las clases explotadoras o la restricción de los mismos, la incorporación coercitiva de los explotadores al trabajo, etc. Esta última violencia (la "pacífica") es inevitable en la revolución socialista, ya que el socialismo no puede triunfar sin la coerción económica y política (Afanasiev, 1977, p. 79).

A esto se anudaban nuevos escalones de la concepción pautada, lineal, ascendente de la historia. En un escenario posterior a la Segunda Guerra mundial, se afirmaba que: "La nueva correlación de fuerzas

entre el capitalismo y el socialismo, formada después de la Segunda Guerra Mundial, hace mucho más posible el tránsito pacífico al socialismo. En varios países de Europa y Asia, la revolución democrático-burguesa se transformó pacíficamente en socialista". Destacan nuevamente la linealidad y el automatismo y viceversa:

En cuanto a los países capitalistas, a posibilidad de su tránsito pacifico al socialismo se amplía gracias, en primer lugar, al aumento de las fuerzas de la democracia y el socialismo dentro del país y a la influencia creciente de la clase obrera y sus partidos marxistas sobre los sectores más extensos del pueblo. [...] En la Declaración de la Conferencia de representantes de los partidos comunistas y obreros de los países socialistas, celebrada en 1957, en Moscú, se dice: `En varios países capitalistas, la clase obrera, encabezada por su destacamento de vanguardia, puede, en las condiciones actuales, basándose en un frente obrero y popular y en otras posibles formas de acuerdo y colaboración política de distintos partidos y organizaciones sociales, agrupar a la mayoría del pueblo, conquistar el poder estatal sin guerra civil y asegurar el paso de los medios de producción fundamentales a manos del pueblo (Afanasiev, 1977, pp. 81-82).

Llegado a este punto, vale la pena particularmente en el caso de Latinoamérica, continuar con la recuperación de aquellas sentencias:

En determinadas condiciones, el proletariado puede utilizar el parlamento como medio pacífico para llegar al poder. [...] El camino del socialismo con *utilización del parlamento supone gran envergadura de la lucha de clases* y grandes y radicales transformaciones revolucionarias. Naturalmente que la feliz culminación de este camino será tanto más posible cuanto mayor sea la fuerza de la clase obrera y sus aliados y más variados medios de lucha que sepan emplear. *Sería ingenuo suponer que la sola victoria en las elecciones parlamentarias basta para que la clase obrera pueda conquistar y mantener el poder.* Esta victoria debe apoyarse en la fuerza real de la clase dispuesta a defenderla por todos los medios, incluyendo el empleo de las armas; solo así se crea la garantía de que los resultados del sufragio no serán anulados por la burguesía, sino que se afianzarán y serán desarrollados. [...]

Un testimonio elocuente de ello es la actual tragedia de Chile, donde la dictadura militar-fascista ahogó la revolución popular en la sangre de obreros y otros partidarios del progreso. Como dijo L. Brézhnev en el XXV Congreso del PCUS: "La tragedia de Chile [...] ha recordado imperiosamente que la revolución ha de saber defenderse" (Afanasiev, 1977, pp. 82-83) (Énfasis de la autora).

Mucho para reflexionar, discutir y comentar; lo retomaré en próximas notas. Quiero advertir aquí –evidenciando el pensamiento constitutivo de aquella definición de época histórica, la concepción superestructural de los cambios revolucionarios, manifestados al identificar a la revolución con la conquista del aparato estatal por parte de la dirigencia partidaria y el reclamo de su defensa por parte del pueblo. Pero una defensa entendida –en tal caso, como defensa armada, o sea, protagonizada por fuerzas especialmente entrenadas y dedicadas a ello. En ningún caso, en ninguna reflexión relativa a la revolución socialista, la democracia parlamentaria "de izquierda" o la revolución pacífica, se colocó el eje de las mismas en la participación protagónica de los sectores indígenas, obreros y populares y en su capacidad de empoderamiento del proceso revolucionario.

La revolución imaginada derivaría de un choque de instituciones y resultaría de la capacidad de una parte de ellas para sostener el poder del Estado apropiado. Si la confrontación llegara a límites insostenibles por la vía democrático-constitucional, se preveía el empleo de la defensa armada del proceso; es decir, un enfrentamiento entre aparatos, una guerra donde *el pueblo* se vería involucrado, pero sin oportunidad de decisión. De esta tragedia participaba, pero sin contar con toda la información disponible ni el tiempo para opinar, ni decidir, ni evitarla. El enfrentamiento se presentaba entonces como un escenario inevitable. En tal situación, el pueblo cuando era mencionado, resultaba un acompañante-espectador: no decide, no participa, no define. Cambiar esto, empezando tal vez por el concepto "pueblo" (analizando su composición actual), sería uno de los puntos de giro raizal en la concepción del poder revolucionario y la democracia socialista, hoy en discusión. Todo ello anudado a una definición actual v concreta del mundo en que vivimos y de la etapa histórica en la que estamos, identificando su contradicción fundamental. los sujetos/as y las alternativas superadoras, si se estima que las hav.

SIGLO XXI: DERRUMBE DEL SOCIALISMO, CRISIS DE LAS IZQUIERDAS, DE SU IDEOLOGÍA Y ÉPOCA HISTÓRICA

LA PERESTROIKA, EL COLAPSO DEL CAMPO SOCIALISTA, EL DERRUMBE DE LA URSS, DE LA "ÉPOCA HISTÓRICA" Y DE LA FE (IDEOLÓGICA) EN LA REVOLUCIÓN

La izquierda marxista suscribía mayoritariamente que vivía en la "época histórica de tránsito del capitalismo al socialismo a escala mundial". A tono con ello muchos de sus referentes, particularmente aquellos de filiación comunista, registraban su fortaleza ideológica afirmando la inevitabilidad e invencibilidad del socialismo e hicieron

de la existencia de la URSS y el campo socialista la demostración definitiva del carácter *científico* del marxismo-leninismo y del acierto de sus ideas.

Esto fue un indiscutible signo de *firmeza* ideológica; una *demostración de fe* en el socialismo y en el marxismo-leninismo, la *doctrina* que lo sustentaba. De un modo u otro, estos preceptos o paradigmas estuvieron presentes en la documentación partidaria de la izquierda en del siglo XX. Constituyeron también un poderoso factor de resistencia para leer e interpretar los hechos contundentes de la desaparición del campo socialista (del Este europeo), una evidencia "de la práctica" que otrora había que tomar en consideración por considerarla prueba irrefutable de "verdad" y que en ese contexto, apareció cuestionada.

Resulta interesante, en este sentido, recordar las palabras de Gorbachov respecto de ese momento histórico y su trascendencia: "Hemos entrado en una época en la que *la base del progreso* la va a constituir *el interés universal*" (Gorbachov, 1988, p. 238) (Énfasis de la autora). Nótese que desaparecieron las clases sociales, la ideología y la revolución socialista como factor de desarrollo, progreso y liberación.

Un poco más tarde, al exponer el Informe político al XXVIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (pcus), decía:

El modelo estalinista de socialismo está siendo reemplazado por una sociedad civil de *gente libre*. Se está transformando radicalmente el sistema político, se está estableciendo una *democracia genuina* con *elecciones libres*, un *sistema multipartidista*, se están estableciendo los *derechos humanos* y se está reviviendo la democracia real. Las *relaciones de producción*, que sirvieron como fuente de alienación de los trabajadores de la propiedad y los resultados de su trabajo, *se están desmantelando* y se están creando las condiciones *para la libre competencia* entre productores socialistas. Comenzó la transformación de un estado súper centralizado en un estado verdaderamente unificado, basado en la autodeterminación y la unidad voluntaria de los pueblos. La atmósfera de *diktat* ideológico fue reemplazada por el *libre pensamiento y la publicidad*, la *apertura informativa* de la sociedad (Gorbachov, 1991, p. 55) (Énfasis de la autora).

La caída del muro de Berlín fue el indicador más claro y simbólico de que la época enunciada y anunciada por la izquierda mundial en el siglo XX estaba llegando a su fin, inesperada y abruptamente para la mayoría de los "creyentes" de esa ideología. Sin embargo, ante el desastre y el desconsuelo que este quiebre acarreó, no todos reaccionaron igual. Para muchos fue preferible sustentar ilusiones

revolucionarias que ratificaran los preceptos ideológicos hasta hace poco incuestionables, en aras de tranquilizar las conciencias ante el estruendoso desplome de un mundo socialista y de los postulados (y sus ideologías) que lo sustentaron. Así ocurrió por ejemplo, en el caso del Partido Comunista de Uruguay (PCU). Como señala De Giorgi:

Apenas un año antes del colapso del sistema socialista, en el Proyecto de Tesis del CC XXI Congreso podía leerse:

La Revolución de Octubre, la gran revolución animada por Lenin y los bolcheviques, inició una nueva época. Dejó de ser omnímodo el mundo del capital y el imperialismo, que entró en su crisis general, en una marcha azarosa entre crisis cíclicas y auges coyunturales. El siglo XX es el siglo del advenimiento de un nuevo sistema social que hoy abarca a 1.500 millones de personas, que en los diversos confines de la tierra, (...).

Si la Revolución de Octubre significó la iniciación de una nueva época, la Perestroika y el debate autocrítico de la URSS es el más grande acontecimiento de la historia del movimiento obrero de esta última parte del siglo, que sigue mostrando la superioridad del socialismo, más allá de todas las dificultades y errores (p. 53) (De Georgi, 2010, p. 23) (Énfasis en el original).

FE E IDEOLOGÍA COLAPSARON

El colapso del campo socialista, incluida la URSS, derribó, por ende, uno de los principales cimientos de la concepción comunista. [...] El argumento que había servido de pilar para la fe se convirtió en un boomerang demoledor. Si la "praxis" del siglo XX, hasta 1989, demostraba, según Arismendi, el acierto del marxismo-leninismo, la evidencia empírica aportada por el colapso del comunismo solo podía ser interpretada como la prueba categórica del fracaso de la teoría (pp. 22-23).

La realidad demoledora produjo una suerte de estampida en las filas de la izquierda partidaria e intelectual; su hegemonía cultural –la que hubiere alcanzado en el siglo XX, se desmoronaba y desaparecía como un helado bajo el sol de mediodía en verano. Ya no tenían fe en sus ideas ni en la teoría (doctrina) que las sustentaba. Ni se detuvieron a pensar en lo que podía ser rescatable, se borraron.

Esto caló muy hondo en la izquierda mundial. En este sentido, valen las afirmaciones de De Georgi, cuando al analizar la pérdida de peso político del Partido Comunista de Uruguay, afirma que:

Su enorme estructura organizativa, su altísima capacidad de movilización, se apoyaba en la fe. [...] La existencia del campo socialista era la prueba inapelable de la validez científica de sus convicciones. El colapso del socialismo dinamitó el cimiento de la fe. Rota la fe, la estructura organizativa más poderosa de la política uruguaya se quebró. El caso del PCU muestra hasta qué punto y de qué manera específica las características de la ideología partidaria pueden explicar la peripecia política, organizativa y electoral de un partido político (p. 27).

Huir de las filas de las izquierdas fue para muchos la tabla de salvación. En ese proceso, algunos renegaron de su pasado y de su ideología, otros optaron por el reciclaje y el *aggiornamento* (palabra muy en boga en la década de 1990). Otros se aferraron a los paradigmas del siglo XX, como prueba de *firmeza* ideológica y no claudicación ante lo que calificaron como un ataque del imperialismo al que responsabilizaron del derrumbe del campo socialista y la URSS; este grupo constituyó en breve tiempo su escudo de defensa ideológica y dio origen al llamado "Foro de Sao Paulo".

LA ÉPOCA HISTÓRICA DEL FORO DE SÃO PAULO

Indagando en publicaciones en aras de conocer la especificación de la época histórica actual por parte (del gran arco) de los partidos de izquierda agrupados en el Foro de San Pablo, puede notarse que la definición de época histórica resulta difusa o ausente. Algunas veces es reemplazada por un enfoque de la coyuntura internacional, la cual –por muy correcta que fuere, no sustituye la importancia de tener en claro cuál es la época o tiempo histórico en el que se desarrolla el debate, las luchas sociales, las disputas políticas, ideológicas y culturales y hacia cuáles objetivos. Esta indefinición puede responder a diversas razones, a una de ellas o todas a la vez. Por ejemplo, podría dejar entrever como qué estamos en la misma etapa histórica del siglo XX, pero tal vez no tanto, y que –en consecuencia, sostener su vigencia resulta un signo de fortaleza ideológica.

La cuestión de fondo es: ¿seguimos viviendo en el mismo mundo del siglo XX anterior a la caída del muro de Berlín y la desaparición del campo socialista o el mundo ha cambiado? ¿Qué cambió? ¿Qué implicaciones tuvo y tiene este cambio para el accionar político de la izquierda? ¿En qué mundo vivimos y cuál es su característica raizal que define la época histórica del presente y las tareas, los sujetos, las alternativas, las organizaciones políticas y las características de la acción política, etc.? ¿El horizonte socialista sigue siendo la opción frente a la debacle capitalista del mundo? O, más aún, ¿hay que buscar y crear alternativas superadoras del capitalismo o de lo que se

trata es de mejorarlo y revitalizarlo según lo propone la Internacional Progresista, por ejemplo? Una respuesta negativa a este interrogante podría concluir que el desafío sigue siendo *hacer realidad (concretar)*, un modelo de sociedad preconcebido, el socialismo (a secas), asumiendo esta postura como la correspondiente a una posición ideológica (marxista) propia de la "conciencia de clase del proletariado". En tal caso, ¿se trataría de *aplicar* una teoría ya elaborada o esta está siendo creada por los pueblos en interacción con intelectuales orgánicos, pensadores y referentes políticos, a partir de lecturas críticas de sus experiencias de lucha y sus propuestas de sobrevivencia? ¿Cuáles son los nuevos paradigmas emancipatorios? ¿Existen?

Estas y otras muchas preguntas se reiteran constantemente al pensar alternativas al peligroso desorden mundial actual. No pretendo responderlas, no sería en ningún caso una tarea individual. Menciono estos interrogantes para subrayar que la definición de la época histórica actual no es "un tema más", sino un vórtice de convergencia, interdefinición y proyección de todos los temas del quehacer político-social actual, por lo que es clave para las izquierdas trabajar en ello.

En el año 1990, la desaparición del campo socialista del Este europeo y el previsible desenlace de la crisis de la URSS con el derrumbe del socialismo soviético principal sostén a nivel mundial de las izquierdas marxistas, convocaron a las fuerzas de izquierda de Latinoamérica a tomar una posición común ante lo que en ese momento parecía una "accidente" coyuntural, es decir, un *tropiezo* pasajero sin implicaciones estratégicas que, por tanto, no modificaría la definición de época histórica que vivía y viviría el mundo de ahí en adelante. Así puede notarse en la primera declaración del Foro: "Convocados por el Partido de los Trabajadores (PT) nos hemos reunido en São Paulo, Brasil, representantes de 48 organizaciones, partidos y frentes de izquierda de América Latina y el Caribe. [...] Abrimos así nuevos espacios para responder a los grandes retos que se plantean hoy a nuestros pueblos y a nuestros ideales de izquierda, socialistas, democráticos, populares y antiimperialistas".

En lo que hace a la definición de la época histórica, sin cuestionarse acerca de ella, realizaron una caracterización del momento:

En el transcurso de un debate intenso, verdaderamente franco, plural y democrático, hemos tratado algunos de los grandes problemas que se nos presentan. Analizamos la situación del sistema capitalista mundial y la ofensiva imperialista, cubierta de un discurso neoliberal, lanzada contra nuestros países y nuestros pueblos. Evaluamos la *crisis de Europa Oriental y del modelo de transición al socialismo allí impuesto*.

Pasamos revisión de las estrategias revolucionarias de la izquierda de esta parte del planeta, y de los retos que el cuadro internacional le plantea. Seguiremos adelante con estos y otros esfuerzos unitarios.

Hemos constatado que todas las organizaciones de la izquierda concebimos que la sociedad justa, libre y soberana y el socialismo solo pueden surgir y sustentarse en la voluntad de los pueblos, entroncados con sus raíces históricas. Manifestamos, por ello, *nuestra voluntad común de renovar el pensamiento de izquierda y el socialismo*, de reafirmar su carácter emancipador, corregir concepciones erróneas, superar toda expresión de burocratismo y toda ausencia de una verdadera democracia social y de masas. Para nosotros, la sociedad libre, soberana y justa a la que aspiramos y el socialismo no puede ser sino la más auténtica de las democracias y la más profunda de las justicias para los pueblos. Rechazamos por eso mismo toda pretensión de *aprovechar la crisis de Europa Oriental* para alentar la restauración capitalista, anular los logros y derechos sociales o alentar ilusiones en las inexistentes bondades del liberalismo y el capitalismo. [...]

Las organizaciones políticas reunidas en São Paulo hemos encontrado un grande aliento para *reafirmar nuestras concepciones y objetivos socialistas*, antiimperialistas y populares en el surgimiento y desarrollo de vastas fuerzas sociales, democráticas y populares en el Continente que se enfrentan a las alternativas del imperialismo y el capitalismo neoliberal, y a su secuela de sufrimiento, miseria, atraso y opresión antidemocrática. Esta *realidad confirma a la izquierda y al socialismo como alternativas necesarias* y emergentes (1991) (Énfasis de la autora).

Refiriéndose al mismo tema, en el IV encuentro el Foro, realizado en el año 1993, declaraban: "América Latina y el Caribe, insertos en *un mundo unipolar* conformado por bloques económicos hegemónicos –que redefinen en función de parámetros tecnológicos los términos de intercambios y la división internacional del trabajo— resisten la aplicación del modelo neoliberal" (1993) (Énfasis de la autora).

Importancia de la lucha democrática:

El Foro destacó la importancia de la lucha por la democracia política, entendida como un producto histórico de combate de pueblos. Afirmó la necesidad de profundizar la democracia a través de la combinación de mecanismos representativos y formas de democracia participativa y directa, integrando luchas institucionales con luchas sociales. Igualmente, resaltó la necesidad de reconocer e incorporar la

pluralidad étnica y cultural, y la igualdad de género en el ejercicio de la democracia (1993) (Énfasis de la autora).

El carácter *unilateral* del dominio global del capital posterior a la desaparición de la URSS y el sistema socialista que ella articulaba, se ratifica en el año 2002, doce años después del primer encuentro, como así también la vigencia de la propuesta socialista, aunque expresada esta de modo implícito. Esto evidencia que no se consideraba aún ese dominio unilateral del capital como definitorio de una nueva época histórica, marcada precisamente por ese unilateralismo (o por su construcción). Consiguientemente tampoco se definieron las características, contradicciones y amenazas principales de lo que se evidenciaba como una nueva época histórica, ni se analizaron las nuevas problemáticas que ella forjaría, las tareas que implicaría cambiar ese mundo unipolar, frenar el ímpetu hegemónico global del capital, matizarlo o superarlo, ni se identificó quiénes serían los sujetos que las realizarían (agentes históricos).

Así, unos años después, en la declaración final del XI Encuentro del Foro de San Pablo, realizado en Antigua, Guatemala, 2 al 4 de diciembre de 2002, se afirma:

- 3. El proceso de globalización capitalista da lugar a una estrategia de *dominio político unilateral* por parte de los Estados Unidos, que despliega una conducta belicista a escala planetaria, exacerbada después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, desafiando la voluntad de paz de los pueblos y de la mayoría de los miembros de la comunidad internacional.
- 4. Hoy el neoliberalismo sigue siendo la política de las principales grandes potencias, los organismos financieros internacionales y las élites gobernantes en América Latina. Sin embargo, crece día a día su *crisis de credibilidad* en los más amplios sectores sociales. Esa doctrina ya resulta incapaz de confundir y desmovilizar a los pueblos de la región: soplan vientos de cambio.
- 5. En un mundo capitalista que se caracteriza por el aumento de la brecha entre ricos y pobres, la concentración del poder político, económico y militar, con su correlato de ampliación de la marginación y la exclusión social, de discriminación de género, racial, étnica, cultural, generacional y otras, la depredación del medio ambiente, de incremento de la amenaza y el uso de la fuerza militar, de la corrupción, el narcotráfico, el terrorismo y otros flagelos que ponen en riesgo el futuro de la humanidad, los partidos y movimientos políticos del Foro de São

Paulo constatamos la certeza y la vigencia de las Declaraciones Políticas, Acuerdos y Resoluciones aprobados en nuestros diez encuentros anteriores. Como expresión de la agudización de la crisis y de la madurez de nuestras luchas, hemos pasado de la crítica, al combate y del combate a la construcción de alternativas concretas al neoliberalismo (2002) (Énfasis de la autora).

Puede notarse, sin embargo, que –aunque esta declaración afirma *la certeza y la vigencia* de las declaraciones de todos los encuentros anteriores, ya no se menciona abiertamente al socialismo como solución. Tras ello hay un camino político recorrido. En el encuentro del año 1995, celebrado en Montevideo, aparece claramente la denominación de "alternativo", para definir un proyecto diferente al del capitalismo, aunque todavía sin identificar. Este proyecto tendría para muchos de los participantes (provenientes de la izquierda marxista) su raíz en el socialismo histórico, pero –cautelosamente, ya no se identifican abiertamente con él, ni lo consideran necesariamente –como otrora, la solución a todos los males del presente. En consecuencia:

Los asistentes al V encuentro del Foro dedicamos nuestra atención al análisis de la situación económica, social y política de América Latina y el Caribe, al intercambio de experiencias en la construcción de provectos alternativos para el desarrollo y la integración, así como a evaluar nuestras perspectivas. En nuestros debates constatamos el incremento de la combatividad de los movimientos populares, que se expresó en su crecimiento, diversificación y fortalecimiento organizativo, así como en un importante desarrollo de sus luchas, a través de huelgas, protestas, manifestaciones, tomas de caminos y otras, entre las que se destaca la rebelión en Chiapas, caracterizada por la irrupción de nuevas formas de expresión, de democracia y poder popular. Todas estas manifestaciones indican un camino y ponen a la orden del día la necesidad de que las fuerzas progresistas y revolucionarias diseñemos, promovamos y construyamos al mismo tiempo un modelo alternativo de desarrollo económico y social, pero fundamentalmente un modelo alternativo de democracia y nuevas formas de poder popular (1995) (Énfasis de la autora).

En la declaración del X Encuentro del Foro, realizado en La Habana, refiriéndose al "contexto" internacional, se declara:

En el *contexto de un ambiente guerrerista y una crisis* política, económica, social y moral sin precedentes, el X Encuentro ratifica su compromiso con las banderas de la independencia nacional, la justicia social,

la paz, la democracia y el internacionalismo; reitera la disposición de redoblar su lucha por un proyecto económico, social y político que se identifique con esos principios, y por un orden internacional alternativo, que revierta el carácter subordinado de nuestros países y responda a los intereses de las grandes mayorías.

El X Encuentro del FSP confirma la vitalidad, pertinencia y vigencia de este espacio, que se identifica de izquierda, antiimperialista, antineoliberal, contra todas las manifestaciones de colonialismo y neocolonialismo, solidario, y participativo en la formulación de proyectos alternativos para los pueblos de América Latina y el Caribe, convencidos de que un mundo mejor es posible (2001) (Énfasis de la autora).

Desafíos para la izquierda:

Frente a los retos y a la responsabilidad histórica que tiene el conjunto de la izquierda es imprescindible desarrollar una serie de acciones que contribuyan a la definición de objetivos estratégicos, lo cual es posible a partir de construir la unidad en todos sus espacios de acción y respetar la diversidad regional existente al interior de nuestros países. Asistimos a importantes avances de las fuerzas de izquierda y progresistas, actuando solas o como parte de amplias coaliciones, en varios países de nuestro continente, con importantes resultados electorales, y en algunos de ellos con posibilidades reales de acceder a gobiernos nacionales y locales en los próximos 5 años, por vía de la acumulación electoral y por el camino de las luchas populares más diversas.

Es indispensable articular reflexiones, construir consensos y propiciar acciones que involucren a la militancia partidaria de mujeres y hombres con el movimiento social y la lucha de los pueblos indígenas, en un proceso que construya tejidos de *poder alternativo*, respetando sus procesos y autonomías (2001) (Énfasis de la autora).

He considerado oportuna esta serie de citas para evidenciar los cambios en la manera de apreciar la realidad por parte de los participantes en las reuniones del FSP, así como en la proyección de sus acciones futuras.

Puede advertirse claramente el cambio de posicionamiento de la izquierda latinoamericana (marxista) respecto de la anterior postura de *ofensiva estratégica* que proponía el socialismo como única solución inevitable, a cuya conquista y construcción había que dedicar todos los empeños y las tareas. Su posicionamiento actual evidencia su situación

de defensiva estratégica, es decir, la conciencia de que la agenda política, económica y militar está marcada por el poder global del capital y no por las definiciones, aspiraciones o provectos de los pueblos, de la izquierda, del mundo sometido... En todo caso, la ofensiva sería una meta a conquistar (construir). En tales condiciones, el socialismo va no se vislumbra como salida inevitable, ni solución necesaria (excluyente) a todos los males del capitalismo. Estas posiciones abiertas constituven el soporte, por ejemplo, para una propuesta y búsqueda de unidad de la mayor cantidad de fuerzas sociales y políticas posibles, no ya revolucionarias, sino progresistas y democráticas, para hacer frente a la ofensiva del capital. Y esto abre otros interrogantes: ¿cuáles son las tareas concretas a desarrollar por estas fuerzas para responder a los desafíos políticos, económicos, ecológicos y sociales de este tiempo? ¿Cuál es el peso de los problemas y realidades globales? ¿Constituirían el sustrato para la unidad del conglomerado de partidos de izquierda reunidos en el foro? ¿Qué desafíos asumirían los gobiernos populares nacientes o con posibilidades de constituirse en el continente?

Buscar y construir respuestas a estas interrogaciones –entre muchas otras–, no habría constituido un problema, si en los años de su labor, en sus encuentros, el FSP hubiese dedicado esfuerzos al estudio, caracterización y definición –fundamentadas teóricamente, de la época histórica que especifica el tiempo actual, sus problemas y sus contradicciones, las tareas que ello impone al quehacer revolucionario –o alterativo, para la búsqueda de superación de tales amenazas a la humanidad.

Una suerte de *niebla conceptual* parece acompañar muchas de sus reflexiones y declaraciones. En las sucesivas declaratorias de los encuentros del FSP, no se encuentra una definición clara de la época histórica que vivimos. Intuiciones, amagos, caracterización de coyunturas... juegos de palabras que pretenden mostrar cambios de fondo, pero que en muchos casos solo forman parte de un *hacer como qué* los partidos del FSP se han puesto a la cabeza de los acontecimientos del mundo de hoy, sin renunciar a los preceptos del pasado (lo cual no sería un requisito positivo ni negativo en sí mismo). No se trata solamente de una necesaria actualización del diagnóstico –que también lo es articulado a ello– la cuestión es: ¿se ha hecho una lectura crítica –y autocrítica– de las concepciones de la izquierda (marxista) en el siglo XX, de sus partidos, de la relación con el pueblo-los pueblos y sus organizaciones? ¿Se ha hecho una lectura crítica de la teoría (política, filosófica) que sustentaba los paradigmas de entonces?

En tanto las respuestas a estos interrogantes son dispares entre los partidos que integran el Foro, la referencia que se tomará como válida es la que ha sido acordada en las resoluciones conjuntas, en sus encuentros. En el año 2019, en la declaración final del XXIII Encuentro del Foro, realizado en La Habana, se lee:

Tras más de cinco siglos de dominación foránea y lucha indígena y popular por su emancipación, por primera vez en la historia de América Latina y el Caribe sus pueblos han logrado una sustancial acumulación social y política, incluida la ocupación de espacios institucionales que los coloca ante la formidable oportunidad y el enorme desafío de desarrollar procesos de transformación revolucionaria o reforma social progresista (Énfasis en el original).

[...] los movimientos sociales, quienes junto con las organizaciones políticas de izquierda han decidido formar un bloque social que no solamente realice las denuncias, y participe de las luchas, sino que incorpore en las propuestas a cada vez más trabajadores, obreros, campesinos, artesanos, pequeños comerciantes, cuentapropistas y unidades económicas familiares en general, jóvenes, mujeres, comunidades étnicas y pueblos indígenas, pobladores en general que protestan por derechos particulares y generales, pisoteados por el actual orden establecido (Énfasis de la autora).

CONSENSO DE NUESTRA AMÉRICA

Anteriormente, en el encuentro preparatorio celebrado en Managua en enero de 2017, se avanzó en definiciones claves, condensadas en un documento titulado *Consenso de Nuestra América*. Este texto fue a consulta a los miembros del Foro de América Latina y fue aprobado en Managua en el mes de julio del año 2017. Allí se expresan definiciones importantes en lo referente al tema que nos ocupa:

DIAGNÓSTICO DEL CAPITALISMO EN EL SIGLO XXI

En el documento puede leerse un diagnóstico del capitalismo actual, que intenta pero no logra concretar una definición esclarecedora acerca de la época histórica actual:

Hoy en día, la humanidad se encuentra bajo la ofensiva de un capitalismo especulativo financiero en constante crisis. La acumulación del capital se encamina más bien a la concentración y centralización del mismo, bajo las políticas neoliberales encaminadas a la privatización y apropiación privada de las empresas estatales, así como a la utilización de los presupuestos públicos para socializar las pérdidas de las empresas privadas. [...] lo que se muestra son las contradicciones y limitaciones sistémicas del capitalismo, originadas en su divorcio original entre la producción y el consumo. Las potencias capitalistas se encuentran en una encrucijada donde los países y Estados pierden hegemonía frente a las corporaciones transnacionales situadas en todo el mundo. Siendo la mayor expresión de esta contradicción la obsoleta estructura industrial de los Estados Unidos que pierde terreno frente a los países emergentes, no así sus expresiones financieras, militares y culturales (2017).

OBJETIVOS POLÍTICOS DE LA IZQUIERDA DEL FORO

Este diagnóstico no modificó las reflexiones en torno a los objetivos de la lucha emancipatoria, sus paradigmas, los sujetos, la ecología, el patriarcado, el poder, la política...

Así, con relación a *los objetivos*, el documento es suficientemente claro, señalando:

las luchas de resistencia, la *lucha por la toma del poder institucional* y de todos aquellos poderes instaurados en la sociedad civil, convirtiéndose todos ellos en un medio para transformar las instituciones públicas y las relaciones sociales de producción y de distribución. Nuestro objetivo es construir una correlación de fuerzas a favor del campo democrático popular para continuar avanzando contra el capitalismo salvaje y hacia un horizonte socialista (2017) (Énfasis de la autora).

UNA "VÍA ASOCIATIVA HACIA EL SOCIALISMO"

En relación con la definición del "proyecto estratégico y de las clases sociales en pugna. Por un lado, la clase trabajadora en sus diferentes expresiones, bajo una orientación socialista; por otro, la oligarquía rentista en sinergia con los intereses de las grandes potencias y de sus corporaciones transnacionales" (2017). Al respecto, el documento señala:

Doscientos años de crecimiento económico industrial y de sendas aplicaciones tecnológicas han venido desplazando a la clase obrera, la que en muchos países, particularmente del Tercer Mundo, ha perdido su peso mayoritario, modificándose así la estructura de clases, lo que nos obliga a modificar la estrategia política. Efectivamente, lo que la economía liberal llama trabajadores informales son pequeños productores que viven de su trabajo y que ante el enorme desempleo han recurrido a la emigración, pero también a disputarle los medios de producción y el protagonismo económico a las cada vez más parasitarias oligarquías. En América Latina, estos trabajadores suman alrededor del 50%

de la fuerza laboral, diferenciándose según la estructura económica y de clases de cada país. Estamos hablando de familias de campesinos, artesanos, pescadores, pequeñas manufacturas y pequeños comercios. En algunos países, estos trabajadores se están cooperativizando y conformando una emergente economía social que debiera de hacernos reflexionar acerca de la posibilidad de emprender una vía asociativa hacia el socialismo, complementaria de la vía de la socialización pública de los medios de producción.

Esta nueva clase emergente, base económica de muchos movimientos sociales, acompañan a la clase obrera sindicalizada y movilizada alrededor de los intereses del trabajo, frente a los intereses del capital. Alianza que ha sido estratégica en el acompañamiento ofensivo de las organizaciones políticas de izquierda para ganar elecciones locales y nacionales, así como para ocupar espacios en el sector público, enriqueciendo así las luchas desde arriba con las luchas desde abajo.

Sin embargo, lo más importante del caso es que *la izquierda tiene un sujeto ampliado al cual apostar*, desde la oposición o desde los gobiernos y está disputándole medios económicos a la burguesía y se encamina a la formación de una economía social, a través del cooperativismo y otras formas asociativas (2017) (Énfasis de la autora).

DESDE ARRIBA Y DESDE ABAJO

El documento continúa señalando que:

El propósito de nuestro trabajo es la combinación de una lucha de resistencia, una lucha por la toma del poder y la lucha por la transformación de nuestras sociedades. "Desde arriba y desde abajo seguimos luchando por la toma del poder de las instituciones públicas y por los espacios de poder que existen en todas las relaciones sociales, mejorando la correlación de fuerzas en todos los campos: políticos, culturales, económicos. [...] En esta lucha estamos avanzando codo a codo con los movimientos sociales. A pesar de los reveses temporales y la agresividad del capitalismo contemporáneo, nuestra lucha por el poder no se detiene" (CdeNA) (2017) (Énfasis de la autora).

Es notable que estas organizaciones políticas de izquierda se propongan "la toma del poder de las instituciones públicas" y en todos los espacios de "todas las relaciones sociales". Ello resulta cuando menos epistemológicamente, alarmante.

Proponerse avanzar en la transformación de la sociedad ocupando espacios institucionales o aprovechando la conquista de espacios institucionales, es raizalmente distinto a "tomar el poder de las instituciones públicas" para desde ahí transformar la sociedad. Esto último es lo que reafirman como propuesta política y, a tono con ello, se autocritican de lo que consideran fue su error central: "En el primer decenio de elecciones y sucesivas reelecciones de gobiernos de izquierda y progresistas (1999-2009), la necesidad de transformar o reformar la sociedad desde los espacios institucionales recién ocupados descuidó el desafío de construir hegemonía popular" (2019).

En las declaraciones del *Consenso de Nuestra América* (CdeNA) sorprende el empleo de conceptos como "abajo" o "desde abajo", que tanto rechazaron sistemáticamente en el tiempo de los procesos concretos de construcción de poder popular desde abajo en el continente, estigmatizando a quienes lo defendían y protagonizaban. Al no mediar reflexión alguna respecto de este cambio de postura, cabe inferir que este giro se debe, tal vez, al uso recurrente de la expresión "desde abajo" entre los movimientos sociales o porque el concepto ha sido empleado por algunos gobernantes, como Hugo Chávez, por ejemplo, pero ello no indica que comprendan su profundo significado social, político y epistémico.

Chávez se cuenta entre los primeros gobernantes del continente que define el perfil revolucionario de su gobierno como un proceso de *construcción de poder desde abajo*. Esta es una concepción que sostengo hace décadas, explicando que ella significa *transformar y construir desde la raíz* del problema social (o de la sociedad), que responde a *una lógica* de posicionamiento acerca del poder (raizal) del capital que se busca superar, erradicar.³ No implica, por tanto,

³ El concepto "desde abajo" es polisémico. En la definición que propongo y empleo, se refiere al fundamento de lo existente que se quiere transformar o sobre lo que se quiere influir; señala procesos que (llegan y) parten desde la raíz de todo fenómeno, problema, situación. A la vez, indica que, simultáneamente, "desde abajo" también –en el propio proceso de transformación va naciendo lo nuevo, construyéndose día a día. La expresión poco tiene que ver con la ubicación (geométrica) de los actores, de las propuestas o las esferas sociales en las que se actúa, aunque cierto es que en el lenguaje político corriente se emplea frecuentemente como sinónimo de "desde las bases", o para indicar que una instancia, sector social o persona está por debajo de otras que estarían "arriba". En otro tiempo podría asimilarse con lo "estructural" de la sociedad, pero es mucho más que eso porque contiene a los actores sociopolíticos que transforman a su conciencia y modalidades de organización y acción: en la sociedad toda, fuera de las instancias gubernamentales y en ellas, en el gobierno y en el Estado. Define una lógica de construcción social y política, no *un lugar* en una geometría social organizada por el poder del capital.

una negación a ocupar cargos institucionales, disputar gobiernos, gobernar y hacerse cargo de un Estado.⁴ Al contrario.

Construir poder desde abajo enlaza en el caso de los gobiernos revolucionarios o de izquierda, precisamente esto: la capacidad de reunir (aprovechar) las ventajas de los espacios institucionales v el poder que estos tienen, para –anclados en la participación popular, construir poder popular, es decir, un poder diferente al del capital. Esto requiere ampliar la democracia: abrir las instituciones del estado a la participación popular: en la gestión pública (control popular, por ejemplo), en la definición, diseño y realización de las políticas públicas: en la revisión y transformación del Estado heredado, posibilitando el desplazamiento de espacios institucionales funcionales al poder jerárquico y excluyente del capital, y su reemplazo por nuevos ámbitos, institucionalidades o herramientas de organización, gestión v administración popular colectiva. Un ejemplo de ello lo encontramos en Venezuela, en lo que Chávez visualizó con las comunas y el poder comunal. Obviamente, una propuesta de esta profundidad, cuestionadora del poder de la institucionalidad constituida, en tanto propone una nueva institucionalidad constituyente o en proceso de constitución, genera -como generó, resistencias frontales y subterráneas de aquellos que aferrados al cargo, pensando en su bienestar personal, socavaron y socaban el empuje y la creatividad de los comuneros y las comuneras (Chávez, 2012, pp. 17-21). Lejos de estar dispuestos a ceder el poder en los territorios (como aceptan y aplauden en declaraciones), la realidad cruda es que en muchos lugares, se ha hecho lo imposible para recortar, acotar el desarrollo de los consejos comunales y las comunas, buscando transformar a estas en apéndice de

⁴ Al parecer, luego del revuelo mediático de la propuesta de John Holloway para "Cambiar la sociedad sin tomar el poder", al no entender integralmente de qué se trata el poder, ni la hegemonía, ni la dialéctica marxiana, estas izquierdas oyeron campanas y pensaron que había un campanario. No pudieron distinguir entre esa propuesta y la propuesta de construcción de poder desde abajo, que emana de la experiencia de los movimientos sociales indo-afro-latinoamericanos En virtud de ello, rechazaron la opción de construir poder desde abajo (no abajo) y, evidenciando una supuesta firmeza ideológica se decidieron a "tomar el poder" de las instituciones (sic). Luego del golpismo y discontinuidad de los gobiernos progresistas por diversas vías, ahora parecen considerar que ello se debió a una dicotomía entre el abajo y el arriba. Y se proponen superarla combinando "ambas" capas en la nueva –actual etapa de los gobiernos progresistas o de izquierda. Pero enfocada así, la dicotomía entre "el abajo y el arriba" permanecerá. Porque cuando se proponen enlazar los ámbitos de "arriba" y de "abajo", es porque los conciben separados y se ubican "arriba", reproduciendo la geometría social jerárquica del poder, aunque crean haber "encontrado" la solución a la fractura entre los que gobiernan y el pueblo. Conclusión asombrosa teórica v políticamente.

los municipios. Subordinar a las comunas es reproducir lo que incorporaron del poder del capital y lo que tratan de reproducir también en este nuevo tiempo. Ello evidencia una vez más que los tiempos políticos y culturales no coinciden. Y que es importante atender a esta fractura porque no pocas veces es causal de frustraciones y derrotas.

Desde esta perspectiva, las declaraciones de los integrantes del Foro de San Pablo afirmando que se ocuparán de construir en "el arriba y el abajo", resultan vacías. Salvo que los partidos que lo integran continúen ubicándose como vanguardias iluminadas por encima de los pueblos y estando "arriba", reconozcan ahora la importancia de encontrar canales de comunicación con "los de abajo", o "abajo". Pero esta pretendida combinación dialéctica –que en realidad es mecánica. entre "el arriba y el abajo", queda entrampada en la cultura jerárquica del capital: los partidos se ubicarían por encima de la sociedad y, cuando sean gobierno, -según ellos, estarían "arriba". En consonancia con ello, dicen ahora que el error que cometieron los gobiernos de izquierda fue centrar sus fuerzas "arriba" y no construir también "abajo" (su hegemonía). Autocriticándose, llaman a modificar este quiebre, impulsando la *dialéctica* de cambios "arriba" y "abajo". Es decir, entre los de arriba y los de abajo, para que los de abajo sostengan a los de arriba (en tanto consideran, según afirman, que son los dirigentes los que garantizan la continuidad del proceso).

Desde la concepción y organización capitalista de la sociedad esto resultaría pertinente. Porque el capital tiene organizada la sociedad de "arriba hacia abajo" y logra con su trabajo ideológico, que los de abajo se sientan libres y compensados con votar una vez cada 4, 5 o 6 años, mientras el mercado los explota y saquea a su antojo. Si se pretende transformar la sociedad utilizando esa misma lógica jerárquica pero con un discurso de izquierda, el fracaso está garantizado, es solo cuestión de tiempo. Construir poder desde abajo, significa –insisto promover transformaciones desde la raíz, romper la estructuración jerárquica verticalista del poder del capital, ampliar la democracia, abrir las compuertas a la participación popular en las instituciones para que, desde ahí, conjuntamente abajo (raíz) y arriba (lo institucional), el pueblo y sus gobernantes electos, promuevan, definan y realicen conjuntamente las transformaciones necesarias; tantas como lo vayan demandando los cambios, la conciencia y las capacidades del propio pueblo, organizado y constituido en sujeto popular colectivo del proceso (de liberación).

Sin comprender cabalmente esta lógica dinámica-dialéctica de la realidad, algunos sectores pretenden explicar la caída de los gobiernos populares (arriba) por la ausencia o escaso trabajo abajo, con lo cual, según dicen, abrieron las compuertas para que los opositores le

ganaran una parte de lo que debió ser siempre, su pueblo. Al proponer ahora la combinación de (los) de "arriba" con (los) de "abajo", consideran que "ya entendieron": que la conjugación entre los que detentan el poder "arriba" y los que deben apoyar sus decisiones "abajo", es la que garantiza tener la hegemonía necesaria para mantenerse en el poder, y así dar continuidad a las transformaciones revolucionarias (o reformistas). Al respecto, en la declaración del Foro de San Pablo, en el 2017, se expresa literalmente que:

El respaldo popular a los gobiernos de izquierda se garantiza con *un programa* que conduzca a la creación de los *sujetos económicos* de un nuevo orden social, que a la vez sean los *sujetos sociales* protagónicos del nuevo modelo político basado en el ejercicio directo del poder por los ciudadanos en el marco de un proceso de *transformaciones sociales impulsado por el instrumento político organizado*, a través de la acción política e ideológica *de sus estructuras* en todos los ámbitos de la vida social y desde una nueva institucionalidad que sea expresión del ejercicio directo del poder por el pueblo.

Esto implica la *necesidad del liderazgo revolucionario*, que debe ser forjado y *perdurar durante la instauración de los cambios* sociales necesarios, en aras de contribuir al mayor grado de irreversibilidad posible para los procesos de transformación (2017) (Énfasis de la autora).

Contrastando con tales presupuestos, el triunfo de Arce-Choquehuanca en Bolivia 2020 -además de desnudar las mentiras acerca del supuesto "fraude" de octubre de 2019, demuestra que no es imperioso que perdure el liderazgo revolucionario personal, que los individuos -por mucho valor político y organizativo que tengan y sigan teniendo y sin negar la importancia de su papel en determinadas covunturas, no son los que garantizan la continuidad de un proceso de cambios. Eso por un lado. Por el otro, evidencia que un proceso revolucionario abarcará varias generaciones, siglos, y que ni política ni humanamente es posible que un mismo dirigente lo encabece siempre, además de ser políticamente inadecuado. El desafío es promover el desarrollo del sujeto popular colectivo plural, pueblos conscientes, organizados, protagonistas y empoderados, para que definan y sostengan los procesos, los profundicen, los lleven adelante. De allí surgirán los liderazgos de cada momento, sabiendo que cada generación le pondrá su sello condicionado, obviamente, por la historia, por las circunstancias del presente y por las herramientas, culturales, tecnológicas, económicas etc. de que dispongan; una de las responsabilidades de los liderazgos es enriquecer las capacidades del hacer y pensar de los pueblos.

Analizar los procesos de transformación social que impulsaron los gobiernos progresistas desde la las instituciones en el primer decenio del siglo XXI, separadamente de la construcción de hegemonía popular, implica reconocer que se hicieron los cambios desde la superestructura, desde los partidos y sus aliados, sin contar con la participación de la ciudadanía popular. Sin consultar, sin explicar, sin definir ni construir conjuntamente las grandes transformaciones políticas, económicas y culturales que, expresadas en políticas públicas, abrieran cauce a transformaciones sostenibles (por y con la ciudadanía) en el tiempo... Esto apuntalaría la posibilidad de continuidad del proceso de cambio. No es un partido, ni mucho menos el grupo gobernante y sus aliados circunstanciales, los garantes de la continuidad; sino el protagonismo político del pueblo con sus organizaciones. Los aliados coyunturales como la experiencia de Brasil demostró, fueron v serán los primeros conspiradores o golpistas en contra del gobierno que los acoja como amigos. El protagonismo revolucionario es del pueblo articulado, organizado, participando activamente del proceso sociotransformador, constituvendo entrelazada y simultáneamente procesos de (auto)constitución en sujeto social y político de liberación.

RECLAMOS DEL PRESENTE

Definir la época histórica actual, sus problemáticas y contradicciones fundamentales, los desafíos que presenta e identificar a los sujetos que pueden asumirlos

La realidad del presente demanda de las izquierdas mucho *más que retoques* aquí o allá. Teniendo en cuenta que el proyecto revolucionario construido en el siglo XX giró en torno a la definición de época histórica y la identificación de sus contradicciones, sus tareas y los sujetos que las impulsan y llevan adelante. La pregunta es hoy: ¿cuál es la época actual? ¿Cuál es la característica del capitalismo de este tiempo? ¿Por qué no actualizar el diagnóstico del capitalismo global dominante, sus mecanismos, herramientas y tentáculos de dominación, su contradicción principal o central, las correlaciones de fuerza, las posibilidades de construir alternativas? ¿Tiene perspectivas de recuperación y reciclaje el capitalismo? ¿Cuáles? ¿Hay alternativas revolucionarias de superación del capitalismo? Y, en tal caso, ¿qué tipo de alternativas? ¿Hacia dónde? ¿Quiénes la crearían, impulsarían y llevarían a cabo? ¿Hacia cuál horizonte civilizatorio?

Las respuestas no pueden ser ideológicas, es decir, no se trata de una "declaración de fe" en hipotéticas transformaciones. Es imprescindible contar con un diagnóstico actual, verdadero y descarnado acerca de los pilares y las fuerzas actuales del poder del capital, de sus modalidades y características de acción y hegemonía, de sus capacidades de articulación e interacción regional y global. Y, consiguientemente, identificar cuáles serían las fuerzas sociales interesadas en enfrentarlo y capaces de crear las bases para un mundo nuevo, una civilización re-humanizada en reencuentro con la naturaleza. Al respecto, con el interés de aportar un modo de enfocar la situación, me permito traer a colación lo que afirmaba hace unos años en la introducción a mi libro *Refundar la política*:

La racionalidad construida por el capital se agota aceleradamente devorada por el crecimiento desenfrenado de su irracionalidad [Hinkelammert]. Esto caracteriza el tiempo de crisis y decadencia civilizatorias del tiempo actual. El mundo construido desde los cimientos del mercado se derrumba devorado por sus contradicciones. En un descomunal nuevo ciclo de acumulación a nivel global, el capital especulativo financiero devora su componente productivo y acelera su vertiente destructiva del trabajo y los trabajadores/as, de la naturaleza, de las relaciones sociales, del hábitat, de la vida...

El agotamiento civilizatorio del capital amenaza a de muerte a la humanidad e instala a la contradicción *vida-muerte* como la disyuntiva que caracteriza el problema fundamental de nuestra época. A través de ella se expresan hoy las contradicciones de clases y otras a ella directa o indirectamente articuladas. Todas encuentran ahora, en este ámbito, nuevas dimensiones y aristas de existencia y expresión.⁵

Tener esto en claro es decisivo para los pueblos, para no equivocar el rumbo, ni las tareas, ni los horizontes de sus resistencias, luchas, creaciones y construcciones de lo nuevo. Y, simultáneamente, asumir la impostergable ofensiva cultural en *defensa de la vida*, orientada a fortalecer y cohesionar en un horizonte común a los procesos de creación y construcción colectivas que los pueblos desarrollan desde abajo en pos de un mundo de coexistencia de las diversidades (diversos mundos) en base a paradigmas de justicia, solidaridad y paz para toda la humanidad en armónica convivencia y reencuentro con la naturaleza,

⁵ La contradicción vida-muerte contiene a las de clase y las caracteriza y proyecta de un modo específico: lo defensivo adquiere un carácter predominante. Esto replantea la concepción (la posibilidad y la necesidad) de la ofensiva de la clase obrera (trabajadores) con modos y grados diferentes de conformación, organización y desarrollo respecto de la correspondiente a la época del capitalismo predominante en los siglos XIX y XX.

so pena –en caso de no hacerlo, de extraviarse en los laberintos de la compleja telaraña de los tentáculos hegemónicos de cooptación infinita del capital.

La defensa de la vida conforma el eje central primero de toda acción de resistencia de la clase obrera y los pueblos frente al avance de los apetitos irracionales destructivoagresivos del capitalismo neoliberal global y también, por tanto, de las luchas por la transformación raizal de la sociedad, encaminadas a superar la lógica de funcionamiento destructivo del capital, quebrándola y construyendo otra desde abajo, es decir, desde la raíz.

Esto se anuda cada vez más claramente con la posibilidad de conformar un mundo basado en la armonía de la dimensión cósmica-humana. Y requiere de nosotros –urgentemente– un profundo cambio de mentalidad y de actitud ante la vida; la superación *crítica de los paradigmas del siglo XX* vigentes es ineludible, por ejemplo, en temas relativos a los sujetos del cambio, al desarrollo, el progreso social, la revolución social, la liberación... junto con la creación y construcción de nuevos paradigmas histórico-culturales de pensamiento, organización y funcionamiento metabólico socio-natural, articulados con la construcción de un mundo diferente. Coincido por ello con lo que señala el analista brasileño Vladimir Safatle: "Estamos en un momento de triple agotamiento: de una época histórica, de un modelo de desarrollo y de la izquierda..."

Los paradigmas nacidos y desarrollados bajo la hegemonía de la cultura y el modo de vida de las sociedades occidentales del siglo XX, están en crisis. Y esto abarca también a los paradigmas emancipatorios socialistas del siglo XX, marcados por el eurocentrismo, el antropocentrismo patriarcal masculino-céntrico, el economicismo... permaneciendo –por esa vía, empantanado en una estéril competencia con el capitalismo–, dentro del circuito del capital.

La experiencia demostró crudamente que "dar vuelta la tortilla", ser "la otra cara" de la moneda, puede parecer –al inicio– una vía de cambios sociales, pero a mediano plazo evidencia que los cambios quedan atrapados y anulados por lo anterior que se pretendía negar (la misma moneda). Reflexionar crítica y autocríticamente sobre aquellas experiencias emancipatorias simultáneamente con la construcción de las alternativas es también, por tanto, parte central del quehacer actual del pensamiento y la práctica de los movimientos sociopolíticos populares (2017, pp. 1-2).

RECUPERAR EL IDEARIO SOCIALISTA COMO PERSPECTIVA CIVILIZATORIA

En sus prácticas cotidianas, en sus territorios y lugares de trabajo ellos van creando y construyendo lógicas diferentes a la que rigen el funcionamiento del capital. Son lógicas –aunque todavía dispersas–, orientadas a la superación del metabolismo social del capitalismo, que posibilitan a la humanidad –al decir de Mészáros–, ir más *allá del capital*, en busca de su supervivencia. Así entendida, la supervivencia solo podrá alcanzarse conjugada con la construcción de alternativas liberadoras, alternativas construidas por y para cada sociedad, pero ubicadas en una perspectiva común de liberación de toda la humanidad. Es en este momento histórico que *el socialismo*, como ideal de posible alternativa civilizatoria, vuelve al centro de las reflexiones.

Recuperar *el ideario socialista como perspectiva civilizatoria*, implica resignificarlo, reconstruirlo como utopía de liberación a partir de las experiencias de lucha y creaciones de los pueblos de las últimas décadas, articuladas con las enseñanzas que arrojan las experiencias revolucionarias del siglo XX y lo que va del XXI y con los avances del conocimiento humano. En este empeño, la articulación de lo político, lo cultural y las subjetividades aflora a un plano primero, y convoca a concentrar miradas y reflexiones en las propuestas de superación del capitalismo que cotidianamente realizan quienes protagonizan las transformaciones en sus comunidades, comunas, barrios, lugares de trabajo...

Es tiempo de crear, construir y transitar nuevos caminos a partir de la participación protagónica de los pueblos. Y es bueno, en tal afán, además de quitarse las anteojeras de los viejos prejuicios y paradigmas y prejuicios, reconocer con humildad que "el pueblo" no es aquel sector afín al grupo partidario al que se pertenece, sino el conjunto diverso –no pocas veces disperso, fragmentado y contrapuesto–, de sectores populares explotados por el capital, sean parte del viejo criterio de proletariado, sean nuevos pobres, nuevos proletarios, movimientos indígenas, movimientos ecologistas, de mujeres, de campesinos, por la identidad sexual, contra el hambre, por la paz... etcétera.

En este sentido, resulta central tener presente que el proceso de superación del capitalismo es parte de un proceso histórico-cultural de creación-aprendizaje de los pueblos del mundo de un nuevo horizonte histórico, anclado en los principios del *buen vivir* y *convivir* entre nosotros y con la naturalez" (2017, p. 4).

BUSCAR, EXPERIMENTAR, PENSAR E IR DEFINIENDO NUEVAS MODALI-DADES Y CAMINOS DE CREACIÓN-CONSTRUCCIÓN-TRANSICIÓN HACIA UNA NUEVA CIVILIZACIÓN

Es bueno recordar aquí, las siguientes reflexiones de István Mészáros pensador con el que comparto muchos puntos de vista:

La pregunta es entonces: ¿Qué se puede hacer al respecto y cómo?

Obviamente, en contraste con la perpetuación del capital firmemente enraizado y los intereses jerárquicos creados cumplidos, solo una aproximación radicalmente socialista puede prometer algunas respuestas viables e históricamente sustentables a tan urgentes preguntas. Esto significa una aproximación basada en un apasionado compromiso con los objetivos humanos de un futuro mejor y basada al mismo tiempo también en una evaluación crítica del pasado. En otras palabras, los principios orientadores de una *crítica* no comprometida con el orden social reproductivo del capital debe ser combinada con las potencialidades creativas de la *auto-crítica* atendiendo no solo a las razones emanadas de los fracasos del pasado sino también a las tentaciones desviacionistas de la cotidianidad (Mészáros, 2012, p. 20).

La perspectiva histórica del orden social al que debemos apuntar radica en la constitución consciente de una sociedad horizontal, creada sobre una base totalmente equitativa. El orden social capitalista es jerárquico en todo sentido, y como tal, es incorregible. Esto es por causa del modo en que operan las funciones de reproducción del metabolismo social del capital, que debido a sus más recónditas determinaciones sólo puede funcionar sobre la base del divorcio total de las funciones de control de producción y distribución de los individuos trabajadores cuyo papel se reduce a ejecutar las órdenes que les llegan desde arriba (2012, pp. 20-21).

Consecuentemente, la abogada "ruptura y superación del dominio del capital" [...] es factible solo restituyendo a los individuos sociales el control total sobre su actividad vital, superando la inhumana alienación y la irracionalidad fetichista que caracteriza el orden existente. Así, la gran tarea organizativa y creativa de la transformación radical que necesitamos es concebible solo si es procurada "desde abajo", a través de la participación más activa de las grandes masas del pueblo.

Una sociedad horizontal puede por lo tanto calificar para sus principales y definitorias características solamente si realmente tiene éxito en organizar y realizar su decisión vital haciendo procesos consistentemente, desde abajo, elaborando al mismo tiempo las formas y modalidades

de coordinación a través de las cuales semejante principio orientador antijerárquico puede abrazar los procesos vitales no sólo de relativamente pequeñas comunidades sino del todo social.

[...] tenemos que enfrentar un cambio *civilizatorio* fundamental, requiriendo una larga *transición* desde el orden existente hacia uno que puede ser constituido en el presente y el futuro por la gran mayoría del pueblo.

A este respecto, el punto de partida necesario es la indefinida y positivamente sustentable relación entre los seres humanos y la naturaleza (2012, p. 21).

Los cambios que se prevé surjan y se consoliden en el curso de este desarrollo, están indudablemente llamados a ser fundamentales. Pero precisamente por esa razón, tales cambios pueden ser logrados con éxito solamente si el nuevo orden reproductivo social en su proceso de construcción por las grandes masas del pueblo es –y se mantiene-positivamente horizontal tanto en sus partes constituyentes como en su cohesión general. Y eso es factible solamente si la transición cualitativa reestructuradora requerida tiene lugar desde abajo, constituyendo conscientemente "desde los seres humanos concretos" el actor colectivo de la transformación revolucionaria sobre una base totalmente equitativa, y también si retiene una igualdad sustantiva como principio seminal regulativo del nuevo modo de reproducción metabólica social habitual (Mészáros, 2012, p. 23).

Estas consideraciones dejan en claro que no se trata de un cambio cosmético que se pueda resolver a partir de los viejos paradigmas por ejemplo, respecto al poder, las tareas políticas y los sujetos, como si no ellos no guardaran relación con la época histórica en la que vivimos y su problemática central.

Intentar bordear el tema sin modificar viejos paradigmas, posiblemente en aras de mostrar una supuesta "fortaleza ideológica", lejos de ello, evidencia una gran debilidad y es fuente de errores y miopías políticas injustificables, salvo en el terreno estéril –autocompensatorio de la ideología (negativa). El apego constante al discurso ideológico como sustrato de la acción política resulta estéril. El reemplazo de propuestas o respuestas concretas para la vida de la ciudadanía, por consignas generales abstractas, resulta contraproducente para el quehacer político y abre las puertas a que los adversarios particularmente sectores de una renaciente extrema derecha, rellenen con sus mentiras y engaños el territorio vacío cedido por las izquierdas.

¿DAR VUELTA LA MEDIA?

Se puede dar *vuelta la media*; ello puede ser útil y esclarecedor de algunas problemáticas del presente, pero no basta para contar con una definición concreta de la época histórica que vivimos. Ella articula y resume un enjambre de temas, tareas y desafíos del mundo en el presente y es indispensable una clarificación al respecto.

No se trata solo de conocer la realidad circundante y sus sujetos; es clave tener claro *en qué mundo* se vive, qué correlaciones de fuerzas están en juego, cuál es la realidad, las modalidades y potencialidades de la hegemonía del capital y cuál es la situación del mundo del trabajo y sus posibilidades de actuación en este sentido... A partir de allí, teniendo en cuenta esta interrelación de clases, analizar cuál es la característica central de nuestro tiempo.

Buscar respuestas a este interrogante señala a la vez que el terreno en el cual se está, un punto de partida indiscutible a tener en cuenta, el piso sobre cuya base los actores-sujetos pueden identificar y definir las problemáticas de hoy y las tareas, para entonces colectivamente, conformar una *brújula social* permanente. Esta resultaría una herramienta política central para el pensamiento y la acción política de la izquierda, en tanto se mueve en un *campo minado* por el capital, con las amenazas e incertidumbres que ello conlleva. Esta *brújula social* sería cimiento y resultante a la vez –ya se evidencia, de una fuerza popular de liberación plural, colectiva y diversa, interarticulada, intercultural, en descolonización y despatriarcalización permanente, interdefiniéndose simultáneamente con las creaciones y transformaciones sociales que sujetos y sujetas lleven a cabo en el proceso emancipatorio.

En el laboratorio vivo de la experiencia cotidiana mujeres y hombres del pueblo desafían al poder y sus personificaciones y, con ello, van desactivando las minas culturales, políticas y económicas del mundo del capital, asumiendo los riesgos que ello implica: equivocarse, chocar con limitaciones, dejar temas irresueltos, dimensiones diferidas o no contempladas en sus quehaceres; avanzar en todo lo que sea concretamente posible y tensar los procesos hacia lo que parece coyunturalmente imposible... De ahí que el aprendizaje y la devolución-retroalimentación crítica de estos procesos resulten claves.

Comparto estas reflexiones con la aspiración de contribuir al intercambio de ideas de un necesario debate estratégico colectivo, indispensable para la reconstrucción del movimiento de emancipación de los pueblos, que a la vez encarne la construcción de una nueva izquierda en Indo-afro-latinoamérica.

BIBLIOGRAFÍA

- Afanasiev, V. (1977). Fundamentos del comunismo científico. Moscú: Editorial Progreso.
- Consenso de Nuestra América. (2017). Managua. https:// forodesaopaulo.org/wp-content/uploads/2017/02/CONSENSO-DE-NUESTRA-AMERICA-FINAL.pdf
- Chávez, H. (2012). *Golpe de timón*. Correo del Orinoco. https://www.marxists.org/espanol/chavez/2012/2012-golpe-de-timon.pdf
- De Giorgi, A. L. et al. (2010). Ideología y adaptación partidaria: El Partido Comunista de Uruguay y el colapso del campo socialista (1985-2009). www.historiapolitica.com
- Fedoséev, P. N. et al. (1989). *Comunismo Científico*. Moscú: Editorial Progreso.
- Foro de San Pablo. 1990, 1992, 1993, 1995, 1996, 1998, 2000, 2001, 2002, 2017, 2019. Declaraciones de los Encuentros.
- Gorbachov, M. (1988). Discurso ante la Asamblea General de la ONU. https://revistapolitica.uchile.cl/index.php/RP/article/view/55015/58027
- Gorbachov, M. (1990). Informe Político al xxvIII Congreso del PCUS. http://www.cvce.eu/obj/politicheskii_otchet_m_s_gorbacheva_2_iulia_1990_g-ru-dbb78b9d-9d3a-4a14-a2a1-5300ea7bcebb.html
- Guevara, E. (1967). Crear dos tres... muchos Vietnam. Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental. https://www.marxists.org/espanol/guevara/04_67.htm
- Jeifets, L. y Jeifets, V. (2017). *América latina en la internacional comunista*. 1919-1943. *Diccionario biográfico*. Buenos Aires: CLACSO.
- La Internacional Comunista (2010). Tesis, manifiestos y resoluciones de los cuatro primeros congresos (1919-1922). Madrid: Fundación Federico Engels. file:///C:/Users/isain/Downloads/internacional_comunista_DEF%20(1).pdf
- Mészáros, I. (2012). Prólogo en Rauber, I., *Revoluciones desde abajo. Gobiernos populares y cambio social en Latinoamérica*. Buenos Aires: Ediciones Continente-Peña Lillo.
- Nercesian, I. (2013). *La política en armas y las armas de la política: Brasil, Chile y Uruguay. 1950-1970*. Buenos Aires: CLACSO, E-Book.
- Partido Comunista de Cuba. (1976). Tesis y Resoluciones. Sobre la Plataforma Programática del Partido. http://www.granma.cu/file/pdf/PCC/1congreso/Tesis%20y%20Resoluciones/I-Congreso-PCC.-Tesis-y-Resoluciones-sobre-la-Plataforma-Program%C3%A1tica-del-Partido.pdf
- Partido Comunista de Cuba. (2011). Informe Central al VI

- Congreso del Partido Comunista de Cuba. http://www.informe_central_6to_congreso.pdf
- Partido Revolucionario de los Trabajadores. (1968). *El único camino hasta el poder obrero y el socialismo*. Resoluciones del IV Congreso. https://amauta.lahaine.org/el-unico-camino-hasta-el-poder-obrero-y-el-socialismo-capitulos-1-y-4/
- Rauber, I. (2012). *Revoluciones desde abajo. Gobiernos populares y cambio social en Latinoamérica*. Buenos Aires: Continente-Peña Lillo.
- (2017). Refundar la política. Desafíos para una nueva izquierda indoafro-latinoamericana. Buenos Aires: Continente-Peña Lillo.
- Safatle, V. (2016). Brasil en la era de los agotamientos de la imaginación política (Entrevista). Adital. http://www.ihu. unisinos.br/161-noticias/noticias-espanol/556598-brasil-en-la-era-de-los-agotamientos-de-la-imaginacion-politica-entrevista-con-vladimir-safatle-ihuadital
- Segunda Declaración de La Habana. (1962). http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20191016113426/Segunda_declaracion_de_La_Habana.pdf
- Solano, V. O. et al. (2014). El estudio de las luchas revolucionarias en América latina (1959-1996) Estado de la cuestión. Michoacán: El Colegio de Michoacán.

SOBRE LAS AUTORAS Y LOS AUTORES

EMERSON CÉSAR DE CAMPOS

Professor titular do Departamento e Programa de Pós Graduação em História da Universidade do Estado de Santa Catarina, UDESC. Graduado (UDESC, 1997), mestre (UFSC, 1999) e doutor em História (UFSC, 2003). Atua junto aos temas: Cidades, migrações, Estados Unidos, literatura e humor na relação com à história.

IOAOUINA DE DONATO LOZANO

Profesora y doctoranda en Historia por la Universidad de Buenos Aires. Investigadora adscripta al Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones de América Latina (INDEAL). Integrante del GT de CLACSO "Izquierdas: praxis y transformación social".

SILVIA MARIA FÁVERO AREND

Durante trinta anos foi colega de Luiz Felipe Falcão, desde a graduação, o mestrado até o Departamento de História da Universidade do Estado de Santa Catarina (UDESC). Possui mestrado e doutorado em História pela Universidade Federal do Rio Grande do Sul. É professora dos Programas de Pós-graduação em História e em Educação da UDESC, onde também coordena o Laboratório de Relações de Gênero e Família. Também é coordenadora do Grupo de Trabalho de História da Infância e Juventude da Associação Nacional de História.

Realizou estágios pós-doutorais na Fondation Nationale des Sciences Politiques e na Universidade Nova de Lisboa. É pesquisadora do Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq).

PALILA GODINHO

Antropóloga, professora na Faculdade de Ciências Sociais e Humanas da Universidade Nova de Lisboa e investigadora no Instituto de História Contemporânea. Trabalho de campo em Portugal, na Galiza e na fronteira, sobre temas como a resistência, a memória, os movimentos sociais, o trabalho, as festas, os refugiados e o futuro. Integrante del GT de CLACSO "Izquierdas: praxis y transformación social".

IGOR GOICOVIC DONOSO

Profesor titular en el Departamento de Historia, de la Universidad de Santiago de Chile. Es profesor de Historia y Geografía por la Universidad Católica de Valparaíso (1989), magíster en Historia por la Universidad de Santiago de Chile (1996) y doctor en Historia por la Universidad de Murcia (España, 2005). Sus líneas de investigación se han centrado en el estudio del conflicto y la violencia social y política en Chile y América Latina. En este campo es autor de varios libros y artículos especializados. Integrante del GT de CLACSO "Izquierdas: praxis y transformación social".

ANA SOFÍA IEMIO

Doctora en Ciencias Sociales y licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Es investigadora en el Centro de Estudios sobre Genocidio de la UNTREF y el Observatorio de Crímenes de Estado de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y docente en ambas universidades. Becaria posdoctoral de CONICET.

REINALDO LOHN

Professor do Departamento e do Programa de Pós-Graduação em História da Universidade do Estado de Santa Catarina, onde foi colega de Luiz Felipe Falcão. Na mesma instituição coordena o Laboratório de Estudos da Contemporaneidade e do grupo de pesquisa Memória e Identidade. É doutor em História pela Universidade Federal do Rio Grande do Sul e realizou estágio pós-doutoral no Instituto de História Contemporânea da Universidade Nova de Lisboa. Atua ainda no Mestrado Profissional em Ensino de História (PROFHistória). É pesquisador do Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq).

MARIANA MASTRÁNGELO

Profesora y licenciada en historia (UNC, 2002-2005), doctora en historia (UBA, 2010) y ha realizado un posdoctorado en la Universidade Federal de Santa Catarina (Brasil, 2011). Es profesora de grado y de posgrado en la Universidad de Buenos Aires, y ha sido profesora adscripta de la Universidad Nacional de Córdoba, y se desempeña como profesora asociada de la Universidad Nacional de Chilecito. Ha publicado libros incluyendo *Rojos en la Córdoba obrera, 1930-1940* (Buenos Aires, Imago Mundi, 2011) y *Desde las profundidades de la Historia Oral. Argentina, Brasil, Uruguay* (Buenos Aires, Imago Mundi, RELAHO). Integrante del GT de CLACSO "Izquierdas: praxis y transformación social".

PAULO ROGÉRIO MELO DE OLIVEIRA

Professor da Universidade do Vale do Itajaí, onde foi colega de Luiz Felipe Falcão. Nesta instituição é integrante do Programa de Mestrado em Gestão de Políticas Públicas, do Programa de Mestrado e Doutorado em Educação, do Programa de Pós-Graduação em Direito das Migrações Transnacionais e da Especialização em Relações Internacionais Contemporâneas, e dos cursos de História e Relações Internacionais. É Doutor em História pela Universidade Federal do Rio Grande do Sul e seus focos de interesse concentram-se em temas diversos, tais como migrações globais, políticas públicas, teoria da história e relações internacionais.

MARCOS MONTYSUMA

Graduado em História pela Universidade Federal do Acre (1985), mestre em História pela Universidade Federal do Rio de Janeiro (1990), doutor em História pela Pontifícia Universidade Católica de São Paulo (2003). PosDoc na Universidade Nova de Lisboa/2017. Professor da Universidade Federal de Santa Catarina. Atua na Pós-Graduação em História/UFSC e Doutorado Interdisciplinar em Ciências Humanas/ UFSC. Coordena o Laboratório de História Oral. Discute memória, história oral, história ambiental, gênero e meio ambiente, cultura e meio ambiente, Amazônia.

RONALDO MUNCK

PhD, Political Sociology of Development, University of Essex, 1976. Head of Civic Engagement, president's Office, Dublin City University. Profesor honorario de Latin American Studies, University of Liverpool y profesor adjunto de International Development Studies, St. Mary University, Halifax, Nova Scotia. Es investigador invitado del Instituto de Estudios Interdisciplinarios de América Latina (UBA) e integrante

del GT de CLACSO "Izquierdas: praxis y transformación social". Es autor de varios libros sobre América Latina, el movimiento obrero y el desarrollo

GERARDO NECOECHEA GRACIA

Estudios de doctorado en historia y antropología en la City University of New York v doctor en Historia Social por la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Investigador de la Dirección de Estudios Históricos y profesor de la Escuela Nacional de Antropología e Historia, ambos del Instituto Nacional de Antropología e Historia en la ciudad de México. Especialista en historia de México e historia de Estados Unidos, siglos XIX y XX y en historia oral. Co-director de la revista bilingüe de la Asociación Internacional de Historia Oral, Palabras y Silencios / Words and Silences, entre 2002 y 2010. Autor de Después de vivir un siglo. Ensavos de historia oral sobre el siglo XX en México (México: INAH, 2005), y co-autor de Historia oral y militancia en México y en Argentina, (con Mariana Mastrangelo et al., Buenos Aires: Editorial El Colectivo y Programa de Historia Oral de la Universidad de Buenos Aires, 2008), y coordinador, con Patricia Pensado, de Voltear al mundo de cabeza: historias de militancia de izquierda en América Latina, Buenos Aires: Imago Mundi. Integrante del GT de CLACSO "Izquierdas: praxis y transformación social".

PATRICIA PENSADO LEGLISE

Profesora investigadora del Instituto de Investigaciones Dr. José Ma. Luis Mora-CONACYT. Es doctora en Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM. Pertenece al Sistema Nacional de Investigadores. Profesora del Sistema de Universidad Abierta y Educación a Distancia de la UNAM. Participa en Grupos de Trabajo de CLACSO desde 2009. Se ha especializado en temas de historia oral, participación de la izquierda en movimientos políticos y sociales en el siglo XX y de la historia contemporánea de América Latina. Su última publicación en coordinación con Gerardo Necoechea Gracia (2020) es *Recorridos solidarios. Trayectorias individuales y montajes colectivos en la historia reciente*. Integrante del GT de CLACSO "Izquierdas: praxis y transformación social".

ALEIANDRA PISANI

Licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires y docente en esa universidad. Es investigadora del Instituto Interdisciplinario de Estudios e Investigaciones de América Latina y participa del Grupo de Trabajo de Clacso "Izquierdas: praxis y transformación social". Ha publicado varios artículos sobre cultura obrera e izquierda argentina.

Integrante del GT de CLACSO "Izquierdas: praxis y transformación social".

PABLO POZZI

PhD en Historia (SUNY at Stony Brook, 1989) y profesor titular regular plenario de la Cátedra de Historia de los Estados Unidos de América, en el Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina. Asimismo, ha dictado el Seminario Anual de Tesis sobre la Historia del Movimiento Obrero Argentino. Su especialidad es la historia social contemporánea y, particularmente, la historia de la clase obrera post 1945, tanto en Estados Unidos como en la Argentina. Ha publicado numerosos artículos y libros sobre historia y sociedad norteamericana y argentina. Entre sus obras se destacan *La oposición obrera a la dictadura (1976-1982)* (Editorial Contrapunto, 1988), *Los setentistas. Izquierda y clase obrera, 1969-1976* (Eudeba, 2000), *Por las sendas argentinas. El PRT-ERP, la guerrilla marxista* (Eudeba, 2001). Integrante del GT de CLACSO "Izquierdas: praxis y transformación social".

ISABEL RAUBER

Doctora en Ciencias Filosóficas. Investigadora social. Profesora titular de la Universidad Nacional de Lanús. Directora del Departamento de Estudios del Tercer Mundo (CIEPE). Educadora popular, coordinadora de la Red Continental de Intelectuales de Base. Fundadora –junto con Marta Harnecker– y vicedirectora del Centro para la Memoria Popular Latinoamericana (MEPLA, La Habana). Ha escrito numerosos artículos y libros.

THIAGO REISDORFER

Doutor em História pelo Programa de Pós-Graduação em História da Universidade do Estado de Santa Catarina (UDESCO), sob orientação do Professor Luiz Felipe Falcão. Cursou o mestrado na Universidade Estadual do Oeste do Paraná. É atualmente professor do curso de História da Universidade Estadual do Piauí. Desenvolve atividades junto ao grupo de pesquisa "Juventudes, Culturas e Identidades".

IZAÍAS DE SOUZA FREIRE

Cursa o doutorado em História na Universidade do Estado de Santa Catarina. Sua tese estava sendo orientada pelo professor Luiz Felipe Falcão, que também foi o orientador de sua dissertação de mestrado. Seu foco de interesses passa por movimentos sociais e as lutas populares em torno do processo de democratização no Brasil.

COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO

Este libro es un homenaje al historiador brasileño Luiz Felipe Falcão, que presenta tanto investigaciones que fueron influenciadas por sus aportes como rememora su tarea como maestro. Así Igor Goicovic, Gerardo Necoechea, Mariana Mastrángelo, Reinaldo Lohn, Emerson Campos, Paula Godinho, Ronaldo Munck, Silvia Fávero, entre otros, recuerdan la contribución de Felipe, que trascendió sus fronteras nacionales. Fue un ejemplo del historiador como militante, heredero de las mejores tradiciones de aquella generación que entre 1960 y 1980 trató de tomar el cielo por asalto.



